

Artículos periodísticos

Karl Marx



Los artículos periodísticos de Marx constituyen un testimonio clave para comprender el curso social, político y económico del siglo XIX y su legado histórico. Estos escritos son también fundamentales para aproximarse al pensamiento del filósofo alemán y al paisaje vivo de su época de un modo más didáctico y rítmico, apoyado en la inmediatez de la noticia, la sátira y la crítica más que en la gravedad del tratado. No obstante, los artículos de Marx, por su talento como historiador y economista, distan mucho de ser

piezas al uso de un periodista corriente: su conocido rigor y voluntad revolucionaria están siempre presentes, Es en los periódicos, y no en sus tratados filosóficos, donde Marx se enfrenta de manera directa al presente, a la desigualdad, la violencia y la explotación, y lo hace con inigualable destreza.



Karl Marx

Artículos periodísticos

ePub r1.0

Blok 24.09.14

Título original: *Artículos periodísticos*

Karl Marx, 1862

Traducción del inglés: Amado Diéguez

Traducción del alemán: Isabel Hernández

Selección, introducción y notas: Mario

Espinoza Pino

Editor digital: Blok

ePub base r1.1



Introducción

Karl Marx: un periodista en la historia

*La historia desconoce los verbos
regulares*

Edward P. Thompson

I

Las relaciones de Karl Marx con el periodismo nunca fueron fáciles. Ya

desde sus primeros artículos en la *Rheinische Zeitung* [Gaceta Renana] — un diario liberal editado en Colonia— el joven periodista habría de enfrentarse a toda clase de adversidades. Corría el año 1842, y la reciente subida al trono de Federico Guillermo IV, paladín de un agonizante feudalismo europeo, había llegado acompañada de una política tremendamente reaccionaria. El monarca de Prusia iniciaría una suerte de *Kulturkampf* contra cualquier atisbo de liberalismo o socialismo que pudiera influir en la opinión pública; la práctica preferida por aquel gobierno era la censura cotidiana de los diarios, pero

cuando ésta se revelaba insuficiente no dudaba en utilizar métodos más expeditivos, como la supresión por decreto de los libros y publicaciones que resultaban incómodos. Bastaron unas pocas columnas de Marx sobre algunos asuntos polémicos —como la libertad de prensa o la miseria campesina— para que la administración estrechase el cerco sobre el diario renano. El vigoroso estilo del joven periodista, panfletario al tiempo que profundamente analítico, le convertiría inmediatamente en enemigo de aquella sociedad semifeudal y autoritaria. Una sociedad que no le toleraría por mucho

tiempo. El Consejo de Ministros, reunido en pleno con el rey, decretaba el 21 de enero de 1843 el cierre del periódico en un plazo máximo de dos meses. El diario era condenado con apenas un año de vida.

Las críticas del filósofo al Estado, su constante denuncia de las desigualdades sociales y la publicación en el diario de un artículo contra el despotismo ruso —un escrito que enfurecería al mismísimo zar Nicolás I—, sentenciaron su primera aventura periodística. Irritado por una censura cada vez más insoportable, Marx dimitiría como director del diario antes

de que el plazo de supresión llegase a término. Tenía la esperanza de que su dimisión hiciera recapacitar a la administración sobre el rotativo, pero la orden del Ministerio era irrevocable. Su carta de dimisión, breve y directa, sería publicada en una de las últimas tiradas del periódico. En ella, lejos de ocultar los motivos de su cese, haría una alusión directa a las causas que le llevaban a abandonar la gaceta: se retiraba «debido a las presentes condiciones de censura». Aquélla sería la última querrela de la *Rheinische Zeitung* contra el gobierno.

Los artículos de Karl Marx para el diario renano —probablemente los más

conocidos y destacados por la crítica—suponen la primera confrontación del pensador con la realidad política y económica. Y es que no fue la filosofía la que hizo que aquel joven doctor se interesase por las cuestiones sociales, sino su temprana actividad periodística. Una labor que comenzaría a ejercer desde una posición ilustrada y liberal, la de la burguesía de Renania, y que pronto—conforme Marx tomaba conciencia de los antagonismos de aquella sociedad—se tornaría en una defensa de la democracia próxima al socialismo. En cierto sentido, los artículos escritos por Marx en esta época son un fiel reflejo de

la historia de Prusia. Muestran los primeros efectos del proceso de industrialización sobre una nación mayoritariamente rural y agraria, señalando los ejes más conflictivos de aquella incipiente transformación: el empobrecimiento del campesinado ante el desarrollo de la industria, la expropiación de los bienes comunales y su conversión en propiedad privada, las contradicciones existentes entre una naciente economía capitalista y el régimen de un Estado arcaico, la carencia de libertades civiles, la falta de representación popular en unas instituciones que cercenaban cualquier

avance democrático, etc.

Lo cierto es que el periodismo alteraría para siempre el pensamiento de Marx, constituyendo un verdadero *baptême de feu* para su formación intelectual. Las investigaciones acometidas para escribir sus artículos acerca de los *Debates sobre la libertad de prensa* o los *Debates sobre las leyes del robo de leña* —quizá las piezas periodísticas más brillantes de este período— le comprometerían con una realidad que estaba más allá de los muros de la Universidad. Sus antiguas ideas burguesas, influidas tanto por la ilustración como por el pensamiento de

la *izquierda hegeliana*^[1], movimiento del que formaría parte durante sus estudios universitarios en Berlín, pronto serían criticadas por inoperantes. A partir de aquel momento Marx comprendería claramente dos cosas: que el Estado de Prusia jamás admitiría reforma política alguna y, sobre todo, que nunca podría ser la instancia ética, racional y sustentadora de las libertades civiles que tanto deseaban sus antiguos colegas hegelianos. La supresión de la *Rheinische Zeitung* era la prueba manifiesta de que la opinión pública estaba radicalmente divorciada de las instituciones, el más claro ejemplo de

que no había en ellas un ápice de soberanía popular o realidad social. En aquel Estado únicamente había lugar para la burocracia y la arbitrariedad despótica del monarca.

Lejos del desánimo, aquel joven Karl Marx responderá al naufragio de la *Rheinische Zeitung* con un nuevo proyecto periodístico. Y su respuesta sería casi inmediata. A mediados de 1843, el filósofo preparaba ya la edición de una nueva revista en colaboración con Arnold Ruge, amigo personal y columnista en el difunto diario de Renania. La publicación tendría un carácter abiertamente crítico

y político, lo que descartaba Prusia y sus zonas de influencia como lugar para editarla. Había que evitar la censura a toda costa. Finalmente la revista sería publicada en París, capital de las revoluciones europeas, y llevaría por título *Deutsche-französische Jahrbücher* [Anales Franco-alemanes]. Los *Jahrbücher* se caracterizarían por vincular dos líneas de trabajo editorial: una primera de análisis político y actualidad —similar a la de la *Rheinische Zeitung*— y otra teórica, a través de la cual se expresarían las ideas rectoras de la nueva publicación. Se trataba de forjar un pensamiento que

rompiese con los moldes de aquella Prusia filosóficamente idealista, envuelta en disputas teológicas y conceptuales que se mostraban incapaces de apresar un solo átomo de vida real. Pero ¿cómo avanzar hacia un nuevo punto de partida filosófico en medio de aquel marasmo idealista e irreal? Solo parecía haber un modo: rompiendo con Hegel, cuya influencia impregnaba todas las manifestaciones intelectuales de la época. La crítica de Marx a Hegel puede seguirse bien a través de su *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel* (1843), texto que sentaría las bases filosóficas para los

dos escritos que verían la luz en el proyecto de los *Jahrbücher: La cuestión judía y la Introducción a la Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, ambos redactados en 1843. Más allá de constituir un intento de ruptura con la cultura filosófica dominante, estos textos reflejarán la transformación del joven filósofo liberal en un crítico que, progresivamente, va estrechando los lazos existentes entre el mundo del trabajo y la estructura jurídico-política de la sociedad, aproximándose a la raíz de los antagonismos colectivos del momento.

Hay dos fenómenos específicos que

marcan la producción filosófico-periodística de Marx en este período, y sin los cuales no puede comprenderse ni su rápida transición al comunismo ni su crítica del pensamiento de Hegel. En primer lugar, este cambio de posiciones políticas y teóricas vendrá influido por la recepción de la filosofía de Ludwig Feuerbach, cuya crítica antropológica y humanista del pensamiento de Hegel será suscrita enteramente por Marx. Pero el joven filósofo, yendo más lejos que el propio Feuerbach, llevará las ideas humanistas desde el ámbito ético hacia un plano político y social, dotando a su crítica de contenido revolucionario.

Los centros de reflexión serán ahora el hombre y su esencia, a partir de los cuales el Estado y sus instituciones ya no se revelarán solo como irracionales, sino también como *enajenantes*. La verdadera esencia del hombre es colectiva y comunitaria —dirá Marx leyendo a Feuerbach—, y el Estado no es capaz de expresar la universalidad de las relaciones humanas conforme a su verdad. Éste solamente expresa la alienación (*entfremdung*) o separación de la humanidad de su propia esencia, creando una apariencia mistificada del hombre, pues en el seno de sus instituciones no se da la unidad del

género humano en libertad, sino su sumisión y el antagonismo entre su vida social y su vida política. O, de otro modo, entre el universo del trabajo (sociedad civil) y el de la ciudadanía (sociedad política). La emancipación de los hombres exige, entonces, que el Estado sea abolido para dar realidad a una organización social conforme a la esencia humana, esto es: libre, comunitaria y universal. Únicamente cuando esta esencia pueda expresarse socialmente de forma no enajenada y contradictoria, llegará la emancipación integral de la humanidad.

Un segundo fenómeno que marcará

la transición de Marx al comunismo será su desplazamiento a París en octubre de 1843, en cuyas calles tomaría contacto tanto con el efervescente ambiente intelectual socialista del momento — repleto de ideas y anhelos revolucionarios— como con el proletariado mismo. Su *Introducción a la Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, escrita dentro de aquel clima parisino repleto de inquietud, traduce perfectamente las nuevas posiciones de Marx, que pronto comprendería — dentro de la lógica esbozada por Feuerbach— que, si una «esencia humana» había de adquirir realidad para

emancipar a la humanidad, esa esencia era de la clase proletaria. Solo la liberación de la clase verdaderamente oprimida por la explotación podría disolver, universalmente, las contradicciones cada vez mayores del capitalismo. Por tanto, el fin de las cadenas asalariadas no ponía en juego únicamente una liberación parcial, la liberación de una sola clase —como había sucedido con la burguesía—, sino que preparaba el horizonte de una liberación global e integral: la liberación de la miseria generalizada impuesta por el capitalismo y la ruptura de todos y cada uno de los antagonismos

que enajenaban la vida humana.

Como señalamos más arriba, en los *Deutsche-französische Jahrbücher* verán la luz dos escritos teóricos de Marx, *La cuestión judía* y la mencionada *Introducción* del autor a la crítica del derecho hegeliano. La forma de estos textos no es la de la crónica periodística, sino la del ensayo filosófico, pero los *Jahrbücher* constituyen el segundo intento del joven periodista por construir una iniciativa editorial crítica. Un proyecto desde el que difundir su nuevo ideario comunista y las contribuciones de los intelectuales alemanes más comprometidos del

momento (desde Friedrich Engels, al que había conocido recientemente, hasta el poeta Heinrich Heine). Sin embargo, tal y como sucediese con la *Rheinische Zeitung*, la censura de Prusia se encargaría de poner fin a la revista. Los *Jahrbücher* apenas tuvieron un número doble, editado a finales de febrero de 1844 en París. La publicación —que no encontró colaboradores en su país de edición— fracasaría en Francia, pero su destino en Prusia sería mucho peor: los redactores, conocidos ya por sus posiciones políticas, verían cómo su revista era requisada en la frontera por las autoridades prusianas, que acabaron

de manera súbita con aquella aventura periodística. Pero esta vez el gobierno no se daría por satisfecho con la censura de la publicación, y emitiría varias órdenes de detención contra algunos de los colaboradores. Entre ellos —por supuesto— estaba Karl Marx, que se convertía por primera vez en refugiado político en tierra extranjera.

La última colaboración periodística de Marx en su estancia en París sería la realizada para el diario *Vorwärts!* [¡Adelante!], a cuya redacción se uniría poco después del cierre de los *Jahrbücher*. Este diario tenía fama de ser el más radical de Europa, y podía

presumir de publicar todos los artículos íntegros y sin censura. En él colaboraban muchos de los redactores de los *Jahrbücher*, como Arnold Ruge, Heinrich Heine y Friedrich Engels, pero también pensadores de la talla de Mijaíl Bakunin o poetas de la causa proletaria como Georg Weerth. Marx solo tuvo tiempo de publicar un artículo, sus *Glosas críticas al artículo «El rey de Prusia y la reforma social»*, que salió en agosto de 1844: una contestación a un texto de su excolaborador, Ruge, que criticaba la reciente revuelta de los tejedores de Silesia. Marx, en un tono decididamente socialista, celebraba en

su escrito la revuelta de los tejedores como una insurrección proletaria, una revolución contra las máquinas, los industriales y los banqueros. Ponía de relieve, entre otras cosas, el grado de conciencia de la clase obrera alemana, algo frente a lo que Ruge —escandalizado por la destrucción de las máquinas y la repentina explosión del conflicto— permanecía ciego. Aquel artículo —primero y último de Marx para *Vorwärts!*— acarrearía el cierre del diario, la ruptura del filósofo con su antiguo colaborador y el fin de la estancia de Marx en París. El rey de Prusia, duramente criticado en el texto,

pediría al gobierno francés la expulsión inmediata del joven filósofo y algunos de los redactores del rotativo. Marx se veía obligado a dejar París en febrero de 1845, partiendo hacia Bruselas bajo la condición de exiliado político.

II

Tras la muerte de los *Deutsche-französische Jahrbücher* y el fin de *Vorwärts!*, Marx abandonaría la carrera periodística durante cuatro años. Sus últimos escritos e investigaciones le

habían mostrado la necesidad de reanudar sus estudios. Había llegado a la conclusión de que era en la destrucción del capitalismo, en la superación de sus condiciones de explotación y miseria, donde radicaba la posibilidad de emancipación de la humanidad. No obstante, y pese a sus esfuerzos críticos, Marx había seguido planteando sus análisis en un horizonte demasiado filosófico y carente de concreción. Restaba todavía un estudio mucho más serio de las condiciones económicas del capitalismo, un examen pormenorizado de su dinámica y de la historia de su formación. En esta época

el pensador se dedicará a estudiar la base económica contradictoria del *modo de producción capitalista*, escribiendo algunas de sus piezas filosófico-económicas y polémicas más brillantes, como los *Manuscritos de París* (1844), *La ideología alemana* (1845-1846, escrita con Friedrich Engels) o *La miseria de la filosofía* (1847). En ellas es palpable la transición de su discurso filosófico-humanista hacia un terreno del análisis histórico y económico más empírico y científico, un terreno que acabará definiendo el carácter *materialista* de su trabajo teórico.

No obstante, y más allá de las obras

ciudades, la culminación de esta época adquirirá su expresión más radical en uno de los mejores textos que el pensador escribiría a lo largo de su vida: el *Manifiesto del Partido Comunista* (1848), publicado en los días previos a las revoluciones europeas del 48. Este texto —lúcida conciencia de aquel siglo repleto de contradicciones— marcará la senda por la que discurrirán sus escritos periodísticos inmediatamente posteriores. A partir de ahora, Marx pondrá en práctica una forma de crítica y análisis implicado de lleno en las tensiones políticas y económicas de la

historia, desarrollando una comprensión original de la génesis y las dinámicas internas de la sociedad capitalista. El capitalismo aparece como un *modo de producción histórico*, transitorio, cuyos antagonismos son explicados a través de conceptos que aún hoy siguen mostrando fecundidad histórica y científica. La decadencia del *feudalismo*, los procesos de *acumulación de capital* y el *movimiento expansivo del mercado* son tratados en las apretadas líneas del *Manifiesto*, al tiempo que anuncia la confrontación universal entre la *burguesía* y el *proletariado*. Por otra parte, el capitalismo es comprendido de

modo *dialéctico* por el filósofo: de él se destacan tanto sus aspectos positivos respecto al feudalismo como la devastación ocasionada por la violencia de su propio «progreso». El mercado y la burguesía no fueron simplemente las fuerzas progresistas que contribuyeron a la disolución de la servidumbre y al final de la sociedad estamental; el capital no fue meramente el motor que hizo posible el vapor y el ferrocarril, estrechando los lazos del mundo a través de un proceso acelerado de industrialización. No. Junto a esos rasgos, y en el fondo de cada uno ellos, latía la desigualdad y la miseria: la

expropiación forzosa y la muerte del campesinado, la brutal explotación del proletariado industrial, el yugo del esclavo y el estallido periódico de crisis económicas que destruían las vidas de cientos de miles de personas. Toda aquella civilización basada en el capital, cuya cultura y valores liberales no dejaban de ser celebrados en casi todos los rincones de occidente, se erigía sobre las masas pobres y asalariadas. Como dos caras de una misma moneda, civilización y barbarie nunca habían estado tan íntimamente relacionadas.

Marx había alumbrado a través de

sus múltiples investigaciones un dispositivo teórico nuevo — científicamente sólido— que iría perfeccionando gracias a sus investigaciones periodísticas posteriores. Ahora los conceptos de *fuerzas productivas, relaciones de producción e intercambio, división del trabajo, clases sociales, lucha de clases, modo de producción*, y sus primeras tentativas para esbozar una *teoría del valor*, conformarían un nuevo horizonte epistémico. Los primeros trabajos periodísticos trazados desde esta perspectiva serán los acometidos en una nueva publicación, iniciada en junio

de 1848 y marcada profundamente por las revoluciones europeas de ese mismo año: la *Neue Rheinische Zeitung* [Nueva Gaceta Renana]. Antes de acometer junto a Friedrich Engels el proyecto de la nueva gaceta, cuyo lugar de edición sería Colonia, Marx había escrito ocasionalmente algunos artículos para la *Deutsche Brüsseler Zeitung* [Gaceta Alemana de Bruselas], diario al que Engels sería mucho más asiduo. Estos artículos —escritos en 1847— versan sobre cuestiones políticas de carácter muy específico, centradas sobre todo en Alemania, con lo que no constituyen una muestra significativa de

lo que anunciábamos más arriba: la aplicación de un nuevo paradigma de análisis a fenómenos político-sociales de relevancia histórica notable. Será después del *Manifiesto del Partido Comunista* cuando el periodismo de Marx —y también el de Engels— alcance un nivel mucho mayor en lo que a profundidad analítica y amplitud temática se refiere.

Como señalábamos más arriba, la *Neue Rheinische Zeitung* se escribirá cerca del fragor revolucionario de 1848, traduciendo a lo largo de sus artículos y diferentes números las perspectivas políticas del momento y la situación de

una Europa convulsa. Si bien es cierto que una de las preocupaciones centrales de Marx y Engels era la situación alemana, sus análisis abarcarán toda la Europa contagiada por el «año de las revoluciones». Sería muy difícil exponer de una manera sucinta una mínima parte de lo escrito por los dos colaboradores, ya que solo el número de escritos elaborados por Marx ronda las ochenta columnas, a las cuales habría que sumar los editoriales sin firma y la publicación por artículos de *Trabajo asalariado y capital* (1849). Las líneas temáticas de la *Neue Rheinische Zeitung* se refieren fundamentalmente a la historia de los

diferentes conflictos en las naciones de Europa sacudidas por la revolución, atendiendo a los enfrentamientos entre las fuerzas insurrectas y las fuerzas del orden constituido. Desde Alemania y París, pasando por Dinamarca, Milán, Hungría, Polonia y Rusia, Marx y Engels dibujarán en sus escritos una constelación histórica irrepetible, jalonada por las victorias, las proclamaciones republicanas, las derrotas, los pactos provisionales y las transformaciones políticas sufridas por las diferentes naciones. Las crónicas del diario constituyen un seguimiento profundo y agudo de todo lo acontecido

en la estela de 1848.

Marx y Engels llegarían a dos interesantes conclusiones a través de sus artículos, las cuales influirán directamente en el posterior desarrollo de la teoría del filósofo y en sus análisis periodísticos de la década de 1850. Para empezar, la consideración de la burguesía como una clase cuyas energías revolucionarias y políticas —incluso en sus facetas más demócratas y republicanas— comenzaban a agotarse, perdiendo así el carácter histórico progresista que los dos autores le habían atribuido en otros textos. Por otra parte, Marx entendería que uno de los factores

determinantes en el estallido revolucionario de 1848 había sido la crisis económica del 47. Ésta había propiciado las insurrecciones y su rápida expansión por todo el mapa europeo. Las crisis económicas del capitalismo, además de suponer un golpe para todas las estructuras sociales del sistema burgués, aparecían ante Marx como un momento de quiebra de legitimidad del poder político, y podían ser aprovechadas por un movimiento revolucionario organizado. A partir de este momento, Marx vincularía en un mismo ciclo crisis y revolución, entendiendo que el triunfo de una

insurrección popular solo tendría éxito en un contexto de crisis, y que esta última habría de preceder al levantamiento.

La *Neue Rheinische Zeitung* tuvo que luchar constantemente contra la censura política, algo a lo que el filósofo se había acostumbrado desde los inicios de su carrera periodística. La nueva publicación, cuyo fin programático era lograr la república democrática unida de Alemania, viviría constantes persecuciones, amenazas de cierre e incluso una supresión temporal, pero su intervención en la vida social de Colonia y Prusia fue mucho mayor que

la lograda en general con sus publicaciones precedentes. La actividad de la gaceta fue frenética, máxime si consideramos que apenas tuvo un año de existencia y que logró cubrir casi la totalidad de los acontecimientos que sacudieron Europa desde 1848. Fue también el órgano de las asociaciones obreras de Colonia, de un proletariado cada vez más consciente de su propia organización, y sus artículos no dejarían de criticar en ningún momento la deriva reaccionaria posterior a las grandes revueltas de momento. El fin de la *Neue Rheinische Zeitung* llegaría, de hecho, de la mano del ocaso de las

revoluciones y la restauración conservadora. Marx fue obligado a cerrar el periódico a mediados de 1849, y sería también expulsado de Colonia por haber violado la hospitalidad del país con la publicación de prensa sediciosa. El último número del diario, editado en mayo de 1849, saldría impreso en tinta roja. Un último gesto de Marx ante la «tolerancia» del gobierno alemán.

III

Después de la expulsión de Colonia, Marx viajaría a París, alentado por las posibilidades de un nuevo estallido revolucionario. La situación que encontró al llegar fue muy distinta. Las elecciones presidenciales en Francia habían dado la victoria a Luis Napoleón, y la reacción conservadora era inminente. El incendio de 1848 se esfumaba tan rápido como se había expandido por toda Europa. Su estancia en París duraría poco tiempo: después de apenas tres meses, las autoridades volverían a expatriarle como ya lo habían hecho en 1845, tras el cierre de *Vorwärts!* En un perpetuo exilio,

condenado a vagar de país en país, decidiría finalmente viajar hacia Inglaterra, donde creía que podría encontrar mejores condiciones para su vida, sus investigaciones económicas y sus actividades políticas.

La llegada de Karl Marx a Inglaterra marca, sin duda, el inicio del período más importante de toda su producción periodística. También el momento de mayor precariedad económica al que él y su familia se verían sometidos. Hay tres características fundamentales que hay que destacar para contextualizar el periodismo de esta etapa, y que nos ayudarán a entender después su riqueza

temática y crítica. La primera, y quizá más obvia, es que Inglaterra era un lugar privilegiado para la investigación económica. No solo era la capital del Imperio británico, la fuerza económica hegemónica hasta entonces dentro del mercado mundial, sino también el lugar donde los principales economistas políticos —tales como Adam Smith o David Ricardo— habían desarrollado desde muy pronto sus teorías económicas y sus obras más importantes. Marx tenía la oportunidad de aunar ahora la teoría del capitalismo más avanzado de la época con su práctica. La situación de Inglaterra nos

permite hablar de otro rasgo o característica que adquirirá el periodismo de Marx en esa fase, y que llevaría sus crónicas a un nuevo nivel: el filósofo alcanzará una perspectiva de análisis *mundial*, que le permitirá — tanto en sus artículos como en la teoría — entender el capitalismo como un sistema global, atravesado por procesos de producción y reproducción que vinculaban a los países hegemónicos con las naciones periféricas y las colonias. Ahora el pensador comunista podría relacionar acontecimientos dispares de todo signo (político, revolucionario, jurídico, diplomático,

etc.) con los fundamentos económicos del modo de producción capitalista. El mundo quedaba así atado a una sola dinámica: la del trabajo asalariado y el capital.

Un último rasgo que caracterizará el periodismo de Marx de esta etapa, y que lo hará especialmente crítico y consciente, está relacionado con la situación de la clase obrera en Inglaterra. El proletariado inglés era muy avanzado en lo que a organizaciones obreras y movimientos socialistas se refiere, con los que Marx compartiría, desde muy pronto, su lucha por el comunismo y la democracia. Su

inmersión en la vida de las asociaciones y su contacto cada vez más directo con el proletariado le volverían progresivamente consciente de las necesidades de crear un movimiento obrero internacional, una corriente capaz de responder a la ofensiva del capital en el mismo plano en el que éste actuaba: el mundo.

La primera publicación periodística del período continuaría la estela de la que había sido suprimida en Colonia, y llevaría por título *Neue Rheinische Zeitung – Politische-Ökonomische Revue* [Nueva Gaceta Renana. Revista Político-económica]. De ella se

publicarían cinco números en 1850, los cuales serían impresos por el editor Schuberth en Hamburgo gracias a la mediación de la Liga de los Comunistas (formada por Marx y Engels en 1847 en Bruselas). Las malas relaciones con el editor —que publicaba tarde y alteraba los textos sin consultar—, las pérdidas económicas ocasionadas por el diario y la insistencia del filósofo en una revolución de la que ya solo quedaban ascuas, hicieron que la revista apenas durase un año. De entre todos los artículos, verdaderas panorámicas generales de la política y economía europeas, cabe destacar el que sería el

primer gran análisis de Marx de un proceso histórico desde la perspectiva del materialismo histórico: *La lucha de clases en Francia* (1848-1849). Marx se había enfrentado antes al presente, a las diferentes noticias de las revoluciones de 1848 desde una perspectiva materialista, pero ahora leía el 48 francés como un *proceso histórico singular* articulado a través de los conceptos teóricos que había forjado en sus obras previas. Sin entrar en la línea argumental del texto, cabe señalar que Marx lee el proceso revolucionario y el posterior gobierno conservador de Luis Napoleón ubicando los intereses de

clase y las dinámicas económicas como el fondo del conflicto, el verdadero escenario sobre el cual caminaban — como en una suerte de tragicomedia— las diferentes facciones, los personajes del período y el propio Luis Napoleón. El resultado de las oposiciones entre los intereses del proletariado, los socialistas pequeño-burgueses, los campesinos y la burguesía daría como resultado el gobierno conservador de Bonaparte, capaz de prometer todo a cada una de aquellas clases y después venderles solo humo. Siguiendo esta línea temática, Marx publicaría en el diario neoyorquino *Die Revolution* [La

Revolución] (1851-1852) la que probablemente sea su mejor pieza breve de análisis político, económico e histórico: *El 18 de brumario de Luis Bonaparte*. El texto analizaba el *coup d'État* de Napoleón en un tono satírico pero incisivamente analítico, mostrando los procesos políticos y las contradicciones socio-económicas que permitirían al presidente de la república francesa convertir el país en un nuevo Imperio.

Tras el fracaso de la gaceta a finales de 1850 y su última contribución en *Die Revolution*, llegaría el período más importante de su producción

periodística, una etapa que es inseparable del nombre de un diario: el *New York Tribune*. Desde 1852 hasta 1862 Karl Marx colaborará ininterrumpidamente con el periódico, siendo éste su trabajo de mayor duración como periodista. El *Tribune* era el diario con más tirada de la época en aquel mundo cada vez más global, y su orientación editorial era además claramente progresista. Era, por tanto, una oportunidad que el filósofo no podía dejar escapar. No solo le garantizaría un sustento salarial, ayudando a paliar la miseria en la que se hallaba sumido desde su llegada a Londres, sino que le

serviría como órgano para difundir sus puntos de vista políticos y económicos. Charles Dana^[2] y Horace Greely^[3], jefe de redacción y editor del diario respectivamente, constituían en aquel momento la izquierda más cercana al socialismo que había en los Estados Unidos, si bien es cierto que estaban ideológicamente muy lejos de la radicalidad política y crítica de Marx. A éste lo contrataron como corresponsal europeo del periódico, y llegaría a publicar en él 350 artículos. La situación económica de Marx en aquella época, siempre al borde del desastre, hizo que Engels enviase también —bajo

el nombre de su amigo— unos 150 artículos más, colaborando a su vez con el filósofo en la redacción de varios editoriales conjuntos.

En esta época Marx trabajará también para otros diarios, como el cartista *People's Paper* [Periódico del Pueblo] en Inglaterra, dirigido por Ernest Jones, la *Neue Oder Zeitung* [Nueva Gaceta del Oder], de la región del Oder, o *Die Presse* [La Prensa] de Viena. Aunque los artículos publicados en estos periódicos son de gran calidad, serán las contribuciones para el *New York Tribune* las que caractericen este período. La lista de líneas temáticas que

el pensador y periodista trabajará en sus crónicas para el *Tribune* es impresionante. Constituye, desde una perspectiva teórica, un trabajo de investigación, análisis de datos y puesta a prueba de los conceptos crucial en su formación, gracias al cual podrá establecer en el año 1858 —dentro de la frenética escritura de los *Grundrisse*^[4] (1857-1858)— la noción vertebral de su crítica a la economía política: el concepto de *plusvalor*. Como decíamos, la serie de temas abordados por Marx es abrumadora: análisis de las principales economías nacionales del período (Inglaterra, Estados Unidos y Francia),

trabajos sobre todas las revueltas e insurrecciones habidas en Europa (España, Grecia, Italia, etc.), escritos sobre política internacional, brillantes crónicas sobre la situación de la clase obrera y una atención exhaustiva al horizonte colonial. El examen politológico, comercial y cultural de la Asia colonial —continente al que Marx dedicaría varias columnas— tendrá una influencia teórica fundamental en su forma de concebir el desarrollo histórico. Si en el *Manifiesto del Partido Comunista* y en obras anteriores la mirada del filósofo era demasiado eurocéntrica y lineal, ahora

aparecerán nuevas sociedades y nuevos modos de producción en su discurso, nuevas culturas y horizontes de antagonismo que antes no había tenido en cuenta. Este hecho convertirá la teoría histórica de Marx en una forma de análisis no lineal y heterogéneo, plural y abierto a las dinámicas del cambio histórico.

Por otra parte, Marx vinculará todos los fenómenos económicos y políticos del momento con el proceso de expansión del capitalismo en la década de 1850, y lo hará con un objetivo concreto: rastrear los signos de una posible crisis económica mundial que

parecía estar preparándose desde 1853. Como hemos comentado más arriba al hilo de los artículos de la *Neue Rheinische Zeitung*, Marx entendía que el ciclo económico había de ser estudiado también políticamente, pues todo proceso de pánico y recesión parecía alentar el fuego de la insurrección. El capitalismo, envuelto en un *boom* industrial creciente y expansivo, se presentaba ahora de un modo mucho más universal que en la década anterior, lo que hacía que sus contradicciones fuesen al mismo tiempo más profundas. Marx y Engels tenían en mente la posibilidad del estallido de una

nueva revuelta, una revolución que tendría unos efectos mucho más radicales que la de 1848 por el grado de desarrollo del mercado y la industria. Era necesario, por tanto, difundir las noticias de la crisis y alertar a las organizaciones obreras de lo que estaba sucediendo. Un nuevo proceso revolucionario podía estar llamando de nuevo a las puertas.

La crisis económica llegaría el año 1857, pero los cálculos de Marx sobre la violencia de sus efectos y las posibilidades de la revolución se mostrarían errados. Si bien la crisis supuso un súbito vuelco de los mercados

más importantes —los de Estados Unidos e Inglaterra—, afectando además fuertemente a Europa y las colonias, el golpe duraría menos de lo esperado. El *Pánico del 57* constituyó la primera gran crisis económica de signo global, y se sintió en todas y cada una de las líneas comerciales y negocios que formaban parte del mercado mundial. Pero aquel desastre financiero no lograría crear las condiciones colectivas para otro nuevo 1848. Quebraron infinidad de negocios, hubo incontables pérdidas humanas y mercantiles, pero el sistema pareció soportar bien el mazazo de la crisis. Una de las razones para que no hubiese

grandes revueltas tuvo que ver con los efectos de la restauración del orden posterior al 48: la mayoría de los comités y asociaciones obreras se habían disipado, incluso el cartismo en Inglaterra era un movimiento en trance de desaparición. La tantas veces certera imaginación política de Marx fallaría al valorar las condiciones sociales y políticas del momento en relación con la revolución. Después de 1857, Marx seguiría rastreando en las consecuencias de la crisis las posibilidades de un cambio histórico, pero la revolución habría de esperar.

Más allá de la crisis, los escritos de

Marx de todo este período suponen su gran confrontación con el sistema-mundo capitalista. Un sistema que mientras aceleraba la industria, creaba las condiciones para comunicar todas las naciones o aplicaba la ciencia a la producción —transformando el mundo conocido de manera objetiva y subjetiva— no dejaba de generar miseria, muerte y antagonismo. Los artículos del *New York Tribune* enseñarían a Marx que las contradicciones generadas por el capital eran *definitivamente irresolubles*. Que el ciclo de acumulación y expansión del capital era potencialmente infinito, pero que dicha infinitud se conformaba —al

mismo tiempo— a través de la destrucción y la servidumbre de la mayoría de los seres humanos. Beneficio en el capitalismo era siempre sinónimo de *desposesión*. Y no podía ser de otra manera. Los individuos eran reducidos a meras mercancías, y su único valor era su fuerza de trabajo. El tiempo de trabajo era la génesis de la riqueza de uno, el capital, y el ocaso de la vida de muchos. Pero Marx aprendería asimismo que donde había dominación y poder también había contradicción y resistencia. Y descubriría, gracias a sus crónicas en el *Tribune*, que la lucha colectiva no era un atributo propio de la

clase obrera de los países industrializados —es decir, occidentales—, sino también de la India, de China y de todos aquellos que se atrevían a desafiar a sus amos, arrancándose el yugo para entrar en combate.

IV

Los artículos escritos por Marx entre 1852 y 1862 dan vida a uno de los legados literarios más importantes y fundamentales del pensador alemán. Resulta sorprendente, incluso

paradójico, que sus escritos periodísticos de madurez no hayan sido destacados ni publicitados por la crítica como merecen. Éstos no solo desvelan una de las facetas más importantes y desconocidas de Marx, la de periodista, sino que le sitúan como una de las conciencias más despiertas del siglo XIX a todos los niveles. Y es que, aunque no hubiese escrito el *Manifiesto del Partido Comunista* o *El capital* (1867), estas crónicas ya tendrían valor histórico y literario por sí mismas. Las razones del olvido del periodismo de Marx, y más concretamente de la mejor etapa de su producción periodística,

están relacionadas con la primacía concedida por la tradición marxista al «Marx filósofo» y al «Marx economista» frente a otras facetas igualmente importantes del autor. Ahora bien, si no atendemos al periodismo del filósofo difícilmente podrán entenderse de manera histórica los cambios y evoluciones de su pensamiento, las diversas fases que atraviesa en la construcción de su teoría histórico-económica. Como he tratado de mostrar a través de un breve recorrido por sus distintos momentos periodísticos, no es la filosofía, sino su labor periodística la que se implica constantemente en los

conflictos políticos, sociales y económicos de su época. El periodismo de Marx es su *laboratorio*, su *taller en la historia*, donde crea hipótesis, recoge datos, elabora acontecimientos y se interroga por las causas de éstos. Es el espacio donde se forjan sus ideas, donde emergen sus posiciones políticas de manera más viva. Uno de los lugares privilegiados para entender la praxis política de Marx y sus procedimientos de investigación.

Pero la riqueza de los artículos, más allá del pensar de Marx, reside en su capacidad para retratar todos y cada uno de los aspectos del siglo XIX. Y no con

pinceladas generales o superficiales, sino con una capacidad de detalle fuera de lo común. En la presente edición pretendemos dar a conocer, de manera global, la producción periodística madura del filósofo, aquella que recorre la década de 1850 y se adentra en la de 1860. La selección de artículos elegidos concede especial atención a los elaborados para el *New York Tribune*, pero también recoge algunas de sus colaboraciones para otros diarios, como la *Neue Oder Zeitung* o *Die Presse*. Nuestra compilación pretende ofrecer una imagen fiel del estilo crítico de Marx ante algunos de los problemas

fundamentales de la época, todos ellos anclados en las contradicciones del capitalismo.

Hemos dividido la obra en cuatro secciones temáticas distintas. Los artículos de cada sección están organizados de forma cronológica, a fin de que el lector pueda contrastar los diversos acontecimientos de los que Marx se ocupa en una misma época, y obtener así un cuadro histórico más completo del momento. La primera sección, «Política y sociedad», trata, sobre todo, de la estructura de clases de la sociedad capitalista inglesa: la situación del proletariado fabril, los

efectos de diversas medidas políticas en la población y la criminalización de la miseria a través de una legislación bárbara. Una legislación que favorecía los procesos de acumulación de capital sin importar el precio a pagar. Pero los artículos de esta parte se refieren también, y no de un modo menos importante, a los efectos de la crisis económica en la sociedad, el aumento de la indigencia, la miseria y la locura como consecuencias fundamentales de la crisis económica de 1857.

Una segunda sección, titulada «Revoluciones y revueltas», se dedica a algunos de los acontecimientos

revolucionarios más destacados de la época, con un seguimiento pormenorizado de su evolución histórica. Los acontecimientos que hemos seleccionado se concentran en el arco mediterráneo de Europa, pero también hacen referencia a revueltas que van más allá del viejo continente, como los movimientos populares de China. Merece una mención especial el ciclo dedicado a España, que aborda la génesis y decadencia del bienio progresista, y lo hace con un conocimiento de los conflictos españoles y un grado de exhaustividad impresionante. Marx no solo se

documentaba en la prensa inglesa, francesa y norteamericana para comprender los fenómenos que se estaban produciendo en España: acudía también a los diarios españoles que se publicaban en 1854. Por otra parte, sus escritos sobre la «unidad italiana» y Grecia muestran la herencia todavía viva de 1848, una herencia nacionalista que seguía presente en muchos de los pueblos europeos que no habían conseguido un mínimo grado de independencia y emancipación.

La tercera sección, «Comercio, finanzas y crisis», presenta los principales artículos sobre materia

económica escritos por Marx en la década de 1850. Como hemos destacado, una de las principales preocupaciones del periodista será analizar las posibilidades explosivas de una crisis económica mundial, un acontecimiento que terminaría por llegar en agosto de 1857. Cabe destacar, de manera central, sus escritos sobre el Crédit Mobilier francés, en los que saldrán a la luz algunos de los mecanismos financieros contemporáneos que permiten tanto crear una estafa colectiva como «socializar las pérdidas» de los negocios. Marx explorará los efectos de la crisis

mundial y su radio de acción, observando sus distintas consecuencias en los mercados más importantes del mundo. Estos escritos cobran un alto grado de actualidad en un proceso de crisis como el de nuestros días, y nos muestran no solo que algunas cosas no han cambiado demasiado, sino que las razones para negar la realidad o justificarla siguen siendo excesivamente parecidas.

Una última sección, «Colonialismo, esclavitud y guerras de emancipación», considera el fenómeno del colonialismo de manera integral, mostrando las condiciones económicas de la

explotación colonial y las características culturales de los pueblos colonizados. Es cierto que las colonias aparecen bajo la mirada de un pensador occidental, y que, en cierto sentido, ésta no está exenta de lo que Edward Said denominaría «orientalismo», esa red de prejuicios y tópicos exóticos contruidos por los diferentes discursos occidentales —epistémicos, literarios, racionales, religiosos— derivados de la presencia colonial europea en Asia. Pero Marx, un disidente de su propia tradición, irá más lejos del exotismo cultural occidental, y tratará de atender, más bien, a los conflictos y formas de

resistencia al capital de los pueblos colonizados, a sus luchas —en definitiva— por la emancipación del dominio occidental. Las guerras del opio en China y las sucesivas rebeliones del pueblo indio serán los acontecimientos a los que dedicará más atención en esta época, ofreciendo una imagen cruda y brutal de la colonización inglesa. Por otra parte, esta sección también recoge algunos episodios importantes de la Guerra Civil norteamericana y la crisis del algodón de comienzos de la década de 1860, fenómenos que anunciarán la liberación del pueblo negro de la esclavitud.

Los artículos del *New York Daily Tribune* traducidos en este texto tienen como fuente sus copias originales en inglés. Cuando un texto se presentaba sin título, como sucede con todos los editoriales, hemos utilizado el título fijado en la edición clásica de las *Karl Marx-Friedrich Engels Werke* (Dietz Verlag, Berlín). Los artículos de la *Neue Oder Zeitung* y *Die Presse* han sido traducidos directamente de las propias *Werke*.

Agradecimientos

Esta edición no se podría haber llevado a cabo sin la estrecha colaboración de Amado Diéguez y María Isabel Hernández González, traductores de los artículos que le dan vida. Más allá de sus tareas de traducción, han participado en la elaboración de las notas del texto, ayudándome enormemente a dar claridad y perspectiva a los escritos de Karl Marx. Sin la ayuda de Julia Millán Bermejo y su destreza con el alemán, el proceso de compilación, organización y selección de textos de esta edición

hubiese sido mucho más trabajoso y difícil. Querría expresar mi gratitud a Germán Cano, Salomé Ramírez y Juan Pedro García del Campo, cuya amistad e inspiración me han acompañado desde las primeras líneas de este libro. Gracias también a Hékate, por todo. Y —*last but not least*— me gustaría agradecer a Luis Magrinyà su confianza y generosidad. Sin su apoyo y paciencia esta edición sería solo una quimera.

Procedencia de los artículos

Política y sociedad

1. Political Prospects. Commercial Prosperity. Case of Starvation (2 de febrero de 1853. New York Tribune).

2. Elections. Financial Cloud. The Duchess of Sutherland and Slavery (9 de febrero de 1853; New York Tribune).

3. Capital Punishment. Mr. Cobden's Pamphlet. Regulations of the Bank of England (18 de febrero de 1853; New York Tribune).

4. The Labor Question (28 de

noviembre de 1853; New York Tribune).

5. Attack upon Sevastopol. Clearing of States in Scotland (2 de junio de 1854; New York Tribune).

6. The English Middle Class (1 de agosto de 1854; New York Tribune).

7. Physiologie der herrschenden Klassen Groß-britanniens (26 de julio de 1855; Neue Oder Zeitung).

8. Condition of Factory Laborers (22 de abril de 1857).

9. The Increase of Lunacy in England (20 de agosto de 1858; New York Tribune).

10. Population, Crime and Pauperism (16 de septiembre de 1859;

New York Tribune).

11. Die Meinung der Journale und die Meinung des Volkes (31 de diciembre de 1861; Die Presse).

Revoluciones y revueltas

1. *Revolution in China and Europe* (15 de junio de 1853; *New York Tribune*).

2. *The Greek Insurrection* (29 de marzo de 1854; *New York Tribune*).

3. *Revolution in Spain. Bomarsund* (4 de septiembre de 1854; *New York Tribune*).

4. *Revolution in Spain* (8 de agosto de 1856; *New York Tribune*).

5. *Revolution in Spain II* (18 de agosto de 1856; *New York Tribune*).

6. *On Italian Unity* (24 de enero de 1859; *New York Tribune*).

7. *What has Italy gained?* (27 de julio de 1859; *New York Tribune*).

Comercio, finanzas y crisis

1. *Pauperism and Free Trade. The Approaching Commercial Crisis* (1 de noviembre de 1852; *New York Tribune*).

2. *The Crisis in the Trade and Industry* (11, 12, 20 y 25 de enero de 1855; *Neue Oder Zeitung*).

3. *The French Crédit Mobilier* (21 de junio de 1856; *New York Tribune*).

4 *The French Crédit Mobilier II* (24 de junio de 1856; *New York Tribune*).

5. *The French Crédit Mobilier III* (11 de julio de 1856; *New York Tribune*).

6. *The European Crisis* (6 de diciembre de 1856; *New York Tribune*).

7. *The Bank Act of 1844 and the Monetary Crisis in England* (21 de noviembre de 1857; *New York Tribune*).

8. *The Financial Crisis in Europe* (22 de diciembre de 1857; *New York Tribune*).

9. *British Commerce and Finance* (4 de octubre de 1858; *New York Tribune*).

10. *Project for the Regulation of the Price of Bread in France* (15 de diciembre de 1858; *New York Tribune*).

11. *The Financial Panic* (12 de mayo de 1859; *New York Tribune*).

Colonialismo, esclavitud y guerras de emancipación

1. *The British Rule in India* (25 de junio de 1853; *New York Tribune*).

2. *The Future of the British Rule in India* (8 de agosto de 1853; *New York Tribune*).

3. *The Anglo Chinese Conflict* (23 de enero de 1857; *New York Tribune*).

4. *English Atrocities in China* (10

de abril de 1857; *New York Tribune*).

5. *The Revolt in India* (4 de agosto de 1857; *New York Tribune*).

6. *The Indian Question* (14 de agosto de 1857; *New York Tribune*).

7. *The Revolt in India II* (15 de septiembre de 1857; *New York Tribune*).

8. *Investigation of Tortures in India* (17 de septiembre de 1857; *New York Tribune*).

9. *The British Government and the Slave Trade* (2 de julio de 1858; *New York Tribune*).

10. *History of the Opium Trade* (20 de septiembre de 1858; *New York Tribune*).

11. *History of the Opium Trade II* (25 de septiembre de 1858; *New York Tribune*).

12. *The British Cotton Trade* (14 de octubre de 1861; *New York Tribune*).

13. *Der Bürgerkrieg in den Verinigten Staaten* (7 de noviembre de 1861; *Die Presse*).

14. *Zur Baumwollkrise* (8 de febrero de 1862; *Die Presse*).

15. *Ein Vertrag gegen den Sklavenhandel* (22 de mayo de 1862; *Die Presse*).

Política y sociedad

Perspectivas políticas. Prosperidad comercial. Un caso de inanición

Londres, 14 de enero de 1853

Al recibir sus credenciales diplomáticas como titular de Asuntos Exteriores, lord John Russell declaró ante los presentes que custodiaría los sellos del Ministerio solo *ad interim*, y que en breve lo dejaría en manos del conde de Clarendon. Lo cierto es que en el

Departamento del Extranjero este Russell siempre ha sido un completo extranjero y no ha destacado por nada salvo, creo, por una insípida compilación histórica de los tratados firmados desde la paz de Nimega, libro que, he de confesarlo, parece al menos tan entretenido como la «tragedia» con la que su autor sorprendió una vez al mundo. Con toda probabilidad, a lord John le van a confiar el liderazgo en la Cámara de los Comunes y un asiento en el gabinete, donde es muy probable que toda su actividad consista en elaborar la nueva Ley de Reforma. La reforma parlamentaria es el ámbito de actividad

tradicional de Russell desde que, con sus medidas de 1831, demostró tener mano maestra para repartir los *rotten boroughs*^[5] entre *tories* y *whigs*.

Mis predicciones sobre la probable ineficacia de las tres incorporaciones irlandesas al Ministerio para asegurarse los votos de la «Brigada» en la causa del gobierno de coalición^[6] se han cumplido al pie de la letra. La actitud que últimamente han tenido *The Freeman's Journal* y *The Tablet* —el tono de las cartas y declaraciones de los señores Lucas, Moore y Duffy— y la resolución adoptada contra los señores Sadleir y Keogh en la última reunión de

la Tenant-Right Association [Asociación por los Derechos del Arrendatario] bastan para indicar que la administración de Aberdeen solo dispondrá de una pequeña fracción de las huestes de Irlanda.

Es bien sabido que lord Aberdeen, actual jefe del gabinete, va a ocupar su escaño en la Cámara de los Lores. Ahora bien, en un discurso recientemente pronunciado en Manchester en el banquete ofrecido al nuevo embajador^[7], el señor Ingersoll, el señor Bright^[8] aprovechó la ocasión para explicar que la supresión total de la Cámara de los Lores es *conditio sine*

qua non para el «avance» de la clase media industrial. Es posible que la primera declaración oficial de la escuela de Manchester^[9] desde la formación de ese Ministerio de Coalición sirva para que lord Aberdeen se dé cuenta por fin de en qué ha quedado esa democracia que lord Derby^[10] ha encogido tanto.

Así que la guerra de partidos que según un animoso periodista de *The Times* había terminado para siempre ha rebrotado a pesar de que la Era del Milenio^[11] haya empezado con la suspensión del Parlamento hasta el próximo 10 de febrero.

La continuación y aumento de la prosperidad industrial y comercial fueron unánime y ruidosamente proclamados al comenzar el nuevo año y confirmados por la publicación de las rentas públicas hasta el día 5 del corriente, por las ganancias de la Cámara de Comercio en el mismo mes y en los once meses que concluyen el 5 de diciembre, por los informes de la Inspección de Factorías y, finalmente, por las circulares anuales sobre comercio que se publican cada año y ofrecen una visión general de todas las transacciones comerciales del año anterior.

Los ingresos por impuestos directos muestran unos incrementos anual de 978.926 y trimestral de 702.776 libras esterlinas. A lo largo del año, todas las partidas aumentan excepto *Aduanas*. La suma total ingresada por la Hacienda Pública asciende a 50.468.193 libras esterlinas.

Los *Impuestos indirectos*, que se supone que son indicativos del bienestar de los ciudadanos, sumaron 13.093.170 libras el año que finalizó el 5 de enero de 1852. En el año que ha finalizado el 5 de enero de 1853 han sumado 13.356.981 libras.

La partida *Pólizas*, que indica el

aumento de la actividad comercial,

dejó en 1851-1852 ...	5.933.549
y en el año 1852-1853 ...	6.287.261

Las ganancias de la Cámara de Comercio del mes pasado y de los once meses que finalizaron el 5 de diciembre de 1852 fueron:

Valor de	1852	1851	1850
las exportaciones del mes que terminó el 5 de dic.	6.102.694	5.138.216	5.362.319

Los once meses que terminaron el 5 de dic.	65.349.798	63.314.272	60.400.525
--	------------	------------	------------

Es decir, se ha producido un incremento de casi un millón de libras el mes en cuestión y de más de dos millones en los últimos once meses. Sin conocer el valor total de las importaciones, no sabemos si las exportaciones lo igualan o sobrepasan.

Pasando a los informes de la Inspección de Factorías, en el presentado por el señor Horner, inspector del distrito de Lancashire, sobre el medio año anterior al 31 de octubre de 1852, que acaba de hacerse público, se puede leer lo siguiente:

En mi distrito se han producido muy

pocos cambios el pasado año en lo que concierne a las fábricas de lana, seda y estambre, y las de lino siguen como estaban el 1 de noviembre de 1851. Sin embargo, el incremento de las factorías de algodón ha sido muy grande. Sin contar las que hoy están desocupadas (aunque, con toda probabilidad, muchas de ellas pronto volverán a entrar en funcionamiento, y en especial aquellas de las que no se ha retirado maquinaria), en los dos últimos años se habrán puesto en marcha por primera vez unas 129, lo que supone otros 4023 caballos de potencia; y en las ya existentes se han incorporado 53 adiciones, es decir, otros 2090 caballos de potencia; de manera que se ha producido un incremento de 6113 caballos de potencia, lo que probablemente haya

dato empleo a no menos de 24.000 trabajadores más dentro del sector algodonero. Y eso no es todo, porque actualmente se están construyendo nuevas factorías. En un área limitada como la comprendida entre las localidades de Ashton, Staleybridge, Oldham y Lees, habrá otras once con una potencia agregada de 620 caballos. Dicen que a los fabricantes de maquinaria los encargos los superan; y el propietario de una factoría muy inteligente y observador me ha dicho hace poco que muchas de las edificaciones que ahora se están erigiendo probablemente no entren en funcionamiento antes de 1854 por la imposibilidad de que les llegue la maquinaria. Pero, por grande que sea el aumento de las cifras de ingresos

citadas anteriormente y las que darán mis colegas, no reflejan en modo alguno el aumento total; porque existe una enorme y muy fértil causa del incremento de la producción de la que es muy difícil obtener datos. Me refiero a las últimas mejoras de los motores de vapor, gracias a las cuales la vieja maquinaria e incluso la nueva desarrollan una cantidad de trabajo muy superior a su potencia nominal en caballos y que va mucho más allá de lo que hasta ahora se creía posible.

El señor Horner cita a continuación una carta del señor Nasmyth, eminente ingeniero civil de Birmingham, en la que se describe el aumento de potencia que se consigue al trabajar con motores de

mayor velocidad adaptándoles los dobles cilindros de alta presión de Woolf, mejora con la cual se consigue realizar al menos un cincuenta por ciento más de trabajo aun empleando exactamente los mismos motores que antes.

Por un resumen de los informes de todos los inspectores, parece que en el año que concluyó el 31 de octubre de 1852 el número total de nuevas factorías en funcionamiento era de 229, con una potencia por vapor de 4771 caballos y una potencia por agua de 586 caballos, a lo cual hay que sumar las ampliaciones, 69, de factorías ya existentes, con una

potencia por vapor de 1532 caballos y una potencia por agua de 28 caballos, lo cual da un enorme global de 6917 caballos de potencia.

Si revisamos a continuación las circulares sobre el comercio anual, veremos que todas transmiten el mismo ánimo entusiasta con que *The Times* predecía la Era del Milenio de la política, y que lo hacen en todo caso con ventaja, porque se basan en datos y no en meras expectativas, aunque no se refieran más que al último año.

Los agricultores no tienen motivo de queja. Al empezar el año, el precio medio semanal del trigo era de 37 con 2,

al terminar, de 45 con 11. El aumento de los precios del grano se ha visto acompañado de una subida del precio del ganado, la carne, el queso y la mantequilla.

En agosto de 1851 se produjo una bajada de los precios sin precedentes — sobre todo de los del café y el azúcar— que no cesó en todo el año porque el pánico reinante en Mincing Lane^[12] no llegó a su punto culminante hasta el primer mes del pasado año. Las circulares anuales indican ahora una considerable subida de los precios de la mayoría de los artículos de producción extranjera y en especial de productos de

las colonias como el azúcar, el café, etcétera.

Lo sucedido con las materias primas se puede deducir de la siguiente circular de los señores Hughes y Ronald:

El estado del comercio de la lana ha sido a lo largo de todo el año satisfactorio en grado sumo. [...] La demanda doméstica de lana ha sido anormalmente elevada [...]. La exportación de artículos de lana y estambre se ha producido a gran escala y ha sido incluso mayor que la del año 1851, que fue la mayor de la historia [...]. Los precios han ido subiendo paulatinamente, pero solo en el último mes se ha producido una subida importante y se puede decir que

actualmente son un 15 o un 20 por ciento superiores a los del año pasado.

Los señores Churchill y Sim
afirman:

El sector de la madera ha participado en gran medida de la prosperidad comercial del país en 1852. [...] La importación a Londres ha pasado de 1200 cargamentos en 1852, y es muy parecida a la de 1851. En ambos años se ha incrementado un 50 por ciento con respecto a los precedentes, donde la media de cargamentos llegados a Londres era de 800. Pero, mientras que la cantidad de madera talada ha seguido estable a lo largo de varios años, el empleo de tablones, listones, etcétera,

o de madera serrada ha cobrado gran impulso durante 1852, en el que se han utilizado 6.800.000 piezas por las 4.900.000 que de media se venían utilizando.

En lo que se refiere a la piel, los señores Powell y compañía dicen:

El año que acaba de concluir ha sido sin duda muy favorable para las fábricas de piel en casi todos los aspectos. A primeros de año, las materias primas estaban a muy bajo precio pero, por determinadas circunstancias, la piel ha aumentado mucho más su valor que en los últimos años.

El comercio del hierro es

particularmente floreciente. Este metal ha pasado de 5 libras por *tun*^[13] a primero 10 libras y 10 peniques y últimamente a 12. Es también probable que suba a 15 libras, y que sea cada vez mayor el número de hornos que se pongan en marcha.

Sobre la navegación, los señores Offor y Gamman afirman:

El año que acaba de concluir ha visto una notable actividad de la navegación británica gracias principalmente al estímulo que ha supuesto el descubrimiento de oro en Australia. [...] Los cargamentos han aumentado de forma generalizada.

Lo mismo ha ocurrido en la industria naviera. Con relación a este sector, la circular de los señores Tonge, Currie y Co. de Liverpool señala:

En ninguna otra ocasión habíamos podido hablar tan favorablemente de la venta de barcos en este puerto, tanto en lo que se refiere al tonelaje vendido como al precio obtenido; los precios de los barcos coloniales han subido por lo menos un 17 por ciento el pasado año, y la tendencia es continua y ascendente, mientras que las existencias se han reducido a 48 veleros, frente a los 76 de 1852 y a los 82 de 1851, y no se espera que aumenten de manera inmediata. [...] El número de barcos que llegaron a Liverpool a lo largo del año y

se vendieron fue de 120, lo que equivale a 50.000 toneladas. 39 han sido botados o están en proceso de construcción en nuestro puerto, con un desplazamiento total de 15.000 toneladas, frente a los 23 bancos y 9200 toneladas de 1851. El número de vapores construidos o en proceso de construcción en esta ciudad asciende a 13, lo que suma un total de 4050 toneladas. [...] En cuanto a los veleros de hierro, la característica más notable del sector en Liverpool es el favor cada vez mayor de que gozan entre los compradores, y que tiene a los navieros de aquí, del Clyde, de Newcastle y de todas partes, ocupados como nunca.

En cuanto a los ferrocarriles, los

señores Woods y Stubbs escriben:

Los beneficios nos hacen concebir las más optimistas expectativas y superan con mucho todos los cálculos previos. Los de la pasada semana muestran que se han construido más de 550 kilómetros —un 51 o 52 por ciento— y que el tráfico ha crecido en 41.426 libras esterlinas, es decir, un 14 por ciento.

Por último, la circular de los señores Du Fay y Co. (Manchester) recoge las considerables transacciones con la India y China del mes de diciembre de 1852. Estos señores afirman además que la abundancia de

dinero ha favorecido las transacciones con los mercados más lejanos y ha permitido a los inversores compensar las pérdidas de producción y mercancías que sufrieron en la primera parte del año.

Hoy son varias las tierras y minas recientes, y otros proyectos, que atraen a los especuladores.

Los informes de la Inspección de Factorías demuestran la prosperidad de las regiones manufactureras en general y de los distritos algodoneros en particular. En relación con la manufactura del algodón, los señores

John Wrigley e Hijo de Liverpool afirman lo siguiente:

Visto como prueba de la prosperidad general del país, el progreso de la industria del algodón el año que ahora termina ofrece unos resultados de lo más gratificantes. [...] Ha deparado muchos detalles sorprendentes, pero ninguno más destacado y notable que la extraordinaria facilidad con que ha desarrollado una actividad tan insólitamente grande como para necesitar más de tres millones de fardos —la producción de los Estados Unidos de América—. [...] En muchas regiones se llevan a cabo preparativos para ampliar las fábricas y cabe esperar que en el año venidero la cantidad total

de algodón sea mayor que ningún otro.

La mayoría de los otros sectores de la industria están en la misma situación. Los señores McNair, Greenhow e Irving de Manchester dicen:

Hablamos de Glasgow por sus industrias del algodón y del hierro; de Huddersfield, Leeds, Halifax, Bradford, Nottingham, Leicester, Sheffield, Birmingham, Wolverhampton, etcétera, por la gran prosperidad de que parecen disfrutar sus diversas industrias.

Las únicas excepciones a la prosperidad general son el comercio de la seda y los cardadores de lana de

Yorkshire. La situación general del sector tal vez lo resuman las siguientes palabras de una circular de Manchester:

Tememos el exceso de especulación más que la inactividad o la falta de medios.

Entre tanta prosperidad universal, el Banco de Inglaterra ha dado recientemente un paso que ha causado una consternación generalizada en el mundo del comercio. El 22 de abril de 1852 esta institución bajó el tipo de descuento al 2 por ciento. La mañana del 6 de enero de 1853 anunció que este tipo pasaría del 2 al 2,5 por ciento, un

incremento de tasas del 25 por ciento. Algunos han intentado explicar este incremento por las cargas que recientemente han contraído los grandes contratistas ferroviarios, que, como es sabido, guardaban facturas que ahora empiezan a salir a la luz en grandes cantidades.

Otras instancias, como por ejemplo *The London Sun*, opinan que, a su vez, el Banco de Inglaterra pretendía obtener ventaja de la prosperidad reinante con un incremento de los descuentos. La normativa ha sido rechazada en su conjunto por estar «fuera de lugar». Con el fin de valorarla en su justa medida

recojo a continuación unos datos publicados por The Economist:

BANCO DE INGLATERRA

1852	Oro	Garantías	Tipo de descuento mínimo
22 de abril	19.587.670	23.782.000	reducido al 2 por ciento
24 de julio	22.065.349	24.013.728	2 por ciento
18 de diciembre	21.165.224	26.765.724	2 por ciento
24 de diciembre	20.794.190	27.545.640	2 por ciento
1853			
1 de enero	20.527.662	29.284.447	2 por ciento, subió al 2,5 por ciento el 1 de enero

Hoy, como vemos, el Banco de Inglaterra guarda un millón de libras esterlinas en oro más que en abril de 1852, mes en que el tipo de interés se

redujo al 2 por ciento. Pero la diferencia es muy acusada entre uno y otro momento; porque ha cambiado con relación a los movimientos de oro y ha pasado de ascender suavemente a sufrir altibajos. La afluencia de oro es peculiarmente alta y el mes pasado se superaron todas las importaciones de América y Australia. Además, en el mes de abril había en garantía cinco millones y medio menos de libras que actualmente. Por consiguiente, en abril de 1852, la oferta de capital prestable era mayor que la demanda, mientras que ahora ocurre lo contrario.

La emigración de oro se ha visto

acompañada de un marcado declive de los intercambios con el extranjero, circunstancia que en parte hay que achacar al considerable aumento de los precios de la mayoría de los artículos importados y en parte a la gran especulación en este terreno. Hay que añadir a esto la repercusión en la agricultura de un otoño y un invierno poco favorables, las lógicas dudas y temores respecto a las próximas cosechas y, como consecuencia, las grandes operaciones de importación de harinas y cereal. Por último, los capitalistas ingleses han invertido fuertes sumas en la fundación de

compañías y líneas ferroviarias y otros proyectos empresariales en Francia, Italia, Suecia, Noruega, Dinamarca, Alemania y Bélgica, y participan en la estafa generalizada que se está produciendo en la Bolsa de París. Por tanto, las acciones de Londres son ahora más abundantes en todos los mercados de Europa que en ningún período anterior y, en consecuencia, se ha observado una caída ininterrumpida de los tipos de cambio. El 24 de julio, la libra esterlina se cambiaba en París por 25 francos y 30 céntimos; el 1 de enero bajó a 25 francos.

Como la demanda de capital ha

aumentado en proporción a la oferta, la última medida del Banco de Inglaterra parece perfectamente justificada. Se proponía atajar la especulación y la fuga de capitales, pero me atrevo a predecir que no tendrá el menor efecto.

A los lectores que nos hayan acompañado tan largo trecho a través de los testimonios de la creciente prosperidad de Inglaterra les pido que se paren un momento a considerar la historia de Henry Morgan, un pobre fabricante de agujas que partió de Londres rumbo a Birmingham en busca de trabajo. Para que nadie me tache de exagerado, copio a continuación

literalmente la noticia publicada en *The Northampton Journal*:

Muerte por indigencia, Cosgrove. A eso de las nueve de la mañana del lunes, dos trabajadores que se guarecían de la lluvia en un solitario granero propiedad del señor T. Slade, de la parroquia de Cosgrove, se vieron sorprendidos por unos gemidos que, como finalmente descubrieron, procedían de un pobre hombre que se encontraba tirado en un agujero excavado en el suelo en estado de extremo agotamiento. Se dirigieron a él amablemente y le ofrecieron parte de su desayuno, pero al no recibir respuesta le tocaron y comprobaron que estaba casi frío. Fueron en busca del señor Slade, que estaba cerca, y,

transcurridos unos minutos, este caballero mandó preparar un carro con un lecho de paja, y un mozo trasladó al hombre al hospicio para pobres de Yardley-Gobion, que se encuentra a poco menos de dos kilómetros de distancia, y al que llegaron justo antes de la una en punto. El hombre, sin embargo, expiró un cuarto de hora después. La pobre criatura, de tan famélica, mugrosa y harapienta como estaba, era un espectáculo espantoso. Al parecer, la tarde del jueves día 2 el funcionario de asistencia de Stoney-Stratford le acusó de vagabundeo y le ordenó pasar la noche en el hospicio de Yardley. Después de recorrer caminando los cinco kilómetros cuesta arriba hasta Yardley, el hombre fue admitido como le correspondía; le

dieron de comer, mostró gran apetito y suplicó que le permitieran quedarse el día y la noche siguientes. Le acogieron y abandonó finalmente el hospicio el sábado por la mañana temprano después del desayuno (muy posiblemente fuera su última comida en este mundo) para regresar a Stratford. Es probable que, encontrándose débil y con los pies doloridos —tenía una herida en un talón—, se alegrara al ver el primer refugio agradable que pudo encontrar: un cobertizo abierto entre otras construcciones de una granja situada a menos de medio kilómetro del camino de portazgo. Allí lo encontraron, tendido sobre la paja, el lunes día 6 al mediodía, y, como no deseaban alojar a un desconocido, le pidieron que se marchase. Él suplicó que le dejaran

quedarse un poco más y se marchó a eso de las cuatro, para buscar otra vez a la caída de la noche un lugar cercano donde guarecerse y descansar. Llegó finalmente al solitario establo, al que faltaba una parte del tejado, que tenía la puerta abierta y apenas resguardaba del frío, y donde se metió en el agujero en que estuvo tendido sin comida otros siete días hasta que lo descubrieron, como ya hemos dicho, la mañana del día 13. El desgraciado había recibido de sus padres el nombre de Henry Morgan, era fabricante de agujas, tenía entre treinta y cuarenta años y era de complexión fuerte.

Es apenas concebible un caso más espantoso. Un hombre fuerte, robusto y

en la flor de la vida emprende un largo peregrinaje al martirio desde Londres hasta Stoney-Stratford... Sus desesperadas peticiones de socorro a la «civilización» que le rodea, sus siete días de ayuno, el brutal abandono por parte de sus congéneres los hombres, su búsqueda de un refugio y su verse arrastrado de un lugar a otro, la suprema inhumanidad del tal Slade y la paciente y miserable muerte del hombre exhausto forman una imagen que nos deja en la más completa estupefacción.

Y ¡¡¡por supuesto que violó los derechos de propiedad al buscar cobijo en el cobertizo y en el solitario

establo!!!

Cuéntenle este caso de muerte por inanición en medio de tanta prosperidad a un gordo hombre de la City londinense y les responderá con las mismas palabras que *The London Economist* publicó el 8 de enero:

Es, por tanto, un placer comprobar que con el Libre Comercio todas las clases florecen, sus energías despiertan ante las expectativas de recompensa, todas mejoran su producción y todas y cada una obtienen un beneficio.

Elecciones y nubarrones financieros. La duquesa de Sutherland y la esclavitud

Londres, viernes 21 de enero de 1853

Las reelecciones que se han celebrado después de las últimas medidas ministeriales han concluido. Los ministros han salido derrotados, el señor

Sadleir, uno de los lores del Tesoro y a quien hasta ahora se tenía por líder de la «Brigada irlandesa», ha sido vencido por el señor Alexander, que fue elegido por una mayoría de seis votos. El señor Alexander debe su victoria a una coalición de católicos y miembros de la Orden de Orange. Por otra parte, los ministros ganaron en la Universidad de Oxford, donde las votaciones duraron quince días y la lucha fue extraordinariamente reñida. Gladstone se llevó el gato al agua por una mayoría de 124 frente a Dudley Perceval, candidato del partido de la Iglesia Alta^[14]. A los aficionados a la lógica de

Hudibras^[15] les podríamos recomendar los editoriales de los dos diarios enfrentados en la disputa, *The Morning Chronicle* y *The Morning Herald*.

Ayer, tras un largo debate, los directores del Banco de Inglaterra volvieron a elevar el tipo de descuento mínimo del 2,5 al 3 por ciento. Esta subida tuvo un efecto inmediato en la Bolsa de París, donde bajaron valores de todo tipo. Pero, si es verdad que el Banco de Inglaterra consiguió atajar la especulación en París, hay otro agujero por donde el metal precioso se nos escapa: las importaciones de maíz. Se calcula que las últimas cosechas de

Gran Bretaña y el Continente han disminuido un tercio con respecto a la media. Además, a raíz del retraso de la siembra a causa de la excesiva humedad del suelo, existen dudas sobre la cantidad de alimentos que estarán disponibles para el consumo antes de la próxima cosecha. Es por tanto necesario importar cereal en grandes cantidades, lo cual hará que el Reino Unido siga sufriendo un tipo de cambio desfavorable. Con el repentino aumento de las importaciones de grano, el oro de Australia no llega al ritmo conveniente.

En uno de mis últimos artículos me referí a la especulación que se estaba

produciendo con el hierro. La primera subida del tipo de descuento del Banco de Inglaterra —del 2 al 2,5 por ciento— ya ha surtido efecto en este sector. Los lingotes de hierro escocés, que la pasada quincena se vendían a 78 chelines, han bajado este mes a 61. Y es probable también que el mercado de acciones ferroviarias baje a raíz de la subida del tipo de descuento por la venta forzada de muchas participaciones que hasta ahora estaban en depósito como garantía de muchos préstamos, operación que, por otra parte, ya ha comenzado. En mi opinión, sin embargo, la sangría de metal precioso al exterior

no la causa únicamente la exportación de oro, sino también el vigoroso mercado interior —especialmente en las regiones manufactureras—.

En medio de la actual y momentánea inactividad política, el discurso de las Damas de la Asamblea de Stafford House a sus hermanas de Estados Unidos a propósito de la esclavitud de los negros y la «Afectuosa y cristiana alocución de muchos miles de mujeres de los Estados Unidos de América a sus hermanas, las mujeres de Inglaterra», sobre la esclavitud de los blancos son un regalo llovido del cielo para la prensa. Ni uno solo de los periódicos

británicos se ha sorprendido de que la Asamblea de Stafford House se celebrara en el palacio de la duquesa de Sutherland y bajo su presidencia, y, sin embargo, los nombres de Stafford y Sutherland deberían bastar para hacerse una idea de cómo es la filantropía de la aristocracia británica, que elige temas tan alejados de los problemas del país como sea posible, y si hay que cruzar al otro lado del océano mejor que quedarse en éste.

La historia de cómo adquirió su riqueza la familia Sutherland es la historia de la ruina y expropiación de la población gaélica de Escocia de su

tierra natal. En época tan lejana como el siglo X, los daneses desembarcaron en Escocia, conquistaron las llanuras de Caithness y arrinconaron a los aborígenes en las montañas. El «gran hombre» de Sutherland, o Mor-Fear Chattaibh, que era su nombre gaélico, contó siempre con compañeros de armas prestos a defenderle aun a riesgo de su vida contra todos sus enemigos: daneses o escoceses, nativos o extranjeros. Tras la revolución que expulsó a los Estuardo de Gran Bretaña, los feudos particulares de los pequeños caudillos, o *lairds*, de Escocia pasaron a ser cada vez menos frecuentes y, con objeto de mantener

quiera apariencia de dominio sobre aquellas regiones remotas, los reyes británicos favorecieron la leva de los, digámoslo así, regimientos familiares por parte de dichos caudillos, sistema gracias al cual éstos podían combinar una organización militar moderna con el antiguo sistema de clanes para apoyarse entre sí.

Ahora bien, para poder comprender en su justa medida la usurpación que luego se llevó a cabo, en primer lugar debemos entender qué significaban aquellos clanes. El *clan* pertenece a una forma de organización social que, dentro de la escala del desarrollo histórico^[16],

se encuentra un nivel por debajo del estado feudal: la organización *patriarcal*. La palabra gaélica *klaen* significa «niños». Todos los usos y tradiciones de los escoceses gaélicos se basan en la suposición de que los miembros de un *clan* pertenecen a una y la misma familia. El «gran hombre», el caudillo del clan, es por un lado un personaje arbitrario y por otro posee un poder limitado, reducido, por los lazos de consanguinidad, como todo padre de familia. El clan, la familia, posee en propiedad las tierras donde se establece, igual que sucede en Rusia, donde las ocupa una comunidad de

campesinos y no pertenecen a éstos como individuos, sino a la comunidad en su conjunto. Las tierras, la región, por tanto, son propiedad comunitaria de la familia. Dentro de este sistema es tan absurdo hablar de propiedad privada en el sentido moderno del término como comparar la vida en sociedad de los miembros de aquellos clanes con la de cualquier individuo de la sociedad moderna. La división y subdivisión de la tierra se correspondía con las funciones militares de cada uno de los miembros del clan. Según su capacidad bélica, el caudillo confiaba determinadas tierras a sus capitanes y éstos las repartían a su

vez en pequeñas parcelas entre súbditos y vasallos. Pero esas tierras nunca dejaban de pertenecer al clan y, aunque el derecho de los individuos a disfrutar de ellas pudiera variar, el título de propiedad nunca lo hacía; tampoco aumentaban nunca la contribución a la defensa común o el tributo al *laird*, que era caudillo en la guerra y cacique en la paz. En conjunto, siempre eran las mismas familias las que cultivaban las mismas parcelas generación tras generación, y con impuestos fijos. Estos impuestos, que eran insignificantes, eran más un tributo que reconocía la supremacía del «gran hombre» y sus

capitanes que una renta sobre la tierra en el sentido moderno de ser una fuente de ingresos. Los *taksmen* eran los capitanes directamente subordinados al «gran hombre», y los *taks*, las tierras confiadas a su cuidado. Los capitanes tenían bajo sus órdenes a oficiales de inferior rango. Estos oficiales estaban al frente de cada villorrio, y mandaban a su vez a los campesinos.

Vemos, pues, que un clan no era otra cosa que una familia organizada militarmente, tan poco definida por las leyes como estrechamente delimitada por las tradiciones, como cualquier otra familia. Pero la tierra era *propiedad de*

la familia, y en su seno, y a pesar de los lazos de consanguineidad, existían diferencias de rango, como ocurre en todas las antiguas comunidades familiares de Asia.

La primera usurpación se produjo tras la expulsión de los Estuardo con la fundación de los regimientos familiares. A partir de ese momento la *paga* se convirtió en la principal fuente de ingresos del Mor-Fear Chattaibh. Enredado en la disipación y el derroche de la corte de Londres, el «gran hombre» procuraba exprimir cuanto podía a sus capitanes, y estos hacían lo mismo con sus inferiores. Los antiguos

tributos se transformaron en contratos salariales fijos. En cierto aspecto, estos contratos eran un progreso, porque regularizaban los impuestos tradicionales; en otro eran una usurpación, porque a partir de ese momento el «gran hombre» se convertía en terrateniente de los *taksmen*, que a su vez se convertían en arrendadores de las tierras que cultivaban los campesinos. Como el «gran hombre» no pedía ahora menos dinero que los *taksmen*, fue necesario producir no solo para el consumo directo, sino también para la exportación y el intercambio; y hubo que transformar el sistema nacional de

producción y que librarse de la mano de obra arrinconada tras el cambio. La población, por tanto, descendió. Pese a todo, la disminución no fue exagerada y en el siglo XVIII el hombre aún no había sido abiertamente sacrificado en aras del beneficio neto. Lo podemos leer en un pasaje de *An Inquiry into the Principles of Political Economy* [Investigación de los principios de política económica], de James Steuart, economista escocés cuya obra fue publicada diez años antes que la de Adam Smith:

La renta de estas tierras es minúscula

comparada con su extensión, pero, comparada con el número de bocas que alimenta una granja, es posible que una parcela de las tierras altas de Escocia dé de comer a un número de personas diez veces mayor que otra parcela del mismo tamaño de las provincias más ricas.

Que incluso a principios del siglo XIX los impuestos sobre los alquileres eran muy bajos lo demuestra el trabajo del señor Loch *An Account of the Improvements on the Estates of the Marquess of Stafford, in the Counties of Stafford and Salop, and on the Estate of Sutherland* [Informe de las mejoras en las propiedades del marqués de

Stafford en los condados de Stafford y Salop, y en las propiedades de Sutherland] (1820), administrador de la condesa^[17] de Sutherland, que dirigió los trabajos de mejora en sus propiedades. Menciona, por ejemplo, la renta de las tierras de Kintradawell en 1811, y, según parece, hasta ese año todas las familias tenían obligación de abonar un tributo anual que consistía como máximo en un puñado de chelines, unas aves de corral y algunos días de trabajo.

Solo a partir de 1811 se produjo la auténtica y definitiva usurpación, la transformación forzosa de la *propiedad*

del clan en propiedad privada del jefe
en el sentido moderno de la palabra.
Encabezó esta revolución económica
una mujer, Mehmet Alí, *condesa de*
Sutherland, alias *marquesa de Stafford*,
que había digerido perfectamente las
ideas de Malthus.

Dejemos claro en primer lugar que
los ancestros de la marquesa de Stafford
fueron los «grandes hombres» de la
mayor parte del norte de Escocia, casi
tres cuartas partes de Sutherlandshire.
Este condado es más extenso que
muchos *Départements* franceses y que
muchos principados alemanes. Cuando
la condesa de Sutherland heredó esas

tierras, que posteriormente pasaron a formar parte del patrimonio de su marido, el marqués de Stafford, nuevo duque de Sutherland, su población se había reducido a quince mil habitantes. La señora condesa tomó entonces la decisión de emprender una reforma económica radical y resolvió transformar el condado entero en pasto para ovejas. Entre 1814 y 1820, los quince mil habitantes —unas tres mil familias— fueron sistemáticamente expulsados y exterminados. Todos sus pueblos fueron demolidos e incendiados, y los terrenos de cultivo convertidos en pastizales. De ejecutar la

acción se encargaron soldados británicos, que se enfrentaron a los nativos. Una anciana se negó a abandonar su choza y quemaron la choza con ella dentro. La señora condesa se apropió de *trescientas veinte mil hectáreas de tierra* que habían pertenecido al clan desde tiempos inmemoriales. Eso sí, dando muestras de una desbordante generosidad, asignó a los nativos expulsados unas dos mil quinientas hectáreas, es decir, menos de una hectárea por familia. Esas dos mil quinientas hectáreas han permanecido en barbecho desde entonces sin reportar ningún ingreso a sus propietarios. La

condesa tuvo la generosidad de vender el acre^[18] a un precio medio de dos chelines y seis peniques a hombres del clan que durante siglos habían derramado su sangre por la familia de la señora. El total de las tan injustamente expropiadas tierras del clan lo dividió en veintinueve granjas de ganado ovino en cada una de las cuales habitaba una sola familia, y, de las veintinueve, la mayoría pertenecían a familias inglesas. Para 1821, en donde habían habitado los quince mil gaélicos pastaban ahora 131.000 ovejas^[19].

A una parte de los aborígenes los echaron a la costa. Intentaron vivir de la

pesca y se convirtieron en seres anfibios, y, como dice un autor inglés, estuvieron viviendo medio en la tierra medio en el agua hasta que al final no sobrevivió ni la mitad.

En sus *Études sociales*, Sismondi observa lo siguiente con respecto a esta expropiación de los gaélicos de Sutherlandshire —un ejemplo que, por cierto, luego imitarían otros «grandes hombres» de Escocia—:

La gran extensión de los dominios señoriales no es una peculiaridad de Gran Bretaña. En todo el imperio de Carlomagno, en todo Occidente, jefes guerreros usurparon provincias enteras

que hasta entonces había cultivado por cuenta propia el bando derrotado y a veces incluso algún aliado de armas. En los siglos IX y X, los condados de Maine, Anjou, Poitou eran para sus condes grandes haciendas más que principados. Suiza, que se parece a Escocia en tantos aspectos, se la repartía en aquella época un pequeño número de seigneurs. Si los condes de Kiburgo, Lenzburgo, Habsburgo y Gruyères hubieran estado protegidos por las leyes inglesas, se habrían visto en la misma situación que los condes de Sutherland; algunos de ellos quizá hubieran tenido el mismo afán de prosperar que la marquesa de Stafford y más de una república podría haber desaparecido de los Alpes para dejar sitio a unos cuantos rebaños de ovejas.

Ni al más despótico monarca de Alemania se le habría permitido intentar algo parecido.

En su defensa de la condesa de Sutherland (1820), el señor Loch responde a lo anterior del siguiente modo:

¿Por qué la norma de todos los demás casos va a tener excepción en éste en particular? ¿Por qué habría que sacrificar la autoridad absoluta del dueño sobre sus tierras al interés público y los motivos del pueblo únicamente?

¿Por qué, pues, iban los propietarios

de esclavos de los estados del sur de Norteamérica a renunciar a sus intereses particulares por los melindres filantrópicos de la señora duquesa de Sutherland?

La aristocracia británica, que en todas partes ha sustituido al hombre por ovejas o novillos, se verá en un futuro no demasiado lejano sustituida a su vez por estos útiles animales.

El proceso de *vaciado de tierras* de Escocia que acabamos de describir se llevó a cabo en Inglaterra en los siglos XVI, XVII y XVIII. Tomás Moro lo lamentaba en *Utopía* ya a principios del siglo XVI. Se llevó a cabo en Escocia a

principios del siglo XIX y en Irlanda está ahora en plena aplicación. El muy noble vizconde de Palmerston también vació de personas sus haciendas de Irlanda precisamente de la forma que hemos descrito.

Si alguna propiedad ha sido alguna vez un auténtico *robo*, nunca lo ha sido más literalmente que en el caso de las tierras de la aristocracia británica. Robo de propiedades eclesiásticas, robo de terrenos comunales, fraudulenta transformación —acompañada de asesinatos— de propiedades patriarcales y feudales en propiedades privadas... así son los títulos de

propiedad de los aristócratas británicos. ¿Y qué servicios ha prestado al proceso una servil clase de hombres de leyes? Los podemos comprobar por las actividades de un letrado inglés de este último siglo, Dalrymple, que en *History of Feudal Property* [Historia de la propiedad feudal] demuestra muy ingenuamente que en Inglaterra los magistrados siempre han interpretado toda escritura o ley de propiedad a favor de la clase media, cuando la *clase media* fue adquiriendo riqueza, y en Escocia a favor de la *nobleza*, cuando la nobleza no paraba de enriquecerse, y que en ambos casos las interpretaciones

siempre han perjudicado al *pueblo*.

Esta reforma a la turca llevada a cabo por la condesa de Sutherland al menos era justificable desde un punto de vista malthusiano. Otros nobles escoceses fueron más allá. Tras sustituir a seres humanos por ovejas, sustituyeron las ovejas por caza y los pastizales por bosques. El más destacado fue el duque de Atholl.

Después de la conquista, los reyes normandos repoblaron grandes zonas boscosas de Inglaterra tal y como aquí y ahora están haciendo los terratenientes con las tierras altas.

R. SOMERS, *Letters from the*

En cuanto al gran número de seres humanos expulsados para hacer sitio a los animales de caza del duque de Atholl y a las ovejas de la condesa de Sutherland, ¿adónde fueron? ¿Dónde encontraron una nueva casa?

En *Estados Unidos de América*.

El enemigo de los salarios de esclavo británicos tiene derecho a condenar la esclavitud de los negros; una duquesa de Sutherland, un duque de Atholl, un señor del algodón de Manchester, ¡no!

La pena capital. El panfleto del señor Cobden. Las regulaciones del Banco de Inglaterra

Londres, viernes 28 de enero de 1853

The Times del 25 de enero recoge las siguientes observaciones bajo el titular «Ahorcamiento de aficionados»:

Se ha señalado a menudo que en este país una ejecución pública se ve

generalmente seguida por otras muertes por ahorcamiento, bien accidentales o por suicidio, a raíz del poderoso efecto que la ejecución de un célebre criminal produce en las personas morbosas e inmaduras.

Uno de los muchos casos a los que se refiere *The Times* para ilustrar este comentario es el de un demente de Sheffield que tras hablar con otros dementes de la ejecución de Barbour puso fin a su existencia ahorcándose. Otro caso es el de un muchacho de catorce años que también se ahorcó.

Es poco probable que un hombre razonable adivine la doctrina a la que la

enumeración de estos hechos pretende prestar apoyo, porque no es ni más ni menos que una apoteosis del verdugo mientras se ensalza la pena capital como razón última de la sociedad, cosa que hace un artículo de fondo del «diario más importante».

The Morning Advertiser, en muy agrias pero justas censuras a la predilección por los ahorcamientos y la cruenta lógica de *The Times*, publica los siguientes e interesantes datos de cuarenta y tres días del año 1849:

Ejecuciones		Asesinatos y suicidios	
Millan	20 de marzo	Hannah Sandles	22 de marzo
		M. G. Newton	22 de marzo
Pulley	26 de marzo	J. G. Gleeson	27 de marzo
		(4 asesinatos en Liverpool)	
Smith	27 de marzo	Asesinato y suicidio en Leicester	2 de abril
Howe	31 de marzo	Envenenamiento en Bath	7 de abril
		W. Bailey	8 de abril
Landick	9 de abril	J. Ward mata a su madre	13 de abril
Sarah Thomas	13 de abril	Yardley	14 de abril
		Doxey, parricidio	14 de abril
		J. Bailey mata a sus dos hijos y se suicida	17 de abril
J. Griffiths	18 de abril	Charles Overton	18 de abril
J. Rush	21 de abril	Daniel Holmsden	2 de mayo

En esta relación, como reconoce *The Times*, no solo hay suicidios, sino atroces asesinatos que se producen después de la ejecución de algún

criminal. Es sorprendente que el artículo en cuestión no aporte ni un solo argumento o pretexto en favor de la brutal teoría que propone, y sería muy difícil, si no del todo imposible, sentar algún principio sobre el cual pudiera fundarse la justicia o conveniencia de la pena capital en una sociedad que se vanagloria de su civismo. El castigo en general se ha defendido como medio de mejora o de intimidación, pero ¿qué derecho tienes tú a castigarme a mí para mejorar o intimidar a otros? Además está la historia —existe algo llamado estadística—, que demuestra con pruebas irrefutables que desde Caín al

mundo ni le ha mejorado ni le ha intimidado el castigo. Más bien al contrario. Desde el punto de vista del derecho en abstracto, solo hay una teoría del castigo que reconozca la dignidad humana en abstracto, y es la teoría de Kant, especialmente en su formulación más rígida, la que le dio Hegel. Dice Hegel:

El castigo es un derecho del criminal. Es un acto de su propia voluntad. La violación del derecho la proclama el criminal por propio derecho. Su crimen es la negación del derecho. El castigo es la negación de esta negación y, en consecuencia, una afirmación del derecho que el criminal

solicita y se aplica a sí mismo por la fuerza.

G. W. HEGEL, Filosofía del derecho

No hay duda de que esta argumentación es algo especiosa, en tanto que, en lugar de considerar al criminal como mero objeto, como esclavo de la justicia, Hegel lo eleva a la categoría de ser libre y capaz de elegir. Sin embargo, al examinar más detenidamente la materia descubrimos que, en este caso como en la mayoría, el idealismo alemán sanciona de manera trascendental las normas de la sociedad existente. No es ilusorio sustituir al individuo, con sus motivos reales, y

presionado por variopintas circunstancias sociales, por la abstracción del «libre albedrío» —¡una de las muchas cualidades del hombre por ser hombre!—. Esta teoría, que considera que el castigo es el resultado de la propia voluntad del criminal, no es más que una expresión metafísica de la vieja *ley del talión* (el derecho a la represalia infligiendo un castigo de gravedad semejante), ojo por ojo, diente por diente, sangre por sangre. Por decirlo claramente y prescindiendo de paráfrasis: el castigo no es más que un medio que la sociedad tiene de defenderse frente a la infracción de sus

condiciones vitales con independencia del carácter que éstas tengan. Ahora bien, ¿en qué tipo de sociedad vivimos que no conoce mejor instrumento para defenderse que la horca y proclama en «el diario más importante del mundo» su propia brutalidad como ley eterna?

En su excelente y documentado libro, *L'homme et ses facultés*, el señor A. Quételet dice:

Hay una partida presupuestaria que pagamos con espantosa regularidad: la de prisiones, mazmorras y patíbulos. [...] Es posible que hasta seamos capaces de predecir cuántas personas se mancharán las manos con la sangre de

sus compañeros los hombres, cuántos serán falsificadores, cuántos utilizarán veneno, casi igual que prevemos los nacimientos y las muertes que se producen cada año.

Y el señor Quételet, en un cálculo de probabilidades publicado en 1829, predijo con asombroso acierto no solo el número sino los distintos tipos de crímenes que se cometerían en Francia en 1830. No son tanto las particulares instituciones políticas de un país como las condiciones en que se fundamenta la moderna sociedad burguesa en general las que producen una cantidad media de crímenes en una fracción determinada de

la sociedad de un país, lo cual se puede deducir de la siguiente relación, que recoge Quételet, de crímenes cometidos entre los años 1822 y 1824. En Francia y Estados Unidos hubo en esos años un centenar de criminales convictos:

Edad	Filadelfia	Francia
Menos de 21 años	19	19
21-30 años	44	35
30-40 años	23	23
más de 40 años	14	23
Total	100	100

Ahora bien, si la observación a gran escala de los crímenes demuestra, por su cantidad y clasificación, la regularidad

de un fenómeno físico —si, como señala el señor Quételet, «sería complicado decidir desde cuál de los dos (el mundo físico y el sistema social) intervienen las causas que producen tales efectos con regularidad absoluta»—, ¿no habría que reflexionar profundamente sobre el cambio de un sistema que engendra estos crímenes en lugar de glorificar al verdugo que ejecuta a muchos criminales solo para hacer sitio a los nuevos?

Uno de los temas del día es la publicación de un opúsculo del señor Richard Cobden: «1793 y 1853 en tres cartas» (140 páginas). La primera parte,

que se ocupa de la revolución de 1793^[20] y de la época que la antecedió, tiene el mérito de atacar abierta y vigorosamente los viejos prejuicios que los ingleses tienen sobre aquel período. El señor Cobden demuestra que Inglaterra fue el bando agresor en la guerra revolucionaria. Pero en esta afirmación no puede reivindicar originalidad, aunque lo haga repetidamente, porque reproduce, con mucha menos brillantez, los argumentos del mayor panfletista con que Inglaterra haya contado jamás, verbigracia, el difunto William Cobbett. La segunda parte del panfleto, aunque escrita desde

un punto de vista económico, adopta un cariz bastante romántico. El señor Cobden se esfuerza en demostrar que la idea de que Luis Napoleón haya tenido alguna vez la intención de invadir Inglaterra es absurda; que el ruido sobre el estado de indefensión del país no tiene fundamento material y únicamente lo propagan personas interesadas en aumentar el gasto público. ¿En virtud de qué argumentos se demuestra que Luis Napoleón no tiene intenciones hostiles contra Inglaterra? Luis Napoleón, sostiene, no tiene motivos *racionales* para enfrentarse a Inglaterra. ¿Y cómo demuestra que una invasión extranjera

de este país es imposible? En ochocientos años, dice el señor Cobden, Inglaterra no ha sido invadida. ¿Y cuáles son sus argumentos para demostrar que las protestas por el estado de indefensión del país no son más que un chisme interesado? ¡Las más altas autoridades militares han declarado que se sienten muy seguras!

Luis Napoleón nunca se había topado, ni siquiera en la Asamblea Legislativa, con un partidario más confiado en su fe ni con un hombre de intenciones más pacíficas que el señor Cobden, con quien acaba de encontrarse de forma tan inesperada. En su número

de ayer, *The Morning Herald*, habitual defensor de Luis Napoleón, publica una carta dirigida al señor Cobden y alega que ha sido escrita con la inmediata inspiración del propio Bonaparte. En ella el príncipe y héroe de Satory^[21] nos asegura que solo vendrá a Inglaterra si la reina^[22] amenazada por la incipiente Democracia, desea a doscientos mil de sus *décembraillards*^[23] es decir, matones. Pero, según *The Herald*, esta Democracia no son otros que los señores Cobden y compañía.

Debemos confesar que tras leer con detenimiento el panfleto en cuestión empezamos a temer que se produzca

algo parecido a la invasión de Gran Bretaña. El señor Cobden no es un profeta demasiado afortunado. Después de la revocación de los Aranceles del Grano^[24] viajó al Continente y visitó incluso Rusia, y al volver declaró que estaba todo en orden, que los tiempos de violencia habían pasado, que las naciones profunda y ansiosamente comprometidas en objetivos industriales y comerciales se desarrollarían a partir de ahora por la tranquila senda de los negocios, sin tormentas políticas, sin convulsiones ni trastornos. Su profecía apenas se ha cumplido en el Continente: la Revolución de 1848 se propagó por

toda Europa y fue una especie de eco irónico de las blandas predicciones del señor Cobden. Habló de paz y no hubo paz.

Sería un gran error suponer que la doctrina de la paz de la Escuela de Manchester disponga de una base filosófica profunda. Solo quiere decir que hay que sustituir el método de guerra feudal por el método de guerra comercial, los cañones por el capital. La Sociedad de la Paz se reunió ayer en Manchester y allí declaró de forma casi unánime que nada induce a pensar que Luis Napoleón pondrá en marcha alguna iniciativa contra la seguridad de

Inglaterra, siempre y cuando *la prensa interrumpa las odiosas críticas contra su gobierno, ¡y se calle de una vez!* Junto con esta declaración hay que destacar que la Cámara de los Comunes ha votado un incremento de los presupuestos del ejército y la marina sin la menor oposición: ninguno de los parlamentarios presentes en la Conferencia de Paz^[25] ha dicho nada contra la propuesta de aumentar la fuerza militar.

En medio de la calma política causada por la suspensión de las sesiones del Parlamento la prensa se ocupa sobre todo de dos temas: la

próxima *Ley de Reforma y las últimas Regulaciones de Descuento* del Banco de Inglaterra.

The Times del 24 del corriente informa a sus lectores de que la nueva Ley de Reforma está en ciernes. Se puede inferir qué tipo de ley será por el discurso de *sir* Charles Wood en Halifax tras su elección: declaró contra el principio de *igualdad de las circunscripciones electorales*; por el de *sir* James Graham en Carlisle, donde rechazó las votaciones; y de la declaración, que ha circulado de forma confidencial, de que hasta las pequeñas píldoras de Reforma prescritas en

febrero de 1852 por Johnny Russell son demasiado fuertes y peligrosas. Pero hay algo todavía más sospechoso. *The Economist*, portavoz del Ministerio de Coalición, ha declarado en su edición del 22 de enero no solo que «la reforma de nuestro sistema representativo no figura entre los temas de acuciante o inmediata importancia», sino que

queremos las materias primas de la acción legislativa. La extensión, ajuste, purificación, protección y redistribución del sufragio son ramificaciones del asunto y cada una de ellas exige una profunda reflexión y mucho análisis. [...] No se trata de que varios de los gobernantes que podrían

rebelarse tengan mucha información útil sobre todos o algunos de estos puntos, sino de que la han pescado al vuelo, no la han elaborado; y, así, es miscelánea, parcial, incompleta. [...] Hay una manera obvia de remediar esto, y es formar una comisión de investigación que se encargue de estudiar todos los puntos directa o remotamente relacionados con el tema.

Por tanto, el Ministerio de Matusalén volverá a matricularse en estudios políticos, *coram populo*. Los colegas de Peel, los colegas de Melbourne, el subalterno de Canning, el lugarteniente del mayor de los Grey, hombres que prestaron servicio a las

órdenes de lord Liverpool, otros que se sentaron en el gabinete de lord Grenville, neófitos todos del medio siglo pasado^[26], son incapaces, por falta de experiencia, de proponer al Parlamento ninguna medida decisiva sobre la reforma electoral. Parece por tanto que ese viejo proverbio, «la experiencia llega con la edad», se ve así refutado. «Tantas reticencias para formar una coalición de partidarios veteranos resulta demasiado cómica para describirla con facilidad — proclama *The Daily News*, que pregunta —: ¿Qué hay de vuestra Ley de Reforma?». *The Morning Advertiser*

responde:

Deberíamos inclinarnos por la opinión de que no habrá ninguna Ley de Reforma en la presente temporada de sesiones. Se pueden producir algunos intentos de legislar a favor de la prevención y el castigo de los sobornos en las elecciones y, con respecto a otras materias de menor importancia, se puede hacer algún esfuerzo por remediar los males relacionados con las representaciones parlamentarias del país, pero este tipo de legislación no merecerá el nombre de nueva Ley de Reforma.

Con respecto a las últimas Regulaciones de Descuento del Banco

de Inglaterra, el pánico que las motivó ha remitido y tanto los empresarios como los teóricos de la economía están seguros de que la actual prosperidad no sufrirá ninguna interrupción de importancia ni se detendrá. Pero leamos el siguiente extracto de *The Economist*:

Este año, en muchos campos destinados al cultivo del trigo no hay ni una sola espiga. Una enorme proporción de nuestros densos suelos, una gran parte de la tierra donde tendría que haberse plantado trigo, sigue sin sembrar, y parte de la que ha sido sembrada no está en mejores condiciones porque la semilla no ha germinado o porque las plantas que sí han crecido son

escuálidas o se las han comido las babosas, y las perspectivas no son mejores en estos terrenos que en los que han permanecido en barbecho. Este año ha sido casi imposible plantar todos los campos de trigo.

De modo que la crisis, que se vio temporalmente aplazada por la apertura de los mercados y minas de California y Australia, se nos vendrá inevitablemente encima si la cosecha no es buena. Las Regulaciones de Descuento del Banco de Inglaterra no son más que los primeros anuncios de que será así. En 1847 el Banco de Inglaterra modificó su tipo de descuento en trece ocasiones. En

1853 veremos toda una serie de medidas parecidas. Para concluir, me gustaría preguntar a los economistas ingleses cómo es posible que la economía política moderna empezara su guerra contra el sistema mercantil demostrando que la entrada y salida de oro de un país es un asunto sin importancia, que los productos se intercambian solo con otros productos y que el oro es un producto como otro cualquiera, y ahora esa misma economía, que está ya al final de su trayectoria, observe con ansia la entrada y salida de oro. «El verdadero objetivo de las operaciones del Banco —dice *The Economist*— es evitar la

exportación de capital». Así pues, ¿querría *The Economist* evitar la exportación de capital en forma de hierro, algodón, lana y otros artículos? ¿No era el oro un producto como los demás? ¿Acaso *The Economist* se ha transformado, en cuestión de días, en una publicación mercantilista? Y, tras haber dado libertad a la importación de capital extranjero, ¿se propone censurar la exportación de capital británico? Tras haberse liberado del civilizado sistema de protección, ¿recurrirá a uno tan severo como el turco?

Cuando estoy terminando mi artículo me informan de que en círculos políticos

se dice que el señor Gladstone discrepa con varios miembros importantes del gabinete de Aberdeen sobre el *impuesto de la renta*, y de que una de las consecuencias de la discrepancia probablemente sea la dimisión de tan recto y honorable caballero. En tal caso, *sir* Francis Baring, exministro de Hacienda con lord Melbourne, sería su probable sucesor.

La cuestión obrera

Londres, viernes 11 de noviembre de
1853

«Oportunidades de oro y el uso que hacemos de ellas» es el título de una de las efusiones más tragicómicas del grave y profundo *The Economist*. Esas «oportunidades de oro» nos las brindaba, cómo no, el libre comercio, y el «uso», o más bien «abuso», de ellas es el de las clases trabajadoras.

¡Por primera vez, las clases trabajadoras tenían el futuro en sus manos! La

población del Reino Unido había empezado *de facto* a *disminuir*, la emigración había superado su natural incremento. ¿Y cómo han aprovechado los trabajadores semejante oportunidad? ¿Qué han hecho? Pues exactamente lo que siempre hasta ahora: cada vez que salía el sol, casarse y multiplicarse lo más rápido que podían. [...] A este ritmo, no pasará mucho tiempo antes de que el aumento compense la emigración y esta oportunidad de oro se haya desperdiciado.

¡La oportunidad de oro de no casarse ni multiplicarse excepto al ritmo que marca la ortodoxia de Malthus y sus discípulos! ¡Bonita moral de oro! No obstante, de momento y según *The*

Economist, la población ha disminuido y todavía no hemos compensado la emigración. No vamos, pues, a poder echarle la culpa del desastre de los tiempos a la superpoblación.

Las clases trabajadoras tendrían que haber hecho mejor uso de esta rara oportunidad y haber ahorrado y haberse convertido en capitalistas. [...] Apenas se encuentra algún caso de que hayan [...] ascendido, o empezado a ascender, al grado de capitalistas. [...] Han desperdiciado su oportunidad.

¡La oportunidad de convertirse en capitalistas! Al mismo tiempo, *The Economist* dice a los trabajadores que,

tras haber conseguido por fin un diez por ciento de aumento de sueldo, se llevan al bolsillo 16 chelines y 6 peniques en lugar de los 15 chelines de antes, y que un miserable salario de 15 chelines a la semana era ya demasiado alto. Pero qué más da. Cómo convertirse en capitalista cuando ganas 15 chelines a la semana, ¡ése sí que es un problema digno de estudio! Los trabajadores tienen la falaz idea de que a fin de mejorar su situación tienen que mejorar sus ingresos. «Han hecho huelga —dice *The Economist*— por más de lo que pueden o saben gastar». Con 15 chelines a la semana tenían la oportunidad de convertirse en

capitalistas, pero con 16 y 6 peniques la desperdician. Por un lado, los trabajadores tienen que conseguir que la mano de obra escasee y que el capital abunde para que los capitalistas se vean obligados a subir los salarios. Pero, si resulta que el capital abunda y la mano de obra escasea, no deben de ninguna manera aprovechar ese poder para cuya adquisición tendrían que dejar de casarse y multiplicarse. «Han vivido con muchos lujos». Con los Aranceles del Grano, nos dice también *The Economist*, estaban mal alimentados, mal vestidos y casi se morían de hambre. Si tenían que vivir, que no es

seguro, ¿cómo habrían podido hacerlo con menos lujos que antes? *The Economist* despliega una y otra vez las cifras de importación para probar la creciente prosperidad del pueblo y la solidez de la actividad económica. Lo que, por tanto, era una demostración de las inefables bendiciones del libre comercio lo denuncian ahora como prueba de la insensata extravagancia de las clases trabajadoras. Seguimos, sin embargo, sin comprender cómo es posible que la importación continúe creciendo cuando la población y el consumo decrecen, cómo puede la exportación seguir aumentando cuando

la importación disminuye, y cómo la industria y el comercio pueden expandirse cuando las importaciones y las exportaciones se contraen.

La tercera forma de aprovechar esa oportunidad de oro habría consistido en procurarse y procurar a sus hijos la mejor educación posible, para así estar preparados para la mejora de sus circunstancias y aprender a aprovecharlas en su beneficio. Por desgracia, nos vemos obligados a declarar que [...] los colegios nunca han estado más descuidados que ahora y que nunca ha habido tanto impago de matrículas.

¿Tiene este hecho algo de maravilloso? El dinamismo del comercio era sinónimo de ampliación de fábricas y de aumento de la maquinaria, y los trabajadores de mayor edad eran sustituidos por mujeres y niños que trabajaban más horas que antes. Cuanto más acudían a la fábrica la madre y el hijo, menos podían frecuentar la escuela. Y, al fin y al cabo, ¿qué tipo de educación tenían oportunidad de recibir los padres y los hijos? La que enseña a que la población mantenga el ritmo de crecimiento descrito por Malthus, asegura *The Economist*. La educación, afirma el señor Cobden, enseñaría a los

hombres que los cuartos sucios, atestados y mal ventilados no son precisamente lo mejor para conservar la salud y el vigor. Es como pretender salvar a un hombre que se muere de hambre diciéndole que las leyes de la Naturaleza exigen al cuerpo humano el perpetuo suministro de alimento. Con la educación, dice *The Daily News*, nuestras clases trabajadoras habrían aprendido a extraer la sustancia nutritiva de un hueso reseco, hornear tartas con almidón y hacer sopa con molinillos.

Si en consecuencia hacemos recuento de las oportunidades de oro que han desperdiciado las clases

trabajadoras, resulta que consisten en la oportunidad de oro de no casarse, en las oportunidades, también de oro, de vivir con *menos* lujos, de no pedir aumento de sueldo, de convertirse en capitalistas con quince chelines a la semana y de aprender a que el cuerpo no se descoyunte comiendo todavía peor y a que el alma se degrade con las pestíferas doctrinas malthusianas.

Ernest Jones visitó Preston^[27] el pasado viernes y pronunció un discurso sobre la cuestión obrera ante los trabajadores concentrados delante de las fábricas clausuradas de la ciudad^[28]. A la hora indicada, al menos quince mil

personas (según *The Preston Pilot* doce mil) se congregaron en el lugar de la convocatoria y brindaron al señor Jones una calurosa acogida. Cito a continuación algunas frases del discurso:

¿Por qué estas luchas? ¿Por qué en estos momentos? ¿Por qué habrá más? Porque las fuentes de vuestra vida están cegadas por la mano del capital, que apura la copa dorada hasta el final y no os deja más que los posos. ¿Por qué al cortaros el paso a las fábricas os cortan el paso a la vida? Porque no tenéis otra fábrica a la que ir ni otro medio de ganaros el pan. [...] ¿Qué otorga al capitalista tanto poder? Que tiene en sus

manos todos los medios de empleo. [...] Los medios de trabajo son, por tanto, los goznes sobre los que gira el futuro del pueblo. [...] Solo un movimiento masivo de todos los oficios, un movimiento nacional de las clases trabajadoras, puede lograr la victoria. [...] Dividid la lucha, hacedla local, y fracasaráis. Ampliadla a toda la nación, y seguro que obtendréis la victoria.

Emocionado y con palabras muy elogiosas, el señor George Cowell, a quien luego secundó el señor John Matthews, dio las gracias a Ernest Jones por su visita a Preston y por los servicios que está prestando a la causa

obrera.

Los propietarios de las fábricas hicieron cuanto estuvo en su mano para evitar la visita de Ernest Jones. Los organizadores no encontraron sala y convocaron la concentración al aire libre con panfletos impresos en Manchester. Algunos interesados se tomaron la molestia de difundir el rumor de que el señor Jones no apoyaría la huelga y sembraron el desconcierto entre los trabajadores. Además, enviaron cartas que insistían en el riesgo personal que corría el señor Jones en caso de visitar Preston.

Ataque a Sebastopol. Desahucio de ciudadanos en Escocia

Londres, viernes 19 de mayo de 1854

Se diría que «el primer ataque a Sebastopol^[29]», del cual nos informan por vía telegráfica los periódicos de hoy, es una hazaña tan gloriosa como el bombardeo de Odessa, tras el cual ambos bandos reclamaron la victoria. Según describen, el ataque se produjo

con bombas lanzadas por cañones «de largo alcance» que apuntaban a las fortificaciones exteriores. Que no se puede atacar el puerto de Sebastopol o la ciudad con cañones del alcance que sea sin remontar la bahía y acercarse a poca distancia de las baterías de defensa y que no se puede tomar sin la ayuda de un ejército de desembarco considerable resulta evidente con un simple vistazo al mapa y lo admite, además, cualquier autoridad militar. Hay por tanto que calificar la operación, si de verdad ha ocurrido, de hazaña ficticia para edificación de los mismos simplones que se hincharon de patriotismo con los

laureles de Odessa.

El gobierno francés ha enviado al señor Bourrée en misión extraordinaria a Grecia. Le acompaña una brigada al mando del general Forey y tiene órdenes de reclamar al rey Otón el pago inmediato de todos los intereses de los cien millones de francos que adelantó Francia al gobierno griego en 1828. En caso de negativa, los franceses ocuparían Atenas y otros enclaves del reino.

Recordarán los lectores mi descripción del proceso de limpieza de poblaciones rurales que se produjo en Irlanda y Escocia^[30], que en la primera

mitad de este siglo se saldó con la expulsión de tantos millares de personas de la tierra donde habían nacido sus padres. El proceso continúa todavía hoy con una pujanza digna de la virtuosa, refinada, religiosa y filantrópica aristocracia modelo de esa modélica nación. A las casas les prenden fuego o las hacen pedazos sin sacar de ellas a sus indefensos inquilinos. El pasado otoño se abalanzaron en Neagaat, condado de Knoydart, sobre la vivienda de Donald Macdonald, hombre respetable, honrado y muy trabajador, por orden del propietario. La mujer de Macdonald no podía levantarse de la

cama y no la podían trasladar, así que el ejecutor y sus rufianes echaron a sus seis hijos —ninguno pasaba de los quince— y demolieron la casa con excepción del pequeño trozo de tejado que cubría la cama de la mujer.

El hombre sufrió tanto que su cabeza acabó por decir basta. Los médicos le han declarado perturbado y ahora vaga por los campos buscando a sus hijos entre las ruinas de otras casas derruidas y quemadas. Los niños, muertos de hambre, dan vueltas a su alrededor llorando, pero él no los reconoce. Las autoridades le dejan errar a sus anchas sin ayuda ni cuidado de ningún tipo

porque su locura es inofensiva.

Dos mujeres casadas y en avanzado estado de gestación vieron cómo derribaban sus viviendas delante de sus narices. Tuvieron que dormir al raso muchas noches, por lo que, entre espantosos dolores, dieron a luz prematuramente, estuvieron a punto de perder el juicio y ahora deambulan sin rumbo con su abundante progenie, convertidas en imbéciles indefensas y desesperadas, en espantados testigos de esa clase de personas llamada aristocracia británica.

Hasta los niños se vuelven locos en medio del terror y las persecuciones. En

Doune, Knoydart, desahuciaron a los lugareños, que tuvieron que refugiarse en un viejo almacén. Los agentes enviados por el terrateniente rodearon el almacén al amparo de la noche y le prendieron fuego cuando los pobres desgraciados todavía se refugiaban bajo su techo. Huyeron, frenéticos, de las llamas y algunos se volvieron locos de terror. *The Northern Ensign* cuenta:

Un niño está desquiciado, a otro habrá que encerrarlo —salta de la cama gritando: «¡Fuego, fuego!» y dice a todo el que encuentra que hay hombres y niños en el almacén que se está quemando—. A medida que va llegando

el anochecer, le espanta la visión del fuego. La horrible noche de Doune en que incendiaron el almacén que iluminó el distrito entero, en que hombres, mujeres y niños corrieron como locos presa del pánico, violentó su razón a tal extremo.

Así se porta la aristocracia con los pobres sanos y capaces que la hacen rica. Veamos ahora qué mercedes reciben de la parroquia. He recogido los siguientes casos en el trabajo del señor Donald Ross de Glasgow y de *The Northern Ensign*:

1. Viuda de Matherson, 96 años; solo recibe 2 chelines y 6 peniques al

mes de la parroquia de Strath, Skye.

2. Murdo Mackintosh, 36 años; totalmente inválido porque un carro se le cayó encima hace catorce meses. Tiene mujer y siete hijos, el mayor de once años, el menor de uno, y lo único que la parroquia de Strath le da son 5 chelines al mes.

3. Viuda de Samuel Campbell, 77 años; reside en Broadford, Skye, en una casa miserable. Recibía 1 chelín y 6 peniques de la parroquia de Strath, protestó porque tal asignación no le parecía adecuada y, tras poner numerosas pegas, las autoridades parroquiales la incrementaron a 2 chelines.

4. Viuda de M'Kinnon, 72 años, parroquia de Strath, Skye: 2 chelines y 6 peniques al mes.

5. Donald M'Dugald, 102 años; reside en Knoydart. Su mujer tiene 77 años y están los dos muy delicados. Solo reciben 3 chelines y 4 peniques al mes cada uno de la parroquia de Glenelg.

6. Mary McDonald, viuda, 93 años y postrada en la cama. Su marido sirvió en el ejército y allí perdió el brazo. Murió hace veinte años. La viuda recibe 4 chelines y 4 peniques al mes de la parroquia de Glenelg.

7. Alexander M'Isaak, 53 años de edad, invalidez total; está casado; 40 años, un hijo ciego de 18 años, y otros cuatro hijos menores de catorce. La parroquia de Glenelg asigna a esta desdichada familia 6 chelines y 6 peniques al mes, es decir, alrededor de 1 chelín por cada uno.

8. Angus M'Kinnon, 72 años, tiene una hernia; su mujer tiene 66 años. Reciben 2 chelines y 1 penique al mes cada uno.

9. Mary M'Isaak, 80 años, delicada y completamente ciega, recibe 3 chelines y 3 peniques al mes de la parroquia de Glenelg. Cuando pidió más, el inspector le respondió: «Tendría que darte vergüenza pedir más cuando otros reciben menos»; y se negó a escucharla.

10. Janet M'Donald, o M'Gillivray, 77 años y totalmente inválida; solo recibe 3 chelines y 3 peniques al mes.

11. Catherine Gillies, 78 años y totalmente inválida; solo recibe 3 chelines y 3 peniques de la parroquia de Glenelg.

12. Mary Gillies, o Grant, de 82 años, lleva ocho años postrada en la

cama; recibe 8 peniques y 28 libras de alimentos al mes de la parroquia de Ardnamurchan. El inspector de pobres no la ha visitado en los dos últimos años, y no recibe asistencia médica ni ropa ni comida.

13. John M'Eachan, 86 años y postrado en cama; reside en Auchachraig, parroquia de Ardnamurchan, y solo recibe una libra de alimento al día y 8 peniques de dinero al mes de dicha parroquia. No tiene ropa ni nada.

14. Ewen M'Callum, 93 años, tiene una dolencia en los ojos. Lo encontré pidiendo a orillas del canal Crinan, parroquia (de) Knapdale, Argyllshire. Solo recibe 4 chelines y 8 peniques al mes; en cuanto a ropa, asistencia médica, combustible o alojamiento, no

recibe nada ni nada que se le parezca. Está hecho un montón de harapos andante, un pobre de aspecto muy desdichado.

15. Kate Macarthur, 74 años y postrada en la cama; vive sola en Dunardy, parroquia de Knapdale y recibe de la parroquia 4 chelines y 8 peniques, pero nada más. No la visita ningún médico.

16. Janet Kerr, o M'Callum, viuda, 78 años, mala salud; recibe 6 chelines al mes de la parroquia de Glassary. No tiene casa y no ingresa más dinero que el de la asignación.

17. Archibald M'Laurin, 73 años, parroquia de Appin, invalidez total; su mujer también está inválida; recibe 3 chelines y 4 peniques al mes de la ayuda parroquial. No tiene ropa, alojamiento,

ni combustible. Viven en una covacha miserable indigna de seres humanos.

18. Viuda Margaret M'Leod, 81 años; vive en Colgach, parroquia de Lochbroom; recibe 3 chelines al mes.

19. Viuda de John Makenzie, 81 años, reside en Ullapool, parroquia de Lochbroom. Está totalmente ciega y muy mal de salud, y solo recibe 2 chelines al mes.

20. Viuda Catherine M'Donald, 87 años, isla de Luing, parroquia de Kilbrandon. Completamente ciega y postrada en la cama, recibe 7 chelines al mes por su enfermedad, con ellos tiene que ¡pagar a una enfermera! Se le derrumbó la casa y aun así la parroquia se negó a proporcionarle un alojamiento, así que está tendida en el suelo de tierra de una casa sin tejado. El

inspector se niega a hacer nada por ella.

Pero el rufianismo no termina ahí. En Strathcarron se ha perpetrado una matanza. Inquietas hasta el frenesí por la crueldad de los desahucios ya efectuados y los que se esperan, algunas mujeres se reunieron en la calle al enterarse de que varios agentes del sheriff se acercaban con intención de expulsar a los inquilinos. Los que finalmente llegaron eran, en cambio, recaudadores de impuestos y no agentes del sheriff. Al saber, sin embargo, que los lugareños los habían confundido, los recién llegados prefirieron no sacar a

los habitantes de su error y, con ánimo de divertirse, se hicieron pasar en efecto por agentes y aseguraron que habían ido a expulsar a la gente de sus casas y que lo harían a toda costa. Las mujeres se alborotaron y los recaudadores las apuntaron con una pistola cargada. Lo que pasó a continuación lo cuenta un extracto de la carta del señor Donald Ross, que viajó de Glasgow a Strathcarron y pasó dos días en la zona recopilando información y examinando a los heridos. Su carta está fechada en el Royal Hotel de Tail el 15 de abril de 1854 y dice lo siguiente:

Me propongo informar de la vergonzosa conducta adoptada por el sheriff. No advirtió a las ciudadanas de cuál era su intención al enviarles a la policía. No leyó la Ley de Disturbios^[31]. No les dio tiempo para que se dispersaran. Al contrario, nada más llegar con sus fuerzas, que iban palo en mano, gritó: «¡Despejad esa calle!»; y de inmediato: «¡Tiradlas al suelo!». Al instante el panorama era indescriptible. Los policías golpearon a aquellas infortunadas mujeres en la cabeza y las derribaron, y luego saltaron sobre ellas y las pisotearon, y les dieron patadas por todo el cuerpo con una brutalidad salvaje. La calle no tardó en cubrirse de sangre. Los chillidos de las mujeres y de las niñas y los niños, que se revolcaban en su propia sangre,

desgarraban al cielo. Perseguidas por los policías, algunas mujeres saltaron al rápido y turbulento río Carron confiando más en su piedad que en la de los agentes o el sheriff. A algunas mujeres les arrancaron gruesos mechones de pelo con las porras, y a una niña le faltaba un trozo de piel del hombro de unos quince centímetros de largo por tres de ancho y uno de grueso; también la desgarró una porra con su violento golpazo. Tres policías echaron a correr tras una joven que era mera espectadora. Le pegaron en la frente, le abrieron la cabeza y cuando cayó al suelo le dieron patadas. El médico extrajo de la herida un trozo de gorro que había hundido la porra del cruel policía. En sus hombros todavía pueden verse marcas de botas. Todavía quedan

en Strathcarron trece mujeres en grave estado por la brutal paliza de la policía. Tres de ellas se encuentran tan mal que las personas que las atienden no tienen la menor esperanza de que se recuperen. Tengo la firme convicción, por el aspecto de esas mujeres y por la peligrosa naturaleza de sus heridas, junto con los informes médicos que me he procurado, de que no llegarán a la mitad las que se recobren de las lesiones, y de que, mientras vivan, todas lucirán en su cuerpo las tristes pruebas de la horrible brutalidad de la que fueron víctimas. Entre las que acabaron más gravemente heridas se encuentra una mujer en avanzado estado de gestación. No formaba parte del grupo que recibió al sheriff, sino que estaba a considerable distancia, observando,

pero los policías la golpearon y patearon violentamente, y se encuentra muy grave.

También podríamos añadir que las mujeres que sufrieron el ataque no eran más que dieciocho. El sheriff se llama Taylor.

Tal es la imagen de la aristocracia británica en el año 1854.

Las autoridades locales y el gobierno han llegado a la conclusión de que habrá que retirar las acusaciones contra Cowell, Grimshaw y los demás líderes de Preston^[32] si al mismo tiempo abandonan también la investigación contra los magistrados y los señores del

algodón de la misma localidad. Esto último se ha hecho ya, conforme a ese acuerdo.

Dicen que el aplazamiento hasta dentro de quince días de la moción a favor de un Comité de Investigación que desea proponer el señor Duncombe se produce en virtud de dicho acuerdo.

La clase media inglesa

[1 de agosto de 1854]

En lo que se refiere al trabajador medio, ¿en qué grado se enfrenta a su patrón? Todos sabemos hasta qué punto se opusieron los patrones a la Ley «de las Diez Horas^[33]». A pesar de la reciente revocación de los Aranceles del Grano^[34], los *tories* contribuyeron a que saliera adelante para beneficio de la clase trabajadora. Eso sí, una vez aprobada dicha ley, los informes de los

supervisores de distrito demuestran con qué vergonzosas astucias y trapacerías bajo mano se viene incumpliendo. Cuantos intentos ha hecho después el Parlamento para que la mano de obra trabaje en condiciones más humanas se han topado con la oposición de los representantes de la clase media, que siempre los reciben con la misma cantinela: ¡comunismo! El señor Cobden la ha gritado un buen puñado de veces. En los talleres y durante años, la meta de los patrones ha sido prolongar la jornada laboral más allá de lo que un ser humano puede soportar y, mediante el uso sin escrúpulos del régimen de

contratos y enfrentando a unos hombres con otros, recortar los sueldos de los trabajadores cualificados y equipararlos a los de los no cualificados. Fue esta forma de actuar la que impulsó a la revuelta a los Técnicos Unidos, y las brutales expresiones que en esa época fueron moneda corriente entre los patrones demuestran cuán poca sensibilidad humana cabe esperar de ellos. Su grosera ignorancia se puso luego de manifiesto cuando la Patronal contrató a Sidney Smith, literato de tercera, para que asumiera su defensa en la prensa en la guerra de palabras contra los trabajadores insurgentes. El estilo de

este escritor a sueldo encajaba a la perfección con la tarea que le habían encomendado, así que, cuando la batalla hubo terminado, los patrones, que ya no necesitaban ni a la literatura ni a la prensa, dieron de baja a su mercenario. Aunque la clase media no aspira al saber de la vieja escuela, tampoco cultiva ni la ciencia moderna ni la literatura. El libro contable, la mesa de despacho y el negocio; tal educación basta. Cuando gastan mucho dinero en formarlas, sus hijas están superficialmente dotadas de ciertas «cualidades», pero con la verdadera formación del espíritu y con llenarlo de

conocimientos ni siquiera sueñan.

La presente y espléndida hermandad de autores de ficción ingleses, cuyas gráficas y elocuentes páginas han transmitido al mundo más verdades políticas y sociales que todas las que hemos oído por boca de todos los políticos, publicistas y moralistas profesionales juntos, ha descrito todos los grupos de la clase media, desde los «muy refinados» rentistas y propietarios de obligaciones, que consideran todo negocio una vulgaridad, al pequeño tendero o al humilde pasante. ¿Cómo los han descrito Dickens y Thackeray, la señorita Brontë y la señora Gaskell?

Llenos de presunción, afectados, ignorantes, tiranuelos; y el mundo civilizado ha confirmado el veredicto con el irrefutable epigrama que define a esta clase: «serviles con los de arriba, tiránicos con los de abajo».

La prieta y estrecha esfera en que se mueven se debe hasta cierto punto al sistema social del que forman parte. Si la nobleza rusa vive incómoda entre la opresión a que la somete el zar por arriba y la espantosa esclavitud a la que ella somete a las masas por debajo, la clase media inglesa está embutida entre la aristocracia por un lado y las clases trabajadoras por otro. Desde la paz de

1815, siempre que ha querido actuar contra la aristocracia, la clase media ha sostenido ante las clases trabajadoras que sus quejas eran atribuibles al monopolio y al privilegio de esa aristocracia. Así, la clase media consiguió que los trabajadores la apoyasen en 1832 cuando deseaban la Ley de Reforma^[35], pero, tras conseguir su aprobación *por sus propios medios*, se la han negado a la clase obrera —por ejemplo, en 1848 se opusieron a ella armados con porras de policía especiales—. A continuación, los Aranceles del Grano se convirtieron en la nueva panacea de las clases

trabajadoras. Esta vez fue la aristocracia la que ganó la batalla, pero los «buenos tiempos» estaban por llegar, hasta que el año pasado, como para impedir una política similar en el futuro, la aristocracia se vio obligada a aceptar el impuesto de sucesiones de bienes inmuebles, tributo del que, egoístamente, se venía eximiendo a sí misma desde 1793 mientras forzaba la aprobación del impuesto de sucesión del patrimonio personal. Con esta especie de protesta se esfumó la última oportunidad de timar a las clases trabajadoras diciéndoles que su dura suerte se debía únicamente a la legislación aristocrática. Ahora los

obreros han abierto los ojos y empiezan a gritar: «¡Nuestro San Petersburgo está en Preston^[36]!». En realidad, los ocho últimos meses hemos sido testigos de un extraño espectáculo en la ciudad: un ejército estable de catorce mil hombres y mujeres subsidiado por sindicatos y talleres de todos los rincones del Reino Unido para que libere una gran batalla por el dominio social contra los capitalistas, y, por su parte, a los capitalistas de Preston respaldados por los capitalistas de Lancashire.

Con independencia de las formas en que esta lucha social se concrete a partir de ahora, lo que hasta aquí hemos visto

no es más que el principio. La lucha parece destinada a hacerse nacional y a entrar en fases que la historia no ha conocido, porque hay que tener en cuenta que, aunque es posible que provisionalmente sea la derrota lo que aguarde a las clases trabajadoras, operan ya grandes leyes sociales y económicas que con el tiempo deben garantizar su triunfo^[37]. A la misma oleada industrial que ha incitado a la clase media contra la aristocracia se debe que ahora, con la contribución presente y futura de la emigración, las clases trabajadoras se alcen contra las clases medias. La clase media asesta a

la aristocracia los mismos golpes que recibirá de la clase obrera. Es la instintiva percepción de este hecho lo que ya pesa sobre las acciones de la clase media y las coarta. Ante la reciente agitación política de las clases trabajadoras, la clase media ha aprendido a odiar y a temer los movimientos políticos ostensibles. «Los hombres respetables, caballero, no nos unimos a ellos», dice con hipocresía. La clase media alta remeda la forma de vida de la aristocracia y se esfuerza por entrar en contacto con ella. Como consecuencia, el feudalismo de Inglaterra no perecerá bajo los procesos

de disolución apenas perceptibles de la clase media: el honor de esa victoria queda reservado a las clases trabajadoras. Llegado el momento de su intervención en el escenario de la acción política, entrarán en liza tres poderosas clases que se enfrentarán entre sí: la primera representa la tierra, la segunda el dinero, la tercera el trabajo. Ahora se está imponiendo la primera, pero la segunda acabará por agachar la cabeza ante su sucesora en el terreno del conflicto social y político.

Palmerston.

Fisiología de las clases dominantes de Gran Bretaña

Londres, 23 de julio [de 1855]

Si la garantía de los préstamos turcos experimentase hoy la misma resistencia que el pasado viernes, Palmerston disolvería de inmediato la Cámara de los Comunes. Todas las circunstancias son favorables al diplomático. La disolución de la Cámara de los Comunes

tras la moción de Bulwer, la disolución de la Cámara de los Comunes tras la solicitud formal de Roebuck. Ambas resultaban igual de cuestionables. La diplomacia se despliega en las Conferencias de Viena, la administración actúa en las campañas de invierno: ambos puntos de vista, poco adecuados para apelar desde ellos a los compromisarios del Parlamento. Pero ¡la *garantía de los préstamos turcos*...! El escenario, la situación, el motivo se transforman como por arte de magia. Ya no es el Parlamento el que enjuicia al gabinete por traición o por incapacidad. Es el gabinete el que acusa al

Parlamento de frenar el liderazgo de la guerra, de poner en peligro la alianza francesa, de dejar en la estacada a Turquía. El gabinete ya no apela al país para que lo libere de la condena del Parlamento. Ha apelado al país para condenar al Parlamento. De hecho, los préstamos están formulados de forma tal que Turquía directamente no recibe ningún dinero, sino que, bajo las condiciones más indignas para un país, puesta bajo supervisión, debe permitir que sean unos comisionados ingleses los que administren y gasten la suma que supuestamente se le ha prestado. Durante la guerra oriental la administración

inglesa se caracterizó por tal esplendor que, en efecto, debe sentirse tentada de expandir sus bendiciones sobre reinos extranjeros. Las potencias occidentales se han apoderado del Ministerio de Asuntos Exteriores de Constantinopla, y no solo del Ministerio de Asuntos Exteriores, sino también del Ministerio del Interior. Desde que el pachá Omar se transplantó de Bulgaria a Crimea, Turquía ha dejado de tener su propio ejército. Las potencias occidentales extienden ahora la mano hacia las finanzas turcas. El reino otomano recibe por vez primera deuda pública sin recibir crédito a cambio. Se sitúa en la

posición de un terrateniente que se hace con un anticipo de las hipotecas, pero se obliga a dejar a los acreedores la administración de la suma anticipada. El único paso que le queda es dejarles las propiedades en sí. Con un sistema de préstamos similar Palmerston desmoralizó Grecia y paralizó España. Pero el *esplendor* está de su lado. La participación de los partidos pacifistas en la oposición contra los préstamos acentúa este esplendor. Con un giro de tuerca se coloca otra vez como portavoz de la guerra frente al conjunto de la oposición como portavoz de la paz. Ya sabemos *qué guerra* es la que piensa

dirigir. En el Báltico, con unos incendios asesinos, inútiles y sin resultados, encadenar mejor Finlandia a Rusia. En Crimea eternizar las matanzas en las que únicamente la derrota, y no la victoria, puede llevar a tomar decisiones. Siguiendo su vieja costumbre, pone las alianzas exteriores en la balanza parlamentaria. Bonaparte hizo que el denominado «cuerpo legislativo» sancionara los préstamos... para convertirse en eco de un eco, o la alianza peligraría. Mientras Palmerston utiliza la alianza francesa como escudo para parar cualquier golpe dirigido contra él, disfruta a la vez de la

satisfacción de que ésta reciba los golpes. Como prueba de que es «el hombre necesario en el lugar que le necesita», Palmerston nombró a *sir* W[illiam] Molesworth ministro de las Colonias y a *sir* B[enjamin] Hall, en lugar de a Molesworth, ministro de Territorios y Dominios Públicos. Molesworth pertenece a la escuela colonizadora de *Wakefield*. Su principio es encarecer de forma ficticia la tierra de las colonias y abaratar de forma ficticia el trabajo, a fin de originar así la «combinación necesaria de fuerzas de producción». La aplicación de esta teoría a modo de ensayo en Canadá

empujó a los emigrantes hacia Estados Unidos y hacia Australia.

En este momento están reunidos en Londres tres comités de investigación, uno nombrado por el gabinete, los otros dos por el Parlamento. El primero formado por los *recorders*^[38] de Londres, Manchester y Liverpool, sobre los *sucesos de Hyde Park*, se reúnen a diario, acumulando pruebas no solo de que los alguaciles fueron inauditamente brutales, sino también de que actuaron de forma premeditadamente brutal y *por encargo*. Si actuaran sin consideración alguna, las investigaciones tendrían que empezar por *sir George Grey* y el

gabinete como principales culpables. El segundo comité, bajo la presidencia de *Berkeley*, se ocupa de las consecuencias de las actas de la «venta de bebidas alcohólicas en domingo», y pone de manifiesto la hipocresía de los experimentos sabáticos de mejora social. En lugar de disminuir, las cifras de abusos por borrachera han aumentado. Solo que en buena parte se producen de domingo a lunes. El tercer comité, bajo la presidencia de *Scholefields*, se ocupa de las adulteraciones de comidas, bebidas y todas las mercancías propias de la alimentación. La adulteración aparece

como *norma*, la autenticidad como *excepción*. Las sustancias que se mezclan para dar color, aroma, sabor, sustratos sin valor, son en su mayor parte venenosas, todas perjudiciales para la salud. El comercio se presenta aquí como un gran laboratorio del engaño, los listados de mercancías como un catálogo diabólico de pseudoproductos, la libre competencia como la libertad para envenenar y ser envenenado.

Se ha presentado en ambas cámaras del Parlamento el «Informe de los inspectores de fábricas» para el semestre que concluye el 30 de abril,

una aportación de sumo valor a la caracterización de los hombres de paz de *Manchester* y de la clase que niega el monopolio del gobierno a la aristocracia. Los «accidentes causados por máquinas» se clasifican en el informe dentro de los siguientes apartados:

1. Mortales.

2. Pérdida de la mano derecha o del brazo derecho; pérdida de una parte de la mano derecha; pérdida de la mano izquierda o del brazo izquierdo; pérdida de una parte del brazo izquierdo; rotura de mano y brazo; daño en la cabeza y en el rostro.

3. Desgarros, contusiones y otros

daños no mencionados en los otros dos apartados.

Leemos acerca de una joven «que perdió la mano derecha», de un niño al que la máquina le «aplastó los huesos de la nariz y perdió la visión en ambos ojos», de un hombre al que «le serró la pierna, le rompió el brazo derecho por tres o cuatro sitios, y le mutiló horriblemente la cabeza», de un joven al que «le arrancó del hombro el brazo izquierdo, junto con otros daños» y de otro joven al que «le arrancó los dos brazos de los hombros, le hizo trizas el abdomen y se le salieron las tripas, y le

aplastó ambos muslos y la cabeza», etc., etc. El boletín industrial de los inspectores de fábricas es mucho más terrible, más horrible que cualquier boletín de la Guerra de Crimea. Mujeres y niños constituyen un contingente significativo y regular en la lista de heridos y fallecidos. La muerte y las heridas no son más honrosas que los colores que el látigo del propietario de una plantación dibuja en el cuerpo del negro. Ellos son prácticamente los únicos culpables por no *cercar* las máquinas tal como prescribe la ley. Recordarán que los fabricantes de Manchester, esa metrópolis del partido

de la paz a cualquier precio, inundó el gabinete de diputados, de protestas contra la normativa que prescribe ciertas medidas de seguridad en el uso de maquinarias. Como no pudieron derogar la ley, trataron de marginar al inspector de fábricas L[eonard] Horner, intrigando para poner en su lugar a un guardián de la ley más manejable. Hasta ahora todavía sin éxito. Afirman que la introducción de aparatos de seguridad se comerá sus beneficios. Horner ha demostrado ahora que hay pocas fábricas en su distrito que no puedan hacerse más seguras al precio de 10 libras esterlinas. Las cifras totales de

accidentes causados por la maquinaria a lo largo de los seis meses que analiza el informe ascienden a 1788, entre ellos 18 *mortales*. La suma total de las multas impuestas a fabricantes y de las indemnizaciones pagadas por éstos en el mismo período asciende a 298 libras esterlinas. Para redondear esta suma se han incluido las multas por «permitir trabajar en horas no permitidas por la ley», por «empleo de niños menores de ocho años», etc., por lo que las multas impuestas por 18 defunciones y 1770 mutilaciones no alcanza ni con mucho las 298 libras. ¡298 libras esterlinas! ¡Es menos de lo que cuesta un caballo

de carreras de tercera categoría!

¡El comité Roebuck y la oligarquía británica! ¡El comité Scholefield y la clase comercial británica! El informe de los inspectores de fábricas y los fabricantes británicos... En estos tres apartados puede agruparse de forma muy gráfica la fisiología de las clases dominantes en Gran Bretaña en la actualidad.

La situación de los trabajadores de las fábricas

Londres, 7 de abril de 1857

Los informes recientemente publicados de los inspectores de fábricas del medio año que concluyó el 31 de octubre de 1856 suponen una valiosa contribución a la anatomía social del Reino Unido. No serán de utilidad menor para explicar la actitud reaccionaria de los patrones en las actuales elecciones generales.

Durante la sesión de 1856, el Parlamento pasó de contrabando una Ley de Fábricas con la que los patrones «radicales» primero modificaron la ley que afectaba a la protección de los equipos y la maquinaria de las fábricas y luego introdujeron el principio de arbitrio en las disputas entre amos y hombres. La primera ley tenía la intención de proporcionar una mayor protección a los miembros y a la vida de los trabajadores de las fábricas; la segunda pretendía que los económicos tribunales de equidad amparasen la anterior normativa. En realidad, esta segunda ley pretendía hurtar al

trabajador su derecho a recurrir a la ley y la primera hurtarle sus miembros. Cito del informe conjunto de todos los inspectores:

De acuerdo con la nueva legislación, aquellas personas cuya ocupación ordinaria las obligue a entrar en contacto con la maquinaria y en consecuencia estén familiarizadas con los riesgos a que las expone su trabajo, y también con la necesidad de poner el cuidado preciso, están protegidas por la ley; mientras que se ha retirado la protección a aquellas otras que se puedan ver obligadas, a la hora de ejecutar órdenes especiales, a suspender sus ocupaciones ordinarias y a colocarse en situaciones de peligro de

cuya existencia no sean conscientes y de las cuales, por razón de su ignorancia, no saben resguardarse, pero que, por ese mismo motivo, parece que necesitarían de una protección especial por parte de la ley.

La cláusula de arbitrio prescribe a su vez que los árbitros serán elegidos de entre las personas «expertas en la construcción del tipo de maquinaria» que puede causar heridas o lesiones. En una palabra, se concede a técnicos y fabricantes el monopolio del arbitrio.

Nos parece —dicen los inspectores— que habría que considerar a técnicos y fabricantes personas no cualificadas

para arbitrar en los litigios de las fábricas, por la razón de que guardan una relación contractual o comercial con los propietarios de las fábricas, que son sus clientes.

Con estos presupuestos no es de extrañar que el número de accidentes relacionados con la maquinaria que resultan en fallecimiento, amputación de manos, brazos, piernas o pies, fractura de huesos, heridas en la cabeza y la cara, laceraciones, contusiones, etcétera, sumen, en los seis meses que terminaron el 31 de octubre de 1856, la espantosa cifra de 1919. Veinte casos de muerte por accidentes con maquinaria

registrados en el boletín industrial durante seis meses, es decir, diez veces el número de bajas mortales de la marina británica en la gloriosa masacre de Cantón^[39]. Puesto que los patrones, tan lejos de esforzarse por proteger la vida y los miembros de sus trabajadores, parecen únicamente inclinados a evitar el pago por los brazos y piernas perdidos a su servicio y a evitar también los costes del desgaste de sus vivarachas máquinas, no nos puede sorprender que, según los informes oficiales,

el exceso de trabajo, que viola la

legislación vigente en las fábricas, está aumentando.

El exceso de trabajo, desde el punto de vista legislativo, significa dar empleo a personas muy jóvenes con jornadas de trabajo más largas de las que permite la ley. Lo hacen de varias formas: empezando a trabajar antes de las seis de la mañana, no parando a las seis de la tarde, y acortando los tiempos fijados por la ley para las comidas de los trabajadores. A lo largo de la jornada, las máquinas de vapor se ponen en funcionamiento en tres ocasiones: por la mañana cuando empieza el trabajo,

después del desayuno y después de la comida; y se paran en otras tres: después de las dos comidas y al final del día. Hay por tanto seis oportunidades para hurtar cinco minutos de su tiempo a los trabajadores, es decir, media hora al día. Cinco minutos más al día de trabajo multiplicados por las semanas laborales equivalen a dos días y medio de trabajo al año. Pero el exceso de trabajo fraudulento llega mucho más allá. Cito a continuación al señor Leonard Horner, inspector de fábricas de Lancashire:

El beneficio obtenido gracias a este exceso de trabajo ilegal parece una gran tentación a la que los propietarios de las

fábricas no se pueden resistir. Calculan sus posibilidades de que no les cojan y, cuando comprueban las pequeñas multas y costas que quienes han sido denunciados han tenido que pagar, se dan cuenta de que, aunque sorprendieran sus infracciones, los beneficios serían considerables.

Además de las exiguas multas que impone la Ley de Fábricas, los patronos tienen buen cuidado de ocultar sus violaciones y el gobierno da las mayores facilidades para pasar los controles, hasta el extremo de que los inspectores declaran unánimemente: «Dificultades casi insuperables nos impiden atajar de forma efectiva el

trabajo ilegal». También coinciden en señalar el fraude deliberado que cometen personas que poseen grandes propiedades; las mezquinas estratagemas a que han recurrido con el fin de evitar la detención; y las viles intrigas que ponen en marcha contra los propios inspectores y subinspectores a quienes se confía la protección de los esclavos de las fábricas. Al presentar una denuncia por explotación, inspectores, subinspectores y agentes de policía deben estar dispuestos a jurar que los hombres han trabajado más horas de las que prescribe la ley. Pero supongamos que, por ejemplo, se

presentan en la fábrica pasadas las seis de la tarde. La maquinaria se para de inmediato y, aunque los trabajadores, si siguen en la fábrica no es por otro motivo que el de manejarla, la denuncia no se sostendría simplemente por cómo está redactada la ley. A continuación echan a los trabajadores a toda prisa — es frecuente que a través de más de una puerta, lo que facilita su rápida dispersión—. En algunos lugares «apagaban la luz justo cuando entraban los subinspectores y los dejaban a oscuras de pronto entre complicada maquinaria». En aquellos sitios que han adquirido notoriedad por el trabajo

excesivo de sus obreros existe un plan organizado para comunicar con tiempo suficiente la llegada de un inspector; contratan a mozos de estación y a camareros de posada con este propósito.

Estos vampiros, que engordan gracias a la sangre de la joven generación de trabajadores de su propio país, ¿no serán los mejores compañeros de los traficantes de opio británicos y los defensores naturales del «verdadero premier de Inglaterra^[40]»?

Los informes de los inspectores de fábricas prueban más allá de toda duda que las infamias del sistema de factorías británico crecen con el crecimiento del

sistema; que las leyes aprobadas para poner freno a la cruel codicia de los patronos son una impostura y una ilusión, redactadas de tal forma que frustran sus propios fines y desbaratan los esfuerzos de los hombres encargados de velar por su aplicación; que el antagonismo entre patronos y operarios está alcanzando el punto de no retorno de una guerra social; que el número de niños menores de trece años absorbidos por este sistema se incrementa en algunos sectores y el de mujeres en todos ellos; que, aunque se emplea el mismo número de peones en proporción a los caballos de potencia de períodos

anteriores, hay menos en proporción con la maquinaria; que, en virtud de la economía de fuerzas, la máquina de vapor permite emplear más maquinaria que hace diez años; que una gran cantidad de trabajo se pierde hoy a causa del aumento de velocidad de la maquinaria y de otras técnicas; y que los patronos se están llenando rápidamente los bolsillos.

Es posible que los interesantes datos estadísticos que ilustran los informes requieran más comentarios posteriormente. Así comprenderemos que los negreros de la industria de Lancashire necesiten una política

exterior capaz de distraer la atención de las cuestiones domésticas.

El aumento de la locura en Gran Bretaña

20 de agosto de 1858

Tal vez no haya en la sociedad británica hecho más contrastado que el de que, en época moderna, entre el crecimiento de la riqueza y la indigencia existe una correspondencia directa. Es curioso, además, que la misma ley parezca aplicarse a la locura. El aumento de la locura en Gran Bretaña corre parejo al

de las exportaciones y supera al de la población. Su rápido avance en Inglaterra y Gales entre 1852 y 1857, período de prosperidad comercial sin precedentes, resulta evidente al ver la siguiente tabla, que compara la cifra anual de indigentes, locos e idiotas de los años 1852, 1854 y 1857:

Fecha	Población	Pacientes en casas de locos condales o municipales	En residencias privadas de pobres autorizadas	En hospicio	Con amigos u otros lugares	Total de idiotas y dementes	Proporción de la población
1-1-1852	17.927.609	9.412	2.584	5.055	4.107	21.158	1 cada 847
1-1-1854	18.649.849	11.956	1.878	5.713	4.940	24.487	1 cada 762
1-1-1857	19.408.464	13.488	1.908	6.800	5.497	27.693	1 cada 701

La proporción de casos agudos pero curables con respecto a los crónicos y

aparentemente incurables era, el 31 de diciembre de 1856, de menos de uno de cada cinco según el siguiente resumen de datos oficiales:

	Pacientes en todo tipo de casas de locos	Considerados curables
En casas de locos municipales y condales	14.383	2.070
En hospitales	1.742	340
En casas autorizadas metropolitanas	2.578	390
En casas autorizadas provinciales	2.598	527
Total	21.311	3.327
Considerados curables	3.327	
Considerados incurables	17.984	

Para acomodar a dementes e idiotas de todo tipo y de todas las clases existen en Inglaterra y Gales 37 casas de locos de las cuales 33 son condales y 4 municipales; 15 hospitales; 116 residencias privadas autorizadas de las que 37 son metropolitanas y 79 provinciales; y por último están los hospicios para pobres. Las casas de locos públicas, o manicomios propiamente dichos, estaban exclusivamente destinadas por ley a acoger a locos pobres y a servir de hospitales para tratamiento médico y no de lugares seguros para la mera custodia de los locos. En conjunto, en los

condados al menos las podemos considerar instituciones bien reguladas, aunque demasiado grandes para que se las pueda supervisar como es debido y aunque estén abarrotadas, carezcan de la apropiada división por tipos de pacientes y no resulten adecuadas para acoger a más de la mitad de los dementes pobres. Al fin y al cabo, esos 37 centros repartidos por todo el país bastan para albergar a más de 15.690 enfermos. Quizá baste un caso para ilustrar la presión que sobre estos costosos hospicios ejerce la población demente. Cuando, en 1831, se construyó Hanwell (Middlesex), un manicomio

para quinientos pacientes, se suponía que era lo bastante grande para cubrir todas las necesidades del condado. Dos años después, sin embargo, ya estaba lleno, y transcurridos otros dos años hubo que ampliarlo con trescientas plazas más. Hoy residen en Hanwell más de mil pacientes y entretanto han construido Colney Hatch, que acoge a otros mil doscientos locos del mismo condado. Colney Hatch fue inaugurado en 1851; antes de que pasaran cinco años se hizo necesario apelar a los arrendatarios para ampliar el número de plazas, y los últimos datos demuestran que a finales de 1856 había más de 1100

dementes pobres del condado que no tenían acomodo en ninguno de sus manicomios. Las casas de locos existentes son demasiado grandes para estar bien gestionadas, pero son asimismo demasiado pocas para atender la rápida expansión de trastornos mentales. Y, sobre todo, habría que separarlas en dos categorías distintas: manicomios para locos incurables, hospitales para los curables. Apiñando a los dos tipos de locos juntos, ninguno recibe la cura y el tratamiento adecuados.

Las residencias privadas autorizadas están en general reservadas a los locos

más adinerados. Últimamente estos «acogedores retiros», como les gusta denominarse, han sido blanco de la indignación ciudadana a raíz de la reclusión forzosa de *lady* Bulwer en Wyke House y de los atroces ultrajes sufridos por la señora Turner en Acomb House, York. Es inminente una investigación parlamentaria de los secretos del negocio de la locura en Inglaterra, asunto al que nos referiremos más adelante. Por ahora permitan que llamemos su atención sobre el trato recibido por los dos mil dementes pobres que, por medio de un contrato, las Juntas de Guardianes y otras

autoridades locales han dejado en manos de gestores de casas de locos privadas. La retribución semanal por cabeza para mantenimiento, tratamiento y vestido de esos contratistas particulares varía entre cinco y doce chelines, pero se calcula que la cantidad que de media se les asigna es de entre cinco y ocho. El único objetivo de los contratistas consiste, cómo no, en lograr grandes beneficios de estas pequeñas cantidades, y para ello el trato al paciente debe suponer los mínimos gastos posibles. En su último informe, los Comisionados de la Locura declaran que, a pesar de que los recursos de las residencias privadas

para hospedaje son grandes y generosos, el alojamiento real que dan es miserable y el trato a los enfermos una vergüenza.

Es cierto que el lord canciller tiene poder para rescindir una licencia o impedir su renovación siguiendo el consejo de los Comisionados de la Locura, pero en muchos casos en los que un barrio no tiene manicomio público, o donde el que hay está atestado, los Comisionados solo tienen una alternativa: renovar la licencia, porque si no tendrían que alojar a un gran número de locos pobres en hospicios. Pero esos mismos Comisionados añaden que, por grandes que sean, los defectos

de las residencias autorizadas no pueden equipararse al riesgo y al mal de dejar prácticamente abandonados a esos indigentes en hospicios para pobres. En éstos hay hoy confinados unos siete mil dementes. En un principio, los pabellones para locos de los hospicios se limitaban a acoger a dementes que apenas necesitaban algo más que alojamiento y podían tener trato con los demás internos. Entre lo difícil que a los locos pobres les resulta ser admitidos en las casas de locos y que hay motivos para la frugalidad, es cada vez más frecuente que las juntas parroquiales transformen hospicios para pobres en

manicomios, solo que esos manicomios carecen de la asistencia, el trato y la supervisión que forman la principal salvaguardia de los pacientes recluidos en las casas de locos legalmente constituidas. Muchos de los grandes hospicios cuentan con pabellones para dementes con entre cuarenta y ciento veinte enfermos. Estos pabellones son sombríos y carecen de sitio para divertirse, ocupar el tiempo o practicar ejercicio. Los celadores son, en la mayoría de los casos, enfermos pobres totalmente incapacitados para la carga que se les impone. La dieta, más esencial que todo lo demás para las

desgraciadas víctimas de una enfermedad mental, rara vez excede a la que les dan a los internos sanos. Por tanto, no solo es normal que la reclusión en las casas de locos deteriore a los enfermos que padecen de imbecilidad pero son inofensivos, para quienes fueron creadas, sino que tiende a convertir en crónicos y permanentes casos que podrían haberse resuelto de haberse tratado a tiempo. El principio decisivo de las Juntas de Guardianes es la economía.

Según la ley, el cuidado del loco pobre debería correr en primer lugar a cargo del médico local, que tiene

obligación de poner al corriente a los funcionarios de asistencia, que a su vez tienen que ponerse en contacto con el juez, tras cuya orden el loco es internado en el manicomio. Pero en la realidad ninguno de estos pasos se concreta. A los dementes indigentes se les mete de prisa y corriendo en las casas de locos, donde, si se les considera manejables, son recluidos de forma permanente. En sus visitas a los hospicios para pobres, los Comisionados de la Locura aconsejaban llevar a una casa de locos a todos los enfermos considerados curables, o aplicarles el tratamiento indicado a su

caso, pero en general pesa más el informe del responsable médico cuando opina que el paciente es «inofensivo». Las condiciones de alojamiento de los hospicios para pobres se pueden deducir de las descripciones que cito a continuación, de las que el último Informe de la Locura dice que «exponen fielmente las características generales del hospedaje en los hospicios para pobres».

En la Clínica Manicomio de Norwich hasta las camas de los pacientes más débiles y enfermos son de paja. Los suelos de trece habitaciones pequeñas son de piedra. No hay retretes.

Han suspendido las guardias nocturnas en el pabellón masculino. Hay una gran carencia de mantas, toallas, prendas de franela, chalecos, palanganas, sillas, platos, cucharas y plazas de comedor. Además, está mal ventilado. Y cito:

Tampoco hay que fiarse de lo que podrían parecer mejoras. Descubrimos, por ejemplo, que, con relación a un número considerable de camas ocupadas por pacientes sucios, tienen la costumbre de retirarlas por la mañana y de sustituirlas, durante el día y solo por las apariencias, por camas limpias de mejor aspecto porque ponen sábanas y mantas sobre los armazones, pero luego las quitan por la noche y vuelven a

colocar las otras camas, que son peores.

Fijémonos ahora en otro ejemplo, en el hospicio para pobres de Blackburn:

Los salones de la planta baja, que ocupan los hombres, tienen los techos bajos y son pequeños y oscuros y están sucios. Un espacio donde hay sitio para once pacientes está ocupado en su mayor parte por voluminosos sillones en los que tienen a los pacientes con correas y por la enorme pantalla que cubre la chimenea y sobresale. Los de las mujeres, que están en la planta superior, también están abarrotados y uno que también sirve de dormitorio tiene una parte tapada con tabloncillos que utilizan como retrete, y las camas están

muy juntas y no hay espacio entre ellas. En un dormitorio tenían a dieciséis pacientes varones, y era sofocante y ofensivo. Tiene menos de diez metros de largo, poco más de cuatro de ancho y dos de alto, lo cual supone menos de un metro cúbico por paciente. Todos los lechos del centro son de paja, también los de los pacientes enfermos o postrados en la cama. Las fundas están sucias y tienen manchas de óxido de las barras de los catres. Parece que dejan que los pacientes se encarguen de la limpieza de las camas. Un gran número de pacientes carece de hábitos de limpieza, lo que hay que atribuir principalmente a la falta de un cuidado y una atención apropiados. Tienen pocos orinales y en el centro de cada dormitorio grande hay una tina para los

pacientes varones. Hay dos patios de gravilla para que los pacientes paseen, uno para los hombres y otro para las mujeres. Están rodeados de muros muy altos y no tienen bancos. El mayor tiene veintidós metros de largo y diez metros y noventa centímetros de ancho, y el pequeño nueve metros y setenta y cinco centímetros de largo y cinco metros treinta y cinco centímetros de ancho. Uno de los patios tiene una celda para recluir a pacientes excesivamente nerviosos. Está construida totalmente en piedra y tiene una pequeña abertura cuadrada por donde entra la luz y con barrotes de hierro para que el paciente no escape, pero no tiene marco ni postigo. En el suelo había un lecho grande de paja y en un rincón una silla muy grande. El control total de este

lugar está en manos del asistente y de la enfermera, el jefe apenas interviene, y tampoco inspecciona la celda con la atención que dedica a otras partes del hospicio.

Resultaría demasiado odioso reproducir los párrafos que el informe de los Comisionados dedica al hospicio londinense de Saint Pancras, una especie de pandemónium de baja estofa. Hablando en general, habrá en Inglaterra pocos establos que, al lado de los pabellones de los locos de los hospicios para pobres, no parezcan tocadores de señora y en los que el trato que reciben los cuadrúpedos no se pueda calificar

de sentimental en comparación con el
que se dispensa a los locos pobres.

Población, criminalidad e indigencia

Londres, 23 de agosto de 1859

Un *Blue Book*^[41] titulado «Sumario estadístico del Reino Unido en los últimos quince años: de 1844 a 1858» fue presentado en la última sesión de ambas cámaras del Parlamento. Por áridas que nos puedan parecer, dispuestas en prietas columnas y con el típico estilo de impresión de los

documentos oficiales, las cifras que publica suponen una contribución más valiosa a la historia del movimiento nacional que muchos volúmenes de cháchara retórica y cotilleo político. Lo primero que llama nuestra atención son las tablas de población, pero, por extraño que parezca, las cifras relativas a los desplazamientos de población de Irlanda en los últimos quince años han sido omitidas totalmente. La tabla dedicada a Escocia revela débiles oscilaciones en las que no merece la pena detenerse. La siguiente tabla explica los desplazamientos de población en Gales e Inglaterra.

Año	Población estimada	Nacimientos	Fallecimientos	Matrimonios
1844	16.520.000	540.763	356.950	132.249
1845	16.721.000	543.521	349.366	143.743
1846	16.925.000	572.625	390.315	145.664
1847	17.132.000	539.965	423.304	135.845
1848	17.340.000	563.059	399.800	138.230
1849	17.552.000	578.159	440.853	141.883
1850	17.766.000	593.422	368.986	151.738
1851	17.983.000	615.865	395.174	154.206
1852	18.205.000	624.171	407.938	158.439
1853	18.403.000	612.391	421.097	164.520
1854	18.618.000	634.506	438.239	159.349
1855	18.787.000	635.123	426.242	151.774
1856	19.045.000	657.704	391.369	159.262
1857	19.305.000	663.071	419.815	159.097
1858	19.523.000	655.627	450.018	154.500

Con esta tabla de población cotejamos los datos de delincuencia y pobreza extrema de Inglaterra y Gales:

JUZGADOS ANTE UN TRIBUNAL

Año	Hombres	Mujeres	Total	Condenados
1844	21.549	4.993	26.542	18.919
1845	19.341	4.962	24.303	17.402
1846	19.850	5.257	25.107	18.144
1847	22.903	5.930	28.833	21.542
1848	24.586	5.763	30.349	22.900
1849	22.415	5.401	27.816	21.001
1850	21.548	5.265	26.813	20.537
1851	22.391	5.569	27.960	21.579
1852	21.885	5.625	27.510	21.304
1853	20.879	6.178	27.057	20.756
1854	22.723	6.636	29.359	23.047
1855	19.890	6.082	25.972	19.971
1856	15.425	4.012	19.437	14.734
1857	15.970	4.299	20.269	15.307
1858	13.865	3.990	17.855	13.246

La tabla con las cifras de indigentes (pobres y vagabundos) que reciben asistencia en los diversos *unions*^[42] y

parroquias gestionados por Juntas de Guardianes de Inglaterra y Gales. Comienza en el año 1849:

Año	Total de pobres	Año	Total de pobres
1849	934.419	1854	818.337
1850	920.543	1855	851.369
1851	860.893	1856	877.767
1852	834.424	1857	843.806
1853	798.822	1858	908.186

Al comparar las tres tablas, de población, criminalidad e indigencia, descubrimos que entre 1844 y 1854 la delincuencia creció más que la población, mientras que, entre 1849 y 1858, la indigencia prácticamente no

aumentó a pesar de los enormes cambios operados en la sociedad británica en ese intervalo. Tres grandes hechos marcan los diez años transcurridos entre 1849 y 1858, hechos que casi justifican por sí solos que comparemos el período con las más ilustres épocas del siglo XVI. Los Aranceles del Grano fueron retirados^[43], se descubrieron grandes yacimientos de oro^[44] y se produjo una gran emigración. Hubo, además, otras circunstancias que dieron pie a un relanzamiento de la industria y del comercio. Desde las convulsiones revolucionarias, Europa se había inmerso en un frenesí industrial. La

conquista del Punjab y, luego, la guerra rusa y las guerras asiáticas habían abierto mercados hasta entonces casi desconocidos. Por último, la importación de productos británicos por parte de Estados Unidos ha alcanzado unas dimensiones que hace diez años nadie sospechaba. El mercado del conjunto del mundo se ha expandido y da la impresión de haber duplicado o triplicado su poder de absorción. Y junto a todo esto, durante esta memorable década, el millón de indigentes ingleses apenas ha disminuido en 26.233. Y, si comparamos los años 1853 y 1858, hasta se ha

incrementado en 109.364.

Debe de haber algo podrido en el corazón mismo de un sistema social que aumenta su riqueza sin disminuir su miseria, y en el que los delitos aumentan más rápidamente aún de lo que pueden recoger las estadísticas. Es cierto que, si los comparamos con los años precedentes, entre 1855 y 1858 parece haberse producido un notable descenso de la delincuencia. El número total de personas imputadas, que en 1854 fue de 29.359, bajó drásticamente a 17.855 en 1858; y el número de condenados también se rebajó significativamente, aunque no en la misma proporción. Ese

aparente descenso de la delincuencia desde 1854, sin embargo, hay que atribuirlo exclusivamente a ciertas modificaciones técnicas de la legislación británica, a la Ley de Delincuencia Juvenil en primer lugar y, en segundo lugar, a la entrada en vigor en 1855 de la Ley de Justicia Criminal, que permite a los tribunales de policía dictar sentencias por breves períodos con el consentimiento de los presos. Generalmente, las violaciones de la ley son los vástagos de instituciones económicas que quedan más allá del control del legislador, pero, como constata la aplicación de la Ley de

Delincuencia Juvenil, depende hasta cierto punto de la sociedad oficial tachar ciertas violaciones de sus reglas de delitos o de meras faltas. Esta diferencia de nomenclatura, que en absoluto resulta indiferente, decide el destino de miles de hombres y el tono moral de la sociedad. Es posible que, por sí misma, la ley no se limite a castigar el delito, sino que lo improvise, y la ley de la abogacía profesional es muy apta para actuar en esta dirección. Por tanto, y como ha señalado un historiador eminente, el clero católico de la Edad Media, con su oscura concepción de la naturaleza humana,

introducida gracias a su influencia en la legislación criminal, ha creado más delitos que perdonado pecados.

Por raro que parezca, la única parte del Reino Unido en la que la delincuencia ha descendido de modo significativo, concretamente un 50 por ciento, e incluso un 75 por ciento, es Irlanda. ¿Cómo conciliar este hecho con esa idea tan popular en Inglaterra de que las penalidades de Irlanda son culpa de la naturaleza de los propios irlandeses y no del desgobierno de los británicos? Una vez más, no es la actuación del gobierno británico, sino simple consecuencia de la hambruna, el éxodo y

una combinación general de circunstancias favorables a la demanda de mano de obra irlandesa, la que ha obrado este feliz cambio en la naturaleza de los irlandeses. Comoquiera que sea, no podemos pasar por alto la elocuencia de los datos de las siguientes tablas:

I. DELITOS EN IRLANDA
JUZGADOS ANTE UN TRIBUNAL

Año	Hombres	Mujeres	Total	Condenados
1844	14.799	4.649	19.448	8.042
1845	12.807	3.889	16.696	7.101
1846	14.204	4.288	18.492	8.639
1847	23.552	7.657	31.209	15.233
1848	28.765	9.757	38.522	18.206
1849	31.340	10.649	41.989	21.202
1850	22.682	8.644	31.326	17.108
1851	17.337	7.347	24.684	14.377
1852	12.444	5.234	17.678	10.454
1853	10.260	4.884	15.144	8.714
1854	7.937	3.851	11.788	7.051
1855	6.019	2.993	9.012	5.220
1856	5.097	2.002	7.099	4.024
1857	5.458	1.752	7.210	3.925
1858	4.708	1.600	6.308	3.350

II. INDIGENTES EN IRLANDA

Año	Total de indigentes	Año	Total de indigentes
1849	620.747	1854	106.802
1850	307.970	1855	86.819
1851	209.187	1856	73.083
1852	171.418	1857	56.094
1853	141.822	1858	50.582

Es de lamentar que las cifras de emigración no especifiquen las distintas regiones del Reino Unido en las que empezó el fenómeno y el grado en que cada región ha contribuido a los resultados generales. De la tabla tal como está se puede inferir que, de 1844 a 1847, la emigración a las colonias británicas de América del Norte se aproximaba cuando no superaba la que se dirigía a Estados Unidos. Desde 1848, sin embargo, la emigración a la Norteamérica británica desciende hasta convertirse en mero apéndice de la emigración a Estados Unidos. Por otra

parte, la emigración británica a Australia y Nueva Zelanda se desarrolla en los quince años transcurridos de 1844 a 1858 a grandes zancadas. Mientras que la emigración a las colonias norteamericanas alcanza su punto máximo en 1847, y la de Estados Unidos en 1851, la que se dirige a Australia y Nueva Zelanda llega a su apogeo en 1852. Desde esa fecha hasta 1858 se produce un descenso continuo en el número de emigrantes, cuya cifra total había ascendido en 1852 a 368.764 y en 1858 bajó a 113.972, es decir, más de un 75 por ciento. A continuación reproducimos la tabla a que aludimos:

**NÚMERO DE EMIGRANTES DEL REINO UNIDO
A VARIOS DESTINOS**

Año	A las colonias norteamericanas	A Estados Unidos	A Australia y Nueva Zelanda	A otros lugares	Total
1844	22.924	43.660	2.229	1.873	70.686
1845	31.803	58.538	830	2.330	93.501
1846	43.439	82.239	2.347	1.826	129.851
1847	109.680	142.154	4.949	1.487	258.270
1848	31.065	188.233	23.904	4.887	248.089
1849	41.367	219.450	32.191	6.490	299.498
1850	32.961	223.078	16.037	8.773	280.849
1851	42.605	267.357	21.532	4.472	335.966
1852	32.873	244.261	87.881	3.749	368.764
1853	34.522	230.885	61.401	3.129	329.937
1854	43.761	193.065	83.237	3.366	323.429
1855	17.966	103.414	52.309	3.118	176.807
1856	16.378	111.837	44.584	3.755	176.554
1857	21.001	126.905	61.248	3.721	212.875
1858	9.704	59.716	39.295	5.257	113.972

La opinión de los periódicos y la opinión del pueblo

Londres, 25 de diciembre de 1861

Los políticos continentales que creen poseer un termómetro del estado de ánimo del pueblo inglés están sacando en este momento necesariamente conclusiones erróneas. Con la primera noticia del caso del buque correo Trent^[45] el orgullo nacional inglés entró en efervescencia y la llamada a la guerra

con los Estados Unidos se hizo eco entre prácticamente todas las capas de la sociedad. La prensa londinense, por el contrario, aparentaba moderación, e incluso *The Times* dudaba de si en realidad se trataba de un *casus belli*. ¿De dónde procede este fenómeno? Palmerston no estaba seguro de que los juristas de la Corona estuvieran en situación de inventarse cualquier pretexto legal para la guerra. Semana y media antes de la llegada del La Plata a Southampton los agentes de la Confederación sureña habían apelado desde Liverpool al gabinete inglés para denunciar la intención de los cruceros

americanos de salir de los puertos ingleses para capturar en mar abierto a los señores Mason, Slidell, etc., y requerido la intervención del gobierno inglés. Según los informes de los juristas de la Corona, este último rechazó la solicitud. De ahí el tono pacífico y moderado en un principio de la prensa londinense en comparación con la impaciencia bélica del pueblo. No obstante, tan pronto como los juristas de la Corona —*Attorney General* y *Attorney Sollicitor*, ambos miembros asimismo del gabinete— dieron con un pretexto técnico para la disputa con Estados Unidos, la relación entre pueblo

y prensa se transformó en lo contrario. La fiebre bélica ascendió en la prensa en la misma medida en que descendía entre el pueblo. En estos momentos una guerra con América es algo tan impopular en todas las capas de la población inglesa, con excepción de los amigos del algodón y los latifundistas, como inmenso el clamor de guerra en la prensa.

Pero ¡veamos ahora la prensa londinense! A la cabeza está *The Times*, cuyo redactor jefe, *Bob Lowe*, fue antaño un demagogo que incitaba en Australia a la insurrección contra Inglaterra. Es un miembro subordinado

del gabinete, una especie de ministro de Información y una mera creación de Palmerston. El *Punch* es el bufón de *The Times*, que transforma sus *sesquipedalia verba*^[46] en bromas concisas y caricaturas faltas de ingenio. A uno de los redactores jefe del *Punch* Palmerston lo metió en el Board of Health (Comisión de Sanidad) por 1000 libras esterlinas al año.

The Morning Post es, en parte, propiedad privada de Palmerston. Otra parte de esta peculiar institución ha sido vendida a la Embajada francesa. El resto pertenece a la *haute volée*^[47] y proporciona los más detallados informes

a los cortesanos y a los sastres de damas. Por eso, entre el pueblo inglés, *The Morning Post* tiene fama de ser el *Jenkins* (una figura en pie que representa al lacayo) de la prensa.

The Morning Advertiser es propiedad conjunta de los *licensed victuallers*, es decir, de las tabernas que, además de cerveza, pueden vender también aguardiente. Además, es el órgano de los *pietistas* ingleses y también de los *sporting characters*, es decir, de la gente que hace negocio con las carreras de caballos, las apuestas, el boxeo y cosas por el estilo. El redactor de este periódico, el señor *Grant*, antes

taquigrafista de periódicos, un individuo sin ninguna cultura literaria, tuvo el honor de ser invitado a las veladas privadas de Palmerston. Desde entonces adora al *truly English minister* (verdadero ministro inglés), al que al estallar la guerra rusa había denunciado por ser «agente ruso». Hay que añadir que los piadosos patronos de este periódico de aguardiente están bajo la batuta del conde de Shaftesbury y que Shaftesbury es el yerno de Palmerston. Shaftesbury es el papa de los *low church men*^[48], que taponan el espíritu profano del honrado Advertiser con el santo espíritu.

The Morning Chronicle! Quantum mutatus ab illo^[49]! Durante casi medio siglo el gran órgano del partido de los whigs y no infeliz rival de *The Times*, vio palidecer su estrella desde que comenzó la guerra de los whigs. Experimentó metamorfosis de todo tipo, se transformó en un *penny paper*^[50], trató de vivir de «sensacionalismos» como, por ejemplo, cuando tomó partido por *Palmer*, el envenenador. Fue vendido más tarde a la delegación francesa, a la que, no obstante, pronto le dio pena tirar su dinero. Se arrojó entonces sobre el antibonapartismo, aunque no con mejores resultados.

Finalmente acabó encontrando al tan buscado comprador en las personas de los señores Yancey y Mann, los agentes de la Confederación sureña en Londres.

El *Daily Telegraph* es propiedad privada de un tal Levy. Su diario ha sido tachado de *Palmerston's mob paper* (el órgano popular de Palmerston). Además de esta función hace también *chronique scandaleuse*^[51]. Este *Telegraph* se caracteriza por haber declarado, siguiendo órdenes de arriba, que la guerra es imposible nada más llegar la noticia del Trent. En la dignidad y moderación que le impusieron se veía a sí mismo tan extraño que desde ese

momento lleva publicados ya media docena de artículos acerca de la moderación y la dignidad demostradas por él en aquella ocasión. Tan pronto como llegó la orden de cambio de frente, el *Telegraph* intentó salir igualmente airoso del mandato impuesto y acallar a todos sus camaradas con sus fuertes alaridos de guerra.

El *Globe* es el diario vespertino del Ministerio, que recibe subvenciones oficiales de todos los ministerios *whig*.

Las hojas de los *tories*, *The Morning Herald* y el *Evening Standard*, ambos de la misma cuerda, están determinados por un doble motivo, por

un lado el odio innato a «las colonias inglesas *rebeldes*»; por otro, por una marea crónica de su bolsa. Saben que una guerra con América haría saltar el actual gabinete de coalición y allanarían el camino a un gabinete de los *tories*. Con el gabinete de los *tories* regresarían todas las subvenciones oficiales al *Herald* y al *Standard*. ¡Así que los lobos hambrientos no pueden aullar más alto por su presa que estos diarios de los *tories* por una guerra americana y una lluvia de oro como consecuencia de ello!

De la prensa diaria londinense solo quedan dignos de mención el *Morning*

News y el *Morning Star*, los dos que trabajan en contra de los que tocan las trompetas de guerra. *The Daily News* ha visto frenados sus movimientos por una relación con lord John Russell; el *Morning Star* (órgano de Bright y Cobden) ha visto menoscabada su influencia por su carácter de «diario pacífico a cualquier precio».

La mayoría de los semanarios londinenses son meros ecos de la prensa diaria, es decir, beligerantes en su mayoría. El *Observer* está al servicio del Ministerio. El *Saturday Review* busca algo ingenioso y cree haberlo encontrado afectando una cínica nobleza

en lo relativo a prejuicios «humanitarios». Para demostrar su «ingenio», los abogados, curas y maestros corruptos que escriben en ese diario sonríen y aplauden a los esclavistas desde el estallido de la Guerra Civil americana. Incluso esbozan planes de campañas contra Estados Unidos, cuya tosca ignorancia le pone a uno los pelos de punta.

Como excepciones más o menos respetables hay que mencionar el *Spectator*, el *Examiner* y también la *MacMillan's Magazine*.

Ya se ve: en conjunto, la prensa londinense —con excepción de los

órganos del algodón, los diarios de provincias constituyen un honroso contraste— representa a Palmerston y nada más que a Palmerston. Palmerston quiere guerra, el pueblo inglés no la quiere. Los próximos acontecimientos demostrarán quién saldrá vencedor en este duelo, Palmerston o el pueblo. En cualquier caso, Palmerston está jugando un juego más peligroso que Luis Bonaparte a comienzos de 1859.

Revoluciones y revueltas

Revolución en China y en Europa

14 de junio de 1853

Un muy profundo pero fantasioso especulador de los principios que gobiernan los movimientos de la Humanidad solía ensalzar como uno de los secretos que gobiernan la naturaleza lo que llamaba la ley del contacto de los extremos. El popular proverbio «los extremos se tocan» era, en su opinión, una gran y poderosa verdad para todos los ámbitos de la vida, un axioma tan

imprescindible para el filósofo como las leyes de Kepler o el gran descubrimiento de Newton para el astrónomo.

«Los extremos se tocan» puede ser un principio universal o no pero, en todo caso, uno de sus ejemplos más reveladores podría ser el efecto de la revolución china en el mundo civilizado^[52]. Puede parecer extraña y paradójica la afirmación de que la próxima sublevación popular en Europa y su posterior evolución en pos de la libertad republicana y la economía de gobierno tal vez dependa más de lo que hoy sucede en el Imperio Celeste —en

los antípodas de Europa— que de cualquier otra cuestión política —más incluso que de las amenazas de Rusia y la posible guerra europea en que podrían desembocar—. Y, sin embargo, no es ninguna paradoja, como todos comprenderán tras examinar atentamente las circunstancias del caso.

Con independencia de las causas sociales —y de las formas religiosas, dinásticas o nacionales que puedan adoptar— que condujeron a las rebeliones crónicas que llevan produciéndose en China los últimos diez años y que ahora cristalizan en una formidable revolución, es incuestionable

que este último estallido tiene su origen en los cañones ingleses que por la fuerza han introducido en China esa droga soporífera llamada opio. Ante las armas británicas, la autoridad de la dinastía manchú quedó hecha pedazos, la supersticiosa fe en la eternidad del Imperio Celeste se quebró, el bárbaro y hermético aislamiento del mundo civilizado fue infringido, y una grieta se abrió en ese intercambio que desde entonces se desarrolla tan rápidamente gracias a los dorados atractivos de Australia y California. Al mismo tiempo, la moneda de plata del Imperio, su savia vital, empezó a desaguar hacia

las Indias Occidentales.

Hasta 1830, la balanza comercial siempre fue favorable a China por su ininterrumpida importación de plata de la India, el Reino Unido y Estados Unidos. Desde 1833, y especialmente desde 1840, las exportaciones de plata de China a la India casi han llegado a agotar las arcas del Imperio Celeste. De ahí los estrictos decretos del emperador contra el comercio de opio, que han encontrado gran oposición. Además de esta consecuencia económica inmediata, los sobornos relacionados con el contrabando de opio han inmoralizado completamente a los funcionarios de las

provincias del sur de China. Igual que solían considerar al emperador padre de China, sus regidores tenían una relación paternal con las provincias que administraban. Pero esta autoridad patriarcal, único lazo moral que cohesiona la vasta maquinaria del Estado, se ha ido corroyendo gradualmente por la corrupción de los regidores, que han acumulado grandes ganancias haciendo la vista gorda con el contrabando de opio. Esto ha ocurrido principalmente en las mismas provincias del sur donde empezó la rebelión. Casi no hace falta decir que, en la medida en que el opio ha ido imponiendo su

soberanía sobre los chinos, el emperador y su gobierno de pedantes mandarines han ido perdiendo la suya. Da la impresión de que la historia tenía que emborrachar primero a todo su pueblo para luego despertarlo de su estupidez hereditaria.

Aunque apenas se produjo en tiempos remotos, la importación de algodón inglés y, en menor medida, de lana inglesa viene aumentando rápidamente desde 1833, época en que el monopolio del comercio con China pasó de la Compañía de las Indias Orientales a empresas privadas, y en mucha mayor escala a partir de 1840,

cuando otras naciones y especialmente la nuestra consiguieron mayor participación en el comercio chino. La introducción de productos manufacturados extranjeros ha tenido un efecto similar en la industria china al que anteriormente tuvo en Persia, la India y Asia Menor. En China, tejedoras e hilanderas han sufrido enormemente la competencia extranjera y la comunidad se ha desestabilizado en la misma proporción.

El tributo pagado a Inglaterra tras la infortunada guerra de 1840, el gran e improductivo consumo de opio, la fuga de metales preciosos que ha ocasionado,

la destructiva influencia de la competencia extranjera en las manufacturas autóctonas, la inmoralidad de la administración pública, han tenido dos consecuencias: los viejos tributos son cada vez más onerosos y acuciantes, y han surgido otros nuevos. Por ejemplo, en un decreto fechado en Pekín el 5 de enero de 1853, el emperador cursa a los virreyes y gobernadores de las provincias meridionales de Wuchang y Hanyang la orden de suspender y posponer el cobro de impuestos, y, especialmente, de no recaudar nunca una cantidad superior a la debida, porque de otra manera, dice el decreto, «¿Cómo

iban los pobres a soportarlo? Así tal vez —prosigue el emperador— pueda mi pueblo, en un período de privaciones y miseria generalizadas, librarse del mal de la persecución y hostigamiento de los recaudadores de impuestos». Este lenguaje, y estas concesiones, recordamos habérselo oído a Austria, la China de Alemania, en 1848.

Todos estos agentes disolventes actuaron conjuntamente en las finanzas, la moral, la industria y la estructura política de China, se manifestaron plenamente en 1840 con los cañones ingleses, que quebraron la autoridad del emperador, y han obligado al Imperio

Celeste a entrar en contacto con el mundo terrenal. El aislamiento completo era condición esencial para la preservación de la Vieja China. Ese aislamiento llegó a su violento final a causa de Inglaterra, y es tan seguro que le seguirá la disolución como que una momia se desintegra al entrar en contacto con el aire aunque esté cuidadosamente preservada en un ataúd herméticamente sellado. Después de que Inglaterra haya sido uno de los causantes de la revolución china, la cuestión es cómo reaccionará con la propia Inglaterra esa revolución llegado el momento, y a través de Inglaterra, con

Europa. Una cuestión que no es de difícil solución.

La atención de nuestros lectores se ha concentrado con frecuencia en el crecimiento sin parangón de las manufacturas británicas desde 1850. En medio de la más sorprendente prosperidad no ha sido difícil señalar los claros síntomas de la crisis industrial que se avecina. A pesar de California y Australia, a pesar de una emigración muy numerosa y sin precedentes, tiene que llegar un momento, a su debido tiempo y sin incidente particular que lo motive, en que la ampliación de los mercados no

pueda seguir el ritmo del aumento de la producción manufacturera del Reino Unido y, con la misma certidumbre con que ya ha sucedido en el pasado, esta desproporción desemboque en otra crisis. Además, si uno de los grandes mercados se contrajese de pronto, la llegada de la crisis se aceleraría. La rebelión china debe, por lo sucedido hasta ahora, tener precisamente este efecto en Inglaterra. La necesidad de abrir nuevos mercados, y de ampliar los ya existentes, ha sido una de las principales causas de la bajada de los impuestos del té británicos, de igual modo que, junto con una importación de

té cada vez mayor, se espera que crezcan las exportaciones de productos manufacturados a China. En 1834, el valor anual de las exportaciones a China apenas alcanzaba, antes de que ese mismo año acabara por decreto el monopolio comercial de la Compañía de las Indias Orientales, 600.000 libras esterlinas, mientras que en 1836 llegó a 1.326.388, en 1845 a 2.394.827 y en 1852 a unos tres millones. La cantidad de té importado de China no pasaba en 1793 de 7000 toneladas, pero en 1845 casi llegó a las 25.000, en 1846 superó las 27.000 y ahora casi alcanza las 30.000. La cosecha de té de este último

año no será escasa, como sabemos ya por la lista de exportaciones de Shanghai, que supera en casi mil toneladas a la del año anterior. Hay que achacar esta subida a dos circunstancias. Por un lado, al terminar 1851, los mercados estaban en peor situación y el gran excedente sobrante se contabilizó en las exportaciones de 1852. Por otro, la reciente alteración de la legislación británica con respecto a la importación de té, que afecta a China, ha colocado todos los téns disponibles en un mercado predispuesto y con precios mucho más altos. Pero en lo que se refiere a la próxima cosecha, la situación es muy

distinta. Lo demuestra el siguiente extracto de la correspondencia de una gran empresa tetera de Londres:

Dicen que en Shanghai el terror es extremo. El valor del oro ha subido un 25 por ciento y lo buscan con ansia para guardarlo; la plata ha desaparecido y nada obtienen del cobro de los aranceles portuarios a los buques británicos que quieren atracar; como resultado de todo ello, el señor Alcock, cónsul, ha consentido en hacerse responsable ante las autoridades chinas del pago de esos aranceles previa entrega de recibos de la Compañía de las Indias Orientales u otras garantías oficiales. La escasez de metales preciosos es uno de los detalles más

desfavorables cuando se compara con el futuro inmediato del comercio, porque se da precisamente en un momento en que su empleo es muy necesario para que los compradores de té y de seda se internen en el país y adquieran los productos, para lo cual necesitan pagar por adelantado y que los productores puedan llevar a cabo sus operaciones.

En esta época del año es normal empezar los preparativos para los nuevos té, pero de momento solo se ha hablado de los medios para proteger a personas y propiedades, y las transacciones se han interrumpido.

Si no se hace lo necesario para proteger

las hojas en abril y mayo, las primeras cosechas, que es donde están las mejores variedades de tés negros y verdes, se echarán tanto a perder como el trigo no recogido por Navidad.

No serán las escuadras inglesas, americanas y francesas fondeadas en los mares de China las que pongan los medios para proteger las hojas de té, pero con su injerencia sí podrían crear fácilmente tales complicaciones que los intercambios entre el interior, que produce el té, y los puertos, que lo exportan, podrían interrumpirse. Es de esperar por tanto que la presente cosecha tenga un precio más elevado —

en Londres ya ha comenzado la especulación— y que la siguiente se salde con un gran déficit. Y eso no es todo. Para vender a los extranjeros las numerosas mercancías que tienen a mano, los chinos, por dispuestos que estén a hacerlo y como todos los pueblos que atraviesan un período de convulsión revolucionaria, querrán acumular reservas, no aceptar a cambio de su seda y su té apenas otra cosa que dinero contante y sonante, como acostumbran a hacer los orientales por temor a los grandes cambios. Por esto mismo, Inglaterra tiene que esperar una subida del precio de uno de los artículos

que más consume, una fuga de oro y una gran contracción de un importante mercado para sus artículos de lana y algodón. Incluso *The Economist*, optimista prestidigitador de cuanto amenace las tranquilas cabezas de la comunidad mercantil, se ve obligado a emplear el siguiente lenguaje:

No nos hagamos ilusiones pensando que encontraremos un mercado tan grande como el anterior para nuestras exportaciones a China [...]. Es más probable, por consiguiente, que se resienta nuestra actividad exportadora a China, y que baje la demanda de los productos de Manchester y Glasgow.

No debemos olvidar que la subida del precio de un artículo tan indispensable como el té y la contracción de un mercado tan importante como el chino coincidirán con una cosecha deficiente en Europa Occidental y, por tanto, con el aumento del precio de la carne, los cereales y todos los demás productos agrícolas. De ahí que se hayan contraído los mercados de manufacturas, porque todo aumento del precio de los productos de primera necesidad se compensa, a escala nacional e internacional, con la correspondiente reducción de la demanda de manufacturas. Desde todos

los rincones de Gran Bretaña llegan quejas por el mal estado de los cultivos. *The Economist* prosigue sobre este tema:

En el sur de Inglaterra «no solo va a quedar mucha tierra sin sembrar hasta que se haga demasiado tarde para cualquier tipo de cultivo, sino que en una gran parte de la tierra cultivada el cereal no podrá crecer o lo hará de manera deficiente». En los suelos poco fértiles o húmedos destinados al trigo hay ya signos evidentes del daño. «Se puede decir que ha pasado la época de plantar remolacha forrajera y que se ha plantado muy poca, mientras que la época de preparar la tierra para los nabos está llegando a su fin sin que se

hayan completado los preparativos adecuados para este importante cultivo [...] la siembra de avena se ha visto entorpecida por la lluvia y la nieve. Es poca la avena que se plantó temprano y la tardía rara vez da grandes cosechas.

En muchas regiones, los rebaños de cría han sufrido pérdidas considerables. El precio de productos agrícolas distintos al cereal ha subido un 20 o un 30 e incluso un 50 por ciento con respecto al último año. En el Continente, el grano ha subido comparativamente más que en Inglaterra. En Bélgica y Holanda, el centeno ha subido un cien por cien. El trigo y otros cereales siguen

el mismo camino.

En estas circunstancias y habiendo las transacciones británicas completado ya la mayor parte del ciclo normal del comercio, se puede presagiar sin temor a equivocarse que la revolución china hará saltar la chispa en la sobrecargada mina del actual sistema industrial y causará la explosión de la crisis generalizada que se lleva gestando tanto tiempo y que, al transmitirse al extranjero, se verá seguida de cerca por revoluciones políticas en el Continente. Sería un espectáculo curioso ver que China manda desorden al mundo occidental mientras, por medio de los

buques de guerra ingleses, franceses y americanos, las potencias de Occidente imponen «orden» en Shanghai, Nankín y la desembocadura del Gran Canal. ¿Olvidarán esas potencias aficionadas a imponer orden, que querrían apoyar a una dinastía manchú que se tambalea, que el odio al extranjero y su exclusión del Imperio, antaño mera consecuencia de la situación geográfica y etnográfica de China, se convirtieron en sistema político únicamente desde la conquista del país por la raza de los tártaros manchúes? No cabe la menor duda de que las turbulentas disensiones de las naciones europeas que a finales del

siglo XVII rivalizaron en el comercio con China prestan una poderosa ayuda a la política de exclusión adoptada por los manchúes. Pero más ayuda el miedo de la nueva dinastía a que los extranjeros puedan favorecer el descontento que una gran parte de la población china ha ido acumulando en la primera mitad de siglo por su sometimiento a los tártaros. Por este motivo se prohibió a los extranjeros mantener contacto alguno con los chinos salvo a través de Cantón, ciudad muy alejada de Pekín y las regiones del té, y limitaron sus transacciones comerciales al intercambio con los mercaderes de Hong, que contaban con la autorización

expresa del gobierno para comerciar con otras naciones, a fin de evitar que el resto de los súbditos chinos tuvieran comunicación con los odiosos extranjeros. En todo caso, cualquier injerencia de los gobiernos occidentales en estos momentos solo puede servir para que la revolución se vuelva más violenta y para prolongar el estancamiento del comercio.

Al mismo tiempo hay que observar que, en relación con la India, nada menos que una séptima parte de los ingresos del gobierno británico de ese país dependen de la venta de opio a los chinos, mientras que una proporción

considerable de la demanda de la India de manufacturas británicas depende de que ese opio se produzca en ese país. Es verdad que es tan probable que los chinos renuncien a fumar opio como que los alemanes dejen de fumar tabaco, pero, como se rumorea que el nuevo emperador es favorable a la cultura de la flor de adormidera y a que el opio se prepare en la propia China, es evidente que el negocio del cultivo del opio en la India sufrirá un golpe de muerte, y con él los ingresos del Estado indio y los recursos comerciales del Indostán. Aunque los intereses directamente implicados no notarán el golpe de

inmediato, a su debido tiempo tendrá sus efectos e intensificará y prolongará la crisis financiera universal cuyo futuro hemos vaticinado en las líneas precedentes.

Desde principios del siglo XIX no ha habido en Europa revolución importante que no se haya visto precedida de una crisis comercial y financiera. Esto es verdad tanto de la revolución de 1789 como de la de 1848. Todos los días vemos disputas más terribles entre los poderes gobernantes y sus súbditos, entre el Estado y la sociedad, y entre las distintas clases; conflictos entre las potencias existentes que alcanzan ese

clímax en que todos desenvainan su espada y recurren a la razón última de los príncipes. Todos los días llegan a las capitales europeas alarmantes despachos hablando de guerra universal, pero los despachos del día siguiente los desmienten con garantías de paz que duran más o menos una semana. Podemos estar seguros, sin embargo, de que, con independencia de la temperatura que alcance el conflicto entre las potencias europeas, por amenazador que pueda parecer el horizonte diplomático, sean cuales sean los movimientos que pueda intentar alguna facción entusiasta en algún país o

en otro, el viento de la prosperidad instiga por igual la rabia de los príncipes y la furia de los pueblos. No es probable que las guerras o las revoluciones siembren la discordia en Europa a no ser que sean resultado de una crisis comercial e industrial generalizada de la cual, como siempre, dará la señal de alarma Inglaterra, representante de la industria europea en el mercado mundial.

Es innecesario convivir con las consecuencias políticas que una crisis semejante debe producir en estos tiempos, con la extensión sin precedentes de factorías en Inglaterra,

con la disolución completa de los partidos oficiales, con toda la maquinaria del Estado francés transformada en un inmenso problema por tanta estafa y especulación, con Austria al borde de la bancarrota, cuando en todas partes arrecian injusticias que el pueblo querrá vengar, cuando las potencias, reaccionarias, tienen intereses encontrados, y cuando el sueño de conquista de los rusos ha vuelto a revelarse al mundo una vez más.

La insurrección griega

14 de marzo de 1854

La insurrección de los súbditos griegos del sultán, que tanta alarma causó en París y Londres, ha sido reprimida, aunque no es imposible que vuelva a reavivarse. En relación con esta posibilidad podemos decir que, tras un atento estudio de los documentos referidos al asunto, estamos convencidos de que los insurgentes pertenecían exclusivamente a los

habitantes de las montañas de la falda meridional del Pindo, que no encontraron apoyo en ninguna de las demás etnias cristianas de Turquía salvo entre los píos filibusteros de Montenegro, y de que los ocupantes de las llanuras de Tesalia, que forman la única comunidad griega compacta que todavía se encuentra bajo dominio turco, temen más a sus compatriotas que a los propios turcos. No debemos olvidar que este apocado y cobarde grupo de población no se atrevió a alzarse siquiera durante la guerra de independencia griega^[53]. El resto de los griegos distribuidos por las ciudades del

Imperio otomano, que quizá llegasen a los trescientos mil, son objeto de un odio tan acendrado por parte de otras etnias cristianas que, cada vez que algún movimiento popular tiene éxito, como en Serbia y en Valaquia, todos los sacerdotes de origen griego son expulsados y sustituidos por pastores nativos.

Pero, aunque la presente insurrección griega sería de todo punto insignificante si la valorásemos exclusivamente por sus méritos, tiene su importancia porque da a las potencias occidentales la oportunidad de intervenir entre la Puerta^[54] y la gran

mayoría de sus súbditos en Europa, entre quienes los griegos no son más que un millón frente a los diez millones de las demás etnias que profesan la religión griega. Los habitantes griegos del reino y los que viven en las islas Jónicas bajo dominio británico consideran como misión nacional expulsar a los turcos de todos los territorios de habla griega y anexionar Tesalia y el Epiro a un estado propio. Es posible que hasta sueñen con la restauración de Bizancio, aunque, en conjunto, son un pueblo demasiado astuto para creer en semejante fantasía. Pero estos planes de engrandecimiento y de independencia nacionales,

proclamados en estos momentos a raíz de las intrigas de Rusia, como ha demostrado la recientemente detectada conspiración del cura Atanasio^[55], y proclamados también por los forajidos de las montañas sin respuesta alguna por parte de la población agrícola de la llanura, nada tienen que ver con los derechos religiosos de los súbditos de Turquía pese a que algunos intenten mezclar ambas cosas.

Como sabemos por la prensa inglesa y por lo que han manifestado en la Cámara de los Lores lord Shaftesbury y en la de los Comunes el señor Monckton Milnes, el gobierno británico ha

convocado una reunión para tratar, aunque no en exclusiva, los acontecimientos de Grecia y tomar medidas que mejoren la situación de los súbditos cristianos de la Puerta. En realidad se nos ha dicho explícitamente que el objetivo último de las potencias occidentales es conseguir que la religión cristiana esté en Turquía en pie de igualdad con la mahometana. Ahora bien, esto equivale a no decir nada en absoluto, o significa que hay que garantizar los derechos políticos y civiles de cristianos y mahometanos sin referencia alguna a su religión o sin tener en cuenta la religión en modo

alguno. Dicho de otro modo, significa la completa separación de Iglesia y Estado, de política y religión. Pero, como todos los estados orientales, el turco se fundamenta en la más íntima conexión, casi podríamos decir que en la identidad, entre Iglesia y Estado, entre política y religión. El Corán es la fuente de la fe y de la ley para ese Imperio y para sus gobernantes. Pero ¿cómo es posible igualar al fiel con el *giaour*^[56], al musulmán con el rajá a ojos del Corán? Para hacerlo en realidad es necesario sustituir el Corán por un nuevo código civil o, en otras palabras, destruir la estructura que sustenta la

sociedad griega y, de sus ruinas, crear un nuevo orden de cosas.

Por otro lado, el rasgo más distintivo de la religión griega frente a todas las demás ramas de la fe cristiana es la misma identificación de Iglesia y Estado, de vida civil y la vida eclesiástica. Tan íntimamente entrelazados estaban Iglesia y Estado en el Imperio bizantino que es imposible escribir la historia del uno sin escribir la del otro. En Rusia prevalece la misma identidad, aunque allí, al contrario de lo que sucedía en Bizancio, la Iglesia se ha transformado en mero instrumento del Estado, en herramienta de sojuzgamiento

dentro del país y de agresión fuera. De conformidad con las nociones orientales de los turcos, el Imperio otomano ha permitido que la teocracia bizantina se desarrolle hasta tal grado que el titular de una parroquia es al mismo tiempo juez, alcalde, maestro, albacea testamentario, asesor tributario, ubicuo factótum de la vida civil y no servidor, sino patrón en cualquier trabajo. El principal reproche que cabe hacer a los turcos al respecto no es que hayan cercenado los privilegios del clero cristiano, sino que, muy al contrario, bajo su gobierno, este tutelaje omnímodo y opresivo, este control e

injerencia de la Iglesia, hayan absorbido toda la esfera social. En su *Orientalische Briefe*, el señor Fallmerayer nos cuenta con mucho humor que un cura griego se quedó de piedra al ser informado de que el clero latino no gozaba de ninguna autoridad en absoluto y de que, por tanto, no tenía que ocuparse de ningún asunto profano. «¿Y cómo —exclamó este cura— se las arreglan nuestros hermanos para matar el tiempo?».

Así pues, queda claro que, para introducir un nuevo código civil en Turquía, un código que se abstraiga totalmente de la religión y esté basado

en la completa separación de Iglesia y Estado, no solo habría que abolir la religión musulmana, sino también que acabar con la Iglesia griega tal y como la concibe el Imperio. ¿Puede alguien ser tan ingenuo para creer en serio que los tímidos, reaccionarios y achacosos miembros del gobierno británico actual lleguen alguna vez a imaginar la posibilidad de acometer tamaña tarea? Porque, en un país como Turquía, supondría una auténtica revolución social. Es una idea absurda que solo se les podría ocurrir con la idea de echar polvo a los ojos de los pueblos inglés y europeo.

Revolución en España. Bomarsund

Londres, viernes 18 de agosto de 1854

Los editoriales de *Assemblée Nationale*, *The Times* y *Journal des Débats* dan fe de que ni el partido ruso puro, ni el partido ruso-coburguista, ni el partido constitucional están satisfechos con el curso que toma la revolución española^[57]. Podría deducirse de ello que España tiene alguna posibilidad a pesar de lo que dicen las apariencias.

El día 8 del corriente, una

delegación del Club de la Unión^[58] visitó a Espartero para entregarle un escrito solicitando la adopción del sufragio universal. Como el nuevo gobierno ha recibido numerosas peticiones en el mismo sentido desde todos los ámbitos, el Consejo de Ministros mantuvo un largo y acalorado debate. Pese a todo, los partidarios del sufragio universal y los partidarios de la ley electoral de 1845 han sido derrotados. *La Gaceta* de Madrid ha publicado el decreto de convocatoria a Cortes para el 8 de noviembre precedido de un informe dirigido a la reina. Las elecciones se

celebrarán de acuerdo con la ley de 1837, con ligeras modificaciones. Las Cortes serán Asamblea Constituyente y las funciones legislativas del Senado quedarán suprimidas. Se han conservado dos párrafos de la ley de 1845, verbigracia: el procedimiento de formación de mesas electorales y el número de diputados, con un diputado por cada cinco mil almas. La Asamblea tendrá, por tanto, entre 420 y 430 miembros. Según una circular de Santa Cruz, ministro del Interior, el censo electoral debe estar terminado para el 6 de septiembre y, una vez que las diputaciones provinciales las hayan

verificado, las listas electorales cerradas para el 12 de septiembre. Las elecciones se celebrarán el 3 de octubre en las principales localidades de los distritos electorales. El escrutinio se realizará hasta el 16 de octubre en todas las capitales de provincia. En caso de que se produzca alguna anomalía se procederá a unas nuevas elecciones que no podrán celebrarse después del 30 de octubre. El citado informe declara expresamente que,

al igual que las de 1837, las Cortes de 1854 salvarán la monarquía; establecerán nuevos lazos entre el trono y la nación, entidades que no se pueden

poner en tela de juicio ni sobre las que cabe disputa alguna.

En otras palabras, el gobierno prohíbe la discusión de la cuestión dinástica, pero *The Times* deduce del informe lo contrario y supone que ahora España tendrá que decidir entre la actual dinastía o no tener ninguna dinastía en absoluto, eventualidad que, casi es innecesario decirlo, desagrada infinitamente a este periódico y frustra sus cálculos.

La Ley Electoral de 1837 limita el derecho de sufragio a los propietarios de una vivienda mayores de veinticinco

años que paguen mayores cuotas^[59] (impuestos cuantiosos que recauda el Estado). También tienen derecho a voto los miembros de las Academias de Historia y Artes Nobles, doctores, licenciados de las facultades de Teología, Derecho y Medicina, miembros de los capítulos eclesiásticos, curas parroquiales y su clero auxiliar, magistrados y abogados con dos años de ejercicio, oficiales del ejército de cierta graduación bien en el servicio activo o en la reserva, médicos, cirujanos y farmacéuticos con dos años de experiencia, arquitectos, pintores y escultores que tengan el honor de

pertenecer a alguna academia, y profesores y maestros de cualquier institución docente sufragada con fondos públicos. La misma ley incapacita para el voto a quienes hayan defraudado a la Hacienda Pública nacional o local, a las personas que se hayan declarado en bancarrota o a las que los tribunales hayan declarado incapacitadas civil o moralmente, y, por último, a todo aquel que en ese momento sea objeto de una sentencia judicial.

Es cierto que este decreto no proclama el sufragio universal y veta la cuestión dinástica en el foro de las Cortes, pero aun así es dudoso que esta

Asamblea se avenga a lo de ella se espera. Si en 1812 las Cortes españolas se abstuvieron de inmiscuirse en los asuntos de la Corona fue porque en aquel entonces el rey^[60], que llevaba años fuera de España, representaba esta institución solo nominalmente. Si en 1837 volvieron a abstenerse fue porque tenían que zanjar el asunto de la monarquía absoluta antes de pensar en la monarquía constitucional. Con respecto a la situación en general, *The Times* tiene buenas razones para deplorar que España carezca de la centralización de Francia, porque de esa manera incluso una victoria sobre la revolución en la

capital no decide nada en lo que se refiere a las provincias, ya que en ellas persiste ese estado de «anarquía» sin el que ninguna revolución puede triunfar.

La revolución española tiene, por supuesto, características peculiares. La combinación, por ejemplo, de robo y transacciones revolucionarias, que comenzó con la guerra de guerrillas contra los invasores franceses y continuó con los «realistas» en 1823 y las guerras carlistas desde 1835. Ninguna sorpresa puede por tanto haber supuesto la noticia de los grandes desórdenes que se han producido en Tortosa, población del sur de Cataluña.

La Junta Popular de la villa afirma en su proclama del 31 de julio:

Tomando como pretexto la abolición de los impuestos indirectos, una banda de asesinos miserables se ha apoderado de la población pisoteando todas las normas y leyes de la sociedad. El saqueo, el asesinato y los incendios han marcado sus pasos.

La Junta, sin embargo, no tardó en restablecer el orden armando a los ciudadanos y acudiendo al rescate de la débil guarnición de Tortosa. Se ha nombrado una comisión militar encargada de la persecución y castigo de

los autores de los desórdenes del 30 de julio. Como era de esperar, la prensa reaccionaria ha utilizado los incidentes como excusa para declaraciones virtuosas. Que su actitud, sin embargo, no está justificada se puede inferir de un comentario del *Messenger de Bayonne* que afirma que los carlistas han plantado su bandera en las provincias de Cataluña, Aragón y Valencia, precisamente en los mismos montes vecinos donde encontraron su principal refugio en las antiguas guerras carlistas. Fueron los carlistas los que dieron origen a los *ladrones facciosos*^[61], esa combinación de bandolerismo y

supuesta lealtad a un partido oprimido por el Estado. El guerrillero español típico ha tenido algo de bandolero desde tiempos de Viriato, pero es una novedad de invención carlista que un mero ladrón se bautice por su cuenta con el nombre de guerrillero. Los hombres implicados en los sucesos de Tortosa pertenecen a este grupo sin ninguna duda.

En Lérida, Zaragoza y Barcelona la situación es grave. Las dos primeras ciudades se han negado a unir fuerzas con la tercera porque en ésta los militares tienen mucho poder. Aun así parece que ni siquiera allí consigue el general Concha capear el temporal, y

Dulce debe ocupar su lugar, porque da la impresión de que, gracias a su recién adquirida popularidad, es más factible que este general logre resolver las dificultades.

Las sociedades secretas han reanudado su actividad en Madrid y dominan el partido democrático como en 1823^[62]. Lo primero que con urgencia han exigido al pueblo es que inste a todos los ministros nombrados desde 1843 a dar cuentas de su gestión.

El Ministerio está adquiriendo las armas de las que se apoderó el pueblo el día de las barricadas^[63]. De este modo ya tiene en su poder dos mil quinientos

mosquetes que antes estaban en manos de los insurgentes. Don Manuel Sagasti, jefe político de los *ayacuchos* de Madrid en 1843^[64], ha sido restituido en su puesto. Ha dirigido a los habitantes y a la milicia nacional dos proclamas en las que anuncia su intención de reprimir enérgicamente cualquier desorden. A retirar de sus cargos a los distintos partidarios de Luis José Sartorius, antiguo presidente del Consejo de Ministros, se procede con rapidez. Quizá sea lo único a lo que se proceda con rapidez en España. Todos los partidos se muestran igualmente raudos a este respecto.

El marqués de Salamanca no está preso, como algunos aseguraban. Fue arrestado en Aranjuez, pero al poco tiempo le pusieron en libertad y ahora se encuentra en Málaga.

Que el gabinete gobierna por presión popular lo demuestra el hecho de que los ministros de la Guerra, del Interior y de Obras Públicas^[65] han hecho muchos viajes y simplificado sus diversos departamentos, acontecimiento desconocido en la historia de España.

El partido unionista, o de Coburgo-Braganza, es lastimosamente débil^[66]. ¿Por qué otro motivo iba a haber armado tanto revuelo a raíz del único escrito

enviado por Portugal al diario *Guardia Nacional* de Madrid? Si examinásemos el asunto con detenimiento, descubriríamos que ese texto (que se origina en el lisboeta *Jornal do Progresso*) no es de una naturaleza en absoluto dinástica y solo alude a esos lazos fraternales tan frecuentes en los movimientos de 1848.

La situación de las finanzas españolas, y en particular el decreto de Sartorius, que obligaba al pago de seis meses de impuestos por adelantado, es la causa principal de la revolución española. Las arcas públicas estaban vacías cuando estalló la revolución a

pesar de que no se había pagado ningún servicio público de ningún tipo y en varios meses no había llegado a su destino ninguna de las sumas asignadas. Las cantidades recaudadas por portazgos, por ejemplo, nunca se destinaron al mantenimiento y reparación de caminos. Con el dinero reservado a obras públicas sucedió exactamente lo mismo. Cuando se han revisado las arcas de las obras públicas, en lugar de recibos por los trabajos ejecutados se han encontrado recibos dejados por los favoritos de la corte. Es sabido que el negocio financiero es desde hace mucho el más rentable de

Madrid. El presupuesto español de 1853 se repartió del siguiente modo:

Corona y asignaciones	47.350.000 reales
Legislación	1.331.685
Intereses de la Deuda Pública	213.271.423
Presidente del Consejo	1.687.860
Asuntos Exteriores	3.919.083
Justicia	39.001.223
Guerra	273.646.284
Marina	85.165.000
Interior	43.957.940
Policía	72.000.000
Hacienda	142.279.000
Pensiones	143.400.586
Culto y clero	119.050.508
Extraordinarios	18.387.788
Total	1.204.448.390 reales

A pesar de este presupuesto, España

es el país europeo que paga menos impuestos y donde son más sencillas las cuestiones económicas. La reducción y simplificación hacen que la maquinaria burocrática de España sea la menos complicada y, tradicionalmente, las municipalidades administran sus propios asuntos; y lo mismo ocurre con la reforma de los aranceles y la consciente valoración de los bienes nacionales que todavía no han sido enajenados. La cuestión social en el sentido moderno de la palabra carece de fundamento en un país que todavía no ha desarrollado sus recursos y tiene una población tan escasa: apenas quince millones de

habitantes.

Conocerá el lector por la prensa inglesa los primeros avances del ejército británico en Bomarsund^[67]. Los pobres diarios británicos, que nunca tienen nada brillante que decir, acogen con gran entusiasmo los triunfos de diez mil soldados franceses contra dos mil rusos. Paso por alto semejantes glorias y prefiero ocuparme en considerar el resultado de la captura de esa isla en el *faubourg*^[68] de Estocolmo, y no de San Petersburgo. El *Siècle* francés ha anunciado, y muchos periódicos se han hecho eco de ello, que Suecia se sumará a las medidas activas que las potencias

occidentales han adoptado contra Rusia. Las probabilidades de que tal anuncio se concrete se pueden calibrar por el hecho de que Suecia haya suscrito un tratado de neutralidad armada en el mismo instante en que podría haber intervenido con éxito frente a los bosques y las marismas de Finlandia. ¿Modificará su política ahora que ha pasado el momento de emprender operaciones? Inglaterra y Francia han negado al rey Óscar las garantías pecuniarias y territoriales que pedía para su adhesión. Además, ¿cómo explicar que el gobierno sueco haya ordenado el desarme de todo un escuadrón basándose en la suposición

de que Suecia está a punto de entrar en liza? El desarme se amplía a los navíos de línea Charles XII y Prince Oscar, a la fragata Désiré y a las corvetas Gefle y Thor.

En esas latitudes, las aguas se cubrirán de hielo muy pronto, así que la captura de Bomarsund no puede tener demasiada importancia. En Hamburgo prevalece la idea de que se tiene que ver acompañada de la toma de Riga, una opinión basada en una carta del capitán Heathcote, patrón del Archer, al señor Hartslet, cónsul inglés de Memel, en la que manifiesta que todos los buques extranjeros deben abandonar el puerto

de Riga antes del 10 del corriente.

Se dice que Prusia favorece el contrabando de mercancías de guerra en su frontera con Rusia y que al mismo tiempo se prepara para romper con las potencias occidentales. Los comandantes de los puertos de Königsberg, Danzig, Colberg y Swinemunde han recibido órdenes de armarse.

Los diarios más influyentes de Suecia y Noruega declaran que «sería más que una locura unirse a los aliados y hacer enormes sacrificios salvo con la inamovible y bien entendida condición de hacer pedazos Rusia y de restaurar

Polonia^[69]. Otro resultado, incluso la entrega de Finlandia a Suecia, sería un error y un engaño».

Hay que recordar que todos los gobiernos del norte de Europa mantienen conflictos con sus pueblos. En Copenhague, por ejemplo, la situación está así: los ciudadanos de Schleswig-Holstein han tomado la determinación de abstenerse de todas las elecciones al Rigsråd^[70], mientras que, al mismo tiempo, los electores de Copenhague han enviado una carta al doctor Madvig, diputado del Landsting^[71], para pedirle que no acepte un puesto en el Rigsråd porque cierto decreto del rey infringía la

constitución danesa e iba contra los derechos del pueblo de Dinamarca.

Revolución en España

[25 de julio de 1856]

Pese a publicarse tres días después de nuestros avisos previos, nada decían las noticias del Asia de ayer que haga pensar en una pronta conclusión de la guerra civil de España. Aunque victorioso en Madrid, no se puede afirmar que, finalmente, el golpe de Estado de O'Donnell haya triunfado. Le Moniteur de Francia, que al principio rebajó la insurrección de Barcelona a la

categoría de simple revuelta, se ve ahora obligado a admitir que

la lucha allí es encarnizada, aunque podemos asegurar que la victoria de las tropas de la reina está asegurada.

Según la versión de ese diario oficial, en Barcelona los combates duraron desde las cinco de la tarde del 18 de julio hasta la misma hora del día 21 —es decir, exactamente tres días—, cuando, según dicen, los «insurgentes» fueron desalojados de sus posiciones y huyeron al campo perseguidos por tropas de caballería. Afirman, sin embargo, que los rebeldes conservan

todavía varias localidades catalanas, incluidas Gerona, la Junquera y otras de menor importancia. Parece también que en Murcia, Valencia y Sevilla ha habido *pronunciamientos*^[72] contra el golpe de Estado, que un batallón de la guarnición de Pamplona, que el gobernador de esta ciudad dirigió contra Soria, se rebeló contra el gobierno cuando ya iba de camino y se dirigió a Zaragoza para unirse a la insurrección, y, por último, que en Zaragoza, desde un principio reconocido centro neurálgico de la resistencia, el general Falcón pasó revista a dieciséis mil soldados que luego reforzó con quince mil milicianos

y campesinos de los contornos.

En todo caso, el gobierno francés considera que la «insurrección» de España no ha sido sofocada y, lejos de contentarse con enviar un grupo de batallones de línea a la frontera, Bonaparte ha ordenado que una brigada avance hasta el Bidasoa y que sea completada hasta formar una división con refuerzos de Montpellier y Toulouse. Parece asimismo que ha reasignado de inmediato otra división del ejército de Lyon y que, según las órdenes cursadas directamente desde Plombières el pasado día 23, esta unidad marcha ya hacia los Pirineos, donde, a estas horas,

se encuentra reunido un *corps d'observation* formado por veinticinco mil hombres. Si la resistencia al gobierno de O'Donnell es capaz de mantener sus posiciones, si demuestra ser lo bastante formidable para inducir a Bonaparte a una invasión armada de la Península, el golpe de Estado de Madrid podría ser la señal que marcara el fin del golpe de Estado de París^[73].

Ateniéndonos a la trama y los *dramatis personae*, da la impresión de que la conspiración española de 1856 no es más que la simple reactivación del golpe similar de 1843^[74] con ligeras desviaciones en su desarrollo. Entonces

como ahora, Isabel estaba en París y Cristina en Madrid; Luis Felipe y no Luis Bonaparte dirigía la acción desde las Tullerías; por un lado, Espartero y sus *ayacuchos*^[75], por otro, O'Donnell, Serrano y Concha, con Narváez, que ahora está al fondo del escenario y entonces en el proscenio. En 1843, Luis Felipe mandó dos millones en oro por tierra y a Narváez y a sus compañeros por mar, y pactó con *madame* Muñoz las bodas españolas^[76]. La complicidad en el golpe de Estado español de Bonaparte, quien tal vez haya pactado el matrimonio de su primo el príncipe Napoleón con alguna de las señoritas

Muñoz, o quien, a todos los efectos, debe continuar con su misión e imitar a su tío^[77], tal complicidad, digo, no la indican solo las denuncias de *Le Moniteur* en los dos últimos meses a propósito de ciertas conjuras comunistas en Castilla y Navarra; ni la conducta antes, durante y después del golpe de *monsieur* de Turgot, embajador en Madrid, que ya fue ministro de Exteriores de Bonaparte durante su propio golpe de Estado; ni que el duque de Alba, cuñado de Bonaparte, fuera nombrado alcalde del nuevo *ayuntamiento*^[78] de Madrid inmediatamente después de la victoria

de O'Donnell; ni que Ros de Olano, antiguo miembro de la facción profrancesa del gobierno, fuera el primer hombre a quien se ofreció un cargo en el gabinete de O'Donnell; ni tampoco el papel de Narváez, a quien Bonaparte mandó a Bayona tan pronto como las noticias de la revuelta llegaron a París. Tal complicidad ya la apuntaba previamente el envío de grandes cantidades de munición de Burdeos a Bayona quince días antes de la crisis actual de Madrid. Pero por encima de todo la sugiere el plan de operaciones que ha seguido O'Donnell en su *razzia* contra la población de la capital. En

cuanto estalló la revuelta, O'Donnell anunció que, si tenía que volar Madrid, no se encogería, y durante la lucha ha sido fiel a su palabra. Ahora bien, aunque sea un hombre muy atrevido, O'Donnell nunca ha dado un paso audaz sin tener garantizada una retirada. Al igual que su célebre tío^[79], héroe de la traición, no quemó el puente al cruzar el Rubicón. En los O'Donnell, el órgano de la combatividad ve notablemente reducidas sus funciones por la actividad de los órganos de la cautela y el secreto. Es evidente que cualquier general que amenace estentóreamente con arrasar la capital y fracase en su intento ha de

entregar su cabeza. ¿Cómo, entonces, se aventuró a entrar O'Donnell en terreno tan delicado? El secreto lo traiciona el *Journal des Débats*, diario afín a la reina Cristina.

O'Donnell esperaba una gran batalla o, en cualquier caso, una victoria muy disputada. Entre sus previsiones entraba la posibilidad de la derrota. Si tal desgracia hubiera sucedido, el mariscal habría abandonado Madrid con el resto de su ejército escoltando a la reina y en dirección a las provincias del norte con idea de alcanzar la frontera francesa.

¿No da todo la impresión de que hubiera urdido su plan con Bonaparte?

Exactamente el mismo plan que trazaron Luis Felipe de Orleáns y Narváez en 1843, que a su vez se inspiraron en el pacto secreto de 1823 entre Luis XVIII y Fernando VII.

Admitido el plausible paralelo entre las conjuras de 1843 y 1856, ambos hechos tienen no obstante suficientes señas de identidad que indican los pasos inmensos que el pueblo español ha dado en tan breve intervalo. Estas señas son: el carácter político de la última disputa por Madrid, su importancia militar y, por último, las respectivas posiciones de Espartero y O'Donnell en 1856 comparadas con las de Espartero y

Narváez en 1843. En 1843, todos los bandos en disputa se habían cansado de Espartero. Para librarse de él, moderados y progresistas formaron una potente coalición. Las Juntas Revolucionarias, que brotaron como hongos en todas las poblaciones, allanaron el camino a Narváez y sus partidarios. En 1856 no solo tenemos a la corte y al ejército por un lado y al pueblo por otro, sino que en el seno del pueblo contamos con las mismas discrepancias que en el resto de Europa Occidental. El 13 de julio, el gobierno de Espartero presentó su forzada dimisión, la noche del 13 al 14 se

constituyó el gabinete de O'Donnell, la mañana del 14 corrió el rumor de que O'Donnell, encargado con la formación del gobierno, habría invitado a unirse a él a Ríos Rosas, el funesto ministro de los sangrientos días de julio de 1854^[80]. A las once de la mañana, *La Gaceta* confirmó el rumor. A continuación se reunieron las Cortes, con noventa y tres diputados presentes. Según las normas de este órgano, veinte diputados bastan para celebrar una reunión y cincuenta para que haya quórum. Por otra parte, las Cortes no se habían prorrogado de manera oficial. Su presidente, el general Infante, no pudo satisfacer el deseo

general de mantener una sesión regular. Se presentó una moción que negaba la confianza de la Cámara al nuevo gabinete, y fue aprobada. De la resolución debía informarse a su majestad. De inmediato, la Cámara convocó a la Guardia Nacional para que estuviera preparada para la acción y formó un comité para que, escoltado por un destacamento de la Milicia Nacional, le trasladara la resolución a la reina. Cuando sus miembros pretendían entrar en palacio, fueron expulsados por tropas de línea, que dispararon sobre ellos y sobre su escolta. Este incidente fue la chispa de la insurrección. Las Cortes

dieron la orden de comenzar la construcción de barricadas a las siete de la tarde, pero inmediatamente después los soldados de O'Donnell las derribaron y dispersaron a los insurrectos. La batalla comenzó esa misma noche y solo un batallón de la Milicia Nacional se unió a las tropas realistas. Es preciso señalar que la mañana del 13, el señor Escosura, ministro del Interior del gobierno de Espartero, había teleografiado a Barcelona y Zaragoza diciendo que se había producido un golpe de Estado y debían prepararse para plantarle cara. A la cabeza de los insurgentes de Madrid

estaban el señor Madoz y el general Valdés, hermano de Escosura. En resumen, no se puede dudar de que la resistencia al golpe de Estado tuvo su origen entre los esparteristas, los ciudadanos y los liberales en general. Mientras ocupaban junto con la milicia la línea que cruzaba Madrid de este a oeste, los trabajadores comandados por Pucheta tomaban el sur y el norte de la ciudad.

La mañana del 15, O'Donnell tomó la iniciativa. Incluso el *Débats*, cuyo testimonio es sesgado, afirma que O'Donnell no obtuvo ninguna ventaja considerable la primera mitad del día.

De pronto, a eso de la una en punto de la tarde y sin motivo aparente, en la Milicia Nacional se produjo una fractura. A las dos estaba en una situación más complicada todavía, y a las seis sus tropas habían desaparecido por completo de la acción y el peso de la batalla recaía en los trabajadores, que siguieron combatiendo hasta las cuatro de la tarde del día 16. Por tanto, en los tres días de matanza se libraron dos batallas bien distintas: la primera, la de la Milicia Liberal de clase media apoyada por los trabajadores y contra el ejército; la segunda, la del ejército contra los trabajadores, a los que la

Milicia había abandonado. Como dijo Heine: «Es la historia de siempre, y siempre tan reciente».

Espartero abandona las Cortes; las Cortes abandonan a los cabecillas de la Guardia Nacional; los cabecillas abandonan a sus hombres; y éstos abandonan al pueblo. El día 15, sin embargo, las Cortes se volvieron a reunir cuando Espartero apareció por un momento. El señor Asensio y otros participantes en sus reiteradas protestas le recordaron que debía desenvainar la gran espada de Luchana^[81] el primer día en que la libertad del país estuviera en peligro. Espartero puso al Cielo por

testigo de su inquebrantable patriotismo y cuando partió todos esperaban verlo pronto al frente de la insurrección. Por el contrario, se dirigió al domicilio del general Gurrea, y, al modo de Palafox, se encerró en un sótano a prueba de bombas y de él nunca más se supo. Muy pronto, los comandantes de la Milicia, que la tarde anterior habían recurrido a todo tipo de medios para incitar a los milicianos a tomar las armas, demostraron la misma impaciencia por volver a sus casas. A las dos y media de la tarde, el general Valdés, que había usurpado la dirección de la Milicia por unas horas, convocó a los soldados bajo

su mando directo en la Plaza Mayor y les comunicó que el hombre que de forma natural debía encabezarlos no se iba a presentar y que, en consecuencia, todos tenían libertad para retirarse. A partir de ese momento, los milicianos corrieron a sus hogares, se deshicieron rápidamente de sus uniformes y escondieron las armas. Ése es, en resumen, el relato de los acontecimientos de cierta autoridad bien informada. Otra justifica este súbito acto de insumisión a la conjura por el hecho de que todos consideraban muy probable que el triunfo de la Guardia Nacional acarrearla la ruina del trono y la absoluta

preponderancia de la Democracia Republicana. La prensa de París también interpreta que, viendo el giro que los demócratas del Congreso habían dado a los acontecimientos, el mariscal Espartero no deseaba sacrificar el trono ni arriesgarse a la anarquía y la guerra civil, y, por consiguiente, hizo cuanto pudo para que todos se sometieran a O'Donnell.

Es cierto que detalles como la hora, las circunstancias y el debilitamiento de la resistencia al golpe de Estado varían en función del autor, pero todos están de acuerdo en lo principal: Espartero dejó plantadas a las Cortes, las Cortes a los

cabecillas, los cabecillas a la clase media y la clase media al pueblo. Esto nos ofrece una nueva perspectiva del carácter de la mayoría de las luchas europeas de los años 1848 y 1849 y de las que a partir de ahora puedan producirse en la parte occidental del Continente. Por un lado están la industria y el comercio modernos, cuyo jefe natural, la clase media, siente aversión por el despotismo militar; por otro, cuando la clase media inicie la batalla contra ese despotismo, la seguirán los trabajadores, el producto de la moderna organización del trabajo, que reclamarán la parte que merecen del

botín de la victoria. Asustadas ante las consecuencias de una alianza impuesta en sus reacios hombros, las clases medias se replegarán buscando la protección del odiado despotismo. Éste es el secreto de los ejércitos permanentes de Europa, que sin otro motivo resultarían incomprensibles para el futuro historiador. Las clases medias de Europa deben por tanto comprender que deben o bien claudicar ante un poder político al que detestan y renunciar a las ventajas del comercio y la industria modernos y a las relaciones sociales que se basan en ellas, o bien renunciar a los privilegios que la

moderna organización de las fuerzas productivas de la sociedad, en su fase primaria, ha concedido a una clase en exclusiva. Que esta lección la tengamos que aprender incluso de España es igualmente sorprendente e inesperado.

Revolución en España (II)

[18 de agosto de 1856]

Zaragoza se entregó el 1 de agosto a la una y media de la tarde, y con su rendición desapareció el último foco de resistencia de la contrarrevolución española. Desde un punto de vista militar, existían pocas posibilidades de éxito tras las derrotas de Madrid y Barcelona, la debilidad de la maniobra de diversión de los insurrectos en Andalucía y el avance convergente de

fuerzas muy superiores desde las provincias vascongadas, Navarra, Cataluña, Valencia y Castilla. Si aun así quedaba alguna posibilidad, la abortó la circunstancia de que fuera un antiguo ayuda de campo de Espartero, el general Falcón, quien dirigió las fuerzas de resistencia, que «Espartero y Libertad» fuera el grito de guerra y que los habitantes de Zaragoza conocieran el inconmensurablemente ridículo fiasco de Espartero en Madrid^[82]. Además, desde el cuartel general de Espartero llegaron órdenes directas a sus partidarios de Zaragoza conminándoles a que pusieran fin a toda resistencia,

como se puede comprobar en el siguiente extracto del *Journal de Madrid* del 29 de julio:

Uno de los exministros de Espartero participó en las negociaciones entre el general Dulce y las autoridades de Zaragoza, y el miembro esparterista de las Cortes Juan Martínez Alonso aceptó la misión de informar a los cabecillas de la insurrección de que a la reina, a sus ministros y a sus generales les animaba un espíritu muy conciliador.

El movimiento revolucionario se ha extendido con mayor o menor fortuna por toda España. Madrid y La Mancha en Castilla; Granada, Sevilla, Málaga,

Cádiz, Jaén, etcétera, en Andalucía; Murcia y Cartagena en Murcia; Valencia, Alicante, Alcira, etcétera, en Valencia; Barcelona, Reus, Figueras y Gerona en Cataluña; Zaragoza, Teruel, Huesca, Jaca, etcétera, en Aragón; Oviedo en Asturias; y La Coruña en Galicia. En Extremadura, León y Castilla la Vieja no ha tenido repercusión. En estas regiones, el bando revolucionario fue derrotado hace dos meses con los auspicios de Espartero y O'Donnell; y las provincias vascongadas y Navarra están tranquilas. Estas últimas regiones, no obstante, simpatizan con la causa revolucionaria, si bien, estando bajo la mirada del

ejército francés de observación, no podían manifestarse. Es un hecho notable teniendo en cuenta que hace veinte años estas mismas provincias eran el bastión del carlismo, a la sazón respaldado por el campesinado en Aragón y Cataluña, que ahora apoya apasionadamente la revolución y que habría supuesto un formidable elemento de resistencia de no haber sido porque la imbecilidad de los cabecillas en Barcelona y Zaragoza ha evitado que se le pueda tener en cuenta. Hasta *The London Morning Herald*, ortodoxo adalid del protestantismo que hace unos veinte años rompió una lanza en favor

de don Carlos, el quijote de los autos de fe, ha tenido, justo es reconocerlo, que admitir este hecho. Es uno de los muchos síntomas de progreso que revela la última revolución de España, progreso cuya lentitud solo sorprenderá a quienes no estén familiarizados con los peculiares hábitos y costumbres de un país donde *a la mañana*^[83] es el lema de la vida cotidiana y donde a la menor oportunidad todo el mundo te dice: «A nuestros antepasados les hicieron falta ochocientos años para expulsar a los moros».

A pesar de la generalización de *pronunciamientos*^[84], la revolución de

España se ha limitado a Madrid y Barcelona. En el sur se vio frustrada por el *cholera morbus*, en el norte, por la *murrain*^[85] de Espartero. Desde un punto de vista militar, las insurrecciones de Madrid y Barcelona ofrecen pocos elementos interesantes y apenas algunos novedosos. De una parte estaba el ejército, que lo tenía todo preparado de antemano, de la otra todo era improvisación; la iniciativa, además, en ningún momento pasó de un bando a otro. En un bando, un ejército bien equipado que se desplazaba con facilidad siguiendo órdenes de sus comandantes en jefe; en el otro,

cabecillas que de mala gana tomaban el mando llevados por el ímpetu de un pueblo imperfectamente armado. En Madrid, los revolucionarios cometieron desde el principio el error de parapetarse en los barrios interiores de la ciudad —y quedaron bloqueados— y en la línea que une los extremos sur y oeste de la ciudad, dominados por O'Donnell y Concha, que se comunicaban entre sí y con la caballería de Dulce por los bulevares del exterior. Así el pueblo quedó dividido y expuesto al ataque concéntrico, ya previsto de antemano, de O'Donnell y sus compinches. A O'Donnell y a Concha

les bastó con unir sus fuerzas, y las fuerzas revolucionarias se dispersaron por los barrios del norte y del sur de la ciudad y no pudieron volver a reunirse. Una de las señas de identidad de la insurrección de Madrid ha sido el uso de barricadas, de las que ha habido pocas y solo en esquinas importantes, mientras que las casas se convirtieron en centros de resistencia. Además, a las columnas de asalto del ejército respondieron los insurgentes con ataques con bayoneta, algo insólito en los combates callejeros. Pero, si los rebeldes han aprendido algo de las insurrecciones de París y Dresde^[86], los

soldados no han sacado menos provecho de esas mismas experiencias. Atravesaron los muros de las casas uno por uno y sorprendieron a los insurgentes por el flanco y la retaguardia mientras barrían las salidas a la calle con fuego de artillería. Otra seña de identidad de esta batalla de Madrid ha sido que, cuando Pucheta, tras unir sus fuerzas a las de Concha y O'Donnell, se vio empujado al barrio meridional de la ciudad (Toledo^[87]), trasplantó la guerra de guerrillas de las montañas de España a las calles de Madrid. Los insurrectos, ya dispersos, dieron media vuelta y se refugiaron en el pórtico de alguna

iglesia, en una callejuela, en la escalera de una casa, y allí se defendieron hasta la muerte.

En Barcelona, donde no hubo dirección organizada de ningún tipo, la lucha fue todavía más intensa. Militarmente, esta insurrección, como todas las anteriores en Barcelona, terminó porque la ciudadela de Montjuic estuvo en todo momento en manos del ejército. La violencia de los combates se caracterizó porque quemaron vivos a ciento cincuenta soldados en su cuartel de Gracia, suburbio por el que los insurgentes lucharon encarnizadamente después de haber sido expulsados de

Barcelona. Es digno de mención que, mientras que en Madrid, como ya hemos visto en el artículo anterior, los proletarios fueron traicionados y abandonados a su suerte por la burguesía, los tejedores de Barcelona declararon desde un principio que no tendrían nada que hacer con un movimiento puesto en marcha por los esparteristas e insistieron en la declaración de la República. Como les impidieron hacerla, con excepción de alguno que no pudo resistirse al olor de la pólvora, optaron por ser meros espectadores pasivos de la batalla, una batalla que, por tanto, los proletarios

perdieron —veinte mil tejedores han decidido la suerte de todas las insurrecciones de Barcelona—.

La revolución española de 1856 se distingue de todas las que la precedieron porque ha perdido todo carácter dinástico. Es sabido que las rebeliones de 1808 a 1814 fueron de naturaleza nacionalista y dinástica. Aunque las Cortes de 1812 proclamaron una Constitución casi republicana, lo hicieron en nombre de Fernando VII. La rebelión de 1820-1823, tímidamente republicana, fue prematura de todo punto y encontró la oposición de las masas, a cuyo apoyo apelaba, porque seguían

fieles a la Iglesia y la Corona. Tan profundamente arraigada estaba la realeza en España que, para arrancar de veras, la lucha entre la sociedad vieja y la nueva necesitó el testamento de Fernando VII y la encarnación de los principios antagónicos de una y otra sociedades en dos líneas dinásticas: la de don Carlos y la de María Cristina. Hasta para combatir por un nuevo comienzo querían los españoles estandartes honrados por el tiempo, y bajo ellos se libró la contienda entre 1833 y 1843. Entonces se produjo el fin de la revolución y la nueva dinastía estuvo a prueba de 1843 a 1854. Por

tanto, la revolución de julio de 1854 suponía necesariamente un ataque a la nueva dinastía, pero la inocente Isabel fue víctima del odio concentrado sobre su madre y el pueblo se rebeló no solo por su propia emancipación, sino por la de Isabel de su madre y su camarilla.

En 1856 el velo había caído y la propia Isabel se enfrentó al pueblo en un golpe de Estado que fomentó la revolución. Demostró ser la digna, fría, cruel, cobarde e hipócrita hija de Fernando VII, que era tan dado a la mentira que, a pesar de su fanatismo, nunca pudo convencerse, ni con ayuda de la Santa Inquisición, de que

personajes tan exaltados como Jesucristo y sus apóstoles habían dicho la verdad. Hasta la masacre de *madrileños*^[88] que Murat perpetró en 1808 parece un insignificante altercado al lado de las carnicerías del 14 al 16 de julio, que la inocente Isabel contempló con una sonrisa. En esos días tocaron a difuntos por la realeza de España.

Únicamente los cretinos legitimistas de Europa imaginan que, habiendo caído Isabel, don Carlos ascenderá. Siempre están pensando que, cuando la moderna manifestación de un principio acaba, lo hace para dar otra oportunidad a su

manifestación primitiva.

En 1856, la revolución española no solo ha perdido su carácter dinástico, sino también el militar. Las razones de que el ejército haya desempeñado siempre un papel tan prominente en las revoluciones de España se pueden enumerar en pocas líneas: la vieja institución de las capitanías generales, que convirtió a sus titulares en pachás de sus respectivas provincias^[89]; la guerra de Independencia contra Francia, que no solo convirtió al ejército en el elemento más importante de la defensa nacional, sino también en la primera organización revolucionaria y en el

centro de la acción rebelde en España; las conjuras que se produjeron entre 1814 y 1819, surgidas todas ellas en su seno; la guerra dinástica que duró de 1833 a 1840, que dependió de los ejércitos de ambos bandos; el aislamiento de la burguesía liberal, que forzó a ésta a recurrir a las bayonetas del ejército contra los liberales igual que los liberales habían recurrido a ellas contra los campesinos; la tradición basada en todos esos precedentes; éstas fueron las causas que dotan a la revolución de España de un carácter militar, y al ejército de un carácter pretoriano. Hasta 1854, el origen de las

revoluciones españolas fue siempre el ejército y sus distintas manifestaciones hasta ese año no ofrecían externamente ninguna diferencia más allá de la graduación de los oficiales que las hacían estallar. Incluso en 1854 el primer impulso surgió en el ejército, pero ahí está el manifiesto de Manzanares de O'Donnell^[90] para dar fe de lo delgada que se había vuelto la base militar del movimiento revolucionario español. ¿En qué condiciones se permitió finalmente a O'Donnell suspender su apenas equívoco paseo desde Vicálvaro hasta la frontera portuguesa y regresar con el

ejército a Madrid? Solo con la promesa de reducirlo, sustituirlo por la Guardia Nacional e impedir que los generales se repartieran el botín de la revolución. Si la revolución de 1854 quedó reducida a la expresión de su propia desconfianza, apenas dos años después sufre el ataque frontal y directo del ejército, que así se ha puesto merecidamente a la altura de los croatas de Radetzky, los africanos de Bonaparte y los pomeranos de Wrangel^[91]. Hasta qué punto dista el propio ejército español de apreciar la gloria de su nuevo estatus lo demuestra la rebelión el 29 de julio en Madrid de un regimiento que, lejos de estar

satisfecho con los simples *cigarros*^[92] de Isabel, atacó en busca de monedas de cinco francos y de las salchichas de Bonaparte^[93], que también consiguió.

Así pues, esta vez el conjunto del ejército ha estado frente al pueblo o, en realidad, solo ha luchado contra él y la Guardia Nacional. En resumen, la misión revolucionaria del ejército español tiene un final. El hombre en quien se centra el carácter militar, dinástico y burgués de la revolución española, Espartero, ha caído aún más bajo de lo que la común ley del destino permitía augurar a sus más íntimos

connoisseurs. Si, como en casi todas partes se rumorea, y es muy probable que así suceda, los esparteristas están a punto de reorganizarse al amparo de O'Donnell, firmarán su propia sentencia de muerte en un acta oficial redactada por ellos mismos. Y no salvarán a Espartero.

La próxima revolución europea encontrará a España madura para cooperar. Los años 1854 y 1856 han sido fases de transición que tenía que atravesar para alcanzar la madurez.

Sobre la unidad italiana

[21 de enero de 1859]

Igual que en el cuento de Pedro y el lobo, los italianos llevan tiempo afirmando que «en Italia reina la agitación» y que están «en vísperas de una revolución», y las cabezas coronadas de Europa han parloteado tan a menudo sobre la «solución del problema de Italia» que no sería ninguna sorpresa que no repararan en la aparición real del lobo, si una

revolución auténtica y una guerra europea generalizada nos pillasen desprevenidos. En 1859, Europa tiene una pinta decididamente belicosa y, aunque la hostilidad actual —al parecer, Francia y el Piamonte han iniciado preparativos para una guerra con Austria — termine convertida en humo, no es improbable que el acendrado odio de los italianos a sus opresores, combinado con el paulatino aumento de sus padecimientos, encuentre su válvula de escape en una revolución generalizada. Nos limitamos a decir que *no es improbable* porque, si la esperanza postergada enferma el corazón^[94], el

cumplimiento aplazado de una profecía vuelve escéptica la cabeza. Aun así, si hemos de dar crédito a los informes de los diarios ingleses, italianos y franceses, la moral de Nápoles es un facsímil de su estructura física, y un torrente de lava revolucionaria no sería más asombroso que una nueva erupción del viejo Vesubio. Hay cronistas de los Estados Pontificios que se recrean con detalle en los abusos cada vez mayores del gobierno clerical y la población romana tiene la arraigada convicción de que la reforma y la mejora son imposibles, de que el único remedio está en el derrocamiento total del

gobierno, de que este remedio habría sido administrado hace mucho tiempo de no haber sido por la presencia de tropas suizas, francesas y austríacas^[95], y de que, a pesar de tantos obstáculos materiales, alguien intentará aplicarlo cualquier hora de cualquier día.

Las noticias que nos llegan de Venecia y Lombardía son más claras y forzosamente nos recuerdan los síntomas que caracterizaron el final de 1847 y el comienzo de 1848 en esas provincias^[96]. Nadie consume ya tabaco ni manufacturas austríacas. Asimismo, se han emitido proclamas para pedir al populacho que se abstenga de visitar los

lugares públicos de ocio —hay pruebas del odio que se les profesa al archiduque y a todos los funcionarios austríacos—, se ha llegado a tal extremo que el príncipe Alfonso Parcia, noble italiano fiel a la casa de los Habsburgo, no se atrevió a descubrirse en la calle cuando pasaba la archiduquesa y por tal descortesía fue condenado por el archiduque a partir inmediatamente de Milán, castigo que ha servido de incentivo para que los de su clase se unan al clamor popular que dice *Fuori le Tedeschi*. Si añadimos a estas manifestaciones mudas de sentimiento popular las disputas diarias entre el

pueblo y la soldadesca —que invariablemente provoca el primero—, la revuelta de los estudiantes en Pavía y el posterior cierre de las universidades, tenemos ante nuestros ojos una repetición del prólogo de los cinco días de Milán en 1848^[97].

Pero, aunque creamos que Italia no puede continuar para siempre en su situación actual porque hasta el camino más recto tiene una curva, aunque sepamos que en toda la península se están organizando activamente, no nos atrevemos a afirmar que esas manifestaciones sean enteramente la espontánea ebullición de la voluntad

popular, o que las estimulen los agentes de Luis Napoleón y de su aliado, el conde de Cavour. A juzgar por las apariencias, el Piamonte, respaldado por Francia y quizá por Rusia, está pensando en atacar Austria en primavera. La recepción que el emperador brindó al embajador austríaco en París parece indicar que no alberga intenciones demasiado amistosas hacia el gobierno del señor Hübner^[98]; por la concentración de un contingente muy poderoso en Argel no es ilógico suponer que las hostilidades contra Austria comenzarán con un ataque a sus provincias italianas; los

preparativos para la guerra en el Piamonte y los ataques a Austria —solo falta una declaración de guerra— que la prensa oficial y semioficial piamontesa publica diariamente dan color a la suposición de que el rey aprovechará el primer pretexto para cruzar el río Ticino. Además, la noticia de que han convocado a Turín a Garibaldi, el héroe de Montevideo y de Roma, ha sido confirmada por fuentes privadas muy fiables. Cavour se ha entrevistado con Garibaldi, le ha informado de que se avecina una guerra breve y le ha sugerido que reúna voluntarios y los organice. Entre los principales

afectados, Austria ofrece pruebas evidentes de que da crédito a los rumores. Aparte de sus ciento veinte mil hombres, que se concentran en sus provincias italianas, está aumentando sus efectivos por todos los medios concebibles y ha reunido a treinta mil soldados de refuerzo. Las defensas de Venecia, Trieste, etcétera, se amplían y fortalecen, y, en todas las demás provincias, se requiere a los propietarios de tierras y caballos que lleven a sus animales, porque la caballería y los zapadores necesitan monturas. Y mientras por una parte no oculta que está preparándose para

resistir al «prudente estilo austríaco», también está dispuesta a asumir una posible derrota. De Prusia, el Piamonte de Alemania, y aunque tengan intereses diametralmente opuestos, puede como mucho esperar una postura neutral. La misión de su embajador, el barón Seebach, en San Petersburgo, no parece haberse resuelto airoosamente y, en caso de que haya ataque, no habrá ayuda. En más de un aspecto, y en esto la cuestión del Mediterráneo no es menor, los planes del zar coinciden demasiado bien con los de su antiguo adversario y ahora repentino aliado de París para que pueda defender a «la agradecida»

Austria. La conocida simpatía del pueblo inglés por los italianos en su odio al *giogo tedesco*^[99] hace muy dudoso que algún gobierno británico se atreva a apoyar a Austria por acuciante y firme que fuera su deseo de hacerlo. Además, al igual que muchos otros países, Austria sospecha con astucia que al presunto «vengador de Waterloo» no se le han pasado en absoluto los deseos de humillar a la «pérfida Albión», que, no queriendo desafiar al león en su guarida, no rehuirá plantarle cara en el este, atacando, junto a Rusia, el Imperio turco (pese a sus promesas de no violar sus territorios), lo cual obligará a la

mitad del ejército británico a entrar en acción en ese campo de batalla, mientras desde Cherburgo forzará a la otra mitad a la inacción en su vigilancia de las costas británicas. Por tanto, Austria tiene la incómoda sensación de que, en caso de que haya guerra, solo podrá confiar en sí misma; y, en caso de derrota, uno de sus muchos recursos para sufrir las menores pérdidas posibles es digno de mención por su insolente sagacidad. Los cuarteles, palacios, arsenales y otras dependencias oficiales de todo el lombardo-véneto, cuya construcción y mantenimiento han pagado los italianos con impuestos

exorbitantes, se consideran pese a ello propiedad del Imperio. En estos momentos, el gobierno obliga a los municipios a comprar todas esas edificaciones a precios fabulosos alegando que en el futuro pretende *alquilar* en lugar de ser propietario. Que los municipios vean alguna vez siquiera una pizca del *alquiler* incluso en el caso de que Austria mantenga su dominio, es en el mejor de los casos dudoso, pero, si llegaran a expulsarla de todos sus territorios en Italia, o de una parte de ellos, se congratulará de su astuto plan para convertir una gran porción de sus confiscados tesoros en dinero en

efectivo transportable. Algunos aseguran, además, que está haciendo los mayores esfuerzos por inspirar al papa, al rey de Nápoles y a los duques de Toscana, Parma y Módena con su resolución de resistir hasta el final todas las tentativas del pueblo o de las cabezas coronadas de alterar el orden de cosas vigente en Italia. Pero nadie sabe mejor que la propia Austria cuán pequeños serán los mayores esfuerzos de esos pobres instrumentos a la hora de oponerse a la marea de la insurrección popular o a las injerencias extranjeras. Y, aunque la guerra con Austria es la ferviente aspiración de todo verdadero

corazón italiano, no podemos dudar de que una gran mayoría de italianos considera la perspectiva de una guerra, que empezarán Francia y el Piamonte, con muchas dudas, por no decir otra cosa, sobre su resultado. Y si nadie cree conscientemente que haya proceso humano capaz de transformar al asesino de Roma^[100] en el salvador de Lombardía, una pequeña facción a favor de los planes de Luis Napoleón de colocar a Murat en el trono de Nápoles confiesa tener fe en su intención de desterrar al papa de Italia o de confinarlo en la ciudad o en la campiña de Roma y de ayudar al Piamonte para

que pueda anexionar todo el norte de Italia a sus dominios. Y luego hay una parte, pequeña pero honrada, que imagina que la idea de la Corona italiana deslumbra a Víctor Manuel tanto como se supone que deslumbraba a su padre, una parte que cree que aquél espera ansiosamente a la primera oportunidad para desenvainar su espada y obtenerla y que solo con este objetivo aprovechará el rey la ayuda de Francia o cualquier otra ayuda para lograr su codiciado tesoro. Un grupo mucho más grande, que congrega a partidarios de las provincias oprimidas de Italia, especialmente en Lombardía y entre los

lombardos emigrados, no tiene demasiada fe en el rey o la monarquía piamontesa, pero se dice: «Al margen de sus metas, el Piamonte cuenta con un ejército de cien mil hombres, una marina, arsenales y tesoro público; que le arroje el guante a Austria, lo seguiremos al campo de batalla; si tiene fe, obtendrá su recompensa; si no logra completar la misión, la nación tendrá la suficiente fuerza para proseguir el combate una vez haya empezado y no cejar hasta la victoria».

El Partido Nacional Italiano^[101], en cambio, denuncia la calamidad nacional que supondrá poner en marcha una

guerra de independencia en Italia bajo los auspicios de Francia y el Piamonte. Para éste, la cuestión no es si, una vez libre de extranjeros y como tan a menudo se supone, Italia se unirá bajo una monarquía o una república, sino que por los medios que se proponen es posible que Italia no sea ganada para los italianos y solo se libre del yugo foráneo para cambiarlo por otro igualmente opresivo. Creen que el hombre del 2 de diciembre^[102] nunca hará la guerra si no le impele la creciente impaciencia de su ejército o los visos amenazadores del pueblo francés; que, así obligado, su elección de Italia como teatro de

operaciones tendría por objeto llevar a cabo los planes de su tío^[103] —convertir el Mediterráneo en un «lago francés»—, que conseguiría sentando a Murat en el trono de Nápoles; que, al dictar sus condiciones a Austria, pretende consumar su venganza, iniciada en Crimea, por los tratados de 1815, cuando Austria fue uno de los países que dictó a Francia condiciones en extremo humillantes para la familia Bonaparte. Consideran el Piamonte un mero instrumento de Francia, convencidos de que, una vez logre sus fines, Bonaparte no se arriesgará a ayudar a Italia a obtener la libertad que niega a Francia.

Napoleón III firmará la paz con Austria y ahogará los esfuerzos de los italianos por acabar en guerra. Si Austria no llegara a ceder sus dominios, el Piamonte tendría que contentarse con sumar a sus territorios los ducados de Parma y Módena, pero, si Austria saliera mal parada de la contienda, la paz del río Adigio dejará el Véneto y parte de Lombardía en manos de los odiados austríacos. Esta *paz del Adigio*, afirman, la han acordado ya tácitamente Francia y el Piamonte. Por mucha confianza que tenga este grupo en la victoria de la nación en el caso de guerra contra Austria, sostiene que, si la

guerra comenzará con Napoleón como inspirador y con el rey de Cerdeña como dictador, los italianos habrían renunciado al poder de dar un paso al frente para oponerse a sus líderes reconocidos para impedir del modo que fuera las artimañas de la diplomacia, las capitulaciones, los tratados, y la vuelta a las cadenas que de ellos resultarían; y apuntan a la conducta del Piamonte con Venecia y Milán en 1848 y en Novara en 1849^[104], apremiando a sus compatriotas a aprovechar las enseñanzas de la amarga y fatal experiencia de confiar en los príncipes. Todos sus esfuerzos se dirigen a

completar la organización de la península, a instar al pueblo a que se una en un esfuerzo supremo y a no comenzar la lucha hasta que se sientan capaces de acometer la gran insurrección nacional que, deponiendo al papa, al rey Bomba^[105] y compañía, pondría en sus manos los ejércitos, armadas y material de guerra de las respectivas provincias para el exterminio del enemigo extranjero. En cuanto al ejército y al pueblo piamonteses, los consideran los ardientes paladines de la libertad de Italia y creen que el rey del Piamonte tendrá la amplitud de miras de contribuir a la libertad e independencia de Italia si

así lo quiere; y, si resultara ser un reaccionario, saben que el ejército y el pueblo se pondrán del lado de la nación. Si justificase la confianza que en él han puesto sus partidarios, los italianos no dudarían en dar pruebas de su gratitud de alguna forma tangible. En cualquiera de los casos, la nación estará en disposición de decidir su propio destino, y, con la sensación de que el éxito de una revolución en Italia será la señal para la lucha general de todas las nacionalidades oprimidas por librarse de sus opresores, no teme la injerencia de Francia porque Napoleón III tendrá las manos demasiado ocupadas en su

propio país para meterse en los asuntos de otras naciones aun en el caso de que eso favorezca sus propias y ambiciosas metas. *A chi tocca tocca*, como dicen los italianos. No nos atrevemos a predecir quién se plantará primero en el campo de batalla, si los revolucionarios o los ejércitos regulares. Lo que parece indudable es que, cuando en Europa hay guerra, nunca termina en el sitio en que empezó; y, si en verdad la guerra es inevitable, nuestro sincero y sentido deseo es que se salde con una solución real y justa de la cuestión italiana y de otras cuestiones diversas que, hasta que se resuelvan, continuarán perturbando la

paz de Europa de vez en cuando y, por tanto, impedirán el progreso y la prosperidad de todo el mundo civilizado.

¿Qué ha ganado Italia?

[27 de julio de 1859]

La guerra de Italia ha terminado. Luis Napoleón le ha puesto fin tan repentina e inesperadamente como los austríacos le pusieron principio^[106]. Aunque breve, ha sido costosa. En pocas semanas no solo ha concentrado las hazañas, las invasiones y contrainvasiones, las marchas, las batallas, las conquistas y las cesiones, sino también las pérdidas, en vidas y en dinero, de contiendas

mucho más largas. Algunas consecuencias son suficientemente palpables. Austria ha perdido territorios, su reputación militar se ha visto gravemente dañada, su orgullo, profundamente herido. Y las lecciones que ha aprendido, si es que ha aprendido alguna, son, desde nuestro punto de vista, más militares que políticas y cualesquiera cambios que quiera hacer a raíz de esta guerra serán en el ámbito de la instrucción, disciplina y armamento de las tropas más que en su sistema político o en sus métodos administrativos. Es posible que se haya convertido a la eficacia del cañón

estriado. Quizá organice alguna unidad a imitación de los zuavos franceses. Esto es mucho más probable que una modificación esencial del gobierno de lo que le queda de sus provincias italianas.

Austria también ha perdido, al menos de momento, esa tutela sobre Italia cuya persistencia en la cual, a pesar de las quejas y protestas de Cerdeña, dio lugar a la reciente guerra. Pero, aunque Austria haya sido de momento obligada a ceder su puesto, no da la impresión de que el propio cargo haya quedado vacante. Es muy significativo que los últimos acuerdos

sobre los asuntos de Italia se decidieran en una breve reunión de los emperadores de Francia y Austria, extranjeros ambos y ambos al mando de ejércitos de extranjeros, y que esos acuerdos se suscribieran no solo sin la formalidad de consultar siquiera en apariencia a las partes afectadas, sino sin que éstas supieran que estaban mercadeando con ellas y disponiendo de sus destinos. Dos ejércitos del otro lado de los Alpes se encontraron y combatieron en las llanuras de Lombardía. Al cabo de seis semanas de lucha, los extranjeros soberanos de tan extranjeros ejércitos pactaron el arreglo

de los asuntos de Italia sin llamar a consultas a un solo italiano. Según parece, el rey de Cerdeña, a quien desde el punto de vista militar habían colocado al nivel de un general francés, no tuvo más participación, o voz, en los acuerdos definitivos que si en efecto hubiera sido un simple general francés.

Fue motivo de las protestas que tan airadamente Cerdeña esgrimió contra Austria no solo que ésta reclamara la supervisión general de todos los asuntos de Italia, sino que defendiera todos los abusos existentes, que su política consistiera en dejar las cosas como están, que interfiriera en la

administración interna de sus vecinos italianos y que reclamara el derecho a suprimir por la fuerza de las armas cualquier tentativa de los habitantes de estos países de modificar o mejorar su situación política. Y ¿se tiene a los deseos y a los sentimientos de Italia, o a ese derecho a la revolución del que Cerdeña era mecenas, más respeto en los últimos acuerdos que en los anteriores? Los ducados italianos al sur del Po, que en la guerra se brindaron a prestar una ayuda que fue aceptada, dependen, o eso parece, de los tratados de paz que les van a enviar a los príncipes que fueron expulsados. En

ninguna región de Italia ha habido más quejas por desgobierno que en los Estados de la Iglesia. Muchos han afirmado que la mala administración de esos estados y el consentimiento y el apoyo que Austria les ha prestado es uno de los peores rasgos, si no el peor, de la situación de Italia en el pasado. Pero aunque Austria se ha visto obligada a renunciar a su protectorado armado de los Estados de la Iglesia, los infortunados habitantes de esos territorios no han ganado nada con el cambio. Francia apoya la autoridad temporal de la Santa Sede tan plenamente como hiciera Austria y en

las mismas condiciones, y, puesto que para los patriotas italianos los abusos del gobierno de Roma son inseparables de su carácter sacerdotal, no parece que haya ninguna esperanza de que las cosas mejoren. Francia, que se ha convertido en la única protectora del papa, se hace de hecho más responsable de los abusos del gobierno romano de lo que Austria lo fuera nunca.

Con respecto a la Confederación Italiana, que forma parte de nuevo pacto, hay que observar lo siguiente: o dicha Confederación será una realidad política con cierto grado de poder e influencia, o será una mera farsa. Si es lo segundo, la

unión, la libertad y el desarrollo de Italia no prosperarán. Si se convierte en una realidad, considerando los elementos de los que se compone, ¿qué se puede esperar de ella? Austria (que tiene un sitio en ella por la provincia o reino de Venecia), el papa y el rey de Nápoles, que comparten su interés por el despotismo, se impondrán fácilmente a Cerdeña aunque los demás estados, más pequeños, se alineen con ella. Es posible que hasta Austria saque algún provecho de la nueva situación para asegurarse un control sobre otros estados italianos como poco tan objetable como el que últimamente

quería ejercer mediante los tratados especiales que había suscrito con ellos.

Comercio, finanzas y crisis

Indigencia y libre comercio. La crisis del comercio que se avecina

Londres, viernes 15 de octubre de 1852

Recientemente en una maltería de Banbury, el señor Henley, presidente de la Cámara de Comercio, explicó a los agricultores simpatizantes allí reunidos que sí, que la indigencia había disminuido, pero *por* circunstancias por completo ajenas al libre comercio y

sobre todo por la *hambruna de Irlanda*, el descubrimiento de oro en ultramar, el éxodo de Irlanda, la consiguiente gran demanda del sector de la navegación, etcétera, etcétera. Por nuestra parte hemos de confesar que «la hambruna» nos parece un remedio tan radical para la indigencia como el arsénico para las ratas. «Al menos —observa *The London Economist*— los *tories* tendrán que reconocer la actual prosperidad y su lógico resultado: que los hospicios para pobres están medio vacíos».

The Economist también intenta demostrar al incrédulo presidente de la Cámara de Comercio que los hospicios

están medio vacíos como consecuencia del libre comercio, y que, si se permitiera que éste se desarrollara plenamente, es muy probable que desaparecieran del todo de tierras británicas. Lástima que en realidad las estadísticas de *The Economist* no demuestren lo que pretenden demostrar.

La industria y el comercio modernos, es bien sabido, atraviesan periódicamente ciclos de entre cinco y siete años en los que, en sucesión regular, cubren siempre las siguientes etapas: inactividad, mejoría, crecimiento, confianza, actividad, prosperidad, agitación, exceso de

comercio, convulsión, presión, estancamiento, dificultades, y de nuevo inactividad.

Con esto en mente, volvamos a las estadísticas de *The Economist*.

Si en 1834 la suma dedicada a asistencia a pobres ascendía a 6.317.255 libras esterlinas, en 1837 bajó a un mínimo de 4.044.741. Entre 1844 y 1846 volvió a descender a 4.954.204 libras, en 1847 subió otra vez, y en 1848 llegó a 6.180.764 libras, cifra casi tan alta como la que se había alcanzado en 1834 previamente a la introducción de la nueva Ley de Pobres^[107]. Entre 1849 y 1852 volvió a

descender —el último año a 4.724.619 libras—. Es decir, de 1834 a 1837 hubo un período de prosperidad, de 1838 a 1842 uno de crisis y estancamiento, de 1843 a 1846 uno de prosperidad otra vez, de 1847 a 1848 de nuevo uno de crisis y estancamiento, y de 1849 a 1852 uno de prosperidad una vez más.

¿Qué demuestran entonces estas estadísticas? En el mejor de los casos, la obvia tautología de que en el Reino Unido la indigencia sube y baja según períodos alternativos de prosperidad y estancamiento independientemente de políticas proteccionistas o de libre comercio. Más aun, en el año de libre

comercio de 1852 los gastos de la Ley de Pobres han sumado 679.878 libras más que en 1837, un año de proteccionismo, a pesar de la hambruna de Irlanda, las «pepitas» de Australia y un flujo estable de la emigración.

Otra publicación británica favorable al libre comercio intenta demostrar que esta política favorece las exportaciones y con ellas la prosperidad, y que con la prosperidad la indigencia tiene por fuerza que disminuir hasta acabar desapareciendo; y se supone que las siguientes cifras lo prueban. El número de personas sanas y capaces condenadas a subsistir con ayudas parroquiales ha

sido el siguiente:

1 de enero de 1849: 201.644 en
590 Unions

1 de enero de 1850: 181.159 en
606 Unions

1 de enero de 1851: 154.525 en
606 Unions^[108]

Cifras que hay que comparar con las
de exportaciones de productos
manufacturados en Irlanda y Gran
Bretaña:

1848	...	48.946.395	libras
esterlinas			

1849	...	58.910.833	libras
esterlinas			

1850 ... 65.756.035 libras
esterlinas

Y ¿qué demuestra esta tabla? Que en el año 1849 y gracias a un incremento de las exportaciones de 9.964.438 libras salieron de la pobreza absoluta más de veinte mil personas, y que un incremento de las exportaciones en 6.845.202 libras en 1850 rescató a otras 26.634. Es decir, suponiendo que el libre comercio guarde relación directa con los ciclos industriales y sus vicisitudes, para que todos los pobres sanos salieran de la pobreza gracias al actual sistema sería necesario un incremento anual del

comercio exterior de 50 millones de libras, o lo que es lo mismo, un aumento del cien por cien. Para que luego los serios estadísticos de la burguesía tengan el coraje de tachar de «utópicos» a los demás. Ciertamente, no hay personas más utópicas que estos optimistas burgueses.

Hace poco me han hecho llegar los documentos publicados por la comisión de la Ley de Pobres. En realidad demuestran que el número de pobres está disminuyendo con respecto a 1848 y 1850, pero de ellos se deduce asimismo lo siguiente: entre 1841 y 1844 la cifra media de pobres era de 1.431.571, y

entre 1845 y 1848, de 1.600.257. En 1850 eran 1.809.308 los pobres e indigentes que recibían asistencia bajo techo y en la calle, y en 1851 sumaban 1.600.329, es decir, más de la media del período 1845-1848. Ahora, si comparamos estas cifras con la población censal, vemos que entre 1841 y 1848 había una media de ochenta y nueve indigentes por cada mil habitantes y que en 1851 la media era de noventa. Por tanto, entre 1841 y 1848, la indigencia subió por encima de la media a pesar del libre comercio, la hambruna, la prosperidad, las pepitas de Australia y el aumento de la emigración.

Quisiera señalar que el número de delincuentes también ha disminuido y que, además, un vistazo a *The Lancet*, la revista médica, muestra que el aumento de la adulteración y toxicidad de los alimentos se ha mantenido a la par que el del libre comercio. Todas las semanas *The Lancet* desata el pánico en Londres desvelando misterios recientes. Esta publicación ha organizado una comisión de investigación muy completa compuesta por médicos, químicos, etcétera, que examina los alimentos que se ponen a la venta en Londres. Café tóxico, té venenoso, vinagre tóxico, cayena venenosa, encurtidos

envenenados: en los informes de esta comisión aparecen todos los productos que contienen veneno.

Las dos estrategias de la política comercial burguesa, proteccionismo o libre comercio, son, por supuesto, igualmente incapaces de acabar con hechos que son mera consecuencia natural y necesaria de los fundamentos económicos de la sociedad burguesa^[109]. Y que en los hospicios del Reino Unido haya un millón de indigentes es tan inseparable de la prosperidad del Reino Unido como que el Banco de Inglaterra guarde en sus arcas 18 o 20 millones de libras en oro

y plata.

Expongo lo anterior para responder a esos fantasiosos burgueses que por un lado esgrimen como resultado del libre comercio lo que no es más que un accesorio necesario de todo período de prosperidad dentro de los ciclos comerciales, o que, por otro lado, esperan del bienestar burgués ciertos frutos que de ninguna manera puede producir. Dicho esto, no cabe la menor duda de que 1852 es uno de los años cardinales en la prosperidad de Inglaterra. A pesar de los ingresos de la navegación, la cifra de exportaciones, las cotizaciones del mercado monetario

y la retirada del impuesto que tasaba el número de ventanas de los inmuebles, y, sobre todo, de la actividad sin precedentes de las regiones manufactureras, los ingresos del Estado dan fe de este hecho de forma irrefutable.

Pero basta un conocimiento muy somero de la historia del comercio desde principios del siglo XIX para convencerse de que se acerca el momento de que el ciclo comercial entre en su fase de *agitación* y luego pasará primero a la de exceso de especulación y luego a la de convulsión. «¡Ni mucho menos! —clamarán los optimistas

burgueses—. En ningún período de prosperidad anterior ha habido menos especulación que en el actual. Nuestra prosperidad de hoy está fundada en la fabricación de artículos de primera necesidad que se consumen casi tan pronto como se colocan en el mercado, dejan al productor un beneficio adecuado y estimulan la renovación y el aumento de la producción».

En otras palabras, lo que distingue la actual prosperidad es el hecho de que los excedentes de capital se han invertido, y se invierten, en la producción industrial. Según el último informe del señor Leonard Horner,

inspector general de fábricas, en 1851 se produjo un aumento de potencia en las factorías de algodón que equivale a 3717 caballos. La enumeración de factorías en construcción es casi interminable: una hilandería de 150 caballos aquí, un taller de tejido para 600 telares de ropa de color allá; una fábrica con 60.000 husos y 620 caballos en tal sitio, otra de tejer e hilar con 200 en tal otro, una tercera de 300 caballos de potencia un poquito más allá, etcétera, etcétera. La mayor factoría de tejidos, sin embargo, se está edificando cerca de Bradford, Yorkshire, y fabricará prendas de alpaca y artículos

mixtos.

Se puede deducir la magnitud de la empresa que están construyendo para el señor Titus Salt de los cálculos basados en el catastro, según los cuales ocupará casi tres hectáreas. El edificio principal será una enorme construcción de piedra de notables pretensiones arquitectónicas con una única nave de ciento setenta metros de largo y una maquinaria que incorporará las últimas y más meritorias invenciones. Los motores que moverán esta inmensa maquinaria los están fabricando ya los señores Fairbairn de Manchester, y se calcula que tendrán una potencia de 1200 caballos. La instalación de gas equivaldrá por sí sola a la de una pequeña ciudad, se hará siguiendo el

sistema de hidrocarbón de White y su coste ascenderá a cuatro mil libras esterlinas. Se calcula que harán falta cinco mil lámparas que consumirán diez mil metros cúbicos de gas al día. Además de esta gran factoría, el señor Salt está construyendo en las inmediaciones setecientas viviendas para los trabajadores.

¿Qué cabe pues deducir de esta enorme e inmediata inversión en producción industrial? ¿Que no habrá crisis? En modo alguno, o más bien al contrario, que será mucho más peligrosa que la de 1847, cuando no fue tanto industrial como comercial y monetaria. Esta vez caerá con todo su peso en las

regiones *manufactureras*. Recordemos el inigualado estancamiento de los años 1838-1842, que también fue consecuencia directa de la sobreproducción industrial. Cuanto mayor sea el excedente de capital que se concentre en la producción industrial en lugar de repartirse entre múltiples vías de especulación, más dura y perdurable será la crisis y más directamente recaerá en las masas trabajadoras y en la *élite* de clase media. Y si, en el momento de la reacción, el abrumador número de productos en el mercado se convierte en un pesado lastre, ¿qué no sucederá con las numerosas factorías cuya reciente

ampliación o construcción está lo bastante avanzada para empezar a funcionar ya y para las que es de vital importancia hacerlo de una vez por todas? Si cada vez que el capital deserta de sus habituales canales de circulación comercial se crea un pánico que llega a los despachos del Banco de Inglaterra, cómo no va a producirse un *sauve qui peut* parecido en un momento en que una inmensa cantidad de ese capital se ha convertido e inmovilizado en forma de talleres, maquinaria, etcétera, que acaban de ponerse en marcha al comienzo de la crisis o que requieren nuevas sumas de capital circulante antes

de estar en las debidas condiciones de funcionamiento.

Leo en *The Friend of India* otro dato significativo sobre el carácter de la crisis que se avecina. Al comentar el comercio de Calcuta en 1852, esta publicación afirma que el valor de las mercancías de algodón de hilo y torzal importadas por esta ciudad en 1851 ascendió a 4.074.000 libras, es decir, unas dos terceras partes del total del comercio británico. En el presente año, además, esta cifra aumentará más todavía. Las importaciones de Bombay, Madrás y Singapur ni siquiera figuran en estas cifras, pero la crisis de 1847 nos

dejó tales revelaciones sobre el comercio de la India que nadie puede albergar la más mínima duda de cuál será el resultado definitivo de una prosperidad industrial que supone que las importaciones de «nuestro Imperio indio» sumen dos tercios del total.

Que a nadie extrañe la convulsión que seguirá a la prosperidad actual. Que tal convulsión se producirá en 1853 lo pronostican buen número de síntomas, especialmente la abundancia de oro en el Banco de Inglaterra y las particulares circunstancias en las que se produce la afluencia de metales preciosos.

En este momento, los sótanos del

Banco de Inglaterra guardan 21.353.000 libras. Algunos afirman que esta acumulación se debe a los excedentes de oro de Australia y California. Un rápido vistazo a los hechos demuestra que esta opinión es errónea.

En realidad, el incremento de oro y plata del Banco de Inglaterra solo significa que ha descendido la importación de otros artículos; dicho de otra manera, que las exportaciones superan con mucho a las importaciones. De hecho, la última balanza comercial muestra un considerable descenso de las importaciones de cáñamo, azúcar, té, tabaco, vino, lana, aceite, cereal, coco,

harina, añil, pieles, patatas, carne de cerdo, bacon, mantequilla, queso, jamón, manteca, arroz, y de casi todos los productos manufacturados del continente europeo y de la India británica. En 1850 y 1851 hubo una evidente subida de las importaciones que, junto con el incremento en el Continente del precio del pan y los artículos relacionados a causa de las malas cosechas, tenía que dar paso a una disminución al año siguiente. Este año, en efecto, solo han aumentado las importaciones de lino y algodón.

El excedente de las exportaciones con respecto a las importaciones explica

por qué el tipo de cambio favorece a Inglaterra. Por otra parte, compensar con oro este exceso de exportaciones da pie a que una gran cantidad de capital británico quede inactivo y vaya a engrosar las reservas de los bancos. Los bancos y los particulares buscan medios para invertir este capital inactivo. De ahí la actual abundancia de capital prestable y que el tipo de interés sea bajo. El papel de primera clase está al 1,75 y al 2 por ciento. Ahora bien, en cualquier historia del comercio, como *History of Prices*, de Tooke, vemos que, cuando se compara la situación actual con otras anteriores, los síntomas

coinciden: inusitada acumulación de oro en los sótanos del Banco de Inglaterra, más exportaciones que importaciones, tipo de cambio favorable, abundancia de capital prestable y tipos de interés bajos; todo lo cual suele dar paso, dentro del ciclo comercial, a esa fase en que la prosperidad propicia la agitación y con toda seguridad se producen, por un lado, un aumento excesivo de las importaciones y, por otro, una especulación salvaje en todo tipo de burbujas atractivas. Pero dentro del ciclo económico la agitación solo es prelude de otro estado: la convulsión. La agitación es la cúspide de la

prosperidad; no produce la crisis, pero provoca su estallido.

Sé muy bien que a los *oráculos* de la economía oficial este punto de vista les parecerá excesivamente heterodoxo, pero ¿cuándo, desde que Frederick J. Robinson, ministro de Hacienda y «robinsón de la prosperidad», inaugurase el Parlamento en el año 1825, justo antes de la aparición de la crisis, con la promesa de una inmensa e inexpugnable prosperidad, han previsto o predicho alguna vez una crisis estos optimistas burgueses? No ha existido jamás un período de prosperidad ininterrumpido, pero aprovecharon la

ocasión para demostrar que *esta vez* la moneda no tenía cruz, que *esta vez* habíamos sometido al inexorable destino. Y el día que estalló la crisis se lavaron las manos y fustigaron al comercio y a la industria por su falta de previsión y cautela con discursos morales repletos de lugares comunes.

Esta provisional prosperidad comercial e industrial ha creado un peculiar estado político, que será el tema de mi próximo artículo.

La crisis del comercio y la industria

Londres, 8 de enero de 1855

Mientras los clubs y los periódicos locales están ocupados con importantes cotilleos acerca de las «crisis ministeriales» no tienen tiempo para reconocer el hecho, incomparablemente más importante, de que *ha vuelto a estallar una de las mayores crisis de la industria y el comercio ingleses*, y en

unas dimensiones mucho más desastrosas que en 1847 y en 1836. Esta opinión, a la que no pudieron dar pie las quiebras que se han venido produciendo esporádicamente desde hace tres meses y que en los últimos tiempos han aumentado en número e intensidad, resulta ahora irrecusable como consecuencia de la publicación de los informes anuales y de las listas hechas públicas por el Board of Trade^[110] sobre las exportaciones e importaciones de los últimos once meses. De estas listas se deduce que la exportación ha disminuido en 1.710.677 libras esterlinas, si se compara con los

once meses correspondientes del año 1853, y en 1.856.988 libras esterlinas si se compara solo con el último mes (de 5 de noviembre a 5 de diciembre) de ambos años. De las listas de exportaciones extraemos los siguientes detalles, que demuestran la caída en algunas de las ramas más importantes de la industria:

	Libras esterlinas	
	1853	1854
Algodón manufacturado	23.757.155	22.877.050
Hilo de algodón	6.322.639	6.055.640
Lino manufacturado	4.379.732	3.735.221
Hilo de lino	1.069.812	852.763
Lana manufacturada	9.470.413	8.566.723
Seda manufacturada	1.492.785	1.144.506
Exportación de maquinaria	1.368.027	1.271.503

En los *informes comerciales* naturalmente se intenta hacer responsable de la crisis a la guerra de 1854^[111], del mismo modo que se responsabilizó a la Revolución de 1848 de una crisis que había estallado ya en el año 1847. Sin embargo, el propio

London Economist, que en principio suele explicar las crisis por circunstancias casuales, ajenas al comercio y a la industria, se ha visto obligado a reconocer que los incidentes y las caídas del comercio en el año 1854 son el comienzo de una reacción natural contra la «prosperidad convulsiva» de 1853. En otras palabras, el ciclo comercial ha llegado de nuevo al punto en el que la superproducción y la sobreespeculación lo han transformado en una crisis. La mejor prueba: *Estados Unidos de Norteamérica*, a los que la guerra de Oriente no rozó más que para dar un

impulso inaudito a la construcción y el comercio de barcos y les procuró compradores para algunos productos sin manufacturar, que antes distribuía en exclusiva Rusia. En Estados Unidos la crisis dura ya más de cuatro meses y todavía sigue aumentando, aunque de un total de 1208 bancos son ya 107 los que han quebrado, es decir, una duodécima parte, y en los estados industrializados del este ha tenido lugar un frenazo tal de la industria, unido a una bajada tal de los salarios, que el mes pasado «reemigraron» a Europa más de 4000 emigrantes europeos. La crisis inglesa de 1836 fue seguida por la crisis

americana de 1837. En esta ocasión el paso se ha dado al revés. América ha tomado la iniciativa de la bancarrota. Los Estados Unidos y Australia están saturados en igual medida de productos ingleses. Qué importancia tiene esto para el comercio inglés puede deducirse del hecho de que, de los aproximadamente cien millones de libras esterlinas que Gran Bretaña exportó en mercancías en 1853, 25 millones recayeron sobre Estados Unidos y 15 millones sobre Australia. El este de la India era el mercado más importante después de Estados Unidos y Australia. No obstante, el este de la

India estaba ya tan sobrecargado en el año 1852 que solo una expansión comercial completamente nueva a través del Panshab y de Sind hacia Bujara, Afganistán y Beluchistán, y desde allí, por un lado, hacia Asia central y, por otro, hacia Persia, fue capaz, con gran esfuerzo, de mantener las exportaciones en el antiguo nivel de ocho millones de libras esterlinas. Ahora allí todos los canales de salida están también tan atascados que hace poco se transportaron mercancías del Indostán hacia Australia, llevando de ese modo «las lechuzas a Atenas^[112]». El único mercado al que, «con precaución», se

estuvieron enviando productos durante algún tiempo a causa de la guerra oriental fue el mercado *levantino*. Entretanto es ya un secreto a voces en la City que, desde que la crisis de Estados Unidos y el estancamiento de Australia obligaron al comercio a mirar con temor hacia todos los mercados aún no colapsados, Constantinopla se convirtió en el almacén de todos los productos que había necesidad de comprar, pero ahora también ha de considerarse ya «cerrado». Del mismo modo, los últimos movimientos en España se han aprovechado para introducir de contrabando muchos más productos

ingleses de los que este país puede acaparar. El último intento de estas características se está llevando a cabo ahora en los Estados sudamericanos, cuya escasa capacidad de consumo no necesita prueba alguna.

Para comprender la importancia decisiva de la crisis inglesa para las circunstancias sociales y políticas del mundo entero será preciso volver de forma explícita y con detalle a la historia del comercio inglés en 1854.

Londres, 9 de enero [de 1855]

El aumento del comercio y de la industria ingleses en el período

comprendido entre 1849 y 1853 puede analizarse según los siguientes datos. En 1846 la cantidad de toneladas de mercancías fletadas que entraron y salieron de los puertos británicos fue de 9.499.000, en 1850 esta cantidad aumentó hasta los 12.020.000 de toneladas y en 1853 nada menos que hasta los 15.381.000, justo el doble que en 1843. En 1846 el valor de las importaciones de productos británicos manufacturados y en bruto fue de 57.786.000 libras esterlinas; en 1850, por el contrario, de 71.367.000, y en 1853 de más de 98.000.000 de libras esterlinas, es decir, más del doble de las

exportaciones totales de 1842. ¿Qué papel desempeñaron los Estados Unidos de Norteamérica y Australia en ese aumento de las exportaciones? En 1842 el valor de las exportaciones británicas a Australia no llegaba aún al millón de libras esterlinas; en 1850 alcanzó casi los tres millones y en 1853 incluso 14.513.000 de libras; en 1842 se exportó a Estados Unidos por un valor de 3.582.000 libras esterlinas, en 1850 por casi 15 millones y en 1853 nada menos que por 23.658.000. De estas cifras se deduce que el año 1854 supone para la historia del comercio moderno un punto de inflexión análogo al de los

años 1825, 1836 y 1847; además, que la crisis de Estados Unidos es únicamente un momento en la crisis inglesa y, finalmente, que la guerra de 1854, que el *Pays, Journal de l'Empire* denomina muy acertadamente una *guerre pacifique*, no ejerció la menor influencia sobre la catástrofe social, o, de ejercer alguna, fue como mucho una muy contenida, muy reprimida. Algunas ramas de la industria, como por ejemplo las manufacturas de cuero, hierro y lana, así como la construcción naval, se vieron apoyadas directamente por la demanda de la guerra. El susto que provocó una declaración de guerra

después de cuarenta años de paz paralizó por un momento el flujo de especulaciones. Los préstamos inducidos por la guerra en los diferentes países mantuvieron los tipos de interés a una altura que impidió la quiebra de las industrias, conteniendo de ese modo la crisis. Aun con todo, dice la Peace-Society^[113], ¿no ha hecho la guerra que aumenten los precios de los cereales? ¿Acaso la subida del precio de los cereales no significa lo mismo que una disminución del *domestic trade*^[114], es decir, del consumo británico de productos industriales? ¿Y no es esta contracción del mercado interior el

elemento principal de la crisis? En primer lugar hay que recordar que el año de mayor prosperidad de Gran Bretaña —1853— fue un año con un precio muy elevado del cereal y que los precios de los cereales del año 1854 estuvieron de media *por debajo* de los del año 1853, o sea, que la prosperidad de 1853 puede explicarse por la situación del precio de los cereales, lo mismo que en 1854 los síntomas de la crisis. Pero dejemos a un lado la influencia del precio de los cereales en la industria: ¿qué influencia tuvo la guerra en el precio de los cereales? En otras palabras: ¿subieron los precios porque dejó de importarse

de Rusia? De todo el cereal y la harina que importa Gran Bretaña procede de Rusia aproximadamente un 14 por ciento y, como el conjunto de las importaciones apenas satisface un 20 por ciento del consumo nacional, Rusia aporta más o menos el 2,5 por ciento del consumo nacional. El *último informe oficial* sobre una comparativa de las importaciones de trigo y harina a Gran Bretaña procedentes de diferentes partes del globo se publicó a principios de noviembre de 1854 e incluye un cuadro comparativo de los primeros nueve meses de 1853 y 1854. Según esto, en 1853 la importación total de trigo fue de

3.770.921 cuartos^[115], de los que 773.507 procedían de Rusia y 209.000 de Moldavia y Valaquia. Las importaciones totales de harina ascendieron a 3.800.746 arrobas, de las que 64 procedían de Rusia y ninguna de los principados del Danubio. En 1854, el año de la guerra, Gran Bretaña recibió de Rusia 505.000 cuartos de trigo y de Moldavia y Valaquia 118.000. Nadie se atreverá a afirmar que este descenso (equilibrado además por mayores importaciones de harina de otros países) disparó los precios de la excelente cosecha de 1854 aproximadamente al nivel de las de los

malos años de 1852 y 1853. Al contrario. La carencia de todos los cereales rusos no habría ocasionado tal efecto. Lo que sigue siendo un enigma —aunque insignificante para la cuestión económica— es el descenso de la importación de los principados del Danubio. El enigma es fácil de solucionar. La coalición bloqueó de forma nominal los puertos rusos del mar Negro y, por el contrario, de forma real el Bósforo y luego la desembocadura del Danubio en lugar de hacerlo con Rusia, Turquía y los principados del Danubio. ¿Quién no sabe aún que las cruzadas rusas contra la media luna —

1812, 1828, 1848 (ésta supuestamente contra los rebeldes de Jassy y Bucarest) y 1854— estuvieron condicionadas en parte por la competencia comercial entre las provincias del sur de Rusia y los principados del Danubio y, de paso, por el comercio de Bosnia, Serbia y Bulgaria a través del Danubio? Qué genialidad, pues, por parte de un ministerio inglés, la de castigar a Rusia dejando libre el comercio de Odessa y Taganrog, sometiendo y bloqueando al mismo tiempo el de la competencia rusa por el Danubio, para cortarse de ese modo a sí mismos el paso de las importaciones.

Londres, 16 de enero [de 1855]

The London Economist apunta en referencia a la actual crisis del comercio y la industria:

Sea cual sea la caída en las exportaciones de otros artículos, ésta no se extiende a la maquinaria. En lugar de decrecer, el valor de la exportación de máquinas ha aumentado en 1854 en comparación con 1853. O sea, que otros países hacen uso en la actualidad de nuestra maquinaria. En este sentido no tenemos ventaja alguna frente a ellos. Francia, Alemania, Bélgica, Holanda, Suiza y Estados Unidos son ahora todos grandes países manufactureros, y algunos de ellos tienen ventajas sobre nosotros.

Nosotros tenemos que competir en una carrera, y no podemos hacerlo si nos atamos las piernas. La experiencia ha convencido a todo el mundo de que las restricciones, que se inventaron para beneficio de los terratenientes, se volvieron en contra de ellos; y poco a poco también los obreros de las fábricas descubrirán que las restricciones legales creadas para su beneficio lo único que pueden hacer es perjudicarles. Es de esperar que lo descubran antes de que los países antes mencionados hayan hecho progresos para excluir a Inglaterra de sus mercados secundarios y terciarios y puedan reducir a nuestros obreros a la mayor de las miserias.

El señor Wilson, editor de *The*

Economist y factótum del Ministerio de Hacienda del loaded y ensalzado Gladstone^[116], apóstol de la libertad y cazador de empleos en una sola persona, un hombre que, en una columna de su periódico niega en general la necesidad del Estado y en otra demuestra con especial énfasis lo imprescindible del Ministerio para la coalición, el señor Wilson, pues, comienza su homilía con un hecho deliberadamente falseado. Los listados de exportaciones de 1854 contienen dos apartados dobles sobre la exportación de maquinaria. El primero, relativo a las locomotoras para ferrocarriles, deja ver que en 1853 se

exportó por un valor de 443.254 libras esterlinas, mientras que en 1854 por 525.702, lo que en cualquier caso supone un incremento de 82.448 libras esterlinas. El segundo apartado, por el contrario, en el que figura toda la maquinaria empleada en las fábricas, es decir, todos los tipos excepto las locomotoras, muestra un valor de 1.368.027 libras esterlinas para 1853 frente a 1.271.503 para 1854, es decir un descenso de 96.524 libras. Ambos apartados en conjunto representan, pues, un descenso de 14.076 libras esterlinas. Este detalle caracteriza a los caballeros de la Escuela de Manchester^[117]. Por

ello consideran oportuno el momento actual para aumentar los límites legales de la jornada laboral para los menores de dieciocho años, así como para las mujeres y niños menores de doce. Para conseguir tan alto fin seguro que hay que falsear algunas cifras. Pero según el *Manchester Examiner*, el órgano especial del cuáquero Bright y según diversas circulares comerciales de los distritos industriales, los mercados exteriores, en medio del furor de nuestra superproducción y nuestra sobreespeculación, suspiran por los canales usuales de distribución del exceso de nuestras manufacturas.

Cuando se ha llegado a llenar el mercado mundial de tal forma a pesar de la improvisación de dos nuevos mercados del oro —Australia y California—, a pesar del telégrafo eléctrico que ha transformado toda Europa en una gran bolsa comercial, a pesar de los ferrocarriles y los vapores, que han aumentado la comunicación, es decir, el intercambio, de un modo increíble, ¿cuánto se habría hecho esperar la crisis si los dueños de las fábricas hubieran podido dejarles trabajar dieciocho horas en lugar de once? El ejemplo de cálculo es demasiado fácil para precisar una

solución. El estallido proporcional de la crisis no habría constituido la única diferencia. Una generación entera de obreros habría tenido que experimentar una pérdida del 50 por ciento de fuerza física, de desarrollo intelectual y de capacidad vital. La misma Escuela de Manchester, que nos responderá a esta reflexión: «¿Habría de atormentarnos este tormento porque aumenta nuestro placer^[118]?», le reprocha a Inglaterra con un sentimental lamento las víctimas humanas que le cuesta la guerra con Rusia o cualquier otra guerra. Dentro de unos días podremos oír en Leeds al señor Cobden protestando contra las

matanzas entre cristianos. Dentro de unas semanas lo escucharemos en el Parlamento protestando contra las «restricciones» que reducen el rápido consumo de niños en las fábricas. ¿Es que de entre todas las hazañas de héroes solo considera justa una, la de Herodes?

El banco francés Crédit Mobilier (I)

6 de junio de 1856

El 30 de mayo el londinense *The Times* se sorprendía al descubrir que en Francia el socialismo nunca ha llegado a desaparecer del todo, sino que tan solo había caído en el olvido por unos años. Entretanto no perdía ocasión de felicitar a Inglaterra por no haberse contagiado de semejante plaga y verse libre del antagonismo de clases, terreno abonado para la venenosa planta. La afirmación

es bastante temeraria para venir del principal diario de un país cuyo economista de cabecera, el señor Ricardo, inicia su celebrada obra sobre los principios de la política económica^[119] con la máxima de que las tres clases fundamentales de la sociedad —de la sociedad inglesa, cabría decir—, propietarios del suelo, capitalistas y asalariados, tienen una relación antagónica fatídica y mortal, de tal modo que las rentas suben y bajan en proporción inversa a los beneficios industriales y los salarios suben y bajan en proporción inversa a dichos beneficios. Si, según los hombres de

leyes de Inglaterra, el contrapeso de esos tres poderes que luchan entre sí es la clave de la constitución inglesa, octava maravilla del mundo, según el señor Ricardo, que bien puede presumir de saber algo más de la constitución que *The Times*, el fatal antagonismo de las tres clases que representan a los principales agentes de producción es la estructura en que se enmarca la sociedad inglesa.

Aunque se mofe del socialismo revolucionario de Francia, *The Times* no puede evitar una codiciosa mirada al socialismo imperial y de buena gana esgrimiría como ejemplo a imitar por

John Bull^[120] a uno de los principales actores de ese socialismo, el banco Crédit Mobilier, que acaba de mandar al diario londinense, que lo ha publicado en tres columnas de apretada letra, el Informe del Comité de Administración de la junta general ordinaria de accionistas del 23 de abril de 1856, presidida por el señor Péreire.

Expongo a continuación las cuentas que han suscitado la envidiosa admiración de los accionistas de *The Times* y deslumbrado el buen juicio de su director:

PASIVO	FRANCOS	CÉNTIMOS
A 31 DE DICIEMBRE DE 1855		
Capital social	60.000.000	-
El saldo en cuenta corriente a 31 de diciembre de 1854, ascendió a un total de 64.924.379	103.179.308	64
Pagos a acreedores y gastos varios	864.414	81
Total de reserva	1.696.083	59
Total de beneficios realizados en 1855, tras la deducción de la suma dejada en reserva	26.827.901	32
	192.567.708	36
 ACTIVO		
En efectivo		
1. Rentas	40.069.264	40
2. Bonos y obligaciones ³	32.844.600	20
3. Ferrocarriles y otras participaciones	59.431.593	66
	132.345.458	26
De lo cual hay que deducir por deudas pendientes de cobro el último 31 de diciembre	31.166.718	62
Activo en balance	101.178.739	64
 Inversiones a plazo fijo en bonos del tesoro, prórrogas, anticipos sobre acciones, etc.	84.325.390	9
Valor de locales e inmovilizado	1.082.219	37
Saldo en metálico y cantidad de dividendos a recibir el último 31 de diciembre	5.981.359	26
Total activos	192.567.708	36
 Cantidad total de rentas, participaciones, bonos y obligaciones a 31 de diciembre de 1854	57.460.092	94
Ha aumentado por suscripciones y compras realizadas en 1855	265.820.907	3
Total	323.280.999	97
 Beneficios realizados	217.002.431	34
A lo cual hay que añadir la cantidad de títulos que todavía se conservan en efectivo	132.345.458	26
	349.347.889	60
 Estos resultados arrojan unos beneficios de	26.066.889	

Unos beneficios de 26 millones con un capital social de 60 millones... una ganancia del orden del 43,33 por ciento... cifras en verdad impresionantes. ¿Y qué no ha logrado este modélico *mobilier* con ese gran capital equivalente a algo así como dos millones y medio de libras esterlinas? Con sesenta millones de francos en metálico primero concedió a los franceses préstamos por valor de 250 millones y luego por otros 375 millones más; se ha interesado además por los ferrocarriles más importantes de Francia, ha asumido el préstamo

contratado por la Sociedad Austríaca de Ferrocarriles del Estado, ha participado en los ferrocarriles del oeste y el centro de Suiza, tiene intereses en una operación considerable que tiene por objeto la canalización del Ebro desde Zaragoza hasta el Mediterráneo, ha participado en la fusión de todas las antiguas compañías del gas de París en una sola; también ha hecho, según dice, un regalo de trescientos mil francos a los ciudadanos al venderles cereal por debajo del precio de mercado; además ha decidido la paz y la guerra con sus préstamos, construido nuevas líneas ferroviarias y apuntalado algunas viejas,

iluminado ciudades, dado un impulso a la construcción de fábricas y a especulaciones comerciales, y, por último, difundido su engañosa propaganda por toda Francia y esparcido las fértiles semillas de la institución por el conjunto del continente europeo.

El Crédit Mobilier, por tanto, se presenta como uno de los fenómenos económicos de la época y merece un análisis pormenorizado. Sin tal análisis es imposible computar las posibilidades del Imperio francés o comprender los síntomas de la convulsión general de la sociedad, que se manifiestan en toda

Europa. Debemos investigar primero lo que la Junta del banco llama sus principios teóricos y luego comprobar su ejecución práctica, que posiblemente, como nos dice el Informe, hasta ahora solo se haya llevado a cabo de forma parcial y en el futuro tenga un desarrollo muchísimo mayor.

Los principios de esta sociedad bancaria están expuestos en sus estatutos y en los distintos informes, sobre todo en el primero, elaborados para los accionistas. Según el preámbulo de los estatutos y

considerando los importantes servicios

que podría prestar la fundación de una sociedad que tiene como meta favorecer el desarrollo de la industria de las obras públicas, y para concretar la conversión de los distintos títulos de diversas empresas por medio de su consolidación en un fondo común, los fundadores de Crédit Mobilier han resuelto llevar a efecto obra tan útil y en consecuencia se han unido para sentar las bases de una sociedad anónima que habrá de denominarse Sociéte Générale de Crédit Mobilier^[121].

Nuestros lectores han de saber que Crédit Mobilier es una sociedad anónima de responsabilidad limitada y que la creación de una sociedad así

depende de un privilegio que el gobierno otorga arbitrariamente.

Crédit Mobilier se propone a continuación y en primer lugar «favorecer el desarrollo de la industria de las obras públicas», lo cual supone lograr que la industria de las obras públicas en general dependa del favor de Crédit Mobilier y, por consiguiente, del favor personal de Bonaparte, de cuyo aliento parece depender la existencia de la Sociedad. La junta no deja de indicar mediante qué medios pretende extender su influencia, y con ella la de su imperial patrón, sobre el conjunto de la industria francesa. Las

iniciativas industriales emprendidas por las distintas sociedades anónimas están representadas por diversos títulos, participaciones, bonos, obligaciones, *debentures*, etcétera. Naturalmente, esos títulos tienen distintos precios en el mercado monetario según cuánto capital rindan, qué beneficios dejen, el comportamiento de la oferta y la demanda, y otras condiciones económicas. Y ahora, ¿qué pretende Crédit Mobilier?

Sustituir todos esos títulos distintos de diversas sociedades anónimas por uno solo emitido por Crédit Mobilier. ¿Y cómo lo puede hacer? Comprando

con sus propios títulos los de varias industrias. Comprando todos los bonos, acciones, *debentures*, etcétera; en una palabra, comprar los títulos de una empresa es comprar la empresa misma. De ahí que Crédit Mobilier admita su intención de convertirse en propietaria, con Napoléon el Pequeño^[122] de director supremo, de toda la gran industria francesa. Es lo que nosotros llamamos socialismo imperial.

Con el fin de cumplir con su programa, son necesarias, por supuesto, algunas operaciones financieras, y al planear tales operaciones el señor Isaac Péreire tiene, cómo no, la sensación de

pisar terreno delicado y se siente obligado a poner límites a la Sociedad, aunque no obstante considere éstos meramente accidentales y tiendan a desaparecer a medida que el banco se vaya desarrollando, y prefiere lanzar una sonda antes de divulgar de una vez su programa al mundo.

El capital social del banco ha quedado establecido en sesenta millones de francos divididos en ciento veinte mil acciones de quinientos francos pagaderas al portador.

Tal y como aparecen definidas en los estatutos, las operaciones de la Sociedad serán de tres tipos. En primer

lugar, las operaciones de apoyo a la gran industria; en segundo lugar, la creación de un valor emitido por la Sociedad para sustituir o fusionar los títulos de las distintas empresas industriales; y en tercer lugar, las operaciones de banca normales, adquisición de fondos públicos, facturas comerciales, etcétera.

Las operaciones del primer tipo, con las que se pretende que la Sociedad se haga con el control de la industria, se enumeran en el artículo V de los estatutos, que dice:

Para suscribir o adquirir fondos públicos, acciones u obligaciones de las distintas empresas industriales o de

crédito constituidas como sociedades anónimas, y especialmente de las de ferrocarriles, canales, minas y otras obras públicas ya formadas o en vías de formación. Para asumir todos los préstamos, para cederlos y formalizarlos, así como todas las empresas de obras públicas.

Vemos que este artículo ya sobrepasa las pretensiones del preámbulo cuando propone que Crédit Mobilier no solo se convierta en el propietario de la gran industria, sino en esclavo del Tesoro y déspota del crédito comercial.

El segundo tipo de operaciones, referidas a la sustitución de títulos de

Crédit Mobilier por títulos de otras empresas industriales, comprende las siguientes:

Emitir en cantidades que equivalgan a la suma de la suscripción de préstamos y a la adquisición de títulos industriales las obligaciones de la propia Sociedad.

Los artículos 7 y 8 indican los límites y naturaleza de las obligaciones que la Sociedad puede emitir. Estas obligaciones, o bonos,

pueden alcanzar una suma equivalente a diez veces el monto del capital. Siempre deben estar representadas en su cantidad total por los fondos

públicos, acciones y obligaciones que estén en manos de la Sociedad. No pueden ser pagaderas en un plazo menor de 45 días. La suma total de las cantidades recibidas en cuenta corriente y de las obligaciones creadas dentro de un plazo menor de un año no deben exceder el doble del capital realizado.

Por último, en la tercera categoría de operaciones se incluyen las necesarias para el intercambio de valores comerciales. La Sociedad «cobra dividendos». Está autorizada «a vender o dar en pago por los préstamos todo tipo de fondos, documentos, acciones y obligaciones de su propiedad, y a intercambiarlos por otros

valores». Presta «fondos públicos, depósitos de acciones y obligaciones, y abre cuentas corrientes sobre sus distintos valores». Ofrece a sociedades anónimas «todos los servicios ordinarios que también prestan los bancos privados, como recibir todos los pagos a cuenta de las sociedades, pagar dividendos, intereses, etcétera». Mantiene un depósito de todos los títulos de sus empresas, pero en las operaciones relativas al intercambio de valores comerciales, facturas, certificados, garantías, etcétera, «se entiende expresamente que la Sociedad no hará ventas ni compras clandestinas

por la prima que pueda obtener».

El banco francés Crédit Mobilier (II)

12 de junio de 1856

Deberíamos recordar que Bonaparte dio su golpe de Estado con dos aspiraciones diametralmente opuestas: por un lado proclamó que su misión era salvar a la burguesía y el «orden material» de la anarquía roja que sin duda se desataría en mayo de 1852^[123]; por otro, que salvaría al pueblo trabajador del despotismo de la clase media concentrado en la Asamblea Nacional.

Además estaba la necesidad personal de saldar sus propias deudas y las de la respetable turba de la Société de Dix Décembre^[124], amén del deseo de enriquecerse y enriquecer a esta grey a expensas tanto de la burguesía como del pueblo trabajador. Pero esta misión, hay que reconocerlo, se veía entorpecida por dificultades contrapuestas, y es que Bonaparte se vio obligado a aparecer simultáneamente como ladrón y como patriarcal benefactor de todas las clases. No podía darle a una clase sin quitarle a otra, y no podía satisfacer sus necesidades y las de sus partidarios sin robar a todo el mundo. Cuentan que en

tiempos de la Fronda^[125], el duque de Guisa era el hombre más obsequioso de Francia, porque había regalado a todos sus partidarios alguna participación en sus numerosas propiedades. Como él, Luis Bonaparte también se ha propuesto ser el hombre más obsequioso de Francia y quiere convertir todas las propiedades e industrias de Francia en regalos personales a su persona. Robar Francia para comprar Francia, ése es el gran dilema que el hombre ha tenido que resolver, y en la operación de tomar de Francia lo que había que devolver a Francia no carecía de importancia el porcentaje que él y la Sociedad del Diez

de Diciembre podían rebañar. ¿Cómo conciliar aspiraciones tan contrapuestas? ¿Cómo resolver tan bonito dilema económico? ¿Cómo desanudar este nudo? Las experiencias pasadas de Bonaparte apuntaban al único gran recurso que le había servido para salvar las más complicadas circunstancias económicas: el crédito. Y daba la casualidad de que en Francia se encontraba la escuela de Saint Simon, que tanto en sus albores como en su decadencia se engañaba con el sueño de que todo antagonismo entre las clases desaparecería con una riqueza universal creada por medio de algún moderno

sistema de crédito público. Y esta idea del sansimonismo no había muerto aún en la época del golpe de Estado. Ahí estaba Michel Chevalier, economista de *Journal des Débats*; ahí estaba Proudhon, que se esforzaba por disfrazar la peor parte de Saint Simon bajo la apariencia de una originalidad excéntrica; y ahí estaban dos judíos portugueses, relacionados con prácticas agiotistas y con Rothschild —que se había sentado a los pies del père Enfantin^[126]—, quienes, basándose en su experiencia, tuvieron el atrevimiento de sospechar que detrás del socialismo había agiotaje y, detrás de Saint Simon,

la Ley. Estos dos hombres, Émile e Isaac Péreire, son los fundadores de Crédit Mobilier y los iniciadores del socialismo bonapartista.

Dice un viejo proverbio: *habent sua fata libelli*^[127]. Las doctrinas, como los libros, tienen también un destino. Saint Simon se convertiría en el ángel de la guarda de la Bolsa de París, en profeta del timo y la estafa, ¡en mesías del soborno y la corrupción generalizados! No hay en la historia un ejemplo más cruel de ironía salvo, tal vez, los de Saint Just a propósito del término medio de Guizot, y de Napoleón con Luis Bonaparte^[128].

Los acontecimientos se suceden sin que el hombre tenga tiempo de asimilarlos. Mientras nosotros, a partir de una investigación de sus principios y condiciones económicas, nos encaminamos hacia la quiebra que augura la fundación misma de Crédit Mobilier, la historia ya está en marcha y hará realidad nuestras predicciones. El pasado mes de mayo, uno de los directores de Crédit, el señor Place, declaró una quiebra de diez millones de francos cuando hacía pocos días «el marqués de Morny se lo había presentado al emperador» como uno de los *dieux de la finance*. *Les dieux s'en*

vont^[129]! Casi el mismo día, *Le Moniteur* publicaba la nueva ley de *sociétés en commandite*^[130], que, con idea de poner coto a la fiebre especulativa, deja a este tipo de sociedades a merced de Crédit Mobilier haciendo que su creación dependa de la voluntad del gobierno o de la propia Crédit. Y la prensa inglesa, que ni siquiera distingue las unas de las otras, no advierte que las *sociétés en commandite* han sido sacrificadas en aras de las *sociétés anonymes* y entra en éxtasis ante tan grande «manifestación de prudencia» del sabio Bonaparte e imagina que los especuladores franceses

no tardarán en adquirir la solidez de los Sadleir, Spader y Palmer de Inglaterra. Al mismo tiempo, la ley de alcantarillado fue aprobada por el famoso *Corps Législatif*^[131], a pesar de que supone una infracción directa de toda la legislación anterior y del Código Napoleón, y sanciona la expropiación de los deudores hipotecarios de la tierra en favor del gobierno de Bonaparte, que mediante este aparato legislativo se propone apoderarse del suelo de la misma forma que mediante *Crédit Mobilier* se está apoderando de la industria y mediante el Banco de Francia del comercio. ¡Y todo por salvar a la

propiedad de los peligros del socialismo!

Entretanto, no nos parece fuera de lugar seguir con nuestro análisis de Crédit Mobilier, institución que en nuestra opinión está destinada a alcanzar cotas que convertirán todo lo dicho en un humilde comienzo.

Vimos que la primera función de Crédit Mobilier consistía en aportar capital a muchos proyectos industriales emprendidos por sociedades anónimas. Citamos del informe del señor Isaac Péreire:

Crédit Mobilier desempeña, con

respecto a los valores que representan capital industrial, un papel análogo al de los bancos de descuento con relación a los valores que representan al capital comercial. El primer deber de esta Sociedad es el de apoyar el desarrollo de la industria nacional, facilitar la creación de grandes empresas que, abandonadas a su suerte, tropezarían con grandes obstáculos. Su misión a este respecto se cumplirá más fácilmente porque dispone de varios medios de información e investigación que no están al alcance de los particulares y sirven para apreciar profundamente el valor real y las perspectivas de las empresas que apelan a su ayuda. En tiempos prósperos, nuestra Sociedad servirá de guía al capital inquieto por encontrar un empleo rentable; en

tiempos de dificultad está destinada a ofrecer recursos preciosos para el mantenimiento de la mano de obra y a moderar las crisis que resultan de una contracción precipitada del capital. Los esfuerzos que nuestra Sociedad hará en todo tipo de negocios para, en condiciones estrictas, invertir su capital solo en proporciones tales que faciliten una retirada airosa, le permitirán multiplicar su radio de acción, impulsar un gran número de empresas en un corto espacio de tiempo y aminorar los riesgos de sus intervenciones con multiplicidad de comandités parciales [inversiones en acciones].

Tras observar cómo desarrolla Isaac las ideas de Bonaparte, también es

importante ver qué comentarios hace Bonaparte de las ideas de Isaac. Pueden leerse en el Informe que le dirigió el ministro del Interior el día 21 de junio de 1854 sobre los principios y gestión de Crédit Mobilier:

De todas las instituciones crediticias que existen en el mundo, la Banque de France está justamente considerada la que puede jactarse de tener una constitución más sólida.

Tan sólida que la leve tormenta de febrero de 1848 la habría echado abajo en un solo día de no haber sido por el apoyo de Ledru-Rollin y compañía^[132];

porque el gobierno provisional no solo dejó en suspenso la obligación de la Banque de France de abonar sus billetes en efectivo, deteniendo con ello la avalancha de particulares y bonistas que atestaban sus oficinas, sino que le permitió emitir billetes de cincuenta francos cuando con Luis Felipe de Orleáns nunca pudo imprimirlos por menos de quinientos; además, no solo respaldaron al insolvente Banque solicitando un crédito, sino que le entregaron como garantía los bosques del Estado por el privilegio de haber obtenido crédito para el Estado.

La Banque de France es al mismo tiempo un apoyo y una guía para nuestro comercio, y su influencia moral y material y da a nuestro mercado una preciosa estabilidad.

Tanta estabilidad que la industria francesa sufre una crisis cada vez que la actividad comercial de Estados Unidos e Inglaterra disminuye ligeramente.

Por la reserva y prudencia que guían todas sus operaciones, esta admirable institución desempeña por tanto una función reguladora; pero, para generar todos los milagros que lleva en su vientre, el genio comercial requiere por encima de todas las cosas que lo estimulen; y, como en Francia la

especulación se ve restringida dentro de los límites más estrictos, no existía inconveniente alguno (más bien al contrario todo eran ventajas), en adjuntar a la Banque de France un órgano concebido dentro de un orden de ideas muy distinto y que, en el ámbito de la industria y el comercio, debería representar el espíritu de iniciativa.

Felizmente, ya contábamos con el modelo para una institución así; proviene de un país celebrado por su estricta lealtad, por la prudencia y solidez que presiden todas sus operaciones comerciales. Dejando a disposición de toda buena idea y de toda empresa útil su capital, su crédito y su autoridad moral, la Sociedad General de los Países Bajos ha construido en Holanda un sinnúmero de canales,

desagües y otras muchas mejoras que han multiplicado por cien el valor de la propiedad. ¿Por qué no iba Francia a beneficiarse también de una institución con ventajas demostradas por una experiencia tan asombrosa? Ésa es la idea que decidió la creación de Crédit Mobilier, sociedad autorizada por el decreto del 18 de noviembre de 1852.

Según las cláusulas de sus estatutos, esta Sociedad puede, entre otras operaciones, comprar y vender acciones de titularidad pública o industrial, prestarlas y tomarlas prestadas como garantía, contratar préstamos públicos y, en una palabra, emitir documentos a largo plazo a cuenta de los valores adquiridos.

Tiene así en su mano los medios para reunir y combinar en todo

momento, y en condiciones ventajosas, una riqueza considerable. En el buen uso que pueda hacer de estos capitales reside la fertilidad de la institución. En realidad, la Sociedad puede invertir arbitrariamente (comanditar) en la industria, interesarse por empresas y participar en operaciones a largo plazo, acciones que los estatutos de la Banque de France y de la Discount Office prohíben a estas instituciones; en una palabra, Crédit tiene libertad de movimientos y puede modificar su rumbo según las necesidades del crédito comercial. Si, entre las empresas que constantemente se crean, sabe distinguir a las más prósperas, si mediante la oportuna intervención con los inmensos fondos que tiene a su disposición permite que se emprendan

obras altamente productivas, aunque su ejecución suponga una duración poco común, que de otro modo no se llevarían a cabo, si su intervención es garantía de idea útil o de proyecto bien concebido, la Société de Crédit Mobilier merecerá y conseguirá la aprobación general, el capital indeciso se canalizará hacia ella y se volcará en masa en los negocios donde el patrocinio de la Sociedad indique, sin lugar a dudas, que será bien empleado. Por tanto, mediante el poder del ejemplo y mediante la autoridad que, más incluso que cualquier ayuda material, confiere contar con su respaldo, esta Sociedad será la cooperativa de todas las ideas de utilidad general. Y así alentará poderosamente los esfuerzos de la

industria y estimulará en todas partes el espíritu de la inventiva.

En cuanto se nos brinde la ocasión, demostraremos que tanta frase de altos vuelos no sirve más que para disimular levemente un sencillo plan para arrastrar a toda la industria de Francia al torbellino de la Bolsa de París hasta convertirla en la pelota de tenis de los caballeros de Crédit Mobilier y de Bonaparte, su patrón.

El banco francés Crédit Mobilier (III)

[11 de julio de 1856]

La próxima quiebra de las finanzas bonapartistas continúa anunciándose de diversas formas. El 31 de mayo, el conde de Montalembert dio la señal de alarma al oponerse a un proyecto de ley para elevar el franqueo de todos los libros, papeles impresos, etcétera. Éstas fueron sus palabras:

La vida política ha sido suprimida, pero

¿qué la ha reemplazado? El torbellino de la especulación. La gran nación francesa no podía resignarse al sopor, a la inactividad. La vida política ha sido sustituida por la fiebre de la especulación, por la sed de lucro, por el capricho del juego. En todas partes, hasta en nuestras ciudades más pequeñas, hasta en nuestros pueblos, los hombres se ven arrastrados por la manía de hacer fortuna rápidamente, de lo cual hay tantos ejemplos, de reunir dinero sin esfuerzo, sin dificultades y, a menudo, sin honor. No necesito más pruebas que la ley que acaban de presentarles contra las sociétés en commandite. Nos acaban de entregar una copia a todos y no he tenido tiempo de estudiarla. Me siento, no obstante, inclinado a apoyarla a pesar de las

regulaciones en cierto modo draconianas que creo haber descubierto. Si el remedio es tan urgente y tan considerable, el mal debe de ir en consonancia. El verdadero origen de ese mal es el letargo del espíritu político en Francia. [...] Y el mal al que apunto no es el único que tiene ese mismo origen. Mientras las clases alta y media, esas antiguas clases políticas, se entregan a la especulación, una nueva tarea aparece ante las clases inferiores de la sociedad, de las que han surgido casi todas las revoluciones que ha sufrido Francia. Al contemplar ese terrible vicio del juego, que ha convertido casi todo el país en un gigantesco casino, la avidez de ganancias ha invadido más que nunca una parte de la masa infestada de socialistas. De ahí el incuestionable

crecimiento de las sociedades secretas, un desarrollo mayor y más profundo de esas pasiones salvajes que casi calumnian al socialismo al adoptar su nombre y que recientemente han desvelado en toda su crudeza su verdadera cara en los juicios de París, Angers y otros lugares.

Palabra de Montalembert, ¡uno de los accionistas fundadores de la empresa bonapartista que aspira a salvaguardar el orden, la religión, la propiedad y la familia!

Sabemos por Isaac Péreire que uno de los misterios de Crédit Mobilier fue el principio de multiplicar los proyectos y disminuir los riesgos embarcándose en

la mayor variedad de empresas posible para luego abandonarlas con la mayor celeridad posible. Pero ¿qué significa esto una vez lo despojamos del florido lenguaje del sansimonismo? Comprar el mayor número de acciones que se pueda en el mayor número de operaciones especulativas que se pueda, cobrar las primas y librarse de los títulos tan rápido como se pueda. La especulación, pues, como base del desarrollo industrial o, mejor dicho, que toda empresa industrial se convierta en mero pretexto para la especulación. Pero ¿con ayuda de qué instrumento va a alcanzar este objetivo Crédit Mobilier? ¿Qué

medios sugieren para que pueda «multiplicar los proyectos» y «disminuir los riesgos»? Los que propone la Ley. Crédit Mobilier es una compañía privilegiada, está respaldada por el gobierno y dispone de gran crédito y capital. Comparativamente hablando es cierto que las acciones de cualquier empresa nueva que Crédit quiera poner en marcha, alcanzarán, ya en la primera emisión, una prima en el mercado. Ateniéndose a derecho, Crédit reparte los nuevos títulos a valor nominal entre sus propios accionistas proporcionalmente a la cantidad de acciones de la sociedad matriz que

posean. Los beneficios que así se aseguran esos accionistas repercuten en un primer momento en el valor de las acciones de la propia Société de Crédit Mobilier, mientras que la gran acogida de los nuevos títulos garantiza, posteriormente, el alto valor de los que se emitan a continuación. De esta manera, Crédit Mobilier domina una gran parte del capital prestable destinado a la inversión en empresas industriales.

Además, aparte de que la prima obtenida en el mercado es, como hemos visto, el verdadero eje sobre el que pivota la actividad de Crédit Mobilier,

el objetivo de la Sociedad es influir en el capital de forma totalmente contraria a la de los bancos comerciales. Con sus descuentos, préstamos y emisión de billetes, un banco comercial libera temporalmente capital fijo, mientras que, en realidad, Crédit Mobilier fija capital circulante. Por ejemplo, las acciones de los ferrocarriles pueden ser circulantes, pero el capital que representan, es decir, el capital empleado en la construcción de la línea ferroviaria, es fijo. El dueño de una fábrica que invirtiera en edificios y maquinaria una parte de su capital desproporcionada en relación con la parte reservada al pago de salarios y

compra de materias primas vería que muy pronto su fábrica se para. Lo mismo sucede con una nación. Casi todas las crisis comerciales de la era moderna tienen que ver con desvíos exagerados de la proporción correcta entre capital fijo y capital circulante^[133]. ¿Cuál, entonces, será el resultado de las operaciones de una institución como Crédit Mobilier, cuyo propósito directo consiste en fijar la mayor cantidad posible del capital prestable del país en líneas ferroviarias, canales, minas, puertos, barcos de vapor, forjas y otros negocios sin pensar mínimamente en la capacidad productiva del país?

Según sus estatutos, Crédit Mobilier solo puede patrocinar actividades industriales como las que emprenden las sociedades anónimas o las sociedades anónimas de responsabilidad limitada. En consecuencia, debe iniciarse la tendencia a poner en marcha tantas sociedades como sea posible y, además, adaptar todas las empresas industriales a esta modalidad. Por consiguiente, no se puede negar que la transformación de las fábricas en sociedades anónimas marca una nueva época en la vida económica de las naciones modernas. Por una parte revela la potencia productiva de asociarse, algo que nadie

sospechaba, e incita a la creación de industrias a una escala inalcanzable para cualquier capitalista individual; por otra parte, no debemos olvidar que en las sociedades anónimas no son los individuos los que se asocian sino los capitales. Con esta triquiñuela, los propietarios se han convertido en accionistas, es decir, en especuladores. La concentración de capital se ha acelerado con un corolario natural: la disminución de la pequeña clase media. Han surgido una especie de reyes de la industria con un poder inversamente proporcional a su responsabilidad — solo son responsables de la cantidad de

sus acciones, pero disponen del capital de toda la Sociedad— que forman un órgano más o menos permanente mientras que la masa de accionistas sufre un proceso de constante descomposición y renovación, y con capacidad para sobornar a sus miembros más díscolos por el puro peso de la riqueza e influencia de la Sociedad. Por debajo de la oligárquica junta directiva de la Sociedad se sitúa el burocrático cuerpo de directivos y agentes que se ocupan de los asuntos prácticos, y por debajo de éste, sin ningún órgano intermedio, una enorme masa, que aumenta cada día, de meros trabajadores

asalariados cuya dependencia e impotencia se incrementan con las dimensiones del capital que les da empleo, pero que también se hace más peligrosa en proporción directa al decreciente número de sus representantes. Fourier^[134] tiene el inmoral mérito de haber predicho este modelo de industria moderna, al que puso el nombre de *feudalismo industrial*. Ciertamente, ni los señores Isaac y Émile Péreire, ni el señor Morny, ni el señor Bonaparte podrían haber inventado algo así. Existían, asimismo, antes de su época, bancos que concedían créditos a sociedades

anónimas industriales. Lo que ellos inventaron fue un banco comercial que se proponía conseguir el monopolio de las entidades de crédito privadas, siempre variopintas y divididas, y cuyo principio rector debía ser la creación de un número enorme de compañías industriales no con vistas a una inversión productiva, sino, sencillamente, a la obtención de beneficios con la especulación. Son los fundadores de un nuevo concepto: convertir el feudalismo industrial en tributario de la especulación.

Según sus estatutos, Crédit Mobilier tiene un capital fijo de sesenta millones

de francos. Esos mismos estatutos permiten que reciba depósitos en cuenta corriente por el doble de esa suma, es decir, ciento veinte millones. La Sociedad, por tanto, tiene a su disposición una suma de ciento ochenta millones de francos. Comparada con su plan —patrocinar toda la industria de Francia—, es ciertamente una cantidad muy pequeña. Además, dos terceras partes de ella no se pueden destinar a la compra de acciones de la industria o valores que no ofrezcan la certeza de su inmediata realización, precisamente porque se reciben con plazo limitado. Por este motivo los estatutos abren la

puerta a otro posible recurso para la Sociedad: Crédit Mobilier tiene autorización para emitir obligaciones por un valor hasta diez veces superior a su capital inicial, es decir, por seiscientos millones de francos; o, dicho de otro modo, la institución que pretende conceder préstamos al mundo entero está autorizada a entrar en el mercado como prestataria de una suma diez veces superior a su capital. «Nuestras obligaciones —afirma el señor Péreire— serán de dos tipos. La primera, emitida por un breve período, debe corresponderse con nuestras variadas inversiones temporales». En lo que se

refiere a este tipo de obligaciones, poco podemos decir, porque, en virtud del artículo VIII de los estatutos, se emitirán solo para equilibrar el balance, al que supuestamente le faltan los ciento veinte millones de francos que tiene que recibir en cuenta corriente y que recibirá enteramente de esa forma. Con respecto al otro tipo de obligaciones,

se emiten con fechas de pago remotas, son reembolsables por cancelación y se corresponderán con inversiones de naturaleza parecida que habremos hecho bien en fondos públicos, bien en acciones u obligaciones de empresas manufactureras. De acuerdo con los principios económicos del sistema en

que se basa nuestra Sociedad, este tipo de obligaciones no solo estarán garantizadas por una cantidad correspondiente de fondos adquiridos bajo el control del gobierno, cuyo total sumado nos reportará, gracias al principio de correspondencia mutua, las ventajas de una compensación y del reparto de riesgos, sino que además gozarán de la garantía de un capital que a tal objeto habremos incrementado en una cantidad considerable.

Pero las obligaciones de Crédit Mobilier no son más que simples imitaciones de los bonos de las compañías ferroviarias, a un interés fijo y reembolsables en determinados

períodos y con ciertas condiciones. Solo que con una diferencia. Si los bonos ferroviarios tienen en general la garantía de una hipoteca de los propios ferrocarriles, ¿qué garantía ofrecen las obligaciones de Crédit Mobilier? Las *rentes* (en este caso, garantías del Estado), acciones, obligaciones y otros títulos de las compañías industriales, que Crédit Mobilier compra con sus propias obligaciones. Entonces ¿qué se gana con su emisión? La diferencia entre el interés pagadero sobre las obligaciones de Crédit Mobilier y el interés a cobrar de las acciones y otros títulos en los que ha invertido su

préstamo. Para que esta operación sea lo bastante rentable, Crédit Mobilier está obligada a colocar el capital realizado por la emisión de sus obligaciones en inversiones que prevean una gran remuneración, es decir, en acciones sometidas a grandes fluctuaciones y alteraciones de precio. La mejor garantía de estas obligaciones, por tanto, son las acciones de las empresas industriales que la propia Sociedad pone en marcha.

Así pues, si los bonos ferroviarios están garantizados por un capital que al menos duplica su cantidad, las obligaciones de Crédit Mobilier están

garantizadas por un capital que solo nominalmente alcanza su mismo valor pero que necesariamente desciende con cada movimiento a la baja de la Bolsa. Los propietarios de estas obligaciones, por consiguiente, comparten todos los riesgos de los accionistas sin participar en sus beneficios.

Pero —dice el último Informe anual— los tenedores de las obligaciones no solo cuentan con la garantía de las inversiones en las que [Crédit Mobilier] ha colocado sus préstamos, sino también con la del capital original de la Sociedad.

El capital original, sesenta millones, que es garantía de los ciento veinte millones de depósitos es a su vez garantía de los seiscientos millones en obligaciones, amén de las demás garantías que puedan hacer falta para respaldar al ilimitado número de empresas que, según tiene autorizado, Crédit Mobilier puede fundar. Si la Sociedad lograra intercambiar las acciones de todas las empresas industriales por todas sus obligaciones, se convertiría en efecto en directora suprema y propietaria de toda la industria de Francia mientras la masa de antiguos propietarios tendría que

jubilarse con unos ingresos fijos equivalentes al interés de las obligaciones. Pero, en la senda de esta consumación, la bancarrota que sigue a la situación económica que hemos descrito frenará a los temerarios aventureros. La Sociedad, sin embargo, no ha pasado por alto este accidente; al contrario, en sus cálculos, los verdaderos fundadores de Crédit Mobilier lo han tenido muy en cuenta. Cuando llegue la crisis y cuando esté en juego un inmenso número de intereses, el gobierno de Bonaparte tendrá una razón para intervenir Crédit Mobilier — como ya hizo el gobierno inglés en 1797

con el Banco de Inglaterra—. Felipe II, duque de Orleáns, regente de Francia y digno progenitor de Luis Felipe, quiso saldar la deuda pública convirtiendo las obligaciones del Estado en obligaciones del Banco de Law^[135]; Luis Bonaparte, el socialista imperial, tratará de hacerse con la industria francesa convirtiendo las obligaciones de Crédit Mobilier en obligaciones del Estado. ¿Demostrará ser más solvente que Crédit Mobilier? Ésa es la cuestión.

La crisis europea

[6 de diciembre de 1856]

Las señales traídas a Europa por dos vapores llegados esta semana parecen indicar que se aplaza a un día futuro el derrumbe definitivo de la especulación y el agiotaje que los ciudadanos de ambas orillas del océano anticipan instintivamente como si, llenos de temor, tuvieran la mirada puesta en un funesto destino. El derrumbe no es, sin embargo, menos seguro a pesar de tal aplazamiento. En realidad, el carácter

crónico de la crisis financiera actual presagia un final todavía más violento y destructivo. Cuanto más dure la crisis, peores serán sus consecuencias. Europa es ahora como un hombre al borde de la quiebra, obligado a continuar a la vez con todas las empresas que lo han llevado a la ruina, y todos los desesperados expedientes con los que espera zafarse del último y pavoroso golpe. Algunos exigen pagos a compañías cuyo capital ya únicamente existe en su mayor parte sobre el papel, otros invierten grandes sumas de dinero en efectivo en operaciones especulativas de las que no lo podrán retirar nunca, y,

mientras, el elevado tipo de interés — actualmente, el siete por ciento en la ventanilla del Banco de Inglaterra— se alza como adusto supervisor del juicio venidero.

A la vista del enorme éxito de los ingenios financieros que ahora se quieren intentar, es imposible que las incontables operaciones especulativas y de agiotaje que se realizan en el Continente vayan mucho más lejos. Solo en Renania se han creado setenta y dos empresas nuevas para la explotación de las minas, con una suscripción de capital de 79.797.333 táleros. En este preciso momento, el Crédit Mobilier austríaco,

o, mejor dicho, el Crédit Mobilier francés en Austria, se topa con grandes dificultades para obtener el pago del segundo plazo, porque está paralizado por las medidas tomadas por el gobierno austríaco para reanudar los pagos en metálico. El capital de compra que tiene que ingresar el tesoro imperial para los ferrocarriles y las minas debe, según los contratos, ser entregado en metálico, lo cual va a provocar una sangría de los recursos de Crédit Mobilier superior a un millón de dólares al mes hasta febrero de 1858. Por otro lado, los contratistas de las líneas ferroviarias de Francia notan una presión monetaria tan

severa que la Grand Central se ha visto obligada a despedir a quinientos empleados y a quince mil trabajadores de la sección de Mulhouse, y la Compañía de Lyon y Ginebra ha tenido que disminuir o suspender sus operaciones. Por divulgar estos hechos, el *Indépendance Belge* ha visto secuestrada su edición dos veces en Francia. Vista la irritabilidad del gobierno francés ante cualquier noticia sobre la verdadera situación del comercio y la industria franceses, resulta curioso el siguiente pasaje — escapado de labios del señor Petit, sustituto del Procureur General— sobre

la reciente reapertura de los tribunales de París:

Consulten las estadísticas y encontrarán información muy interesante de las tendencias actuales del comercio. Las declaraciones de quiebra aumentan todos los años. En 1851 hubo 2305; en 1852, 2478; en 1853, 2671; y en 1854, 3691. El mismo incremento se observa en las quiebras fraudulentas y en las simples. Las primeras han crecido a un ritmo del 66 por ciento desde 1851, las segundas, del cien por cien. En cuanto a los fraudes cometidos en lo referido a la naturaleza, calidad y cantidad de mercancías vendidas y al falseamiento de pesos y medidas, ambos han aumentado en una proporción que

asusta. En 1851 se registraron 1717 casos; en 1852, 3763; en 1853, 7074; y en 1854, 7831.

Es verdad que, a la vista de lo que sucede con estos mismos fenómenos en el continente, la prensa británica nos asegura que lo peor de la crisis ya ha pasado, pero buscamos en vano una prueba concluyente de este hecho. No la vemos en la subida del tipo de descuento del Banco de Inglaterra al siete por ciento, ni tampoco en el último informe del Banco de Francia, que no solo aporta muestras de falsificaciones internas, sino que incluso demuestra formalmente que, a pesar de las severas

restricciones a los préstamos, anticipos, descuentos y emisión de moneda, ha sido incapaz de contener la salida de oro y plata, o de acabar con las primas en oro. Sea como fuere, lo cierto es que el gobierno francés no comparte las risueñas opiniones que procura difundir dentro y fuera del país. En París se sabe que el emperador no va a dar marcha atrás a los extraordinarios sacrificios monetarios por mantener, como en las últimas seis semanas, las obligaciones del Estado por encima del 66 por ciento, porque cree, no por mera convicción sino por arraigada superstición, que, si bajaran de ese 66 por ciento, sería la

sentencia de muerte del Imperio. Es evidente que el Imperio francés difiere en este punto del romano, porque éste temía la muerte por la llegada de los bárbaros y aquél por la huida de los especuladores.

La ley bancaria de 1844 y la crisis monetaria de Inglaterra

6 de noviembre de 1857

El día 5 del corriente el Banco de Inglaterra elevó su tipo mínimo de descuento del 8 por ciento fijado el 19 de octubre al 9 por ciento. Pero nosotros presumimos que esta subida, sin precedentes en la historia del Banco desde que reanudara sus pagos en

metálico, todavía no ha alcanzado su máximo. Se debe a una salida masiva de metales preciosos del país y al descenso de lo que se llama reserva de billetes. La fuga de metales se produce en dos direcciones contrarias: el oro se dirige a este país^[136] como consecuencia de nuestra bancarrota, y la plata a Oriente debido al descenso de las exportaciones a China y la India y de los pagos directos del gobierno a cuenta de la Compañía de las Indias Orientales. A cambio de la plata que por tanto se necesita en Oriente, habría que mandar oro al continente europeo.

En lo que se refiere a la reserva de

billetes y a la importante función que desempeña en el mercado monetario de Londres, es necesario aludir brevemente a la ley bancaria presentada por *sir* Robert Peel en 1844^[137], que no solo afecta a Inglaterra, sino también a Estados Unidos y al mercado mundial. Respaldado por Lloyd^[138], el banquero, ya lord Overstone, y por otras figuras influyentes, *sir* Robert Peel propuso dicha ley con el fin de poner en práctica cierto principio relativo al papel moneda según el cual, en sus movimientos de expansión y contracción, éste tendría que ceñirse escrupulosamente a las leyes de la

circulación de metales; con ello, aseguraban *sir* Robert y sus partidarios, se evitarían todas las crisis monetarias del futuro. El Banco de Inglaterra se divide en dos departamentos: el de emisión de moneda y el bancario; el primero no es más que una fábrica de billetes, el segundo es el auténtico banco. El departamento de emisión está dotado por ley del poder de imprimir billetes hasta un total de catorce millones de libras esterlinas, suma que presuntamente indica el punto por debajo del cual la moneda en circulación no descenderá nunca, porque así lo garantiza la deuda del Estado

británico con el Banco. Aparte de esos catorce millones, el Banco no puede emitir ningún billete que no esté respaldado por una cantidad de igual valor del metal precioso que guarda en los sótanos de su departamento de emisión. La masa total de billetes, siempre según ese límite, pasa al departamento bancario, que es el que los pone en circulación. Por consiguiente, si las reservas de oro y plata que guardan los sótanos del departamento de emisión se elevan a diez millones, ese departamento puede primero emitir billetes por valor de veinticuatro millones y luego trasladarlos al

departamento bancario. Si el dinero en circulación solo suma veinte millones, los cuatro millones que quedan en la caja del departamento bancario forman su reserva de billetes, que, en realidad, constituye la única garantía de los depósitos que confían al departamento bancario los particulares y el Estado.

Supongamos ahora que la salida de metales preciosos se prolonga en el tiempo y el departamento de emisión se desprende de cierta cantidad de ellos y retira, por ejemplo, cuatro millones en oro. En este caso habrá que cancelar cuatro millones de billetes; la cantidad de billetes impresos por el departamento

de emisión equivaldría entonces a la cantidad de billetes en circulación y la reserva de billetes disponibles en la caja del departamento bancario quedaría a cero. Al departamento bancario, por tanto, no le quedaría un solo penique para responder a las peticiones de sus impositores y, por tanto, se vería forzado a declararse insolvente, lo cual afectaría a sus clientes y también a sus depósitos privados e implicaría la suspensión del pago trimestral de dividendos a los tenedores de fondos públicos. El departamento bancario podría así quedar en bancarrota mientras los sótanos del departamento de emisión

todavía guardarían seis millones en oro.

Todo esto no es mera suposición. El 30 de octubre de 1847 la reserva del departamento bancario se reducía a 1.600.000 libras mientras en los depósitos había trece millones. Si la alarma generalizada hubiera durado unos pocos días más —solo cesó a raíz de un golpe de Estado financiero del gobierno—, la reserva del Banco se habría agotado y el departamento bancario se habría visto obligado a detener los pagos mientras en los sótanos del departamento de emisión quedaban todavía más de seis millones en oro y plata.

Es evidente entonces que la salida de oro y plata del país y la disminución de la reserva de billetes se influyen mutuamente. Mientras que la retirada de metales preciosos de los sótanos del departamento de emisión se traduce directamente en un descenso de las reservas del departamento bancario, los directivos del Banco, temiendo que este último departamento acabe en la insolvencia, aprietan las tuercas y suben el tipo de descuento. Pero la subida del tipo de descuento induce a algunos impositores a retirar sus depósitos y los prestan al alto tipo de interés actual mientras el regular decrecimiento de la

reserva intimidada a otros impositores y los impulsa a retirar sus billetes del mismo departamento. Por tanto, las mismas medidas tomadas para mantener las reservas tienden a agotarlas. A partir de esta explicación, el lector comprenderá la inquietud con que el descenso de las reservas del Banco se observa en Inglaterra y la gran falacia que plantea un artículo sobre economía monetaria que publica una edición reciente de *The London Times*, que dice:

Los que se opusieron a la Ley Bancaria empiezan a armar bullicio en medio de la tormenta y es imposible estar seguro de nada. Una de sus principales maneras

de crear pánico es señalar el bajo nivel de las reservas de billetes sin usar, como si cuando se agota el Banco ya no pudiera cambiar los tipos de descuento. [En realidad, estando en bancarrota y de acuerdo con la ley existente ya no podría.] Pero el hecho es que, en tales circunstancias, el Banco podría continuar con los descuentos a la misma escala de siempre, porque el total de los billetes que de media recibe al día equivale al que suman de ordinario los que sacan los clientes. No podrían aumentar la escala, pero quién puede pensar que, con una contracción generalizada de la actividad, pueda hacer falta algún incremento. En consecuencia, no hay la menor excusa para las medidas paliativas del gobierno.

La argumentación de *The Times* se basa en la siguiente suposición: que a los impositores los deja deliberadamente fuera. No es necesario pensar demasiado para comprender que, si se hubiera declarado en bancarrota ante sus prestamistas, el departamento bancario no podría seguir funcionando por medio de descuentos o de créditos a sus prestatarios. Considerada en su conjunto, la muy cacareada ley bancaria de *sir* Robert Peel no es en absoluto eficaz cuando reina la normalidad; añade en tiempos difíciles al pánico monetario resultante de la crisis comercial el pánico monetario creado

por la propia ley; y en el preciso momento en que, según sus principios, deberían verse sus ventajas, tiene que ser suspendida por injerencia del gobierno. En una época normal, el máximo de billetes que el Banco puede legalmente emitir nunca es absorbido por el dinero en circulación —hecho suficientemente probado por la prolongada existencia en tales períodos de una reserva de billetes en la caja del departamento bancario—. Este hecho se puede demostrar comparando los informes del Banco de Inglaterra de 1847 a 1857, o incluso comparando el dinero en billetes que realmente había

en circulación entre 1819 y 1847, con el que podría haber según el máximo legalmente establecido. En tiempos difíciles, como 1847, y en el presente por la división arbitraria y absoluta entre los dos departamentos de un mismo negocio, los efectos de una salida masiva de metal se agravan artificialmente, la subida de los intereses se acelera también artificialmente, la posibilidad de llegar a la insolvencia no surge como consecuencia de la insolvencia real del Banco, sino de la insolvencia ficticia de uno de sus departamentos.

Cuando, por tanto, una verdadera

crisis monetaria como la actual se ve agravada por un pánico artificial y tras ella se ha inmolido un número suficiente de víctimas, la presión de la opinión pública acucia al gobierno y se suspende la ley precisamente en el período de dificultades para el que fue creada y en el que únicamente podría tener cierta incidencia. Así pues, el 23 de octubre de 1847, los principales banqueros de Londres recurrieron a Downing Street para pedir un auxilio que consistía en la suspensión de la ley de Peel. Así, pues, lord John Russell y *sir* Charles Wood enviaron una carta al gobernador y al subgobernador del

Banco de Inglaterra recomendándoles que ampliasen el número de billetes emitidos, excediendo por tanto el máximo en circulación legalmente permitido al tiempo que asumían la responsabilidad de violar la ley de 1844 y se declaraban dispuestos a proponer una indemnización al Parlamento cuando éste se reuniera. Pondrán en escena otra vez la misma farsa después de que la situación haya alcanzado el mismo nivel crítico de la semana que concluía el 23 de octubre de 1844, cuando el cese de actividad y la suspensión de pagos parecían inminentes. Así pues, la única ventaja de la ley de Peel es la siguiente:

la comunidad en su conjunto depende por completo de un gobierno aristocrático, del capricho de un individuo tan irresponsable como Palmerston. De ahí la predilección del gobierno por la ley de 1844, que le dota de una influencia sobre las fortunas privadas como nunca había tenido.

Nos hemos entretenido con la ley de Peel por su actual influencia en este país y también por su probable suspensión en Inglaterra, pero, si el gobierno británico tiene poder para liberar al pueblo británico de la carga que él mismo echó sobre sus hombros, nada podría ser más falaz que suponer que los fenómenos de

los que seremos testigos en el mercado monetario londinense —el aumento y la disminución del pánico monetario— constituirán un verdadero termómetro de la intensidad de la crisis que la comunidad comercial británica tiene que atravesar. La crisis está fuera del control del gobierno.

Cuando las primeras noticias sobre la crisis americana llegaron a las costas de Inglaterra, sus economistas elaboraron una teoría que puede presumir de ser si no ingeniosa sí al menos original. Se decía que el comercio inglés era muy sólido pero, ay, sus clientes, y sobre todo los

americanos, muy débiles. La solidez de la actividad comercial, la idea de que una de sus dos patas puede estar sana y la otra no, es digna de un economista británico. Si echamos un vistazo a las cifras del último semestre, que publica la Cámara de Comercio inglesa, veremos que, del conjunto de las exportaciones inglesas de productos manufacturados y no manufacturados, el 30 por ciento fueron a Estados Unidos, el 11 por ciento a la India y el 10 por ciento a Australia. Ahora bien, el mercado americano estará cerrado durante mucho tiempo, el indio, que llevaba dos años saturado, está cerrado

también a raíz de la convulsión insurreccionaria, y el australiano se ha saturado tanto que en Adelaida, Sidney y Melbourne se venden productos británicos de todo tipo más baratos que en Londres, Manchester o Glasgow. La general solidez de las industrias británicas, que se han declarado en bancarrota por el súbito descenso del número de clientes, se puede deducir de dos casos concretos. En una reunión de los acreedores de un impresor de telas de Glasgow, la relación de deudas sumaba un total de 116.000 libras esterlinas, mientras los activos no alcanzaban siquiera la modesta suma de

7000. Un naviero, de Glasgow también, con un pasivo de 11.800 libras, apenas tenía para cubrirlo un activo de 789. Pero éstos no son más que ejemplos aislados: lo importante es que las manufacturas británicas se han estirado hasta tal punto que, con los mercados internacionales contraídos, podrían quebrar de forma generalizada con la consiguiente repercusión en la situación social y política de Gran Bretaña. Las crisis americanas de 1837 y 1839 se tradujeron en un descenso de las exportaciones británicas, que pasaron de 12.425.601 de 1836 a 4.695.225 en 1837, 7.585.760 en 1838 y 3.562.000 en

1842. Hoy, Inglaterra se está sumiendo en una parálisis similar que sin duda tendrá consecuencias muy importantes antes de que podamos darla por superada.

La crisis financiera en Europa

4 de diciembre de 1857

La llegada ayer por la mañana de los correos del Canadá y del Adriático nos proporciona una semana de historia de la crisis financiera europea. Dicha historia puede resumirse en pocas palabras. Sigue estando en Hamburgo el núcleo de la convulsión, que se trasladó con mayor o menor crudeza a Prusia, y, más o menos gradualmente, ha ido reduciendo al mercado monetario inglés

al estado de agitación del que parece estar recuperándose. Ecos distantes de la tormenta resuenan también en España e Italia. En toda Europa la parálisis de la actividad industrial y el consiguiente sufrimiento de las clases trabajadoras se extienden rápidamente. Por otra parte, la resistencia que, comparativamente, Francia ofrece al contagio desconcierta a los economistas políticos, que la tienen por un enigma de más difícil solución que la propia crisis general.

Se creía que el clímax de la crisis de Hamburgo había quedado atrás después del 21 de noviembre con la fundación de la Asociación de Descuento

Garantizado, cuyas suscripciones, por un total de doce millones de marcos banco^[139], están destinadas a garantizar la circulación de los billetes y pagarés que deberían recibir el sello de la Asociación. Pese a ello, días después la recurrencia de algunos errores y hechos como el suicidio de Gowa, el corredor de pagarés, auguraban nuevos desastres. El 26 de noviembre el pánico volvió a su pleno apogeo; y, si antes para detener la corriente intervino la Asociación, ahora fue el propio gobierno quien dio el paso adelante. El 27, el Senado propuso, y obtuvo el permiso de los burgueses —y propietarios— de la

ciudad, emitir títulos con interés (bonos del Tesoro) por una suma total de quince millones de marcos banco, para poder realizar anticipos sobre bienes no perecederos o bonos del Estado — anticipos que pueden llegar al 50 o al 66,66 por ciento del valor de los artículos empeñados—. Este segundo esfuerzo por enderezar el curso del comercio fracasó igual que el primero: ambos recuerdan las vanas llamadas de auxilio que preceden al naufragio. Se ha descubierto que la garantía de la Asociación de Descuento necesita a su vez una garantía y que los anticipos del Estado, limitados en cantidad y en los

tipos de mercancía a que se aplican, eran, por las condiciones en que se hicieron, relativamente inútiles en la misma medida en que los precios bajaban. Para mantener los precios, y por tanto para conjurar el origen activo del peligro, el Estado debe pagar los que había antes del estallido del pánico comercial y responder del valor de letras de cambio que ya no representan nada salvo quiebras en el extranjero. En otras palabras, los fondos comunitarios, que el gobierno representa, deben compensar las pérdidas de los capitalistas privados. Esta especie de comunismo en que la responsabilidad

mutua recae de un solo lado parece ser muy del agrado de los capitalistas europeos.

El 29 de noviembre, veinte grandes firmas comerciales de Hamburgo, además de un buen número de casas de la provincia de Altona, se han declarado en quiebra, las letras de cambio ya no se descuentan, los precios de los productos y avales son solo nominales y todos los negocios están en punto muerto. De la lista de quiebras parece que cinco de ellas ocurrieron en operaciones bancarias con Suecia y Noruega, de los seguros de los señores Uilmann y Cramer, que suman doce millones de

marcos banco; cinco se dedican al comercio colonial, cuatro al del Báltico, dos a la exportación de manufacturas, dos aseguradoras, una que opera en Bolsa, un astillero, etcétera. Suecia depende tan completamente de Hamburgo como exportador, corredor de cambios y banquero, que la historia del mercado de Hamburgo es la del mercado de Estocolmo. En consecuencia, dos días después del derrumbe, un telegrama anunció que las quiebras de las empresas de Hamburgo habían causado quiebras en Estocolmo y que tampoco en esta ciudad el apoyo del gobierno se había revelado de la menor

utilidad. Y lo que a este respecto vale para Suecia vale todavía más para Dinamarca, cuyo centro comercial, Altona, apenas es otra cosa que un barrio de Hamburgo. El 1 de diciembre se produjeron varias suspensiones de pagos, entre ellas las de dos empresas de mucha solera: Conrad Warneke, especializada en el comercio colonial sobre todo de azúcar, un capital de dos millones de marcos banco y gran relación con Alemania, Suecia y Dinamarca; y Lorent am Ende & Co., que hacía negocios con Suecia y Noruega. Un naviero y comerciante se suicidó en vista de sus apuros.

La importancia del comercio hamburgués se puede deducir del hecho de que en este momento sus comerciantes guarden en el puerto y los almacenes de la ciudad mercancías de todo tipo por valor de quinientos millones de marcos banco. La república recurre ahora al único remedio que puede contra la crisis: liberar a sus ciudadanos del deber de pagar sus deudas. Es muy probable que se apruebe una ley que conceda una prórroga de un mes a todas las letras pagables a su vencimiento. En cuanto a Prusia, la prensa aún no refleja los problemas de los distritos manufactureros del Rin y

Westfalia, porque todavía no se han traducido en un número elevado de quiebras, que se han reducido a los exportadores de cereal de Stettin y Danzig, y a unas cuarenta manufacturas de Berlín. El gobierno prusiano ha intervenido autorizando al Banco de Berlín a anticipar préstamos sobre las existencias y suspendiendo las leyes de usura. La primera medida será tan inútil en Berlín como en Hamburgo y Estocolmo, y lo único que hace la segunda es poner a Prusia en pie de igualdad con otras naciones comerciales.

El hundimiento de Hamburgo es una

respuesta concluyente a esas mentes imaginativas que dan por supuesto que la crisis actual tiene su origen en la subida artificial de los precios causada por el papel moneda. En lo referido a la moneda, Hamburgo está en el polo opuesto de este país. Allí no hay dinero, solo plata. Allí no circula papel moneda y las transacciones se hacen en metálico, de lo cual la ciudad se enorgullece. Y, a pesar de ello, el pánico actual no solo azota allí con fuerza, sino que desde la aparición de la crisis comercial —cuyo descubrimiento no es, sin embargo, tan antiguo como el de los cometas—, Hamburgo ha sido su presa favorita. Por

dos veces en el último tercio del siglo XVIII se dio allí el mismo espectáculo que hoy: y si tiene alguna característica especial que la distinga de otros grandes centros comerciales del mundo, es la frecuencia y virulencia de las fluctuaciones del tipo de interés.

Pero, volviendo a Inglaterra, la situación del mercado monetario londinense iba mejorando paulatinamente entre el 27 de noviembre y el 1 de diciembre cuando de nuevo apareció una corriente en dirección contraria. El 28 de noviembre, el precio de la plata había bajado, pero el 1 de diciembre se había recuperado y

probablemente siga subiendo, porque Hamburgo reclama grandes cantidades. En otras palabras, volverán a retirar oro de Londres para comprar plata continental, y esta renovada sangría de metal requerirá la renovada intervención de la maquinaria del Banco de Inglaterra. Aparte de la repentina demanda de Hamburgo, en un futuro no muy lejano amenaza el préstamo indio, al que el gobierno, por mucho que trate de evitar tan funesto día, tendrá que recurrir sin remedio. La acumulación de quiebras también contribuye a partir del 1 del corriente a que olvidemos la fantasía de que el mercado monetario ha

visto ya sus peores días. Ya lo ha señalado lord Overstone (el banquero Lloyd) en la sesión de apertura de la Cámara de los Lores:

Es probable que la próxima presión sobre el Banco se produzca antes de que se rectifiquen los tipos de cambio, y para entonces la crisis será mayor que la que nos ha reunido en la presente sesión. Graves y formidables dificultades se ciernen sobre este país.

La catástrofe de Hamburgo todavía no se ha sentido en Londres. La mayor fluidez del mercado de préstamos ha afectado favorablemente al mercado de

bienes, pero, con independencia de otra eventual contracción del volumen de dinero, es evidente que el gran descenso de los precios de los productos en Stettin, Danzig y Hamburgo solo puede hacer que baje la cotización en Londres. Ante el decreto francés que rescinde la prohibición de exportaciones de harina y grano, los molineros de Londres se vieron obligados a reducir sus cotizaciones tres chelines por cada 125 kilos con el fin de detener la afluencia de harina de Francia. Se han declarado varias quiebras en el sector del comercio del cereal, pero solo han afectado a casas y pequeños operadores

dedicados al reparto a larga distancia.

En las regiones manufactureras británicas no hay ninguna novedad excepto que los artículos de algodón adaptados a la demanda italiana, como las telas estampadas y las prendas finas de algodón, y también los hilos apropiados para algunos mercados se venden, por primera vez desde 1847, a precios muy lucrativos en la India. Desde 1847, los beneficios de las manufacturas de Manchester en este sector no se derivan del dinero obtenido por la venta de sus artículos en la India, sino solo de la venta en Inglaterra de los artículos no vendidos allí. La

eliminación a raíz de la revuelta de casi todas las exportaciones indias desde junio de 1857 ha permitido que el mercado indio absorbiera las mercancías inglesas a corto plazo e incluso brindara una buena acogida a la oferta de mercancías que han subido de precio. En circunstancias normales, un acontecimiento así habría dotado a la actividad comercial de Manchester de una extraordinaria animación. Hoy, según nos informan en cartas personales, apenas ha servido para subir el precio de mercancías privilegiadas al tiempo que ha concentrado tanto empleo en busca de poder productivo en la

producción de este tipo de artículos como para llenar tres Indias en un abrir y cerrar de ojos. En los diez últimos años ha aumentado tanto la capacidad de producción de las regiones manufactureras británicas que únicamente cuando acumulan una gran cantidad de existencias en tejidos pueden los fabricantes mantener una mano de obra que no llega ni a dos tercios de la que tenían anteriormente. En su informe mensual sobre el comercio de Manchester, los señores Du Fay & Co. dicen: «Se ha producido una interrupción de la actividad a lo largo del mes; ha habido muy pocas

transacciones y los precios han sido puramente nominales. Nunca la suma total de transacciones mensuales había sido tan pequeña como en noviembre».

Tal vez sea oportuno llamar ahora la atención sobre el hecho de que en 1858 la revocación de los Aranceles del Grano tendrá que pasar una prueba importante por primera vez. Con la influencia del oro australiano y la prosperidad industrial, con las consecuencias naturales de las malas cosechas, el precio medio del trigo entre 1847 y 1857 ha sido superior al del período 1826-1836^[140]. Habrá que conjugar la fuerte competencia de la

agricultura y la producción extranjeras con la caída de la demanda nacional, y es muy probable que vuelvan a surgir problemas en la agricultura, que parecían enterrados en los anales de la historia británica entre los años 1815 y 1832. Es cierto que la subida del precio de la harina y el trigo franceses a raíz de decretos imperiales ha sido solo temporal y se desvaneció antes incluso de que empezaran las exportaciones masivas a Inglaterra. Pero, ante al aumento de presión sobre su mercado monetario, Francia se verá obligada a exportar su grano y su harina a Inglaterra, que al mismo tiempo sufrirá

el asalto de las ventas forzadas de productos alemanes. Más tarde, en primavera, llegarán cargamentos de Estados Unidos y el mercado de grano británico recibirá el golpe de gracia. Si, como la historia de los precios hace suponer, las buenas cosechas se van a suceder, veremos las verdaderas consecuencias de la revocación de los Aranceles del Grano en primer lugar para los trabajadores del campo, en segundo lugar para los granjeros y finalmente para toda la estructura de la propiedad de la tierra en Gran Bretaña.

Las finanzas y el comercio británicos

Londres, 14 de septiembre de 1858

Al comentar el Informe de la Crisis de 1857 y 1858 del comité designado por la Cámara de los Comunes hemos visto en primer lugar las ruinosas consecuencias de la ley bancaria de *sir* Robert Peel y en segundo lugar desechado esa idea falsa que atribuye a los bancos emisores el poder de incidir en los precios mediante el aumento o la disminución arbitraria de la cantidad de

papel moneda. Y ha surgido la siguiente pregunta: ¿cuáles son las verdaderas causas de la crisis? El comité declara que ha comprobado «con satisfacción que la reciente crisis comercial del país, de América y del norte de Europa se debió principalmente al exceso de especulación y al abuso de créditos». Ciertamente, no empaña el valor de la respuesta que para conocerla al mundo no le haya hecho falta esperar al estudio del comité parlamentario y que, por esta vez, no podamos contar con que la sociedad pueda sacar provecho de ella. Podemos dar por sentado que la proposición es verdadera —y por

nuestra parte no pensamos rebatirla—, pero ¿resuelve el problema social o cambia las condiciones del problema? Para que se dé un sistema de crédito ficticio siempre son necesarias dos partes: prestatarios y prestamistas. Que los primeros siempre estén deseando hacer negocios con el capital ajeno y pretendan enriquecerse a costa del riesgo de otros parece algo tan sumamente simple que, en caso de suceder lo contrario, nos quedaríamos estupefactos. La pregunta sería más bien qué ocurre para que, periódicamente, los ciudadanos de todas las naciones industrializadas modernas sean, por así

decirlo, presa de un ataque que les impulsa a desprenderse de sus propiedades en aras de las más transparentes ensoñaciones y a pesar de rotundas advertencias que se repiten más o menos cada diez años. ¿Cuáles son las circunstancias sociales en que estos períodos de autoengaño generalizado, especulación excesiva y créditos ficticios se reproducen casi regularmente? Si alguna vez les siguiéramos la pista, llegaríamos a una conclusión muy sencilla: o bien son controladas por la sociedad o bien son inherentes al actual sistema de producción. En el primer caso, la

sociedad podría evitar las crisis; en el segundo, tendría que cargar con ellas como carga con los cambios de estación.

En nuestra opinión, el reciente informe parlamentario y todos los informes similares que le precedieron como el Informe de la Crisis Comercial de 1847 adolecen de un defecto principal: que tratan cada nueva crisis como un fenómeno aislado que apareciera por primera vez en el horizonte social y, por tanto, que hay que achacar a incidentes, movimientos y organismos del todo peculiares, o supuestamente peculiares, del período transcurrido entre la penúltima y la

última sacudida. Si la filosofía natural hubiera procedido según este mismo y pueril método, hasta la reaparición de un cometa habría cogido al mundo por sorpresa. Cuando se intenta descubrir qué leyes rigen las crisis del mercado mundial, hay que explicar no solo su carácter periódico, sino las fechas de su aparición. No se debe permitir, además, que los rasgos distintivos de cada nueva crisis comercial oculten los aspectos que todas tienen en común. Deberíamos traspasar los límites y el propósito de nuestra presente tarea para ofrecer aunque no fuera más que un pequeño boceto de una investigación así. Parece

al menos indiscutible que, lejos de resolver la cuestión, el comité de los Comunes ni siquiera la ha expuesto como es debido.

Los hechos aducidos por el comité para ilustrar el sistema de créditos ficticios carecen, por supuesto, del interés de la novedad. El propio sistema se concretó en Inglaterra por medio de una maquinaria muy simple. El crédito ficticio fue creado a través de pagarés de cortesía que descontaban principalmente grandes bancos de ámbito nacional que a su vez tenían que descontarlos recurriendo a intermediarios financieros londinenses.

Éstos, atendiendo exclusivamente a la fiabilidad del banco en cuestión y no a la de los propios préstamos, no confiaban solo en sus propias reservas, sino en las facilidades crediticias que les daba el Banco de Inglaterra. Los principios de esos intermediarios crediticios de Londres se comprenderán mejor con la siguiente anécdota, que relató al comité del Parlamento el señor Dixon, antiguo director del Banco Municipal de Liverpool:

En una conversación casual sobre el asunto, uno de los intermediarios comentó que, sin la ley de *sir* Robert Peel, el Banco Municipal no habría

tenido que suspender su actividad. Respondiendo a eso yo dije que, con independencia de los méritos de la ley de *sir* Robert Peel, por mi parte no habría movido un dedo para contribuir a que el Banco Municipal resolviera sus dificultades si eso hubiera supuesto continuar con un modelo de negocio tan ruinoso como el que venía practicando, y añadí que, de haber estado medianamente al corriente de las actividades del Banco Municipal antes de convertirme en su director general, cosa que ustedes deben de haber deducido ya tras ver descontadas una gran parte de las deudas del banco, jamás me habrían pescado y convertido en accionista.

La réplica a este comentario fue:

Ni usted me habría pescado a mí y convertido en accionista; a mí me parecía bien descontar las deudas, pero ni aun así habría querido ser accionista.

El Banco Municipal de Liverpool, el Banco Occidental de Escocia de Glasgow, el Banco del Distrito de Durham y Northumberland, sobre cuyas operaciones el comité realizó una investigación exhaustiva, parecen llevarse la palma en la carrera de la mala gestión. En 1854, el Banco Occidental de Glasgow, que tiene ciento una sucursales en toda Escocia y negocios con América, aprobó, sencillamente porque a la comisión le

vino en gana, una subida de dividendos del 7 al 8 por ciento, y todavía en junio de 1857, cuando había perdido la mayor parte de su capital, declaró unos dividendos del 9 por ciento. Los descuentos de sus efectos, que en 1853 fueron de 14.987.000 de libras esterlinas, en 1857 pasaron a 20.691.000. El segundo descuento del banco en Londres, que en 1852 sumaba 407.000 libras, en 1856 ascendió a 5.407.000. El capital del banco era de 1.500.000 libras, pero en la fecha de la quiebra, noviembre de 1857, se descubrió que solo cuatro entidades de crédito, McDonald, Monteith, Wallace y

Pattison, le debían 1.603.000. Una de las principales operaciones de este banco consistía en dar anticipos sobre los «intereses», o lo que es lo mismo, prestar capital a las empresas manufactureras con el aval de la futura venta de las mercancías producidas gracias al préstamo anticipado. La ligereza con que se ha gestionado el negocio de los descuentos se hace evidente al comprobar que los efectos de McDonald fueron aceptados por 127 clientes distintos; de ellos, solo 37 fueron analizados, y de éstos, 21 resultaron insatisfactorios o rotundamente malos. Pese a todo, el

crédito de McDonald no disminuyó. Desde 1848 en los libros del banco se realizaron cambios y las deudas se convirtieron en créditos y las pérdidas en activos.

Tal vez se comprenda mejor cómo se puede acabar en tanto artificio —dice el Informe— si nos fijamos en cómo traspasaron una deuda llamada «deuda de Scarth», incluida en una partida diferente del balance. Esa deuda sumaba 120.000 libras y tendría que haber figurado entre las deudas reclamadas, pero la dividieron en cuatro o cinco cuentas de líneas de crédito que estaban a nombre de los tenedores de la deuda de Scarth. Estas cuentas fueron debitadas por el importe de los

descuentos y se contrataron pólizas de seguro sobre la vida de los deudores hasta un importe de 75.000 libras. De estos seguros, 33.000 libras fueron pagadas en concepto de prima por el propio banco. Y todo pasaba a figurar como activo en los libros.

Por último, tras un examen de las cuentas se ha descubierto que sus propios accionistas le debían al banco 988.000 libras.

Todo el capital del Banco del Distrito de Durham y Northumberland sumaba 600.000 libras esterlinas, pero la entidad le prestó un millón a la Compañía del Acero de Derwent, que es

insolvente. El señor Jonathan Richardson, que era la locomotora del Banco y en realidad la persona encargada de toda la gestión, no era socio directo de la Compañía del Acero de Derwent pero sí tenía intereses en tan poco prometedora empresa, tantos que le correspondían las regalías de los minerales con que Derwent trabajaba. Este caso tiene, por tanto, la peculiar característica de que todo el capital de un banco que es sociedad anónima se destina enteramente a favorecer las especulaciones particulares de uno de sus directores.

Los dos ejemplos anteriores de las

revelaciones del Informe del comité nos descubren el sombrío panorama de la moral y conducta de las sociedades anónimas mercantiles. Es evidente que estas empresas, cuya influencia en la economía es cada día mayor y no se puede sobrevalorar, todavía distan mucho de haber elaborado unos estatutos como es debido. Son potentes motores en el desarrollo de las energías productivas de la sociedad moderna, pero, al igual que las corporaciones medievales, aún no han creado una conciencia corporativa capaz de sustituir a la responsabilidad individual que, por su propia naturaleza, han

contribuido a menoscabar.

El proyecto para la regulación del precio del pan en Francia

[15 de diciembre de 1858]

El emperador de los franceses acaba de acometer la ejecución de uno de sus proyectos favoritos, a saber, la regulación del precio del pan en todo su Imperio. Es una idea que anunció con énfasis hace ya tiempo, en 1854, en el discurso que pronunció ante la Cámara Legislativa con motivo de la declaración

de guerra contra Rusia. Merece la pena citar sus comentarios a propósito de este asunto en aquellas fechas, y así lo hacemos:

Por encima de todo, llamo su atención sobre el sistema que ha adoptado la ciudad de París, porque si, como espero, se extiende al conjunto de Francia, evitará en el futuro esas variaciones extremas en el precio del grano que en época de abundancia hacen que la agricultura languidezca por el bajo precio del trigo y en época de escasez que las clases más pobres padezcan su carestía. Tal sistema consiste en la creación en todos los grandes centros de población de una institución crediticia denominada

Caisse de la Boulangerie (Caja de la Panadería) que en años de carencia pueda dar pan a un precio infinitamente más bajo que el oficial del mercado a condición de que aumente un poco en años muy fértiles. Las buenas cosechas son en general más numerosas que las malas, y no cuesta comprender que se podrán compensar unas con otras con facilidad. Asimismo, cabe contar con la inmensa ventaja que obtendríamos de encontrar empresas crediticias que, en lugar de ganar con la subida del precio del pan, tuvieran mayor interés, como todo el mundo, en que fuera barato, porque, al contrario de lo que ha sucedido hasta ahora, estas empresas ganarían dinero en tiempos de cosechas fértiles y lo perderían en los de escasez.

Toda la propuesta se basa en el principio de que cuando las cosechas son malas hay que vender el pan «infinitamente» por debajo de su precio de mercado y cuando son buenas solo «un poco» por encima de ese mismo precio —la compensación de pérdidas y ganancias se fundamenta en la esperanza de que los años buenos superen con mucho a los malos—. Un decreto imperial de diciembre de 1853 creó la Caja de la Panadería en París, fijando el precio máximo de la barra de pan de dos kilos en cuarenta céntimos. A los panaderos se les concedía el derecho a reclamar una compensación por

pérdidas a la Caja, que a su vez aumentaba sus fondos con la emisión de obligaciones garantizadas por la municipalidad, que por su parte aumentaba los fondos de garantía contrayendo nuevas deudas y subía los aranceles de los artículos de consumo a las puertas de París. Además, el gobierno aportaba también cierta suma por medio de la Hacienda Pública. A finales de 1854, las deudas contraídas por medio de este sistema por la municipalidad de París junto con el dinero puesto por el gobierno ascendían a ochenta millones de francos. El gobierno se vio obligado entonces a

volver sobre sus pasos y a elevar sucesivamente el precio máximo de la barra de pan a 45 y 50 céntimos. Finalmente, el pueblo de París tuvo que pagar parcialmente en forma de aranceles cada vez más altos lo que se ahorraba en la compra del pan, y el resto de Francia tenía que pagar un impuesto general de pobres para la metrópoli en forma de subvenciones directas al gobierno acordadas con la municipalidad de París. El experimento, pues, se saldó con un completo fracaso y en París el precio del pan subió por encima del máximo oficial en años de escasez —de 1855 a 1857— y se hundió

por debajo con las ricas cosechas de 1857 y 1858.

En absoluto desanimado por este fallido experimento de escala relativamente reducida, Luis Napoleón se ha propuesto ahora organizar, con un nuevo ucuse, el negocio del pan y el comercio del grano en todo el Imperio. Hace algunas semanas, uno de sus periódicos de París intentó convencer al público de que todas las ciudades de cierto tamaño necesitan «una reserva de grano». Su argumento consistía en que en los peores años de escasez el déficit máximo de cereal había equivalido a veintiocho días de consumo del conjunto

de la población, y que el promedio de años malos consecutivos era de tres. Con estas premisas hacía los siguientes cálculos: «Una reserva efectiva de tres meses bastará desde el punto de vista de la previsión humana». Si el decreto se aplicase únicamente a localidades con un mínimo de diez mil habitantes, teniendo en cuenta que la población agregada para el conjunto de Francia (excluido París) sería de 3.776.000 almas, cada persona consumiría un promedio de 45 kilos de trigo cada tres meses y, si el precio actual del trigo ronda los catorce francos el hectolitro, dicha reserva costaría ¡entre treinta y

uno y treinta y dos millones de francos! Por eso el 18 de noviembre publicaba *Le Moniteur* un decreto con las siguientes cláusulas:

Art. 1. La reserva de pan en todas las poblaciones en que el comercio de pan está regulado mediante decretos y ordenanzas queda fijada en la cantidad de grano o de harina necesaria para garantizar la fabricación diaria de todas las panaderías durante tres meses.

Art. 2. En el plazo de un mes a partir de esta fecha, los prefectos de los departamentos, tras haber consultado a las municipalidades, decidirán si las reservas serán en grano o en harina, y fijarán el período dentro del cual habrá que dotarlas y también la parte de ellas

que habrá que depositar en almacenes públicos.

El decreto tiene un anexo con una relación de localidades «en las que está regulado el negocio del pan» y, por consiguiente, deben guardar reservas. La lista comprende todos los pueblos y ciudades de cierta importancia de Francia excepto París y Lyon, que ya tienen reservas y, por tanto, no se ven afectadas por el decreto. En conjunto hay nada menos que 161 poblaciones, entre ellas están Marsella, San Quintín, Moulins, Caen, Angulema, Dijon, Bourges, Besançon, Evreux, Chartres,

Brest, Nimes, Toulouse, Burdeos, Montpellier, Rennes, Tours, Grenoble, St. Étienne, Nantes, Orleáns, Angers, Reims, Chalóns, Metz, Lille, Douai, Valenciennes, Beauvais, Arrás, St. Omer, Calais, Boulogne-sur-Mer, Estrasburgo, Mulhouse, Ruán, Havre, Mâcon, Le Mans, Amiens, Abbeville y Tolón. Según el último censo, la población de estos 161 pueblos y ciudades puede llegar a los ¡ocho millones de habitantes! Lo cual da una cifra de 5.500.000 hectolitros en reservas, con un coste de entre setenta y ochenta millones de francos. En la circular que envió con el decreto a los

prefectos de los departamentos, el ministro de Agricultura y Comercio les decía que, aunque «no deben obligar a los panaderos a cumplir precipitadamente las obligaciones que les impone el decreto», sí tienen que «fijar dentro de unos límites razonables el período permitido para hacerlo». El ministro deja en manos de los prefectos decidir si, en función de las circunstancias de cada localidad, las reservas tienen que ser en grano o en harina. Y les dice que, por grande que sea, la medida actual se podría desarrollar todavía más.

El gobierno no exagera, señor prefecto, la importancia de la medida que he descrito. Es consciente de que el decreto apenas concierne a una pequeña parte de la población y, en consecuencia, considera la posibilidad de ampliar su alcance. Habitantes de pueblos y aldeas fabrican su propio pan y extraen de sus cultivos la cantidad de trigo que su familia necesita todo el año. La intervención del gobierno en tales casos sería inútil e imposible, pero en cierto número de localidades importantes de los departamentos, y en un número mayor de las más relevantes de cantones y distritos, e incluso en villas populosas, los panaderos fabrican una gran parte del pan que se consume y pese a ello no son objeto de regulación alguna y no están obligados a guardar

reservas. ¿No sería posible incluir a los panaderos de este tipo de lugares en el mismo régimen e imponerles la misma ley, tan saludable y prudente? El gobierno está dispuesto a pensar que sus prescripciones en este sentido no encontrarían apenas objeciones.

Antes, sin embargo, de someter a toda Francia al decreto con la excepción de los pueblos más pequeños, el ministro pide a los prefectos que consulten a las municipalidades los sitios que en estos momentos quedan fuera de su alcance. Luego les dice cómo hay que almacenar las reservas:

En la medida de lo posible, los

panaderos tienen que utilizar las dependencias de sus establecimientos, porque les resultará sencillo vigilarlas. Pero tiene usted que invitar a organizarse a las municipalidades, y a poner a disposición de los panaderos almacenes públicos con capacidad para acoger, previo pago de un alquiler que fijará una tarifa, las reservas que no puedan guardar. No dudo de que la lúcida colaboración de las autoridades municipales facilitará estas operaciones.

El ministro llega a continuación al punto esencial: de dónde sacar el dinero para cumplir el decreto:

En cuanto a la forma de reunir el capital

necesario, estoy convencido de que los panaderos harán los esfuerzos más denodados por procurarse las sumas que van a necesitar. Una inversión de capital como ésta ofrece ventajas comerciales tan grandes y promete unos beneficios tan legítimos que no podrán por menos de obtener créditos, especialmente en un momento en que el tipo de interés del dinero está tan bajo. ¿Es esperar demasiado que la buena voluntad de los capitalistas de las comunidades cooperen en favor de los panaderos? ¿No considerarán que las reservas son una prueba segura de sus avances destinada a incrementar su valor en lugar de a perderlo? Me haría feliz que los esfuerzos que usted pueda hacer al respecto se vean coronados por el éxito. Me pregunto si las

municipalidades no podrían, en caso de que fuera necesario y a imitación de la Caja de París, crear recursos y utilizarlos para dar anticipos a los panaderos. Con el fin de alentar y facilitar estos anticipos y de multiplicarlos haciéndolos circular, los graneros destinados a recibir las reservas podrían tener el carácter de depósitos aduaneros (magasins généraux), se podrían realizar consultas sobre ellos y ofrecer garantías que pudieran obtener el beneplácito de nuestro establishment financiero y del Banco de Francia en especial.

El ministro concluye su circular dando instrucciones a los prefectos de que le informen en veinte días de sus

propuestas para poner en marcha el segundo artículo del decreto y al cabo de un mes le transmitan las recomendaciones de los ayuntamientos de los pueblos y aldeas no incluidos en el decreto.

Por nuestra parte, no pretendemos entrar en estos momentos en la cuestión de los graneros públicos, pero la inmensa importancia de este golpe de Estado económico no necesita más comentarios. Es bien sabido que en Francia el precio actual del cereal es ruinosamente bajo y que, por consiguiente, el campesinado da muestras perceptibles de insatisfacción.

Por medio de la demanda artificial que va a crear la acumulación de reservas para tres meses, Napoleón intenta elevar los precios artificialmente para callar la boca a la Francia agrícola. Por otro lado, se proclama una especie de providencia socialista para los proletarios urbanos, aunque de una manera un tanto extraña, porque el primer efecto palpable de su decreto es hacer que paguen más que antes por su barra de pan. El «salvador de la propiedad» demuestra a la clase media que ni siquiera necesita la intervención formal de sus cámaras legislativas, que son de pega, para disponer libremente

de su bolsillo, deshacerse de propiedades municipales, perturbar la actividad comercial y supeditar los acuerdos monetarios a sus chanchullos privados, sino que le basta con un simple ucase personal. Por último, aún habría que considerar el asunto desde un punto de vista puramente bonapartista. Inmensos edificios para graneros públicos serán necesarios en toda Francia, y qué campo tan nuevo abrirán para el trabajo y el saqueo. El comercio de los productos relacionados con el pan también experimenta un giro inesperado. ¡Cuántos beneficios se embolsarán Crédit Mobilier^[141] y otros

negocios del juego de su imperial majestad! Podemos estar seguros de que, a todos los efectos, el socialista imperial cosechará más éxitos en la subida del precio del pan de los que ha tenido en todos sus intentos por rebajarlo.

El pánico financiero

Londres, 29 de abril de 1859

Es probable que ayer, que era día de liquidación de acciones y paquetes de acciones extranjeras en la Bolsa de Londres, el pánico que comenzó el día 23 alcanzara su clímax. Desde el pasado lunes no menos de veintiocho empresas que cotizaban en bolsa se han declarado en quiebra y, de ellas, dieciocho lo han hecho ayer, día 28. Hablamos de sumas que superan con mucho la media normal de estas «ejecuciones», y en un caso

alcanzan cien mil libras esterlinas. Que simultáneamente los directores del Banco de Inglaterra hayan subido el tipo de descuento del 2,5 por ciento fijado el 9 de diciembre de 1858 al 3,5 por ciento, medida consecuente con la afluencia de metales preciosos necesaria por la compra de plata para mandarla a la India, ha contribuido en cierta medida a acrecentar la convulsión. Los *consols* al tres por ciento^[142], que el 2 de abril cotizaban a 96,25, se habían hundido el 28 hasta 89, y durante algunas horas estuvieron a 88,25. Los valores de renta fija rusos al 4,25 por ciento, que el 2 de abril cotizaban a 100, cayeron el día 28

a 87. En el mismo período, los bonos sardos bajaron de 81 a 65, mientras que la deuda turca al 6 por ciento descendió de 93,5 a 57, aunque a última hora subió a 61. El bono austríaco al 5 por ciento cotizaba a unos escasos 49 puntos. La causa principal de esta enorme depreciación de valores de renta fija nacionales y extranjeros, que se ha visto acompañada de un descenso similar de las acciones ferroviarias —sobre todo de los ferrocarriles italianos—, está en la noticia de la invasión de Cerdeña por los austríacos y el avance de un ejército francés sobre el Piamonte, y en que los tratados de colaboración defensiva y

ofensiva entre Francia, Rusia y Dinamarca^[143] hayan salido a la luz. Es cierto que en el curso del día el *Constitutionnel* negó vía telegráfica el tratado de colaboración defensiva y ofensiva entre Francia y Rusia, pero la Bolsa, que siempre es crédula y confiada, se atrevió por una vez a desconfiar de la veracidad de las declaraciones semioficiales francesas: aún no había podido olvidar que una semana antes *Le Moniteur* se había atrevido por su cuenta a negar que Francia se estuviera armando o tuviera intención de hacerlo. Además, al mismo tiempo que negaba el tratado, el oráculo

de Francia confesaba que los autócratas del este y del oeste habían llegado a un «entendimiento»; así que, en el mejor de los casos, no había que conceder mayor importancia a la negativa del *Constitutionel*. A la frustración de los corredores de bolsa británicos se sumó la anulación del préstamo ruso de doce millones de libras, que, de no haber sido por la súbita resolución de los austríacos^[144], Lombard Street^[145] se habría tragado. El señor Simpson, analista financiero de *The Times*, hace unos curiosos comentarios sobre el estallido de esta burbuja de préstamos:

Una de las cuestiones más particularmente dignas de mención en el presente estado de cosas es la escasa aceptación que ha tenido el futuro préstamo a Rusia. Aunque los designios de esta potencia han sido transparentes desde el prematuro final de la Guerra de Crimea, gracias a la influencia de nuestro «aliado» y a la posterior reunión de los emperadores en Stuttgart^[146], lo cierto es que, a falta de pruebas concluyentes, ninguna advertencia hubiera bastado por sí sola para evitar que obtuviera la cantidad que quisiera siempre y cuando alguna empresa de bolsa quisiera hacerse cargo de la transacción. En este sentido, aunque el plan para conseguir doce millones de libras se pospuso uno o dos meses, las partes interesadas

manifestaban gran euforia y confianza. ¡Los capitalistas ingleses podían sentirse satisfechos! ¡Solo se les cargaría un interés moderado! En Berlín y otras ciudades, los ciudadanos estaban ansiosos por hacerse con una parte del préstamo aun cuando se les ofrecía un uno o dos por ciento más caro que en el mercado londinense. Ciertamente es que ni el señor Baring ni el señor Rothschild, normalmente impacientes por adquirir tales productos, habían demostrado el menor interés por él. Corrían además rumores de una misteriosa concentración de cien mil soldados rusos en Georgia. Se decía asimismo que el embajador ruso en Viena había comentado abiertamente que el emperador Napoleón tenía razón al exigir una revisión de los tratados de

1815; y, por último, podía pensarse que las recientes artimañas para anular los artículos del Tratado de París sobre los principados del Danubio, la visita del gran duque Constantino al Mediterráneo y el hábil movimiento para contrarrestar la pacífica misión de lord Cowley^[147] bastarían para suscitar algunas dudas. Pero nada puede turbar el ánimo del optimista inversor inglés que ha puesto sus ojos en un paquete de acciones que, en su opinión, le van a reportar un 5 por ciento de beneficio... y siente un infinito desprecio por esos alarmistas. Así, las esperanzas de los compradores seguían intactas y las últimas deliberaciones se celebraron solo un día o dos antes del ultimátum austríaco, a fin de tenerlo todo preparado para que el préstamo saliera

al mercado cuanto antes. Al conocer, inmediatamente después, que Le Moniteur aseguraba, apoyando con ello otras tranquilizadoras noticias, que Francia no se había armado ni tenía intención de hacerlo, el asunto, como así quedaba demostrado, solo podía culminar en gran éxito. Pero la «criminal» iniciativa de Austria, que no ha tenido a bien esperar a que sus adversarios consiguieran lo que querían, lo ha echado todo a perder y los doce millones de libras tendrán que quedarse en casa.

Naturalmente, ante el pánico del mercado monetario de París y las consiguientes quiebras de empresas francesas, las alteraciones del mercado

londinense se quedan muy cortas; pero Luis Napoleón, que ha conseguido que sus lacayos del Corps Législatif voten para concederle un préstamo de quinientos millones de francos, ha prohibido terminantemente que la prensa publique noticia alguna de tan desafortunados accidentes. Y, sin embargo, podríamos valorar en su justa medida el presente estado de cosas examinando con detenimiento la siguiente tabla, que he elaborado a partir de las cotizaciones oficiales:

	24 de marzo	7 de abril	28 de abril
Tres por cientos ⁷	69,20	67,95	62,00
Banco de Francia, acciones	2.865,00	2.840,00	2.500,00
Crédit Mobilier	805,00	707,50	530,542,00
Orleáns	1.368,00	1.257,50	1.150,00
Norte	940,00	915,00	835,00
Oriental	682,00	627,50	550,00
Mediterránea	850,00	830,00	752,00
Sur	523,00	503,75	412,50
Occidental	600,00	537,50	485,00
Ginebra	540,00	520,00	445,00
Austriaca	560,00	536,25	406,25
Víctor Manuel	400,00	390,00	315,00
Lombardo-véneta ⁸	527,50	512,50	420,00

La cabeza monetaria de Inglaterra se acalora en este momento con la excesiva ira del gobierno, al que acusan de haberse convertido en el hazmerreír de

la Europa diplomática; y, lo que es más, de haber engañado a los compradores con su terca y ciega insistencia en el error. Tanto es así que, en el curso de las fallidas negociaciones, lord Derby permitió que lo convirtieran en la pelota que Francia y Rusia se pasaban con el pie. No contento con sus previos e ininterrumpidos errores, volvió a caer en la trampa de siempre cuando llegaron noticias del ultimátum austríaco, que en la cena de The Mansion^[148] tachó de «criminal», cuando aún no sabía nada del tratado franco-ruso. Su última oferta de mediación, que Austria no podía aceptar, era un mero truco electoralista

que para nada podía servir salvo para dar a Bonaparte cuarenta y ocho horas más para concentrar sus tropas y paralizar las inevitables operaciones de Austria. Tal es la pericia diplomática de la orgullosa aristocracia que finge oponerse a la popular Ley de Reforma porque podría quitar la gestión de los asuntos exteriores a los astutos políticos hereditarios. En definitiva, permítanme apuntar que las insurrecciones de Toscana y los ducados^[149] eran precisamente lo que Austria necesitaba para tener un pretexto para ocuparlos.

Colonialismo, esclavitud y guerras de emancipación

El dominio británico de la India

Londres, viernes 10 de junio de 1853

Despachos telegráficos de Viena anuncian que la solución pacífica a los problemas turco, sardo y suizo se da allí por segura.

Anoche proseguía, con el mismo aburrimiento de siempre, el debate sobre la India en la Cámara de los Comunes. El señor Blackett denunció que los comentarios de *sir* Charles Wood y *sir* J. Hogg llevaban el sello del

falso optimismo. Muchos defensores del Ministerio y de su política rechazaron la acusación como pudieron y el inevitable señor Hume recapituló sobre el asunto y pidió a los ministros que retirasen la ley. Debate pospuesto.

El Indostán es una Italia de proporciones asiáticas: el Himalaya son los Alpes; las llanuras de Bengala, Lombardía; la meseta del Decán, los Apeninos; y la isla de Ceilán, Sicilia. Su suelo da productos tan variados como el italiano, y el mapa político adolece del mismo desmembramiento. Igual que, a veces, Italia ha sido escindida por la espada del conquistador en varios

bloques nacionales, cuando no se ha visto bajo la presión del mahometano, el mogol o el británico, el Indostán se ha disuelto en tantos estados independientes y enfrentados como ciudades y hasta pueblos tiene. Y, sin embargo, desde un punto de vista social, el Indostán no es la Italia sino la Irlanda de Oriente. Pero esta extraña combinación de Italia y de Irlanda, de un mundo lleno de voluptuosidad y aflicción, la anticipaban ya las antiguas tradiciones religiosas de la zona, porque la religión del Indostán se caracteriza al mismo tiempo por una exuberancia sensual y por un autolacerante

ascetismo; es la religión del Lingam y del monstruo divino^[150], del monje y de la bayadera.

No comparto la opinión de los que creen en la edad dorada del Indostán, sin pese a ello recurrir para confirmar mi punto de vista, como hace *sir* Charles Wood, a la autoridad de Quli-Jan^[151]. Pero fijémonos, por ejemplo, en la época de Aurangzeb^[152], o en el siglo XVI, cuando aparecieron los mogoles por el norte y los portugueses por el sur, o en la invasión mahometana del siglo XIV y en la heptarquía del sur de la India^[153], o, si lo prefieren, remontémonos a la Antigüedad, a la

cronología mítica del mismo Brahmán, que sitúa el comienzo de la pobreza de la India en una época aún más remota que la creación cristiana del mundo.

Que nadie dude, sin embargo, que la miseria que los británicos han infligido al Indostán es esencialmente distinta e infinitamente más acusada que la que la región pueda haber padecido anteriormente. No me refiero al despotismo de los europeos a través de la Compañía Británica de las Indias Orientales, que se ha sumado al despotismo asiático formando una combinación más monstruosa que cualquiera de las bestias divinas que nos

asustan en el templo de la isla de Salsete. El dominio colonial británico no tiene rasgos distintivos, no es más que una imitación del holandés, y lo es hasta tal punto que, para definir la obra de la Compañía Británica en la India basta con repetir literalmente lo que *sir* Stamford Raffles, gobernador inglés de Java, dijo de la antigua Compañía Holandesa de las Indias Orientales:

La Compañía Holandesa, movida únicamente por el espíritu del beneficio y teniendo por sus súbditos [de Java] menos respeto o consideración que un plantador de la India occidental por la cuadrilla que se ocupa de su hacienda,

porque éste ha comprado con dinero sus propiedades humanas y la otra no, ha empleado toda la despótica maquinaria de que dispone para exprimir a la gente y sacarle hasta la última gota de esfuerzo, hasta los últimos posos de trabajo, agravando por tanto los males causados por un gobierno caprichoso y semibárbaro, y haciéndolo con todo el acendrado ingenio de los políticos y todo el egoísmo monopolizador de los mercaderes.

Por extrañamente complejas, rotundas y destructivas que todas las invasiones, revoluciones, guerras civiles, conquistas y hambrunas que se han sucedido en el Indostán nos puedan

parecer, no tuvieron más que efectos superficiales. Inglaterra, en cambio, ha destruido completamente la estructura de la sociedad india sin que se vislumbre síntoma alguno de reconstrucción. Haber perdido el mundo en que vivían sin haber obtenido otro nuevo imprime una melancolía muy particular a la actual miseria de los indios y separa al Indostán, gobernado por Gran Bretaña, de todas sus antiguas tradiciones y del conjunto de su historia.

En líneas generales, la gestión de Asia se ha dividido desde tiempos inmemoriales en tres grandes áreas de gobierno: las Finanzas, o saqueo del

interior; la Guerra, o saqueo del exterior; y las Obras Públicas. El clima y la orografía, en especial los grandes desiertos que se extienden desde el Sáhara a través de Arabia, Persia, la India y Tartaria hasta las altiplanicies asiáticas, han determinado que el riego artificial mediante canales y obras hidrográficas haya sido la base de la agricultura oriental. Como en Egipto y la India, se aprovechan las inundaciones para fertilizar los suelos en Persia, Mesopotamia, etcétera, y se utilizan los desniveles del terreno para construir canales de irrigación. Que el uso del agua resulte económico y sea

compartido es una necesidad básica que en Occidente dio pie a que los particulares se asociaran voluntariamente, como en Italia y Flandes, y en Oriente, menos civilizado y demasiado extenso para facilitar la asociación voluntaria, motivó la injerencia del poder centralizado. De ahí la función económica que desarrollan todos los gobiernos asiáticos, la función de hacer obras públicas. La fertilización artificial del suelo, dependiente de un gobierno central y en inmediata decadencia tras el descuido del riego y los drenajes, explica el de otro modo extraño hecho

de que hoy encontremos amplios territorios yermos y desiertos donde antes hubo ricos cultivos, como sucede en Palmira, Petra, las ruinas del Yemen y grandes provincias de Egipto, Persia y el Indostán; y explica también cómo una sola guerra de devastación ha sido capaz de despoblar un país durante siglos y de despojarlo de todos sus rasgos civilizados.

Los británicos de la India oriental aceptaron de sus predecesores la gestión de las finanzas y la guerra, pero rechazaron tajantemente la de las obras públicas. De ahí el deterioro de una agricultura que no es capaz de funcionar

de acuerdo con el principio británico de la libre competencia, del *laissez faire* y *laissez aller*. Pero estamos muy acostumbrados a ver en los imperios asiáticos la ruina agrícola con un gobierno y la recuperación con el siguiente. Allí las cosechas se corresponden con buenos o malos gobiernos, mientras que en Europa dependen del discurrir de las estaciones. Por tanto, la opresión y el descuido de la agricultura, por dañinos que sean, no se podrían considerar el golpe definitivo a la sociedad india por parte del intruso británico si no se hubieran visto acompañados de un factor de

importancia muy distinta, novedad en los anales del mundo asiático. Por cambiante que pueda parecer el pasado político de la India, sus circunstancias sociales no se modificaron desde la más remota Antigüedad hasta el primer decenio del siglo XIX. El telar de mano y la rueca, que permitían la existencia de una miríada de hilanderas y tejedoras, constituían los pilares de la estructura de aquella sociedad. Europa recibía desde tiempos inmemoriales los admirables tejidos confeccionados en la India y a cambio le enviaba sus metales preciosos, que eran el material de trabajo del orfebre, ese elemento

indispensable de la sociedad india cuyo amor por la delicadeza es tan grande que hasta los miembros de la clase más baja, que viven casi desnudos, tienen por lo común un par de pendientes y algún colgante de oro. Las mujeres y los niños lucen con frecuencia pulseras y ajorcas de oro o de plata y en las casas siempre se topa uno con la estatuilla de alguna divinidad tallada en estos metales. Fue el intruso británico quien rompió el telar de mano indio y destruyó las ruecas. Inglaterra empezó por desterrar los algodones indios del mercado europeo, introdujo a continuación el torzal en el Indostán y, por último, inundó de tejidos

de algodón la madre patria del algodón. Entre 1818 y 1836 la exportación de torzal de Gran Bretaña a la India ascendió en una proporción de 1 a 5200. En 1824, las exportaciones de muselinas a la India apenas llegaban al millón de metros, en 1837 superaban los 64 millones. Al mismo tiempo, la despoblación de Dacca pasaba de 150.000 habitantes a 20.000. El declive de las ciudades indias, tan celebradas por sus tejidos, no fue en modo alguno lo peor. La ciencia y el vapor británicos acabaron en todo el Indostán con la unión entre la agricultura y la industria manufacturera.

Dos circunstancias —que los hindúes por un lado, como todos los pueblos orientales, dejaron en manos del gobierno central el cuidado de las grandes obras públicas, columna vertebral de su agricultura y comercio, y que por otro se encontrasen dispersos por toda la superficie del país y aglomerados en pequeños centros por la unión doméstica de las actividades agrícolas y las manufacturas— cristalizaron desde los tiempos más remotos en una organización social de características particulares: el llamado *sistema de aldeas*, que permitía que estas pequeñas poblaciones llevaran una

vida singular con una gestión independiente. Podemos juzgar el peculiar carácter de este sistema a partir de la siguiente descripción, que aparece en un informe oficial sobre la India de la Cámara de los Comunes británica:

Desde el punto de vista geográfico, una aldea es una parcela de tierra cultivable y baldía de varios centenares de hectáreas; desde el punto de vista político, recuerda a una corporación o a un municipio. Está regida por unos funcionarios o servidores públicos que se estructuran como sigue: el potail o habitante principal, que generalmente tiene en sus manos la superintendencia de los asuntos de la aldea, resuelve las

disputas entre lugareños, gestiona la policía y tiene la obligación de recaudar impuestos dentro de la aldea, obligación que cumple porque, gracias a su ascendencia personal y a su escrupulosa familiaridad con las circunstancias y problemas de los ciudadanos, es el más capacitado para hacerlo. El kurnum lleva la contabilidad de los cultivos y registra todo lo relacionado con ella. Luego están el tallier y el totie; el primero tiene la tarea [...] de recabar información sobre delitos y ofensas, y de escoltar y proteger a las personas que viajan de una aldea a otra; los deberes del segundo tienen más que ver con la vida inmediata de la aldea y consisten, entre otros, en custodiar las cosechas y cuidar de su medida. El hombre-frontera, que vigila los lindes

de la aldea u ofrece pruebas de que se respetan en caso de disputa. El superintendente de depósitos y canales distribuye el agua [...] de la agricultura. El brahmín se ocupa del culto religioso. El maestro, a quien se puede ver enseñando a los niños de la aldea a leer y escribir en la arena. El brahmín del calendario, o astrólogo, etcétera. Estos funcionarios y empleados públicos son normalmente los rectores de la aldea, pero en algunas zonas del país su número es menor y algunas de las tareas que hemos citado se concentran en la misma persona; en otras, sin embargo, los funcionarios son más de los que hemos citado. [...] Con esta forma tan simple de administración municipal han vivido los habitantes del país desde tiempos inmemoriales. Los lindes de

las aldeas han podido variar, pero poco, y aunque muchas aldeas han sufrido daños, e incluso han sido asoladas por la guerra, el hambre o las enfermedades, el nombre, la demarcación, los mismos intereses y hasta las mismas familias se han conservado a lo largo de los años. Los habitantes no se preocupan mucho por las divisiones y disputas entre los reinos; mientras la aldea siga como siempre no les importa en manos de quién esté o qué soberano la herede o la reciba; su economía interna, por lo demás, no cambia. El potail sigue siendo el ciudadano más eminente, el que hace las veces de pequeño juez o magistrado, de recaudador o arrendatario.

Estas pequeñas formas

estereotípicas de organización social se han ido disolviendo y están desapareciendo no tanto por la brutal injerencia del soldado y el recaudador de impuestos británicos como por la acción de los barcos de vapor y el libre comercio, también británicos. Las comunidades familiares de que venimos hablando estaban basadas en la industria doméstica, en esa peculiar combinación de tejidos y agricultura artesanales que permitía la autonomía. La injerencia de los ingleses, que implantaron las hiladoras en Lancashire y las máquinas tejedoras en Bengala, o acabaron con las hilanderas y las tejedoras hindúes,

disolvieron esas pequeñas comunidades semibárbaras y semicivilizadas reventando su base económica y dieron lugar a la mayor, o, siendo sinceros, a la única revolución social que se haya producido nunca en Asia.

Ahora bien, aunque repugne al sentimiento humano contemplar la disgregación de los miles de industriosas e inofensivas organizaciones sociales y ver cómo se escinden en las unidades que las componen y se ven arrastradas a un mar de aflicciones, y ver también cómo los individuos que las constituyen pierden al mismo tiempo su antigua forma de

civilización y los medios de subsistencia que habían heredado, no debemos olvidar que, por inofensivas que puedan parecer, esas idílicas comunidades rurales siempre fueron la sólida base del despotismo oriental y coaccionaron la mente humana hasta reducirla a los límites de la brújula más pequeña posible y convertirla en sumisa herramienta de superstición, esclavizarla bajo el peso de las tradiciones y privarla de grandeza y energía históricas. No debemos olvidar tampoco el bárbaro egocentrismo de esas aldeas, que, concentradas en su miserable parcela de tierra, han visto sin

inmutarse la ruina de los imperios, la perpetración de atrocidades incalificables, la masacre de las poblaciones de grandes ciudades, sin conmoverse más que si se hubiera tratado de fenómenos naturales, presas indefensas ellas mismas de cualquier agresor que se dignara prestarles atención. No debemos olvidar que este tipo de existencia pasiva, que esta vida estancada, vegetativa y sin dignidad dio pie, como contrapartida, a que se desataran unas fuerzas de destrucción salvajes, ilimitadas y sin sentido que hicieron que en el Indostán el asesinato se haya convertido en rito religioso. No

debemos olvidar que esas pequeñas comunidades estaban contaminadas por las distinciones de casta y por la esclavitud, que el hombre estaba en ellas sojuzgado a las vicisitudes externas en lugar de ser un soberano capaz de imponerse a las circunstancias, que transformaron un estado social independiente y en desarrollo por un destino natural inmutable, y que, por tanto, trajeron un culto embrutecedor de la naturaleza que manifestaba su degradación en el hecho de que el hombre, el soberano de la naturaleza, se hincara de rodillas para adorar a Kanumán, el mono, y a Sabbala, la vaca.

Al causar una revolución social en el Indostán, Inglaterra ha actuado, hay que reconocerlo, guiada únicamente por los más viles intereses y los ha impuesto por la fuerza de la manera más estúpida. Pero ésa no es la cuestión. La cuestión es: ¿puede la humanidad cumplir su destino sin una revolución fundamental en la situación social de Asia? Si no puede, a pesar de sus crímenes, Inglaterra no ha sido más que la herramienta inconsciente de la historia para provocar esa revolución.

Y entonces, por amargo que pueda ser el espectáculo del desmoronamiento de un mundo antiguo para nuestros

sentimientos personales, tenemos derecho, desde el punto de vista de la historia, a exclamar con Goethe:

Sollte diese Qual uns quälen
da sie unsere Lust vermehrt?
Hat nicht myriaden Seelen
Timur's Herrschaft aufgezehrt?

[¿Habría de atormentarnos este
tormento
porque aumenta nuestro placer?
¿No fueron por las leyes de
Timur

devoradas las almas sin
medida?]

GOETHE, «A Suleika», Diván
oriental-occidental

Las futuras consecuencias del dominio británico de la India

Londres, viernes 22 de julio de 1853

Me propongo con este artículo dar por terminadas mis observaciones sobre la India.

¿Cómo llegaron los ingleses a establecer su supremacía en la India? Los virreyes mogoles acabaron con el poder supremo del Gran Mogol. Los

mahratas acabaron con el poder de los virreyes mogoles. Los afganos acabaron con el poder de los mahratas y, cuando todos luchaban contra todos, irrumpieron los británicos y a todos sometieron. Un país dividido no solo entre mahometanos e hindúes, sino entre tribus y tribus, entre castas y castas; una sociedad cuya estructura se basaba en una especie de equilibrio que era consecuencia de una repulsión general y de una exclusividad constitucional entre todos sus miembros. Un país y una sociedad así ¿no son una presa predestinada a la conquista? Si no supiéramos nada del pasado del

Indostán, ¿no nos veríamos ante el hecho patente e irrefutable de que, incluso en este momento, los ingleses esclavizan a la India por medio de un ejército indio que mantienen a costa de la misma India? La India, así pues, no podía escapar al destino de ser conquistada y, si algo es, su historia es la historia de las sucesivas conquistas sufridas. La sociedad india no tiene historia, no al menos una historia conocida. Lo que llamamos su historia es la historia de los sucesivos intrusos que fundaron sus imperios sobre la pasiva base de esa sociedad inmutable pero inquieta. La cuestión, entonces, no es si los ingleses

tienen derecho a conquistar la India, sino si preferiríamos una India conquistada por los turcos, los persas o los rusos a una India conquistada por los británicos.

Inglaterra tiene que cumplir dos misiones en la India: la primera es destructiva, aniquilar la vieja sociedad asiática; la segunda es regeneradora, sentar las bases de la sociedad occidental en Asia.

Los árabes, los turcos, los tártaros, los mogoles, que han invadido sucesivamente la India, pronto se hinduizaron, por una ley eterna de la historia: los conquistadores bárbaros

son conquistados a su vez por la superior civilización de los pueblos sometidos. Los británicos fueron los primeros conquistadores superiores y, por tanto, inaccesibles para la civilización hindú. La destruyeron y disgregaron a las comunidades nativas, eliminando la industria autóctona y arrasando todo lo que de grandioso y elevado tenía la sociedad india. Las páginas históricas de su gobierno en la India apenas hablan de otra cosa que de destrucción. Las obras de regeneración casi no se vislumbran bajo un montón de ruinas. Pero han empezado.

La unidad política de la India, más

consolidada y extendida que en la época de los grandes mogoles, era la primera condición de su regeneración. Esa unidad, impuesta por la espada británica, la reforzará y perpetuará a partir de ahora el telégrafo eléctrico. El ejército nativo, formado y organizado por el sargento instructor británico, era condición *sine qua non* para la emancipación de la India y para que la India dejara de ser presa fácil del primer extranjero que llegara. La prensa libre, introducida por primera vez en la sociedad asiática, y gestionada principalmente por los vástagos comunes de indios y europeos, es un

nuevo y poderoso agente de reconstrucción. Por abominables que sean, los *zamindar*^[154] y los *ryotwar*^[155], tienen dos formas distintas de gestionar la propiedad privada de la tierra, gran desiderátum de la sociedad asiática. De los nativos indios, educados en Calcuta escasamente y de mala gana bajo supervisión británica, empieza a surgir una nueva clase dotada para gobernar e imbuida de la ciencia de los europeos. Los buques de vapor han permitido la comunicación rápida y regular de la India con Europa, han conectado sus mayores puertos con los del océano suroriental y la han

reivindicado desde la aislada situación que era el motivo principal de su estancamiento. No queda lejos el día en que, gracias a la combinación de barcos y ferrocarriles, la distancia entre Inglaterra y la India medida en tiempo se acortará a ocho jornadas y ese país antaño fabuloso quedará por tanto a un paso de Occidente.

Las clases dirigentes de Gran Bretaña no han demostrado hasta ahora más que un interés circunstancial y transitorio por el progreso de la India. La aristocracia ha querido conquistarla, la dinerocracia saquearla y la milloncracia malvenderla. Pero se han

vuelto las tornas. La milloncracia se ha dado cuenta de que la transformación de la India en un país reproductivo es de vital importancia para ella y de que, a tal fin, es necesario por encima de todo dotarla de medios de riego y de vías de comunicación internas. No quería tender ninguna red ferroviaria, pero lo hará. Y las consecuencias serán incalculables.

Es bien sabido que las fuerzas productivas de la India están paralizadas ante una patente falta de medios de transporte e intercambio de productos. En ningún sitio más que en la India encontramos semejante miseria social en medio de tanta riqueza natural,

circunstancia que se debe, en efecto, a la falta de medios de intercambio. Ha quedado demostrado ante el comité de la Cámara de los Comunes británica reunido en 1848 que

cuando el grano se vendía en Jandesh a un precio de entre 6 y 8 rupias la arroba, en Puna su precio estaba entre 64 y 70 en el momento en que sus habitantes morían de hambre en las calles sin posibilidad de recibir productos de Jandesh porque los caminos, de tierra arcillosa, estaban impracticables.

La introducción del ferrocarril puede favorecer fácilmente la agricultura con la construcción de

depósitos y terraplenes, y trasportando agua por las distintas líneas. Así pues el riego, *sine qua non* de la agricultura en Oriente, se podría difundir ampliamente y se podrían evitar las hambrunas, tan frecuentes por la escasez de agua. Bajo este prisma es evidente la importancia del tren, y se hace obvia cuando recordamos que las tierras irrigadas, hasta en las regiones cercanas a la cordillera de los Ghats orientales, pagan el triple de impuestos, proporcionan diez o doce veces más puestos de trabajo y dejan unos beneficios doce o quince veces superiores que regiones sin riego.

El ferrocarril permitirá disminuir la cantidad y los costes de los cuarteles militares. El coronel Warren, alcaide del fuerte de Saint William, declaró ante un comité escogido de la Cámara de los Comunes:

La posibilidad de disponer de información de interés militar desde los rincones más remotos del país en cuestión de horas cuando ahora la recibimos al cabo de unos días e incluso de unas semanas, y de poder también enviar órdenes, tropas y pertrechos en mucho menos tiempo que ahora, tiene una importancia que nunca podremos ponderar lo suficiente. Tendremos la posibilidad de acantonar

tropas en lugares más distantes y salubres y disminuirán las bajas mortales por enfermedad. Hasta ahora no se podían distribuir provisiones en los diversos almacenes y también evitaremos que se pierdan por deterioro o putrefacción o que el mal tiempo los destruya. El número de tropas podría disminuir en proporción directa a su efectividad.

Sabemos que la organización municipal y la base económica de las comunidades rurales se ha quebrado, pero lo peor —la disgregación de la sociedad en minúsculas unidades estereotipadas y desconectadas— sigue ahí. El aislamiento de las aldeas motivó

la escasez de caminos y la escasez de caminos perpetuó el aislamiento de las aldeas. De acuerdo con esta estructura, a cada comunidad le bastaba para existir con muy pocos servicios y lo hacía casi sin relación con otras aldeas y sin los deseos ni esfuerzos indispensables para el progreso social. Los británicos han roto esta inercia de autosuficiencia de las aldeas, y el ferrocarril satisfará las nuevas necesidades de comunicación e intercambio. Además,

una de las consecuencias de la red ferroviaria será la de difundir por todas las aldeas adonde llegue la noticia de los avances y artilugios que ya tienen

otras, y el medio de obtenerlos, así como la de poner por primera vez a prueba la capacidad de la artesanía rural hereditaria y estipendiaria de la India, y luego subsanar sus defectos.

J. CHAPMAN, *The Cotton and Commerce of India*

Sé que la milloncracia quiso dotar de trenes a la India exclusivamente con vistas a sacar con el menor gasto posible el algodón y otras materias primas para sus manufacturas. Pero, una vez que introduces maquinaria de locomoción de un país que posee hierro y carbón, no puedes impedir que empiece a fabricarla. No se puede

mantener una red ferroviaria en un país inmenso sin poner en marcha todos los procesos industriales necesarios para cubrir las carencias más inmediatas de este sistema de transporte. A partir de ahí, además, se producirá la introducción de maquinaria en sectores de la industria que no están directamente relacionados con el ferrocarril. La red ferroviaria de la India, por consiguiente, se convertirá en la auténtica precursora de la industria moderna. Esto es tanto más cierto cuanto que las autoridades británicas admiten que los indios no carecen de aptitudes para adaptarse a oficios totalmente nuevos y para

adquirir los conocimientos de mecánica necesarios. Dan prueba sobrada de este hecho la capacidad y destreza de los técnicos nativos de la casa de la moneda de Calcuta, que llevan años trabajando con maquinaria de vapor, los nativos asignados a las varias máquinas de vapor de las regiones carboneras de Burdwan, y muchos otros. El propio señor Campbell, por muy influido que esté por los prejuicios de la Compañía de las Indias Orientales, se ha visto obligado a admitir

que el pueblo indio en masa posee gran energía industrial, está bien dotado para acumular capital, y es notable por su

lucidez matemática y el talento para las cifras y las ciencias exactas. [...] Su intelecto es excelente.

La industria moderna que nacerá gracias a la red ferroviaria acabará con la división del trabajo hereditaria en la que se basan las castas, esa cortapisa decisiva al progreso y al poder de la India.

Todo lo que la burguesía inglesa se vea obligada a hacer no servirá ni para la emancipación en masa del pueblo de la India ni para la mejora material de sus condiciones de vida, que no solo dependen del desarrollo de la energía productiva, sino de que el pueblo se

apropie de ésta. Lo que sin embargo no dejará de hacer es impedir que se den las premisas materiales para ambas cosas. ¿Ha hecho más la burguesía alguna vez? ¿Ha logrado alguna vez cierto progreso sin arrastrar al pueblo y a los individuos por la sangre y el polvo, a la miseria y la degradación?

Los indios no cosecharán el fruto de los nuevos elementos de la sociedad que entre ellos ha dispersado la burguesía británica hasta que en la propia Gran Bretaña las clases dirigentes sean suplantadas por el proletariado industrial o hasta que los hindúes se hagan lo suficientemente fuertes para

librarse del yugo británico. En cualquier caso, en una época más o menos remota veremos, es totalmente seguro, la regeneración de ese gran e interesante país cuyos amables nativos son, aun cuando pertenezcan a las clases más bajas y, por emplear la expresión del príncipe Soltikov, *plus fins et plus adroits que les italiens*^[156]; su sumisión compensa cierta serena nobleza, y, a pesar de su natural languidez, han asombrado a los oficiales británicos por su valor; su tierra fue origen de nuestras lenguas y de nuestras religiones, y representan el arquetipo del antiguo germano en los *jats* y el arquetipo del

antiguo griego en los brahmines.

No puedo dar por terminados mis comentarios sobre la India sin una conclusión final.

La civilización burguesa se quita el velo y su profunda hipocresía y la barbarie inherente que la sustenta aparecen ante nuestros ojos, y, si en su casa asume formas respetables, en las colonias se muestra tal como es. Los burgueses son los defensores de la propiedad, pero ¿dio origen alguna vez un partido revolucionario a revoluciones agrarias como las de Bengala, Madrás y Bombay? ¿No recurrieron en la India, por tomar prestada la expresión de lord

Clive, ese gran ladrón, a una atroz extorsión cuando la corrupción no bastaba para saciar su codicia? Cuando en Europa parloteaban sobre la inviolable santidad de la deuda pública, ¿no confiscaron en la India los dividendos de los 171 rajás que habían invertido sus ahorros en fondos de la Compañía? Cuando combatían la Revolución francesa con el pretexto de defender «nuestra santa religión», ¿no prohibían al mismo tiempo la difusión del cristianismo en la India? Y, con el fin de sacarles dinero a los peregrinos que acudían en masa a los templos de Orissa y Bengala, ¿no se hicieron con el

negocio del asesinato y la prostitución perpetrados en el templo del gran monstruo divino? Tales son los hombres que defienden «la Propiedad, el Orden, la Familia y la Religión».

Cuando los devastadores efectos de la industria inglesa se contemplan en relación con la India, territorio de más de setenta millones de hectáreas y tan grande como Europa, resultan palpables y aturden. Pero no debemos olvidar que son únicamente el resultado natural, orgánico, del conjunto del sistema productivo tal y como hoy en día está constituido. La producción se apoya en la ley suprema del capital. La

descentralización de capitales es esencial para la existencia del capital como poder independiente. La destructiva influencia de esa descentralización en los mercados del mundo no revela, en las dimensiones más gigantescas, las leyes orgánicas inherentes a la economía política que hoy está en marcha en toda población civilizada. El período burgués de la historia tiene que crear la base material del mundo nuevo: por un lado, el intercambio universal basado en la dependencia mutua de la humanidad, y los medios para ese intercambio; por otro, el desarrollo de las fuerzas

productivas del hombre y la transformación de la producción material en dominio científico de los agentes naturales. La industria y el comercio burgueses crean las condiciones materiales para un mundo nuevo del mismo modo que las revoluciones geológicas han dado forma a la superficie de la tierra. Solo cuando una gran revolución social haya vencido y domeñado las consecuencias de la era burguesa, el mercado del mundo y las modernas fuerzas de producción, y las haya puesto en manos de los pueblos más desarrollados para que las gestionen de forma compartida, dejará el

progreso humano de parecerse a ese truculento ídolo pagano que solo podía beber néctar en cráneos de hombres asesinados.

El conflicto Anglo-Chino

23 de enero de 1857

El correo del América llegado ayer por la mañana traía varios documentos concernientes a la disputa de los británicos con las autoridades chinas de Cantón y a las agresivas operaciones del almirante Seymour. La reflexión que un atento estudio de la correspondencia oficial entre las autoridades británicas y chinas de Hong Kong y de Cantón debe, a nuestro entender, suscitar en una

persona imparcial es que los británicos se están equivocando en todo este asunto. Como causa de la disputa aducen que, sin consultar con el cónsul británico, ciertos oficiales chinos se llevaron por la fuerza a unos delincuentes también chinos de una lancha amarrada en el río de Cantón y arriaron la bandera británica que ondeaba en su mástil. Pero, como dice *The Times*, «hay, en efecto, materias para la discusión, como que la lancha [...] lucía la enseña británica, o si los pasos dados por el cónsul estaban justificados». La duda así admitida se confirma cuando recordamos las

condiciones del tratado que el cónsul insiste en aplicar a la lorcha, porque solo se aplican a los barcos británicos y éste, como tan meridianamente claro parece, no era británico *stricto sensu*. Pero a fin de que nuestros lectores puedan conocer todas las dimensiones del caso, procederemos a referirles los detalles más importantes de la correspondencia oficial. En primer lugar tenemos una comunicación fechada el 21 de octubre del señor Parkes, cónsul británico en Cantón, al gobernador general Yeh, que dice así:

La mañana del 8 del corriente la lorcha

británica Arrow, que se encontraba anclada frente a la ciudad junto a otras embarcaciones, fue abordada, sin que nadie se hubiera dirigido previamente al cónsul británico, por un numeroso contingente de soldados y oficiales chinos de uniforme que, a pesar de las protestas del patrón del barco, un inglés, tomaron, maniataron y se llevaron a doce chinos de una tripulación formada por catorce marineros y arriaron la bandera. Notifiqué todos los particulares de esta ofensa pública a la enseña británica y tan grave violación del artículo nueve del Tratado Suplementario a su excelencia el mismo día y le pedí que diera cumplida respuesta a la ofensa e hiciera que las estipulaciones del Tratado se observaran en este caso a

rajatabla. Pero su excelencia, con extraña desconsideración tanto por la justicia como por las cláusulas del Tratado, no ha ofrecido ninguna reparación ni disculpa por el agravio y, reteniendo bajo su custodia a los hombres que secuestró, ratifica la violación del Tratado y no da al gobierno de su majestad la menor garantía de que una agresión similar no vuelva a producirse.

Al parecer, los chinos que se encontraban a bordo de la lorcha fueron secuestrados por los oficiales chinos porque habían participado en un acto de piratería contra un mercante chino. El cónsul británico acusa al gobernador

general chino de secuestrar a la tripulación, de arriar la bandera británica, de negarse a ofrecer la menor disculpa y de retener bajo su custodia a los hombres secuestrados. El gobernador chino, en una carta dirigida al almirante Seymour, afirma que, habiendo comprobado que nueve de los cautivos eran inocentes, el 10 de octubre dio órdenes a un oficial de devolverlos a su barco, pero que el cónsul Parkes se negó a readmitirlos. En cuanto a la lancha, declara que, en el momento en que los marineros chinos que llevaba a bordo fueron secuestrados, era, presuntamente, una embarcación china, y

lo era, en efecto, porque estaba construida por chinos y era propiedad de un chino que se había adueñado fraudulentamente de una enseña británica al consignar el barco en los registros coloniales británicos, método al parecer habitual entre los contrabandistas chinos. En lo que se refiere al ultraje a la bandera, el gobernador señala:

Ha sido norma invariable en las lorchas de la nación de su excelencia arriar la enseña cuando echan el ancla y volver a izarla en el momento en que zarpan. Se ha demostrado cumplidamente que, cuando fue abordada con el fin de

llevarse a los presos, en la lancha no ondeaba bandera alguna. ¿Cómo iban por tanto a poder arriarla? Sin embargo, en sus despachos, uno tras otro, el cónsul Parkes pretende que hubo una ofensa a la bandera que exige una reparación.

En virtud de estas premisas, el gobernador chino concluye que no se ha violado ningún tratado. No obstante, el 12 de octubre el plenipotenciario británico no solo exigió la devolución de todos los miembros de la tripulación detenidos, sino también una disculpa. Y el gobernador replica:

A primera hora de la mañana del 22 de

octubre escribí al cónsul Parkes y al mismo tiempo le envié a los doce hombres, a saber, Leong Ming-tai y Leong Kee-fu, convictos a causa de la investigación iniciada por mí, al testigo, Wu-A-jin, y a los nueve que ya le había ofrecido. Pero el señor cónsul Parkes se negó a recibir a los doce presos y a leer mi carta.

Así pues, el señor Parkes ha recibido ya a estas horas a sus doce hombres junto con lo que muy probablemente debe de ser una disculpa—formulada en la carta que se negó a abrir—. La tarde del mismo día, el gobernador Yeh volvió a preguntar por qué los doce presos que había enviado

no habían sido aceptados y por qué su carta no recibió respuesta. Nadie ha tenido en cuenta este paso, pero el día 24 los británicos abrieron fuego sobre las fortificaciones de Cantón y se llevaron a varios de los presos; y hasta el 1 de noviembre no explicó el almirante Seymour la actitud aparentemente incomprensible del cónsul Parkes en un mensaje dirigido al gobernador. Los hombres, dice, le han sido devueltos al cónsul, pero «no han sido entregados públicamente en el barco, ni ha expresado nadie las solicitadas disculpas por violar la jurisdicción consular». A la objeción,

pues, de no devolver con la ceremonia debida a un grupo de hombres que incluía a tres delincuentes convictos se reduce todo el caso. Ante lo que el gobernador de Cantón responde, en primer lugar, que ya le han sido entregados al cónsul los doce hombres y que nadie se ha negado «a devolver a los hombres a su barco». El gobernador chino no se enteró de que la querrela con este cónsul británico seguía sin resolverse hasta que la ciudad fue bombardeada durante seis días. En cuanto a la petición de disculpas, el gobernador Yeh insiste en que ninguna podía darse porque no se había

cometido ninguna falta. Citamos sus palabras:

Mis hombres no vieron ninguna bandera extranjera en el momento de la captura, y como, además, el oficial encargado de examinar a los prisioneros comprobó que la lancha no era desde ningún punto de vista una embarcación foránea, mantengo que no se cometió ningún error.

De hecho, la poderosa argumentación de este chino despacha tan eficazmente todo el asunto —y en apariencia zanja el caso— que al almirante Seymour no le ha quedado otro recurso que la siguiente

declaración:

Debo declinar tajantemente toda nueva argumentación en lo referente al caso de la lorchá Arrow. Estoy completamente satisfecho con los hechos tal y como se los ha expuesto a su excelencia el cónsul señor Parkes.

Pero, después de tomar las fortificaciones, abrir una brecha en las murallas de la ciudad y bombardearla seis días seguidos, el almirante descubre de repente un nuevo motivo para tomar medidas, y, como vemos a continuación, el 30 de octubre se dirige al gobernador chino en este sentido:

Ahora depende de su excelencia, previa consulta inmediata conmigo, poner fin a un estado de cosas en el cual los males presentes no son menores, pero que, de no corregirse, conducirá inevitablemente a las más graves calamidades.

El gobernador chino responde que, según la Convención de 1849, él no tiene derecho a pedir tal consulta. Y añade:

En referencia a la entrada en la ciudad debo observar que en abril de 1849 su excelencia el plenipotenciario Bonham colgó una nota pública en las factorías de la zona prohibiendo a los forasteros la entrada en la ciudad. La nota apareció

publicada en la prensa, así que presumo que su excelencia la habrá leído. Añadamos a esto que la expulsión de extranjeros de la ciudad se hace con el voto unánime de todos los habitantes de Cantón y no será difícil imaginar cuán poco ha sido de su agrado el bombardeo de las fortificaciones y la destrucción de sus hogares. Aprensivo como soy al mal que pueda acaecer a los funcionarios y ciudadanos de la nación de su excelencia, no puedo sugerirles nada mejor que una adhesión prolongada a la política del plenipotenciario Bonham en lo concerniente a la rectitud de los propósitos que se han de perseguir. En cuanto a la consulta que propone su excelencia, hace unos días delegué el asunto en Tcheang, prefecto de Lei-chou-fu.

El almirante Seymour confiesa a continuación con toda franqueza que la Convención del señor Bonham le trae sin cuidado:

La respuesta de su excelencia me remite a la notificación del plenipotenciario británico en 1849 que prohíbe a los extranjeros la entrada en Cantón. Ahora bien, debo recordarle a su excelencia que tenemos en verdad graves motivos de queja contra el gobierno chino por incumplir la promesa dada en 1847 de dejar entrar a los extranjeros en Cantón transcurrido un plazo de dos años; la demanda que ahora hago no tiene nada que ver con las negociaciones que se hayan podido llevar a cabo anteriormente, porque no

estoy exigiendo la entrada de ninguna otra persona aparte de unos funcionarios extranjeros y esto únicamente por las razones simples y suficientes que antes he consignado.

En cuanto a mi propuesta de hablar personalmente con su excelencia, me hace su excelencia un gran honor al comunicarme que envió al prefecto hace unos días. Me veo obligado por tanto a considerar toda la carta de su excelencia insatisfactoria en extremo, y solo me queda añadir que, a no ser que reciba de inmediato alguna garantía explícita de que su excelencia consiente en lo que he propuesto, reanudaré las operaciones ofensivas sin dilación.

El gobernador Yeh responde

entrando otra vez en los detalles de la Convención de 1849:

En 1848 mi predecesor, Seu, y el plenipotenciario británico, señor Bonham, mantuvieron una larga y polémica correspondencia sobre el asunto y, como el señor Bonham admitió que una entrevista dentro de la ciudad estaba fuera de lugar, dirigió una carta a Seu en abril de 1849 en la que decía: «De momento no puedo seguir discutiendo este asunto con su excelencia». Luego puso una nota en las factorías que decía que ningún extranjero entraría en la ciudad, nota que publicó en los periódicos, y se lo comunicó al gobierno británico. No quedó chino o extranjero que no supiera

que la cuestión estaba definitivamente zanjada.

La discusión le impacienta y el almirante británico se abre paso a la fuerza hasta la residencia del gobernador de Cantón al tiempo que destruye la flota imperial en el río. Este drama militar y diplomático tiene por tanto dos actos bien diferenciados: el primero consiste en el inicio del bombardeo de Cantón con el pretexto de una violación del Tratado de 1842^[157] cometida por el gobernador chino; el segundo, en proseguir ese bombardeo a gran escala con el pretexto

de que el gobernador se aferra tercamente a la Convención de 1849. Primero bombardean Cantón por romper un tratado, luego lo bombardean por observar otro tratado. Además, los británicos ni siquiera fingen que no ha habido gesto de desagravio, sino que no se ha producido de la manera más ortodoxa.

La visión del caso que ofrece *The Times* no desacreditaría ni al mismísimo general William Walker de Nicaragua^[158]:

Con el estallido de las hostilidades, los tratados vigentes quedan anulados y quedamos en libertad para configurar

como queremos nuestras relaciones con el Imperio chino [...] los recientes acontecimientos de Cantón nos advierten de que debemos imponer el derecho de entrada en ese país y en los puertos abiertos para nosotros según lo estipulado en el Tratado de 1842. No nos podrán volver a decir que se puede excluir a nuestros representantes de la presencia del gobernador general chino, porque hemos saludado con satisfacción el cumplimiento del artículo que permitía que los extranjeros se internaran más allá de los límites de nuestras factorías.

En otras palabras, *nosotros* hemos iniciado las hostilidades con el fin de romper un tratado ya existente y de

imponer una reivindicación que nosotros hemos sancionado ¡con una convención expresa! Nos satisface decir, sin embargo, que otro eminente órgano de la opinión pública británica se expresa con un tono más equilibrado y humano. Dice *The Daily News*:

es un hecho monstruoso que, con el fin de vengar el orgullo de un irritado funcionario británico y castigar el disparate cometido por un gobernador asiático, prostituyamos nuestra fuerza en la perversa tarea de llevar el fuego y la espada, y la desolación y la muerte, a los pacíficos hogares de hombres inocentes en cuyas costas fuimos originalmente intrusos. Con

independencia del motivo del bombardeo de Cantón, el hecho en sí es malo y mezquino, una pérdida de vidas humanas imprudente y gratuita en aras de una falsa etiqueta y de una política equivocada.

Quizá sea oportuno preguntarnos si las naciones del mundo aprobarán esta forma de invadir una nación pacífica, sin previa declaración de guerra y alegando una infracción del curioso código de etiqueta diplomático. Si otras potencias observaron con paciencia la primera guerra china a pesar de su infame pretexto porque se adivinaba que daría pie a la apertura del comercio con el

país asiático, ¿no es probable que la segunda suponga un obstáculo para ese mismo comercio por un período indefinido? Su primera consecuencia puede ser la interrupción de las comunicaciones entre Cantón y las regiones del té, que en su mayor parte aún están en manos de los imperialistas, circunstancia que no puede beneficiar a nadie excepto a los comerciantes de té rusos, que operan por vía terrestre.

Con respecto a la destrucción de una fortificación china por parte de la fragata americana Portsmouth, aún no contamos con información suficiente para emitir una opinión rotunda.

Atrocidades inglesas en China

10 de abril de 1857

Hace pocos años, cuando el terrible régimen de torturas de la India salió a la luz en el Parlamento, *sir* James Hogg, uno de los directores de la Muy Honorable Compañía de las Indias Orientales, afirmó no sin temeridad que las denuncias eran infundadas. La investigación posterior, sin embargo, demostró que se basaban en hechos que los directores sin duda debían de

conocer, y *sir* James se vio obligado a admitir o una «deliberada ignorancia» o un «conocimiento criminal» de los horribles hechos denunciados a las puertas de la Compañía. Lord Palmerston, actual premier de Inglaterra, y el conde de Clarendon, ministro de Asuntos Exteriores, parecen encontrarse ahora en una posición igualmente poco envidiable. En el banquete del difunto lord Mayor, el premier dijo en su discurso, mientras intentaba justificar las atrocidades cometidas por los chinos:

Si en este caso el gobierno hubiera dado

su aprobación a métodos injustificables, habría sin la menor duda tomado una decisión que merecería la censura del Parlamento y del país. Estábamos convencidos, sin embargo, de lo contrario, de que esos métodos eran necesarios y vitales. Nos parecía que un gran mal se le había infligido a nuestro país. Nos parecía que nuestros compatriotas de una región remota del globo se habían visto expuestos a una serie de insultos, ultrajes y atrocidades que no podíamos pasar por alto en silencio. (Vitores). Nos parecía que los derechos que un tratado otorgaba a este país habían sido vulnerados y que quienes están encargados de la defensa de nuestros intereses en aquella parte del mundo no solo tenían el derecho sino la obligación de responder a los

ultrajes, porque el poder que tenían en sus manos les capacitaba para hacerlo. Nos parecía que traicionábamos la confianza que los ciudadanos de este país habían depositado en nosotros si no dábamos nuestra aprobación a métodos que considerábamos correctos y justos y que, en las mismas circunstancias, nosotros habríamos considerado nuestro deber aplicar y defender. (Vitores).

Sin embargo, aunque una gran parte del pueblo de Inglaterra y del mundo en general se puede sentir engañada ante tan plausibles declaraciones, su señoría sin duda no cree que sean sinceras y, si lo cree, ha demostrado una deliberada

ignorancia casi tan injustificable como el «conocimiento criminal». Desde que nos llegó el primer informe de la contienda de los ingleses en China, la prensa gubernamental de Inglaterra y una parte de la americana han hecho denuncias indiscriminadas de los chinos —innumerables acusaciones de violación de los tratados, ofensas a la bandera inglesa, degradación de los extranjeros que residen en aquellas tierras, etcétera—, pero ni una sola imputación concreta ni un solo hecho esgrimido en apoyo de esas denuncias con excepción del caso de la lancha Arrow, y, con respecto a este caso, las

circunstancias han sido tan ominosamente tergiversadas y encubiertas bajo la retórica parlamentaria que incluso quienes de verdad desean comprender los detalles están confusos.

La lorcha Arrow es una pequeña embarcación china tripulada por chinos, pero contratada por unos ingleses. Le habían concedido una licencia provisional para navegar con bandera inglesa, pero esta licencia había caducado antes de la presunta «ofensa». Dicen que utilizaban la lorcha para el contrabando de sal y que llevaba a bordo a personajes de mala reputación

—piratas y contrabandistas chinos— que habían delinquido en anteriores ocasiones y a quienes, por tanto, las autoridades llevaban tiempo queriendo detener. Mientras se encontraba anclada en Cantón —con las velas plegadas y sin bandera a la vista—, la policía se percató de la presencia a bordo de esos delincuentes y los detuvo, acción que en este país precisamente la policía llevaría a cabo si supiera que habían atracado en secreto en nuestros muelles contrabandistas y piratas de agua dulce en un barco, fuera éste nacional o foráneo. Pero, como las detenciones interferían con los negocios de los

propietarios, el capitán se puso en contacto con el cónsul inglés y protestó. El cónsul, un hombre joven nombrado recientemente, y, según nos han informado, persona de prontas reacciones e irritable ánimo, corre a bordo *in propria persona*, parlamenta acaloradamente con la policía china, que se limitaba a cumplir con su deber, y, como era de esperar, no consigue lo que pretende. Luego vuelve precipitadamente al consulado, redacta una imperativa demanda exigiendo una disculpa al gobernador de la provincia de Cantón, escribe un anota a *sir* John Bowring y al almirante Seymour, que se

encuentran en Hong Kong, y les informa de que él en persona y la bandera de su país han sido víctima de ofensas que superan lo tolerable para insinuar a continuación que ha llegado el momento de hacer ante Cantón la demostración de fuerza que tanto tiempo llevaban esperando.

El gobernador Yeh responde con educación y calma a las arrogantes exigencias del joven y excitado cónsul británico. Explica los motivos de las detenciones y lamenta la confusión creada al tiempo que niega rotundamente la más leve intención de ofender a la enseña británica. Luego devuelve a los

detenidos porque, a pesar de que han sido apresados ateniéndose a la ley, no desea retenerlos a expensas de tan grave malentendido. Pero con esto al cónsul Parkes no le basta: quiere una disculpa oficial y exige una restitución más formal, o el gobernador Yeh tendrá que atenerse a las consecuencias. A continuación llega el almirante Seymour con la flota británica y entonces comienza un nuevo intercambio de misivas, dogmáticas y amenazadoras por parte del almirante, frías, impasibles, educadas por parte del alto funcionario chino. El almirante Seymour exige una entrevista personal dentro de las

murallas de Cantón. Yeh responde que eso iría contra todos los precedentes y que *sir* George Bonham ya acordó en su momento que no solicitarían nunca una. No obstante, afirma que, si es necesario, está dispuesto a mantener una entrevista, como de costumbre, fuera de la ciudad amurallada o a cumplir los deseos del almirante de cualquier otra forma que no contradiga las costumbres y el protocolo tradicionales chinos. Pero esta respuesta no acomoda al belicoso representante del poder británico en Oriente.

Por los motivos que tan sucintamente acabamos de enumerar, y los informes oficiales que hoy conoce el pueblo de

Inglaterra parecen confirmar esta afirmación, se libra esa guerra manifiestamente injusta. Los inocentes ciudadanos y los pacíficos comerciantes de Cantón han sido masacrados, sus hogares arrasados, y los derechos humanos violados con el endeble pretexto de que «la vida y las propiedades de ciudadanos ingleses estaban en peligro ante los agresivos gestos de los chinos». El gobierno y el pueblo británicos —o, al menos, los que han optado por estudiar la cuestión— saben lo huera y falsas que son las acusaciones. Se ha intentado desviar la investigación del asunto principal e

impresionar a la opinión pública con la idea de que una larga serie de injurias y agravios precedía al caso de la lorcha Arrow y bastaba para constituir un *casus belli*. Pero las denuncias son infundadas. Los chinos pueden enumerar al menos noventa y nueve motivos de queja por cada uno de los británicos.

¡Cuánto silencio guarda la prensa británica sobre las escandalosas violaciones del tratado que a diario perpetran los extranjeros que viven en China bajo protección británica! Nada nos dicen del ilegal comercio de opio, que anualmente nutre al Tesoro británico a expensas de la moral y de tantas vidas

humanas. Nada nos dicen del constante soborno de funcionarios, por medio del cual el gobierno chino es defraudado y no recibe unos justos ingresos por mercancías que entran y salen del país. Nada nos dicen de las injusticias y castigos infligidos «hasta la muerte incluso» a emigrantes engañados y atados que luego son vendidos en las costas de Perú y de Cuba para sufrir algo peor que la esclavitud y el cautiverio. Nada nos dicen de la intimidación que a veces se ejerce contra los chinos, de tímida naturaleza, ni de los vicios introducidos por los extranjeros en los puertos abiertos al

comercio internacional. Nada nos dicen de todo esto ni de mucho más, en primer lugar porque a la mayoría de las personas que no viven en China les importa muy poco la situación social y moral de ese país, y en segundo lugar porque forma parte de política y de la prudencia no remover ningún asunto cuando no se puede obtener ninguna ventaja pecuniaria. Por tanto, el pueblo inglés de la metrópoli —que no ve más allá de la tienda de ultramarinos cuando va a comprar su té— está dispuesto a tragarse todas las tergiversaciones que el gobierno y la prensa quieran derramarle en la garganta.

Entretanto, en China, los sofocados fuegos del odio contra el inglés encendidos durante la Guerra del Opio han prendido una llama de animosidad que es poco probable que ninguna oferta de paz y amistad pueda apagar. Por el bien del cristiano y comercial intercambio con China sería sumamente deseable que olvidásemos esta disputa y que los chinos no llegasen a pensar que todas las naciones del mundo occidental se han unido en una conjura contra ellos.

Revuelta en la India

Londres, 17 de julio de 1857

El 8 de junio se cumplió exactamente un mes desde que los cipayos rebeldes tomaron Delhi y proclamaron a un emperador mogol. No obstante, la idea de que los amotinados sean capaces de mantener la antigua capital de la India frente a las fuerzas británicas sería ridícula. Delhi solo está fortificada por una muralla y un simple foso, mientras que los altos que la rodean y dominan ya están en poder de los ingleses, que, sin

bombardear siquiera la muralla, podrían forzar su rendición en poco tiempo por el simple método de cortar su suministro de agua. Además, un variopinto enjambre de soldados amotinados que ha matado a sus propios oficiales, hecho trizas los lazos de disciplina y no logra dar con el hombre a quien entregar el mando supremo es el cuerpo militar menos capaz de organizar una resistencia seria y prolongada. Para aumentar la confusión, las desiguales tropas de Delhi aumentan cada día con la llegada de nuevos contingentes de amotinados de todos los rincones de la presidencia de Bengala, que, como si

siguieran un plan preconcebido, se lanzan a la ciudad condenada. Las dos salidas de los días 30 y 31 de mayo en que los amotinados se arriesgaron a dejar la muralla, y en las cuales fueron repelidos tras sufrir grandes bajas, parecen motivadas por la desesperación más que por una sensación de fuerza o confianza. Lo único sorprendente es la lentitud operativa de los británicos, aunque es posible que, al menos hasta cierto punto, se deba a los estragos de la estación y a la falta de medios de transporte. Aparte del general Anson, el comandante en jefe, la prensa francesa afirma que unos cuatro mil soldados

Europeos han caído ya víctimas del mortal calor y hasta los periódicos ingleses confiesan que en los enfrentamientos en las inmediaciones de Delhi los hombres sufrieron más por el sol que por los disparos del enemigo. A consecuencia de la escasez de transportes, la principal unidad británica acantonada en Ambala tardó veintisiete días de marcha en llegar a Delhi, es decir, se desplazó a un ritmo de una hora y media al día. Mayor retraso ha causado la falta de artillería pesada en Ambala y la consiguiente necesidad de ir a buscar cañones de asedio al arsenal más cercano, y no había otro más

próximo que Phillaur, ciudad situada en el curso alto del Sutlej.

Con todo, la noticia de la caída de Delhi se puede producir cualquier día, pero ¿qué ocurrirá después? Si el hecho de que los rebeldes hayan ocupado durante un mes y sin oposición la tradicional capital del Imperio indio actuaba quizá como el más poderoso fermento para desmembrar al ejército de Bengala, propagar el motín y la deserción de Calcuta al Punjab en el norte, y hasta el Rajputana en el oeste, y poner en peligro la autoridad británica de una punta a otra de la India, no se podía cometer mayor error que suponer

que la caída de Delhi, aunque podría causar una gran consternación entre los cipayos, bastaría para sofocar la rebelión, detener su progreso o restaurar el dominio británico. Del total de efectivos del ejército nativo de Bengala, que suma unos 80.000 hombres —unos 28.000 rajputs, 23.000 brahmines, 13.000 mahometanos, 5000 hindúes de castas inferiores y, el resto, europeos—, 30.000 han desaparecido a causa de motines, deserciones y destituciones o despidos. En cuanto al resto de este ejército, varios regimientos han declarado abiertamente que seguirán siendo leales a los británicos excepto en

el asunto que ahora ocupa a las tropas nativas: no ayudarán a las autoridades contra los amotinados de los regimientos nativos y, en cambio, colaborarán con sus *bhaies* (hermanos). Lo cierto es que de esta actitud ya han dado muestras en casi todos los puestos militares de Calcuta. Los regimientos nativos estuvieron inactivos por un tiempo, pero, tan pronto como se han visto con fuerzas suficientes, se han amotinado. Un corresponsal de *The Times* no duda de la «lealtad» de los regimientos que todavía no se han pronunciado y de los habitantes nativos que todavía no han hecho causa común con los rebeldes.

Cuando leemos que todo está tranquilo, entendemos que las tropas nativas no se han amotinado todavía de forma expresa, que la parte de la población que está descontenta todavía no se ha rebelado abiertamente, que o es muy débil o cree serlo, o que aguarda un momento más oportuno. Cuando tenemos noticia de «la declaración de lealtad» de cualquiera de los regimientos bengalíes de caballería o infantería formados por nativos, entendemos que solo la mitad de los regimientos de los que se habla favorablemente son leales; la otra mitad no hace más que interpretar un papel: mejor sorprender a los europeos con la guardia baja, cuando llegue el momento propicio o, evitando toda sospecha, ir acumulando mayor poder para ayudar a

sus compañeros amotinados.

En el Punjab solo se ha evitado la rebelión abierta licenciando a las tropas nativas. Podríamos decir que, en Oudh, los ingleses apenas conservan Lucknow, la residencia del gobernador general, mientras que en todos los demás lugares los regimientos nativos se han sublevado, han huido con la munición, quemado todos los bungalós y se han unido a los habitantes que se habían alzado en armas. Pero la mejor muestra de la verdadera situación del ejército británico es que ha sido necesario organizar cuerpos móviles en el Punjab

y el Rajputana. Esto significa que los ingleses no pueden depender ni de sus cipayos ni de los nativos para mantener abierta la comunicación entre sus dispersas fuerzas. Al igual que los franceses en la Guerra de Independencia de España, solo dominan los lugares con presencia de tropas propias y las zonas colindantes, y para la comunicación entre las inconexas unidades de su ejército dependen de cuerpos móviles, cuya capacidad de acción, precaria por naturaleza, pierde intensidad, como es lógico, en la medida en que tiene que abarcar mayor extensión de terreno. Que el número de tropas británicas es hoy

insuficiente lo demuestra que, para llevarse los objetos de valor de los puestos militares desafectos, se vieron obligadas a recurrir a los propios cipayos, que, sin excepción, se sublevaron durante la marcha y huyeron con los objetos que les habían confiado. En el mejor de los casos, ninguna de las tropas enviadas desde Inglaterra llegará antes de noviembre y, como trasladar unidades europeas desde las presidencias de Bombay y Madrás sería todavía más peligroso —el 10.º regimiento de cipayos de Madrás ya ha dado síntomas de desafección—, hay que abandonar la idea de cobrar los

impuestos normales en la presidencia de Bengala y permitir que el proceso de descomposición siga avanzando. Incluso en el supuesto de que los birmanos no aprovechen esta oportunidad, de que el marajá de Gwalior siga apoyando a los ingleses y de que el monarca de Nepal, que está al mando del mejor ejército de la India, no haga ningún movimiento; incluso si la rebelde Peshawar no une fuerzas con las inquietas tribus de las montañas ni el *sha* de Persia es lo bastante estúpido para evacuar Herat, habrá que reconquistar toda la presidencia de Bengala y rehacer todo el ejército anglo-indio. Los costes de esta

enorme empresa recaerán por completo en el pueblo británico. En cuanto a la propuesta que lord Granville avanzó en la Cámara de los Lores para que la Compañía de las Indias Orientales reuniera los medios necesarios por medio de préstamos indios, deberíamos juzgar su validez por los efectos de la problemática situación de las provincias noroccidentales en el mercado monetario de Bombay. El pánico se apoderó de inmediato de los capitalistas nativos, se retiraron grandes sumas de los bancos, las obligaciones del Estado eran casi invendibles, y no solo en Bombay, sino en sus alrededores, los

indios han comenzado a acaparar sus capitales.

La cuestión india

Londres, 28 de julio de 1857

El discurso de tres horas que anoche pronunció el señor Disraeli en la «Cámara de los Muertos^[159]» gana más de lo que pierde leído en vez de escuchado. El señor Disraeli lleva tiempo aquejado de pésima solemnidad de discurso, rebuscada parsimonia oratoria y tibia formalidad metódica, lo cual, aunque pueda resultar coherente con su peculiar idea de un ministro *in pectore*, es de lo más molesto para sus

torturados oyentes. Hubo un tiempo en que hasta a los lugares comunes conseguía dar apariencia de agudos epigramas. Hoy logra enterrar hasta los epigramas bajo una respetabilidad convencional y aburrida. Un orador que, como el señor Disraeli, domina como nadie el manejo de la daga y nunca blande una espada tendría que ser el último en olvidar el aviso de Voltaire: *Tous les genres sont bons excepté le genre ennuyeux*^[160].

Aparte de las peculiaridades técnicas que hoy caracterizan su oratoria, desde la llegada al poder del señor Palmerston, el señor Disraeli se

ha esforzado con el mayor esmero en privar sus exhibiciones parlamentarias de todo posible interés. Sus discursos no tienen por objeto comunicarnos sus mociones, son sus mociones las que pretenden prepararnos para sus discursos. De sus mociones podría decirse que se niegan a sí mismas, porque están pensadas de manera tal que no puedan perjudicar al adversario si salen adelante ni perjudicar a su proponente si no lo hacen. La intención, en realidad, no es que sean aprobadas —o no—, sino, simplemente, dejarlas caer. No son ni ácidas ni alcalinas, sino más bien neutras, por naturaleza. El

discurso no es el vehículo de la acción, de la hipocresía de la acción surge la oportunidad para el discurso. Ésa, en realidad, sea tal vez la forma clásica y definitiva de la elocuencia parlamentaria, pero entonces, en todo caso, la forma definitiva de la elocuencia parlamentaria no debe resistirse a correr la suerte de todas las formas definitivas de parlamentarismo: la de verse clasificadas en la categoría de pesadeces. La acción, como dijo Aristóteles, es la ley que rige el drama. También la oratoria política. El discurso del señor Disraeli sobre la revuelta de la India podría publicarse en las actas

de la Sociedad para la Difusión del Conocimiento Útil, o podría pronunciarlo ante una asociación de mecánicos, o ante la Academia de Berlín para que le den un premio. La curiosa imparcialidad del discurso en cuanto al lugar, el momento y la ocasión en que pueda haberse pronunciado demuestra que no hay lugar ni momento ni ocasión en los que encaje. Un capítulo sobre la decadencia del Imperio romano que se lea insuperablemente bien en Montesquieu o Gibbon sería una enorme metedura de pata en boca de un senador romano, cuyo peculiar negocio consistía en detener tal decadencia. Es cierto que

en nuestros modernos parlamentos podríamos imaginar a un orador independiente que, habiendo perdido la esperanza de influir en el curso de los acontecimientos, se hiciera cargo de un papel carente de dignidad e interés y se contentara con asumir una posición neutral e irónica. Es un papel que interpretó con más o menos fortuna el difunto señor Garnier Pages —no el señor Garnier Pages de la memoria del gobierno provisional de la Cámara de Diputados de Luis Felipe de Orleáns—; pero al señor Disraeli, líder declarado de una facción obsoleta, hasta un éxito en esa línea le parecería un supremo

fracaso. Ciertamente, el motín del ejército de la India ofrecía una oportunidad magnífica para una exhibición oratoria. Pero, aparte de esta tediosa manera de tratar el tema, ¿cuál era el meollo de la moción que fue pretexto de su discurso? Ninguna moción en absoluto. Fingió estar impaciente por familiarizarse con dos documentos oficiales aunque del primero no estuviera seguro de su existencia y del segundo no supiera si versaba sobre el tema en cuestión. De manera que su discurso y su moción carecían de puntos de contacto salvo el de que la moción anunciaba un discurso

que no tenía el menor objeto y el objeto se confesaba indigno de un discurso. Pese a todo, en tanto que manifestaba la muy elaborada opinión del estadista sin cargo más eminente de Inglaterra, el discurso del señor Disraeli debía llamar la atención de las naciones extranjeras. Me conformaré con citar literalmente un breve análisis de sus «consideraciones sobre el declive del Imperio anglo-indio»:

¿Son los disturbios de la India indicación de un motín militar, o se trata de una revuelta nacionalista? ¿Es la conducta de las tropas consecuencia de un impulso repentino o resultado de una

conspiración organizada?

Sobre estos puntos centra el señor Disraeli toda la cuestión. Hasta los diez últimos años, afirmó, el Imperio británico en la India se fundaba en el viejo principio *divide et impera*, pero este principio se puso en práctica respetando las diversas nacionalidades de la India, evitando injerencias en la religión y protegiendo la propiedad de la tierra. El ejército cipayo era la válvula de seguridad que amortiguaba los turbulentos ánimos del país. Pero en los últimos años el gobierno de la India ha adoptado un nuevo principio, el

principio de destruir la nacionalidad, y ha sido aplicado mediante la destrucción forzosa de los príncipes nativos, la alteración del acuerdo sobre la propiedad y la intromisión en las creencias religiosas del pueblo. En 1848, las dificultades económicas de la Compañía de las Indias Orientales llegaron a un punto en que se hizo necesario aumentar sus ingresos de la forma que fuese. Y entonces se publicó una nota oficial que establecía, prácticamente sin ocultarlo, el principio de que la única forma de obtener ese aumento de ingresos era ampliando los territorios británicos a expensas de los

de los príncipes nativos. En consecuencia, tras la muerte del rajá de Sattara, la Compañía de las Indias Orientales no reconoció a su heredero adoptivo y se apropió de los dominios del rajá. Desde ese momento, el sistema de anexiones se aplicó siempre que fallecía un príncipe nativo sin dejar herederos naturales. Del principio de adopción^[161], verdadera piedra angular de la sociedad india, el gobierno hizo caso omiso sistemáticamente. Y así, entre 1848 y 1854, el Imperio británico se ha anexionado a la fuerza los territorios de más de una docena de príncipes independientes. En 1854 se

apoderó del raj de Berar, que comprende más de doscientos mil kilómetros cuadrados, una población de entre cuatro y cinco millones de habitantes y enormes tesoros. El señor Disraeli concluye la lista de anexiones forzadas con Oudh, que enfrentó al gobierno de la India Oriental no solo con los hindúes, sino con los mahometanos. El señor Disraeli prosigue señalando que los pactos sobre propiedad en la India se vieron alterados por el nuevo sistema de gobierno de los últimos diez años.

El principio de la ley de adopción —

dice— no es prerrogativa de los príncipes y principados de la India, se refiere a todo hombre del Indostán que tenga propiedades y profese la religión hindú.

Cito un párrafo:

El gran feudatario, o jagirdar, que tiene sus tierras por haber prestado un servicio a su señor, y el enamdar, que tiene tierras y no tributa y que se corresponde, aunque no precisamente en un sentido popular, con nuestro propietario de pleno dominio; ambas clases, que en la India son más numerosas, a falta de sucesores naturales, encuentran siempre en este principio el medio de encontrar quien

herede la propiedad. A todas estas clases afectó la anexión de Sattara, la anexión de los territorios de los diez príncipes inferiores pero independientes a quienes ya he aludido. Y se vieron más que afectados, sintieron el más profundo terror cuando se produjo la anexión del raj de Berar. ¿Qué hombre estaba a salvo? ¿Qué feudatario, qué propietario que no tuviera un hijo de su propia sangre estaba a salvo en toda la India? (Bravos). Sus miedos no eran infundados; se concretaban y manifestaban en la práctica por todo el país. Se reanudaron por primera vez en la India los jagires y los inams. Ha habido, sin duda, momentos impolíticos en los que se ha intentado investigar diversos títulos, pero nadie había soñado jamás con

abolir la ley de adopción; no había existido nunca, por tanto, ninguna autoridad ni gobierno en posición de expropiar jagires e inams cuyos titulares no hubieran dejado herederos naturales. Ahí estaba una nueva fuente de ingresos; y, mientras todas estas cosas influían en el ánimo de los indios, el gobierno adoptó una nueva medida para modificar el pacto sobre la propiedad sobre la cual debo ahora pedir la atención de la Cámara. La Cámara es consciente, no me cabe duda, tras haber leído las pruebas presentadas ante el comité en 1853, de que hay en la India grandes extensiones de tierra que están exentas del impuesto sobre la propiedad. Y estar exento de ese impuesto en la India significa mucho más que estarlo en este país, porque, en

general, y para que nos entendamos, el impuesto sobre la propiedad, la contribución, es en la India el único impuesto estatal.

Es difícil saber cuál es el origen de esa concesión, pero sin duda es muy antiguo. Es de distintas clases. Además de las propiedades particulares de pleno dominio, que son muy numerosas, hay grandes concesiones de tierra que no tienen que pagar el impuesto y que pertenecen a templos y mezquitas.

Con el pretexto de peticiones de exención fraudulentas, el gobernador general británico examinó personalmente los títulos de propiedad de los bienes inmuebles de la India.

Según el nuevo sistema establecido en 1848,

el plan de investigar los títulos de propiedad se acometió de una vez como prueba de la autoridad del gobierno, del vigor del ejecutivo, y por ser una muy lucrativa fuente de ingresos públicos. Entonces se formaron comisiones para investigar los títulos de propiedad de la presidencia de Bengala y los territorios adyacentes. Y lo mismo sucedió en la presidencia de Bombay. También se encargaron estudios en las provincias de reciente colonización con el fin de organizar comités que, una vez concluidos dichos estudios, demostraran la eficiencia debida. Ya no cabe duda de que en los nueve últimos

años la labor de estas comisiones que han investigado las propiedades de pleno dominio de la India ha progresado con enorme celeridad y obtenido grandes resultados.

El señor Disraeli calcula que la recuperación de bienes raíces de sus propietarios particulares asciende a no menos de 500.000 libras anuales en la presidencia de Bengala, 370.000 en la presidencia de Bombay, 200.000 en el Punjab, etcétera. No contento con este método de expropiación de propiedades nativas, el gobierno británico suspendió el pago de las pensiones de los grandes de la India, al que le obligaba cierto

tratado.

Esto —afirma el señor Disraeli— es confiscación mediante un nuevo método pero a una escala mucho más grande, chocante e inesperada.

El señor Disraeli trata a continuación las intromisiones en la religión de los nativos, un punto sobre el que no es necesario que nos detengamos. Tras exponer los antecedentes llega a la conclusión de que los disturbios que hoy se producen en la India no son un motín militar, sino una revuelta nacionalista de la que los cipayos son solo el instrumento. Y concluye su arenga

aconsejando al gobierno que concentre su atención en la reforma interna de la India en lugar de proseguir con su actual y agresivo rumbo.

Revuelta en la India

(II)

15 de septiembre de 1857

El correo del Báltico informa de nuevos sucesos en la India, pero lleva un sinfín de detalles interesantes que procedemos a condensar para instruir a nuestros lectores. Lo primero que hay que señalar es que el 15 de julio, una fecha bien avanzada, los ingleses todavía no habían entrado en Delhi. Al mismo tiempo, el cólera ha hecho su aparición en su campamento, la época de las lluvias ha

llegado y el fin del asedio y la retirada de los sitiadores parecen solo cuestión de tiempo. La prensa británica querría creer de buena gana que la peste, que se ha llevado al general *sir* H. Barnard, ha perdonado la vida a sus hombres, peor alimentados pero más curtidos. Hay por tanto un sinfín de declaraciones explícitas, comunicados a la opinión pública, pero a tenor únicamente de lo que se infiere de los hechos contrastados podremos hacernos una idea cabal de los estragos que la terrible enfermedad está causando en las filas del ejército atacante. El 14 de julio un oficial del campamento de Delhi escribía:

No hacemos nada por tomar Delhi y nos limitamos a defendernos de las incursiones del enemigo. Contamos con partes de cinco regimientos europeos, pero solo podemos reunir a dos mil soldados europeos para cualquier ataque efectivo; han enviado grandes destacamentos de todos los regimientos a Jalandhar, Ludhiana, Subathoo, Dugshale, Kussowlie, Ambala, Meerut y Phillaur. De hecho, de cada regimiento solo se han unido a nosotros pequeñas secciones. El enemigo es muy superior a nosotros en artillería.

Lo dicho demuestra que las tropas que llegan del Punjab han encontrado la gran línea de comunicación del norte, que discurre entre Jalandhar y Meerut,

en estado de rebelión, y en consecuencia se vieron obligadas a dejar destacamentos en los principales puestos militares. Así se entiende que las unidades procedentes del Punjab no sumen tantos efectivos como se esperaba, pero no que el número de soldados europeos se haya reducido a dos mil. El 30 de julio el corresponsal de The Times daba otra explicación a la pasiva actitud de los sitiadores:

En realidad, sí han llegado refuerzos a nuestro campamento —un ala del octavo (del Rey), otra del 61.º, una compañía de artillería a pie y dos cañones de una unidad nativa, el 17.º

Regimiento de Caballería Irregular (escortando un cargamento de municiones), el 2.º de Caballería del Punjab, el 1.º de Infantería del Punjab y el 4.º de Infantería Sij—, pero de los soldados nativos que se han sumado a las tropas de sitio no nos podemos fiar aunque estén integrados en unidades europeas o combatan junto a ellas. En los regimientos de caballería de las fuerzas del Punjab hay muchos musulmanes e hindúes de castas superiores provenientes del Indostán y de Rohilcund y ambos componen el grueso de la caballería irregular bengalí. Como grupo, estos hombres son profundamente desleales y, con independencia de su número, su presencia en el ejército resulta delicada—como ya se ha demostrado—. En el

2.º de Caballería del Punjab ha sido necesario desarmar a setenta hombres y colgar a tres, uno de ellos oficial superior. En el 9.º de Irregulares, que ya lleva algún tiempo integrado en la fuerza, han desertado varios soldados y tengo entendido que tropas del 4.º de Irregulares han asesinado al intendente, que había salido con un destacamento.

Aquí nos revelan otro secreto. Al parecer, el campamento de Delhi guarda cierta similitud con el de Agramante^[162] y los ingleses no solo deben luchar contra el enemigo que tienen enfrente, sino con los aliados que integran sus líneas. Aun así, este hecho no explica por qué solo se pueden reunir

dos mil europeos para operaciones ofensivas. Una tercera pluma, el corresponsal en Bombay de *The Daily News*, hace una relación pormenorizada de las fuerzas reunidas bajo el mando del general Read, sucesor de Barnard, y parece fiable, porque enumera uno por uno los distintos elementos de que se componen. Según esa relación, unos 1200 europeos y 1600 sijs, caballería irregular, etcétera, que en conjunto sumaban unos tres mil hombres al mando del brigadier-general Chamberlain llegaron desde el Punjab al campamento de Delhi entre el 23 de junio y el 3 de julio. Por otro lado, este corresponsal

calcula en siete mil hombres el conjunto de fuerzas comandadas por el general Read, incluidos artillería de campo y cañones de asedio; de tal forma que, antes de la llegada de refuerzos del Punjab, el ejército de Delhi no podía superar los cuatro mil efectivos. *The London Times* del 13 de agosto declaró que *sir* H. Barnard había reunido un contingente de siete mil británicos y cinco mil nativos, pero era una flagrante exageración. Hay motivos para creer que las tropas europeas ascendían entonces a unos cuatro mil hombres respaldados por un número inferior de nativos. La fuerza original de Barnard

era, pues, tan poderosa como la que ahora manda el general Read. Por lo tanto, los refuerzos del Punjab han servido únicamente para compensar el desgaste que ha reducido los efectivos de los sitiadores casi a la mitad, pérdida enorme que se debe en parte a la incesante sangría de rebeldes y en parte a los estragos del cólera. Ahora comprendemos por qué Read solo puede reunir dos mil europeos para «cualquier ataque efectivo».

Eso en lo que respecta a la capacidad de las fuerzas británicas en Delhi. En cuanto a las operaciones, que no han sido demasiado brillantes se

puede deducir del simple hecho de que, desde el 8 de junio, cuando el general Barnard redactó su informe de la captura de los altos que dominan la ciudad, el cuartel general no haya vuelto a hacer pública nota alguna. Con una sola excepción, las operaciones consisten en incursiones de los sitiados que los sitiadores no dejan progresar. Los sitiadores son atacados unas veces por los flancos y otras frontalmente, pero sobre todo en la parte derecha de su retaguardia. Hubo ataques los días 27 y 30 de junio y el 3, 4, 9 y 14 de julio. El 27 de junio la lucha se limitó a escaramuzas de algunas horas en los

puestos de avanzadilla, pero por la tarde quedó interrumpida por una fuerte lluvia, la primera de la estación. El 30 de junio los insurgentes hicieron una demostración de fuerza ante las cercas del ala derecha del ejército de asedio y hostigaron a pelotones y unidades de apoyo. El 3 de julio, a primera hora de la mañana, los sitiados llevaron a cabo un ataque de diversión a la derecha de la retaguardia de las posiciones inglesas y luego avanzaron varios kilómetros por el camino de Kurnaul hasta Alipur con la intención de interceptar una caravana de suministros que avanzaba hacia el campamento. Antes de llegar

encontraron una avanzadilla del 2.º de Caballería Irregular del Punjab, que cedió de inmediato. El día 4, al regresar a la ciudad, los rebeldes fueron atacados por un destacamento compuesto por mil soldados de infantería y dos escuadrones de caballería enviados desde el campamento para interceptarlos. Pero consiguieron retirarse sin apenas bajas y sin perder sus cañones. El 8 de julio, desde el campamento británico mandaron una patrulla con órdenes de destruir un puente sobre un canal en el pueblo de Bussy, a unos diez kilómetros de Delhi, que en salidas anteriores los insurgentes

habían aprovechado para lanzarse sobre el extremo de la retaguardia británica e interceptar la línea de comunicaciones con Kurnaul y Meerut. El puente fue destruido. El 9 de julio, los rebeldes volvieron a salir de Delhi en buen número y atacaron el ala derecha de la retaguardia británica. Las crónicas oficiales telegrafiadas desde Lahore ese mismo día calculan que los asaltantes sufrieron casi un millar de muertos, pero la cifra parece exagerada, porque una carta enviada desde el campamento el 13 de julio dice:

Nuestros hombres quemaron y

enterraron a doscientos cincuenta muertos del enemigo, que se llevó por sus medios un gran número de cadáveres a la ciudad.

En la misma carta, publicada en *The Daily News*, su autor no pretende hacernos creer que los británicos forzaron la retirada de los cipayos y afirma que sucedió todo lo contrario, que «los cipayos hicieron retroceder a todas nuestras unidades y luego se retiraron». Las tropas de asedio sufrieron bajas considerables: doscientas doce entre muertos y heridos. El 14 de julio, y a raíz de otra incursión, se produjo otro combate encarnizado

cuyos detalles todavía desconocemos.

Entretanto, los sitiados han estado recibiendo grandes refuerzos. El 1 de julio, los amotinados de Bareilly, Moradabad y Shahjehanpur, localidades del Rohilcund, agrupados en cuatro regimientos de infantería, uno de caballería irregular y una batería de artillería, consiguieron entablar contacto con sus compañeros de Delhi. El corresponsal de The London Times en Delhi comenta:

Había esperanzas de que, a su llegada, el Ganges fuera infranqueable, pero la prevista crecida no se había producido y vadearon el río por Gurmukteser, luego

cruzaron el Doab y llegaron a Delhi. Durante dos días nuestras tropas sufrieron la humillación de tener que ver la larga caravana de hombres, cañones, caballos y animales de carga de todas clases (porque los rebeldes trasladaban mercancías por valor de, digamos, 50.000 libras) cruzar el puente de pontones que entra en la ciudad sin ninguna posibilidad de evitarlo o de interrumpir su paso de alguna forma.

Esta marcha triunfal de los insurgentes a lo largo y ancho de Rohilcund demuestra que, desde la punta de Jumna hasta las colinas de Rohilcund, todo el país se esfuerza por cerrar filas

contra las tropas británicas, cuando, si se relaciona con las revueltas de Indore y Mhow, el avance sin oposición de los rebeldes entre Nimach y Agra demuestra lo mismo para el conjunto del país al sudoeste de Jumna y hasta las montañas de Vindhya. La única operación victoriosa —en realidad, la única operación— de los ingleses en Delhi es la pacificación del norte y noroeste del país por parte de las tropas sijs del Punjab que comanda el general Van Cortlandt.

A lo largo de la región que discurre entre Ludhiana y Sirsa se toparon con las tribus de forajidos que habitan en

aldeas dispersas de un desierto despoblado y arenoso. Hay noticias de que el 11 de julio salió de Sirsa en dirección a Futtehabad y de ahí marchó a Hisar, despejando el campo a retaguardia del ejército que sitia Delhi.

Además de Delhi, otras tres poblaciones de las provincias noroccidentales —Agra, Kanpur y Lucknow— se han convertido en centros de la lucha entre ingleses y nativos. En Agra, la situación ha adquirido un aspecto peculiar porque, por primera vez, los amotinados han organizado una expedición deliberada de unos quinientos kilómetros con la intención

de atacar un lejano puesto militar británico. Según *The Mofussilite*, diario impreso en Agra, los regimientos cipayos de Nusserabad y Nimach, compuestos por unos diez mil efectivos (7000 soldados de infantería, 1500 de caballería y 8 cañones), se aproximaron a Agra a finales de junio, acamparon a principios de julio en una llanura próxima a la aldea de Sussia, a unos treinta kilómetros de Agra, y el 4 de julio se prepararon para atacar la ciudad. Al conocer la noticia, los residentes europeos de los acantonamientos de Agra se refugiaron en el fortín de la ciudad. El comandante

de Agra envió en primer lugar al contingente de Kotah, compuesto por infantería, caballería y artillería, para que sirviera de avanzadilla contra el enemigo, pero al llegar a su destino, todos sus elementos se unieron a los rebeldes. El 5 de julio, la guarnición de Agra, integrada por los europeos del 3.º de Bengala, una batería artillera y una unidad de voluntarios también europeos, salió del fortín para hacer frente a los amotinados, y hay noticias de que los han expulsado de la ciudad a la llanura de las afueras pero que, a su vez, se vieron obligados a replegarse y, después de 49 muertos y 92 heridos de un total

de 500 hombres, emprendieron la retirada hostigados por la caballería enemiga, tan activa que, según *The Mofussilite*, se vieron obligados a ir evitando «los disparos». En otras palabras, los ingleses se dieron a la fuga y se encerraron en el fortín mientras los cipayos, que avanzaron sobre Agra, destruyeron casi todas las casas del acantonamiento. Al día siguiente, 6 de julio, en ruta hacia Delhi atacaron Bharatpur. La consecuencia más importante de estos sucesos es que los amotinados han cortado la línea de comunicación entre Agra y Delhi y que probablemente hagan su aparición ante

la antigua ciudad de los mogoles.

En Kanpur, según hemos sabido por el último despacho, un contingente europeo compuesto por unos doscientos hombres al mando del general Wheeler y acompañado por las mujeres y niños del 32.º de Infantería tuvo que encerrarse tras una muralla y se vio rodeado por una masa de rebeldes abrumadoramente más numerosa comandada por Nena *Sahib*, de Bithur. El 17 y entre el 24 y el 28 se produjeron distintos ataques. En el último, el general Wheeler recibió un disparo que le atravesó la pierna y murió a raíz de las heridas. El 28 de junio, Nena *Sahib* invitó a los ingleses a

rendirse diciéndoles que les dejaría bajar el Ganges en bote hasta Allahabad. Los británicos aceptaron las condiciones de la rendición, pero apenas llegaron a mitad del cauce, unos cañones abrieron fuego desde la ribera derecha del río. Un cuerpo de caballería rebelde alcanzó y mató a los que intentaron escapar por la orilla de enfrente. A las mujeres, a los niños los hicieron prisioneros. Después de enviar varios mensajes desde Kanpur y Allahabad pidiendo su liberación, el 1 de julio una columna de sijs y fusileros al mando del mayor Renaud partió de Madrás en dirección a Kanpur. A siete kilómetros de Futteypore se le unió, el

13 de julio al amanecer, el brigadier-general Havelock, que, a la cabeza de 1300 europeos del 64.º, del 84.º, del 13.º de Caballería Irregular y de los restos de los irregulares de Oudh, había llegado a Allahabad desde Benarés el día 3 y luego había alcanzado a la columna de Renaud a marchas forzadas. El día del encuentro con Renaud se vio obligado a aceptar batalla a las puertas de Futteypore, donde Nena *Sahib* había dejado sus tropas nativas. Tras un obstinado combate y gracias a un movimiento sobre el flanco enemigo, el general Havelock consiguió expulsar de Futteypore a los rebeldes, que huyeron

en dirección a Kanpur, donde tuvo que hacerles frente por dos veces los días 15 y 16. El 16, los ingleses reconquistaron Kanpur y Nena *Sahib* se retiró a Bithur, que se encuentra sobre el Ganges, a veinte kilómetros de la primera ciudad, y está bien fortificada. Antes de encaminarse a Futteypore, Nena *Sahib* había asesinado a todos los niños y mujeres ingleses cautivos. Haber recuperado Kanpur es de suma importancia para los británicos porque de esta manera se aseguran la línea de comunicación del Ganges.

En Lucknow, capital de Oudh, la guarnición británica se encontró en una

situación casi tan grave como la de sus compañeros de Kanpur: sitiados en un fortín, rodeados de una fuerza muy superior en número, con muy escasas provisiones y sin comandante. *Sir* H. Lawrence murió el 4 de julio a consecuencia del tétanos contraído después de recibir un balazo en una pierna el día 2 durante una operación militar. Los días 18 y 19 de julio, Lucknow todavía resistía. Su única esperanza de auxilio dependía de que llegaran las tropas del general Havelock desde Kanpur. La pregunta es si el general se habrá decidido a acudir en ayuda de Lucknow con *Nena Sahib* a sus

espaldas. Sin embargo, cualquier retraso sería fatal, porque, con las lluvias, todos los campos de batalla serán impracticables.

Tras el examen de estos acontecimientos, la conclusión obligada es que, en las provincias del noroeste de Bengala, las fuerzas británicas derivan poco a poco a una situación que semeja la de unos postes plantados en rocas aisladas en medio de un mar de revolución. En el sur de Bengala solo se han producido actos parciales de insubordinación en Mirzapur, Dinapur y Patna, además de la infructuosa tentativa de los brahmines itinerantes de la región

por recapturar la ciudad sagrada de Benarés. En el Punjab, los británicos sofocaron a la fuerza el espíritu de rebelión con la represión de un motín en Sealkote, otro en Jhelum, y un arreglo satisfactorio de la desafección de Peshawar. También ha habido brotes de sublevación en Gujarat, Punderpur (Sattara), Nagpur y Saugor, otra población del territorio de Nagpur, en Hyderabad, territorio de Nizam, y, por último, en un punto tan meridional como Mysore, de modo que hay que pensar que la calma de las presidencias de Bombay y Madrás no está, de ninguna forma, totalmente asegurada.

Sobre las torturas en la India

17 de septiembre de 1857

Nuestro corresponsal en Londres, cuyo artículo sobre la revuelta de la India publicamos ayer, se refería con gran acierto a los antecedentes que allanaron el camino para esa violenta erupción. Hoy nos proponemos dedicar un momento a proseguir sus reflexiones para demostrar que los gobernantes británicos de la India no son en modo alguno tan dulces e inmaculados

benefactores del pueblo indio como quieren hacer creer al mundo. Con este propósito recurriremos a los *Blue Books* de las discusiones sobre torturas en la India que han dejado las sesiones de la Cámara de los Comunes de 1856 y 1857. Las pruebas, como veremos, son tan patentes que resulta imposible negarlas.

Examinemos en primer lugar el Informe de la Comisión de Torturas en Madrás, que afirma creer «en la existencia generalizada de torturas por el impago de impuestos». Y duda si «todos los años habrá tantas personas víctimas de violencia por delitos

criminales como por no pagar impuestos».

Además, declara: «Una cosa que ha impresionado a la Comisión todavía más profundamente que la convicción de que hay torturas es la dificultad de obtener compensaciones que sufren las personas agraviadas». Según los comisionados, son varios los motivos de dicha dificultad: 1) las distancias que tienen que recorrer quienes desean presentar una queja personalmente al recaudador, lo cual supone ciertos gastos y una enorme pérdida de tiempo; 2) el temor a que las quejas presentadas por carta «sean devueltas con la típica sanción de

que sean remitidas al *tahsildar*», la policía del distrito y el inspector tributario, es decir, al mismo hombre que bien en persona bien a través de sus subordinados de la policía ha aplicado la tortura; 3) los ineficaces procedimientos de imputación y castigo que la ley prescribe para los funcionarios del Estado incluso cuando son acusados y condenados oficialmente por estas prácticas. Da la impresión de que, si cargos de esta naturaleza se probaran ante un magistrado, la sentencia se reduciría a una multa de cincuenta rupias o un mes de cárcel. La alternativa consiste en poner al acusado

en manos de «un juez de lo penal para que lo sentencie, o en que lo juzgue un tribunal superior».

El informe añade: «Parece un procedimiento muy engorroso aplicable únicamente a un tipo de delitos, los de abuso de la autoridad, es decir, acusaciones contra la policía, y completamente inapropiado a las necesidades del caso».

Cuando a un policía, o inspector tributario, que son la misma persona porque es la policía quien recauda los impuestos, se le acusa de extorsión, primero es juzgado por el recaudador ayudante; luego puede apelar al propio

recaudador, y luego a la Junta de Recaudación. Esta junta le puede remitir al gobierno o a los tribunales de lo civil:

Siendo así la ley, ninguna persona realmente pobre puede enfrentarse a un acaudalado recaudador, y no tenemos noticia de que con la presente normativa (leyes de 1822 y 1828) haya salido adelante ninguna queja presentada por un ciudadano.

Por otra parte, el delito de extorsión se refiere solo a los casos de apropiación de dinero público o de coacción a los campesinos y

arrendatarios por parte del recaudador. No hay, por tanto, medios legales para castigar el empleo de la fuerza en la recaudación de tributos.

El informe que venimos citando se centra solamente en la presidencia de Madrás, pero en una carta de septiembre de 1855 a las autoridades competentes, el propio lord Dalhousie afirmaba:

Hace tiempo que hemos dejado de tener dudas y sabemos que los subordinados de inferior categoría de todas las provincias británicas practican una u otra forma de tortura.

La práctica de la tortura como

institución económica universal en la India británica ha sido, como vemos, admitida oficialmente, pero se hace de manera tal que el gobierno británico quede protegido. En realidad, la conclusión a la que llega la Comisión de Madrás es que la práctica de la tortura es enteramente culpa de los funcionarios indios de menor rango, mientras que los funcionarios europeos del gobierno siempre han hecho cuanto estaba en su mano por evitarla, aunque hayan fracasado. En respuesta a esta afirmación, la Asociación de Nativos de Madrás elevó en enero de 1856 una petición al Parlamento protestando por

la investigación de las torturas por los siguientes motivos: 1) apenas se había llevado a cabo investigación alguna; la Comisión se había reducido a examinar casos en la ciudad de Madrás y solo durante tres meses, mientras que, con algunas excepciones, a los nativos que tenían quejas que presentar les resultaba imposible abandonar su casa; 2) los comisionados no se esforzaron por remontarse a los orígenes de este mal; si lo hubieran hecho, habrían descubierto que se encuentran en el sistema de recaudación mismo; 3) nadie ha investigado a los funcionarios nativos acusados para saber hasta qué punto sus

superiores conocían la práctica denunciada.

El origen de la coerción —dicen los peticionarios— no está en sus perpetradores físicos, sino que viene de los funcionarios que son sus superiores inmediatos, que a su vez responden en función de las estimaciones de recaudación ante sus superiores europeos, que a su vez son responsables ante la más alta autoridad del gobierno.

En realidad, bastarán unos párrafos de la relación de pruebas contrastadas que figura en el informe sobre las torturas en Madrás para refutar la afirmación, que aparece en el propio

informe, de que «los ingleses no tienen ninguna culpa». Un comerciante, el señor W. D. Kohlhoff, afirma:

Las formas de tortura que se practican son diversas y responden a los caprichos del tahsildar o sus subordinados, y me resulta difícil precisar si [los afectados] reciben alguna compensación de autoridades superiores porque, en general, todas las quejas son remitidas al tahsildar y es él quien investiga e informa.

Entre las quejas de los nativos encontramos las siguientes:

El año pasado, como nuestro peasanum

(arrozal) no dio una buena cosecha por falta de lluvia, no pudimos pagar lo acostumbrado. Cuando se hizo el *jamabundy*^[163], pedimos una exoneración a causa de las pérdidas según el acuerdo al que llegamos en 1837, siendo el señor Eden nuestro recaudador. Como no nos la autorizaron, nos negamos a pagar la renta. Entonces el *tahsildar* se mostró muy severo y nos obligó a pagar los meses de junio, julio y agosto. A mí y a otros nos detuvieron unas personas que nos tenían a pleno sol, nos obligaban a agacharnos y nos ponían piedras a la espalda; y nos teníamos que quedar allí, sobre la arena, que abrasaba. A las ocho nos dejaban ir a nuestros arrozales. El maltrato duró tres meses durante los cuales íbamos a veces a entregar

nuestras reclamaciones al recaudador, que se negaba a admitirlas. Cogimos las reclamaciones y apelamos al Tribunal Superior, que se las transmitió al recaudador. Todavía no nos han hecho justicia. En el mes de septiembre nos llegó una notificación y veinticinco días después embargaron nuestra propiedad para después venderla. Aparte de lo que acabo de contar, también maltrataron a nuestras mujeres practicándoles el kittee en los pechos^[164].

Al ser interrogado, un nativo cristiano respondió así a los comisionados:

Cuando un regimiento europeo o nativo atraviesa la región, obligan a todos los

campesinos a traer provisiones sin darles nada a cambio, y, si alguno les pide lo que cuestan los productos, lo torturan cruelmente.

A continuación el Informe recoge el caso de un brahmín que, junto con otros de su aldea y de las aldeas vecinas, fue convocado en presencia de los *tahsildar* para que les entregara tablas, carbón, leña, etcétera, que tenía que llevar a las obras del puente de Coleroon. Como se negó, le apresaron doce hombres que le maltrataron de diversas formas. Y el hombre añade:

Presenté una queja al señor W. Cadell,

subinspector de recaudación, pero no hizo preguntas y rasgó en dos mi queja. Como quiere que las obras del puente de Coleroon le salgan barato a costa de los pobres y así labrarse un nombre ante las autoridades, sea cual sea el delito cometido por el tahsildar, se niega a reconocerlo.

Nada ilustra mejor la actitud de las más altas autoridades ante prácticas ilegales que llevan al extremo la extorsión y la violencia que el caso del señor Brereton, comisionado responsable del distrito de Ludhiana, que lleva en el Punjab desde 1855. Según el Informe del comisionado jefe para el Punjab, se demuestra que

en asuntos que dependen de la dirección o son competencia directa del subcomisionado señor Brereton, se han registrado sin causa alguna las casas de algunos ciudadanos ricos; que en tales casos las autoridades se han incautado de propiedades por períodos largos de tiempo; que muchos afectados fueron encarcelados varias semanas sin que se presentaran cargos contra ellos; y que las leyes relativas a la seguridad por mala conducta se han aplicado con severidad extrema e indiscriminada. Que en su recorrido por varios distritos han seguido al subcomisionado ciertos informadores y agentes de policía a quienes recurría allí donde iba, y que estos hombres han sido los principales autores de todo tipo de tropelías.

Al levantar acta del caso, lord Dalhousie declara:

Tenemos pruebas irrefutables — pruebas, en realidad, que ni siquiera el propio señor Brereton discute— de que ese oficial es culpable de todos los cargos del nutrido catálogo de irregularidades e ilegalidades de que el comisionado jefe le acusa y por el que una parte de la administración británica ha caído en desgracia y un gran número de súbditos británicos han sufrido grandes injusticias, encarcelamientos arbitrarios y crueles torturas.

Lord Dalhousie propone «dar un gran ejemplo público», por lo que opina

que

de momento no se puede confiar al señor Brereton el cargo de subcomisionado. Hay que degradarle, privarle del cargo y darle el de ayudante de primera clase.

Podemos concluir estos extractos de los *Blue Books* con la reclamación de los habitantes de Talook, Canara, costa malabar, quienes, tras declarar que han presentado varias reclamaciones al gobierno sin resultado alguno, comparan su situación actual con la anterior:

Mientras cultivábamos tierras de secano y regadío, parcelas en montes y

montañas, bosques y llanuras, y pagábamos la pequeña contribución que nos asignaban, disfrutábamos de paz y tranquilidad bajo la administración de «Ranee», Bhadur y Tippoo, en aquel entonces servidores del circar^[165]; nos impusieron un tributo adicional, pero nunca lo pagábamos. No vivíamos sometidos a privaciones, opresiones ni malas prácticas cuando recaudaban el impuesto. Cuando este país se entregó a la Honorable Compañía^[166], ésta urdió todo tipo de planes para exprimirnos y sacarnos el dinero. Con este pernicioso objetivo en mente inventaron normativas y regulaciones, y exigieron a sus jueces y recaudadores que las aplicaran. Pero los recaudadores y los funcionarios nativos que tenían por subordinados prestaron atención a

nuestros agravios por algún tiempo y actuaron atendiendo a nuestros deseos. Por el contrario, los recaudadores de hoy y sus subordinados, deseosos de conseguir un ascenso a cualquier precio, descuidan el bienestar y los intereses del pueblo en general y hacen oídos sordos a nuestros males, sometiéndonos a todo tipo de opresiones.

Lo que acabamos de relatar no es sino un breve y descolorido capítulo de la verdadera historia del dominio británico de la India. En vista de los hechos, los hombres desapasionados y reflexivos tal vez tengan ganas de preguntar si un pueblo no tiene derecho

a expulsar a conquistadores extranjeros que han torturado a sus súbditos. Y, habiendo los ingleses cometido esas fechorías a sangre fría, ¿no resultaría sorprendente condenar, en el fragor de la sublevación y la contienda, a los indios rebeldes por los crímenes y crueldades que se les achacan?

El gobierno británico y la trata de esclavos

Londres, 18 de junio de 1858

El 17 de junio, en la Cámara de los Lores, el obispo de Oxford introdujo la cuestión de la trata de esclavos y presentó una petición contra ella de la parroquia jamaicana de Saint Mary. La impresión que los debates sin duda producirán en las personas sin grandes prejuicios es la de la gran moderación del gobierno británico actual y su firme propósito de evitar todo pretexto para

una disputa con Estados Unidos. Lord Malmesbury dejó caer el «derecho de visita» de los buques americanos con la siguiente declaración:

Estados Unidos dice que, por ningún concepto, por ningún motivo y aunque existiera alguna sospecha, puede ningún barco americano ser abordado por otro barco que no sea también americano sino a riesgo del oficial que lo aborde o detenga. Yo no admito la normativa internacional tal y como la presenta el ministro de Asuntos Exteriores americano hasta que los agentes de la ley de la Corona hayan aprobado y confirmado esa declaración. Pero, habiendo admitido esto, con la mayor rotundidad posible he hecho saber al

gobierno americano que, sabiendo que la enseña americana vale para ocultar cualquier iniquidad, cualquier pirata y esclavista del mundo hará ondear esa bandera y ninguna otra, que esta circunstancia será la deshonra de ese honorable estandarte, y que, por vindicar el honor de su país mediante la obstinada adhesión a su presente declaración, obtendrá el resultado contrario del que espera: la prostitución de la bandera americana por la peor de las causas. Continuaré defendiendo que, en estos tiempos civilizados y cuando son incontables los navíos que surcan el océano, es necesario que haya policía en los mares, que debería existir, si no una normativa internacional rígida, sí un acuerdo entre las naciones que estableciera hasta dónde se puede llegar

para verificar la nacionalidad de un buque y su derecho a lucir una bandera en particular. Por el vocabulario que he utilizado, por las conversaciones que he tenido con el ministro americano que reside en este país y por las observaciones que figuran en el certero escrito del general Cass sobre este tema, no me faltan esperanzas de llegar a algún acuerdo con Estados Unidos, un acuerdo que, con las órdenes dadas a los oficiales de ambos países, podría permitirnos comprobar las banderas de todos los países sin correr el riesgo de ofender a la nación a la que el buque pertenece.

Entre los bancos de la oposición tampoco se ha visto intento alguno de

vindicar el derecho de visita de Gran Bretaña contra Estados Unidos, pero, como señaló el conde Grey, los ingleses tienen tratados con España y otras potencias para la prevención de la trata de esclavos, y, si existen motivos razonables para sospechar que un buque se ha incriminado en ese tráfico abominable haciendo uso por un tiempo de la bandera de Estados Unidos, sin ser un buque en modo alguno americano, tienen derecho a abordarlo y registrarlo. Si, en cambio, el buque lleva documentación americana en regla, aunque esté lleno de esclavos, tienen el deber de permitir que siga su rumbo y

dejar a Estados Unidos la deshonra de ese tráfico inicuo. El conde esperaba, y confiaba en ello, que las órdenes a los cruceros británicos fueran estrictas a este respecto y que cualquier violación del acuerdo que los oficiales hayan permitido en cualesquiera circunstancias recibiría el castigo merecido.

La cuestión se centra entonces, aunque lord Malmesbury parece haber olvidado hasta esto, en si a los buques sospechosos de haber usurpado la bandera americana se les puede pedir la documentación o no. Lord Aberdeen negó directamente que tal medida pudiera ser polémica porque, si se diera

el caso, los oficiales británicos tendrían que proceder según las instrucciones que a su debido tiempo —instrucciones elaboradas por el doctor Lushington y *sir* G. Cockburn— habrían sido comunicadas al gobierno americano y que el señor Webster habría aceptado en nombre de dicho gobierno. Si, por tanto, estas instrucciones no cambiaran y los oficiales actuaran dentro de sus límites, «el gobierno americano no tendría motivo de queja». Al parecer, sin embargo, por las cabezas hereditariamente sabias de la Cámara rondaba la sospecha de que Palmerston había puesto en práctica uno de sus

habituales trucos a fin de introducir algún cambio arbitrario en las órdenes que se cursan a los cruceros británicos. Porque es bien sabido que, mientras se jactaba de su celo en la erradicación de la trata de esclavos, en sus once años al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores, que concluyeron en 1841, Palmerston rescindió todos los acuerdos relativos a la trata de esclavos, ordenó medidas que las autoridades judiciales británicas declararon criminales —de hecho, uno de sus instrumentos fue sometido a juicio— y se valió de las leyes inglesas para proteger, en contra de su propio gobierno, a un tratante de

esclavos. Eligió la trata de esclavos como campo de batalla y la convirtió en mero instrumento para provocar disputas entre Inglaterra y otros Estados. Antes de abandonar el cargo en 1841 dio instrucciones que, según palabras de *sir* Robert Peel, «tendrían que haber conducido, de no haber sido canceladas, a una colisión con Estados Unidos». Según sus propias palabras, había aconsejado a los oficiales de la marina «que no guardaran demasiado respeto a las leyes de las naciones». Aunque con un lenguaje muy discreto, lord Malmesbury dio a entender que «al enviar escuadras británicas a aguas de

Cuba en lugar de dejarlas en las costas de África», Palmerston las trasladaba de un destino donde, antes del estallido de la guerra de Rusia, casi habían logrado erradicar la trata de esclavos a otro donde de nada podían servir aparte de para dar pie a alguna disputa con Estados Unidos. Coincidiendo con este parecer, lord Woodhouse, difunto embajador de Palmerston en la corte de San Petersburgo, señaló:

Con independencia de las instrucciones dadas, si el gobierno autorizaba el traslado a aguas americanas de un número tan importante de navíos, antes o después acabarían por surgir

diferencias entre nosotros y Estados Unidos.

Aun así, fueran cuales fuesen las intenciones secretas de Palmerston, es evidente que el gobierno *tory* las ha frustrado en 1858 igual que ya sucedió en 1842, y que el grito de guerra que con tanto ardor han proferido el Congreso y la prensa está condenado a ser «mucho ruido y pocas nueces».

En cuanto a la trata de esclavos propiamente dicha, el obispo de Oxford y lord Brougham han denunciado que España es el principal sostén de tan nefanda actividad. Ambos han pedido

encarecidamente al gobierno británico que, con todos los medios a su alcance, obligue a ese país a llevar una política en consonancia con los tratados existentes. Ya en 1814, España y Gran Bretaña suscribieron un tratado de carácter general mediante el cual la primera condenaba inequívocamente la trata de esclavos. En 1817 firmaron un tratado específico mediante el cual España se comprometía a abolir el comercio de esclavos realizado por sus súbditos en el año 1820 y recibía, para compensar las pérdidas que sus súbditos pudiera sufrir por la suscripción del tratado, la cantidad de 400.000 libras

esterlinas. España se embolsó el dinero, pero no cumplió con su parte del trato. En 1835 entró en vigor un nuevo tratado mediante el cual España se comprometía formalmente a aprobar unas leyes penales suficientemente estrictas para que a sus súbditos les fuera imposible proseguir con la trata. El proverbial dicho español, «A la mañana^[167]», fue respetado una vez más a rajatabla. Las leyes penales no fueron aprobadas hasta diez años más tarde, pero, con singular mala suerte, la cláusula que más le interesaba a Inglaterra, la que convertiría la trata de esclavos en piratería, quedó excluida. En una

palabra, no se hizo nada a excepción de un impuesto privado que el capitán general de Cuba, el ministro del ramo, la camarilla y, si el rumor es cierto, la casa real cobraban a los tratantes por una licencia que les autorizaba a comerciar con carne y sangre humanas a tantos doblones por cabeza.

España —dijo el obispo de Oxford— no puede poner como excusa que no cuenta con fuerzas suficientes para impedir la trata de esclavos, porque el general Valdez ha demostrado que ese pretexto no tiene ningún viso de verdad. Al llegar a la isla reunió a los principales tratantes y, después de darles seis meses para acabar con todas sus

transacciones, les dijo que tenía determinación suficiente para darlo por clausurado al término de ese período. ¿Cuál fue el resultado? En 1840, año anterior a la llegada del general Valdez, el número de barcos llegados a Cuba desde las costas de África con esclavos fue de cincuenta y seis. En 1842, cuando el general Valdez ya era capitán general, solo llegaron tres. En 1840 desembarcaron en la isla no menos de 14.470 esclavos; en 1842, 3100.

Así pues, ¿qué va a hacer Inglaterra con España? ¿Repetir sus protestas, multiplicar sus despachos, retomar las negociaciones? El propio lord Malmesbury ha declarado que se

podrían cubrir las aguas que separan las costas de España de Cuba con los documentos que ambos gobiernos han intercambiado en vano. ¿O va Inglaterra a hacer cumplir sus reivindicaciones, sancionadas por tantos tratados? Ahí es donde aprieta el zapato, donde entra en escena la siniestra figura del «augusto aliado», ahora reconocido guardián del comercio de esclavos. El tercer Bonaparte, mecenas de la esclavitud en todas sus formas, impide que Inglaterra sea fiel a sus convicciones y a sus tratados. De lord Malmesbury, es sabido, se sospecha que goza de excesiva intimidad con el héroe de

Satory. Sin embargo, lo ha denunciado inequívocamente diciendo que es el mercader de esclavos de Europa entera, el hombre que ha revitalizado los peores rasgos de este infame comercio con el pretexto de la «libre emigración» de los negros de las colonias francesas. El conde Grey completó esta denuncia declarando que «se han emprendido guerras en África con el objetivo de apresar cautivos para venderlos a los representantes del gobierno francés». El conde de Clarendon añadió: «Tanto España como Francia fueron rivales en el mercado africano y ofrecían una suma determinada por hombre; y no existía la

menor diferencia en el trato dado a esos negros, los llevaran a Cuba o a alguna colonia francesa».

Tal es, pues, la gloriosa posición en que Inglaterra se encuentra por haber prestado ayuda a ese hombre para que acabara con la República. La Segunda República, como la Primera, había abolido la esclavitud. Bonaparte, que llegó al poder solo por haber claudicado servilmente a las pasiones más mezquinas de los hombres, sería incapaz de mantenerse en él si no comprara cada día nuevos cómplices. Porque no solo ha restaurado la esclavitud, también ha comprado a los plantadores con la

renovación del tráfico de esclavos. Todo lo que degrade la conciencia de la nación es para él un nuevo contrato para seguir en el poder. Convertir Francia en una nación que trafica con esclavos es el medio más seguro para esclavizarla. Porque, cuando era ella misma, Francia tuvo el valor de decirle al mundo a la cara: que las colonias perezcan, pero ¡que vivan los principios! Bonaparte ha conseguido al menos una cosa. La trata de esclavos se ha convertido en la piedra angular del conflicto entre imperialistas y republicanos. Si hoy restaurasen la República francesa, mañana España se vería *forzada* a

abandonar tan infame negocio.

Historia del comercio del opio

20 de septiembre de 1858

Se diría que las noticias del nuevo tratado que los plenipotenciarios aliados han obligado a firmar a China han evocado la misma y exagerada visión de inmensos paisajes comerciales que bailó ante los ojos de las cabezas negociantes de Europa en 1845 al concluir la Primera Guerra China^[168]. Suponiendo que los cables de Petersburgo digan la verdad, ¿será cierto que la

multiplicación de sus emporios debe venir acompañada de un aumento de la actividad comercial de China? ¿Existe alguna probabilidad de que la guerra de 1857 y 1858 tenga resultados más espléndidos que la del período 1839-1842? La verdad es que se ha demostrado que, en lugar de incrementar las exportaciones inglesas y americanas a China, el tratado de 1842 solo ha sido cardinal para precipitar y agravar la crisis comercial de 1847. De la misma manera, al dar pábulo al sueño del mercado inagotable y fomentar las especulaciones, el tratado actual podría crear el caldo de cultivo de una nueva

crisis en un momento en que el mercado mundial se recupera lentamente de su reciente y universal conmoción. Además de sus negativos resultados, la Primera Guerra del Opio consiguió estimular el comercio de opio a costa del comercio legítimo. Lo mismo hará esta Segunda Guerra del Opio si la presión del mundo civilizado no obliga a Inglaterra a abandonar el cultivo compulsivo de la planta en la India y la propaganda armada que lo vende en China. Nosotros nos abstendremos de juzgar la moralidad de ese negocio, que Montgomery Martin, un inglés, califica con las siguientes palabras:

¡Pero si hasta la trata de esclavos es buena comparada con el comercio de opio! A los africanos no les destrozábamos el cuerpo, porque nos interesaba mantenerlos con vida; tampoco los denigrábamos, ni corrompíamos su mente, ni destruíamos su alma. El vendedor de opio, en cambio, asesina el cuerpo después de haber corrompido, degradado y aniquilado el ser moral de esos infelices pecadores, y mientras tanto no hay hora que no arrastre a nuevas víctimas a un Moloch que nunca se sacia y ante el cual el asesino inglés y el suicida chino compiten por ser quien más ofrendas deje en su altar.

Los chinos no pueden con ambas

cosas: comercio y droga. En las circunstancias actuales, extensión del comercio chino es lo mismo que extensión del tráfico de opio, y el crecimiento de este último es incompatible con el desarrollo del comercio legítimo. Estas dos afirmaciones eran generalmente admitidas hace dos años. La Cámara de los Comunes designó en 1847 un comité para el estudio de las relaciones comerciales británicas con China, y este comité dijo:

Lamentamos que el comercio con ese país haya sido por algún tiempo tan lamentable y que el resultado de nuestra

prolongada relación no haya cumplido en modo alguno las justas y fundadas expectativas que teníamos, como es lógico, de lograr un acceso más libre a un mercado tan magnífico. [...] Descubrimos que las dificultades del comercio no surgen de una escasez de demanda en China de mercancías manufacturadas en Gran Bretaña, ni del aumento de la competencia con otras naciones [...]. El pago del opio [...] absorbe la plata, lo cual supone un gran inconveniente para todo el comercio chino; y el té y la seda deben absorber el resto.

El 28 de julio de 1849, *The Friend of China*^[169] abundaba en la misma idea:

El comercio del opio progresa con paso seguro. El aumento del consumo de seda y té en Gran Bretaña y Estados Unidos se traducirá en incremento del comercio del opio. En el caso de las manufacturas no hay nada que hacer.

En un artículo publicado en enero de 1850 en la *Hunt's Merchants' Magazine*, uno de los principales comerciantes americanos en China reducía la cuestión del comercio con China al siguiente punto: «¿Qué sector comercial hay que eliminar: el opio o la exportación de productos ingleses o americanos?». Los chinos comparten este punto de vista. Montgomery Martin

cuenta la siguiente experiencia: «Le pregunté al *taoutai*^[170] de Shanghai cuál sería la mejor manera de incrementar nuestro comercio con China y, en presencia del capitán Balfour, cónsul de su majestad, lo primero que me contestó fue: “Dejen de mandarnos tanto opio y podremos comprar sus manufacturas”».

La historia general del comercio de los últimos ocho años sirve para ilustrar los comentarios anteriores de una manera nueva y asombrosa, pero antes de analizar los perjudiciales efectos del tráfico de opio en el comercio legítimo nos proponemos ofrecer un breve resumen del nacimiento y desarrollo de

ese extraordinario negocio que, si tenemos en cuenta las trágicas colisiones que, por así decirlo, forman el eje en torno al cual gira o los efectos que produce en las relaciones generales entre Oriente y Occidente, ocupa un lugar único en los anales de la historia humana. Antes de 1767 la cantidad de opio exportado de la India no pasaba de doscientos cofres de sesenta kilos cada uno. La introducción de opio en China era legal previo pago de una tasa de unas tres libras por cofre. Se utilizaba como medicina. Los portugueses, que lo compraban en Turquía, eran los importadores casi exclusivos del

Imperio Celeste. En 1773, el coronel Watson y el vicepresidente Wheeler — personas que merecen figurar junto a Palmer^[171], Hermentier y otros envenenadores de fama mundial— sugirieron a la Compañía de las Indias Orientales la idea de entrar en el tráfico de opio con China. Así pues, construyeron un almacén de opio para las embarcaciones ancladas en una bahía al suroeste de Macao. La iniciativa fracasó. En 1781, el gobierno de Bengala envió un barco armado y cargado de opio a China y en 1794 la Compañía fondeó un gran barco de opio en Whampoa, fondeadero del puerto de

Cantón. Al parecer, Whampoa era mejor almacén que Macao porque, apenas dos años después de ser elegido, al gobierno chino le pareció necesario aprobar una ley que amenazaba a los contrabandistas de opio chinos con ser azotados con una caña de bambú y expuestos en la plaza pública con aros de madera en el cuello. Hacia 1798, la Compañía de las Indias Orientales dejó de exportar opio directamente, pero empezó a producirlo. El monopolio del opio en la India quedó establecido: mientras, con la mayor hipocresía, sus propios barcos tenían prohibido traficar con la droga, la Compañía dispensaba a las

embarcaciones particulares que comerciaban con China unas licencias que, bajo amenaza de multa, les impedían cargar otro opio distinto al que preparaba la Compañía. En 1800, la importación a China llegaba ya a los dos mil cofres. Tras ir adquiriendo a lo largo del siglo XVIII las particularidades comunes a todas las disputas entre el comerciante extranjero y la casa de aduanas nacional, el conflicto entre la Compañía de las Indias Orientales y el Imperio Celeste adquirió, desde principios del siglo XIX, características muy distintas y excepcionales: mientras que, a fin de impedir el suicidio de su

pueblo, el emperador de China prohibía repentinamente todas las importaciones del veneno que hacía el extranjero, así como que los nativos lo consumieran, la Compañía de las Indias Orientales convertía rápidamente el cultivo del opio en la India y su venta ilegal en China en partes integrantes de su propia estructura económica.

Mientras el semibárbaro defendía el principio de la moral, el civilizado contraatacaba con el principio del yo. Que un imperio gigantesco en el que habita casi una tercera parte de la especie humana, que vegeta en las fauces del tiempo aislado por su forzada

exclusión del intercambio mundial y que, por tanto, procura engañarse con ilusiones de celestial perfección, que tal imperio sea al fin sorprendido por el destino con ocasión de un duelo a muerte en el que el representante de un mundo anticuado parece impulsado por motivos éticos mientras que el representante de una sociedad arrolladoramente moderna lucha por el privilegio de comprar lo más barato posible y vender lo más caro que pueda, es en verdad una especie de trágico pareado más extraño de lo que poeta alguno jamás se habría atrevido a soñar.

Historia del comercio del opio (II)

25 de septiembre de 1858

Que el gobierno británico se hiciera cargo del monopolio del opio en la India es la causa de la prohibición de comerciar con opio en China. Los crueles castigos infligidos por el legislador celeste a sus contumaces súbditos y la estricta prohibición impuesta por las aduanas chinas han demostrado ser igualmente ineficaces. El siguiente efecto de la resistencia

moral del chino ha sido la desmoralización por parte del inglés de las autoridades imperiales, funcionarios de aduanas y mandarines en general. La corrupción que carcomió el corazón de la burocracia imperial y destruyó el baluarte de la constitución patriarcal fue introducida de contrabando en el Imperio, junto con los cofres del opio, desde las bodegas de los cargueros ingleses anclados en Whampoa.

Fomentado por la Compañía de las Indias Orientales, combatido en vano por el gobierno central de Pekín, el negocio del opio fue adquiriendo poco a poco mayores proporciones hasta

suponer 2.500.000 libras esterlinas en 1816. La apertura ese año del comercio indio, con la sola excepción del té, que todavía monopoliza la Compañía de las Indias Orientales, fue un nuevo y poderoso estímulo a las operaciones de los contrabandistas ingleses. En 1820, el número de cofres de opio que entraron de contrabando en China era ya de 5147, en 1821 de 7000, en 1824 de 12.639. Entretanto, al mismo tiempo que dirigía amenazadoras protestas a los comerciantes extranjeros, el gobierno chino castigaba a los comerciantes de Hong Kong —conocidos cómplices de los primeros—, desarrollaba una

inusitada actividad en la persecución de los consumidores nativos de opio y aplicaba medidas mucho más severas en las aduanas. De este modo, al igual que sucedió con los esfuerzos similares hechos en 1794, los almacenes de opio dejaron de emplearse en lugares precarios para encontrar bases de operaciones más convenientes. Macao y Whampoa fueron abandonados en favor de la isla de Lin-Tin, en la desembocadura del río de Cantón. De igual manera, cuando el gobierno chino consiguió interrumpir temporalmente la actividad de las viejas casas de Cantón, el comercio se limitó a cambiar de

manos y pasó a unos hombres inferiores, dispuestos a llevarlo adelante a toda costa y por los medios que fuese. Gracias, por tanto, a facilidades cada día mayores, el tráfico de opio se incrementó en los diez años transcurridos entre 1824 y 1834, pasando de trasegar 12.639 cofres a 21.785.

Como 1800, 1816 y 1824, el año 1834 marca un hito en la historia del tráfico de opio. La Compañía de las Indias Orientales no solo perdió entonces el privilegio de comerciar en exclusiva con el té chino, sino que tuvo que suspender todas sus actividades

comerciales. Al pasar de ser una organización mercantil a una exclusivamente gubernamental, el comercio con China quedó totalmente a disposición de la empresa privada británica, que lo dotó de tal vigor que, a pesar de la desesperada resistencia del gobierno celeste, en 1837 introdujeron de contrabando en China 39.000 cofres de opio por un valor de veinticinco millones de dólares. Dos hechos llaman nuestra atención: en primer lugar, que, a lo largo de la historia de las exportaciones comerciales a China desde 1816, una parte desproporcionadamente grande recaía

cada vez más en el contrabando de opio; y, en segundo lugar, que la gradual disminución del ostensible interés mercantil del gobierno anglo-indio en el tráfico de opio va de la mano de su cada vez mayor interés por fiscalizarlo. En 1837, el gobierno chino por fin había llegado a un punto en que ya no podía retrasar por más tiempo la adopción de alguna medida decisiva. La continua sangría de plata causada por las importaciones de opio empezaba a causar graves desarreglos en la hacienda pública y en la circulación del dinero en el Imperio Celeste. Heu Nailzi, uno de los más eminentes estadistas chinos,

propuso la legalización del tráfico de opio para recaudar más fondos; pero, después de más de un año de largas deliberaciones compartidas por todos los altos funcionarios, el gobierno chino decidió: «En vista de los perjuicios ocasionados al pueblo, ese nefando tráfico no debe ser legalizado». En 1830, una tasa del 25 por ciento habría dejado una recaudación de 3.850.000 dólares, en 1837 el doble, pero el bárbaro celeste se oponía a imponer un tributo que sin duda aumentaría en proporción a la degradación de su pueblo. En 1853, Hien Fang, el actual emperador, en circunstancias todavía

más adversas y con plena conciencia de la futilidad de los esfuerzos encaminados a detener el incremento de las importaciones de opio, perseveró en la severa política de sus antecesores. Permítanme que diga de pasada que al perseguir el consumo de opio como si fuera una herejía el emperador dio al tráfico todas las ventajas de la propaganda religiosa. Las medidas extraordinarias del gobierno chino en los años 1837, 1838 y 1839, que culminaron con la llegada del comisionado de Lin a Cantón y la confiscación y destrucción, siguiendo sus órdenes, del opio de contrabando,

fueron el pretexto de la primera guerra entre China y Gran Bretaña, que a su vez provocó la rebelión china, el agotamiento completo de las arcas imperiales, la llegada de los rusos por el norte y las gigantescas dimensiones que adquirió el tráfico de opio en el sur. Aunque proscrito en el tratado con que Inglaterra puso fin a la guerra, que estalló y se libró por su defensa, el tráfico de opio ha disfrutado de una impunidad prácticamente perfecta desde 1843. Se calcula que en 1856 el valor de las importaciones ascendió a treinta y cinco millones de dólares, mientras que ese mismo año el gobierno anglo-indio

obtuvo unos ingresos de veinticinco, la sexta parte del total de los ingresos del Estado, solo gracias al monopolio del opio. Los pretextos de la Segunda Guerra del Opio son tan recientes que no es necesario ningún comentario^[172].

No podemos dejar este asunto sin recordar una flagrante contradicción de la hipócrita cantinela del gobierno británico a propósito de su supuesto cristianismo y acción civilizadora. En su calidad de institución imperial finge ser completamente ajeno al contrabando de opio, y hasta firma tratados que lo prohíben. Sin embargo, en su calidad de gestor de la India, obliga al cultivo de

opio en Bengala con gran perjuicio de los recursos productivos de esa nación, obliga a una parte del campesinado indio a introducirse en la cultura de la adormidera, tienta a otra parte a fuerza de anticipos de dinero, convierte la manufactura de la venenosa droga en un férreo monopolio en sus manos, organiza todo un ejército de funcionarios y espías para que vigilen su crecimiento, su entrega en los lugares designados, su preparación y adaptación al gusto de los consumidores chinos, su empaquetado en alijos especialmente adaptados a las necesidades del contrabando, y, por último, su traslado a Calcuta, donde es

subastada por la propia administración y funcionarios del Estado la entregan a los especuladores, que a su vez la ponen en manos de los contrabandistas que la desembarcan en China. Cada cofre le cuesta al gobierno británico unas 250 rupias y en las subastas de Calcuta alcanza entre 1210 y 1600. Pero, no satisfecho con tan patente complicidad, el mismo gobierno, a esta misma hora, contabiliza pérdidas y ganancias con los navieros y mercantes embarcados en la arriesgada operación de envenenar un imperio.

De hecho, las finanzas del gobierno británico en la India no solo dependen

del tráfico de opio con China, sino de que tal tráfico sea ilegal, contrabando. Si el gobierno chino legalizase el tráfico de opio y, al mismo tiempo, tolerase el cultivo de adormidera en China, la Hacienda anglo-india sufriría una grave catástrofe. El gobierno británico, mientras predica abiertamente en favor del libre comercio de veneno, defiende en secreto el monopolio de su fabricación. Siempre que observamos atentamente el carácter del libre comercio británico, generalmente encontramos un monopolio al fondo de su «libertad».

El comercio del algodón en el Reino Unido

Londres, 21 de septiembre de 1861

La continua alza de los precios del algodón en rama empieza por fin a repercutir en las fábricas, que ahora emplean al menos un 25 por ciento menos que en el momento de mayor consumo. Es consecuencia de haber ido reduciendo diariamente el ritmo de producción, que muchos telares trabajen

solo tres o cuatro días a la semana, de que una parte de la maquinaria esté parada, en las fábricas donde se ha reducido la jornada y en las que se sigue trabajando a pleno rendimiento, y de que algunas factorías hayan cerrado. Hay sitios, como, por ejemplo, Blackburn, donde la reducción de jornada ha venido acompañada de una reducción de los salarios. No obstante, el movimiento de reducción del horario laboral solo está en una fase incipiente, y podemos predecir con total seguridad que, dentro de algunas semanas, el sector recurrirá a trabajar tres días a la semana, lo cual supondrá que, en la mayoría de las

fábricas, la maquinaria esté parada mucho tiempo. En general, los fabricantes y comerciantes ingleses han sido muy reacios a admitir, y han tardado mucho en hacerlo, la peculiar situación de los proveedores de algodón.

Toda la última cosecha americana — dicen— la han enviado a Europa hace tiempo. Apenas han empezado a recolectar la más reciente. No podríamos haber recibido ni un solo fardo de algodón más de los que hemos recibido ni aunque no hubiera habido guerra ni bloqueo^[173]. La temporada de transporte no empieza hasta bien entrado noviembre y las grandes

exportaciones no suelen producirse hasta finales de diciembre. Hasta entonces, apenas tiene consecuencias que el algodón sea retenido en las plantaciones o enviado a los puertos tan pronto como es enfardado. Si el bloqueo cesa en algún momento antes de final de año, lo más probable es que para marzo o abril hayamos recibido tanto algodón como si el bloqueo jamás se hubiera producido.

En los más profundos recovecos de la mentalidad mercantil anidaba la idea de que toda la crisis americana y, en consecuencia, el bloqueo, habría cesado antes de final de año, o de que lord Palmerston conseguiría romper el

bloqueo a la fuerza. Pero esta posibilidad ya no se contempla, porque, amén de otras circunstancias, Manchester^[174] comprendió que dos grandes intereses, el monetario —por las enormes inversiones hechas en la industria de Norteamérica— y el del comercio del cereal, que tienen en América del Norte su fuente principal de suministros, se combinarían para evitar cualquier ataque sin mediar provocación del gobierno británico. Las esperanzas de que levanten el bloqueo a tiempo por las necesidades de Liverpool o Manchester, o de que la guerra americana acabe con un acuerdo con los

secesionistas, se han ido al traste ante un elemento hasta ahora desconocido en el mercado inglés del algodón, a saber, las operaciones en Liverpool, donde una parte del algodón se dedica a especular y otra se devuelve a América. En consecuencia, las dos últimas semanas, el mercado del algodón de Liverpool ha vivido una agitación febril, porque las inversiones especulativas en algodón de los comerciantes de Liverpool se han visto respaldadas por inversiones del mismo tipo de comerciantes de Manchester y de otros manufactureros impacientes por hacerse con stocks de materia prima para el invierno. El

alcance de estas últimas transacciones queda suficientemente de manifiesto por el hecho de que una parte considerable de los depósitos de material sobrante de Manchester ya está ocupado por tales stocks y porque, en la semana del 15 al 22 de septiembre, el algodón americano de calidad media ha subido $3/8$ de penique por libra y el de buena calidad $5/8$.

Desde el estallido de la guerra americana, los precios del algodón no han dejado de subir, pero la ruinosa desproporción entre los precios de las materias primas y los precios de los hilos y las telas no se produjo hasta las

últimas semanas de agosto. Hasta entonces, cualquier bajada importante de los precios de las manufacturas de algodón, que podría haberse previsto por el considerable descenso de la demanda americana, se equilibraba con la acumulación de existencias en los almacenes y mediante las remesas que, por especulación, se enviaban a China y la India. Los mercados asiáticos, sin embargo, pronto se saturaron.

Las existencias —dice *The Calcutta Price Current* del 7 de agosto de 1861 — se acumulan, desde el último envío han llegado no menos de veinticuatro millones de yardas de algodones

corrientes. Desde la patria avisan de que son continuos los cargamentos que exceden nuestras necesidades y de que, siendo ése el caso, no se puede pretender una mejora [...]. El mercado de Bombay también ha sido sobreabastecido.

Otras circunstancias contribuyeron a la contracción del mercado indio. A la última hambruna en las provincias del noroeste han seguido los estragos del cólera, mientras que un exceso de lluvias en el norte de Bengala ha inundado la región y causado grandes daños a los cultivos. Cartas desde Calcuta llegadas a Londres la semana

pasada dicen que las ventas daban un beneficio neto de $9 \frac{1}{4}$ peniques por libra del torzal de 40d^[175], que en Manchester no se puede comprar por menos de $11 \frac{3}{8}$ d, mientras que las venta de 40 pulgadas de material, comparados con los precios actuales de Manchester, conllevan pérdidas de $7 \frac{1}{2}$ d, 9d y 12d por pieza. En el mercado chino, los precios también están bajando debido a la acumulación de existencias importadas. En estas circunstancias —el descenso de la demanda de artículos de algodón británicos— es posible que sus precios no suban en la misma proporción que lo hacen los de la

materia prima; pero, por el contrario, el hilado, el tejido y la impresión del algodón tienen, en muchos casos, que dejar de pagar los costes de la producción. Tomemos como ejemplo el caso de uno de los mayores manufactureros de Manchester referido al hilado basto del algodón:

	Por libra	Margen	Coste de hilado por libra
17 de sept. de 1860			
Coste del algodón	6¼ d	4 d	3 d
16 d de urdimbre vendidos por 10¼ d		“	“
		Beneficio de 1 d por libra	
17 de sept. de 1861			
Coste del algodón	9 d	2 d	3 ½ d
16s de urdimbre vendidos por 11 d		“	“
		Pérdidas de 1 ½ d por libra	

El consumo de algodón indio aumenta rápidamente y, con una nueva subida de los precios, el suministro de la India irá creciendo en proporción cada vez mayor; pero sigue siendo imposible cambiar, con pocos meses de antelación, todas las condiciones de producción y volver las tornas del comercio. En realidad, Inglaterra paga ahora el castigo por su prolongado desgobierno del inmenso Imperio indio. Los dos obstáculos principales que ahora tiene que vencer en su intento por sustituir el algodón americano por algodón indio es la falta de medios de

transporte en toda la India y la miserable situación del campesino chino, que le incapacita para aprovechar las circunstancias favorables. De ambas dificultades tienen los ingleses que dar gracias. La moderna industria inglesa se apoyaba en dos pilares igualmente monstruosos. El primero era la patata como único medio para alimentar a la clase trabajadora de Irlanda y de gran parte de Inglaterra. Este pilar fue barrido por la enfermedad de la patata y la consecuente catástrofe de Irlanda. Y entonces hubo que adoptar una base más amplia para la reproducción y conservación de los esforzados

millones. El segundo pilar de la industria inglesa era el algodón cultivado por esclavos de Estados Unidos. La crisis americana actual fuerza a los ingleses, pues, a ampliar sus suministros y a emancipar el algodón de oligarquías que crían y consumen esclavos. Mientras las manufacturas de algodón inglesas han dependido del algodón cultivado por esclavos, podía afirmarse sin temor a la equivocación que descansaban en una doble esclavitud: la indirecta del hombre blanco de Inglaterra, y la directa de los hombres negros del otro lado del Atlántico.

La guerra civil en Estados Unidos

[7 de noviembre de 1861]

«¡Deja que se vaya, no merece tu ira!». Este consejo de Leporello a la amante abandonada de Don Juan, que hemos oído hace poco incluso en boca de lord John Russell^[176], no deja de pronunciarse con toda la sabiduría política inglesa contra el norte de Estados Unidos. Si el norte permite que el sur se vaya, se libraré de mezclarse con la esclavitud, de su histórico pecado

original, y creará las bases para un desarrollo nuevo y de más alto nivel.

De hecho, si el norte y el sur se constituyeran en dos países independientes, como Inglaterra y Hannover, su separación no sería más difícil de lo que fue la separación de Inglaterra y Hannover^[177]. «El sur», no obstante, no es ni un territorio geográficamente bien separado del norte ni una unidad moral. En realidad no es un país, sino la consigna de una batalla.

La recomendación de una separación amistosa presupone que la Confederación del sur, aunque sea ella la que emprenda la ofensiva para la

guerra civil, lo haga cuando menos con fines defensivos. Da a entender que para el bando esclavista no se trata más que de agrupar los territorios en los que han dominado hasta ahora en un grupo de estados independientes y quitarle la soberanía a la Unión. Nada puede ser más falso. «El sur necesita todo su territorio. Quiere y debe tenerlo». Con este grito de guerra los secesionistas invadieron Kentucky. Por «todo su territorio» entienden en primer lugar todos los denominados «estados fronterizos» (border states): Delaware, Maryland, Virginia, Carolina del Norte, Kentucky, Tennessee, Missouri y

Arkansas. Además reivindican todo el territorio al sur de la línea que va desde el rincón noroccidental de Missouri hasta el océano Pacífico. Así pues, lo que los tratantes de esclavos denominan «el sur» comprende más de tres cuartas partes del territorio actual de la Unión. Una gran parte del territorio reivindicado se encuentra aún en poder de la Unión y tendría primero que ser conquistado. Pero todos los denominados estados fronterizos, incluidos los que están en poder de la Confederación, nunca fueron en realidad *auténticos estados esclavistas*. Más bien conforman el territorio de Estados

Unidos donde el sistema de la esclavitud y el del trabajo libre coexisten el uno junto al otro en lucha por la supremacía, auténtico campo de batalla entre sur y norte, entre esclavitud y libertad.

La cadena montañosa que empieza en Alabama y, en dirección norte, llega hasta el río Hudson —en cierto modo la columna vertebral de Estados Unidos— divide el denominado sur en tres partes. El territorio montañoso, formado por los montes Alleghany con sus dos cadenas paralelas, el Cumberland Range al oeste y las Blue Mountains al este, separa formando una cuña las llanuras de la costa occidental del océano Atlántico de

las llanuras de los valles del sur del Mississippi. Las dos llanuras divididas por el territorio montañoso, con sus inmensos arrozales pantanosos y sus extensas plantaciones de algodón, son el verdadero terreno de la esclavitud. La larga cuña de terreno montañoso que se adentra hasta el mismísimo corazón de la esclavitud con su atmósfera de libertad, su clima fresco y vital y un suelo rico en carbón, sal, cal, hierro y oro, en resumen, con todos y cada uno de los materiales en bruto necesarios para el más diversificado desarrollo industrial, es ahora en su mayor parte territorio libre. Debido a sus

características físicas, este suelo solo pueden explotarlo con éxito campesinos parcelarios. La esclavitud vegeta aquí únicamente de forma esporádica y nunca llegó a echar raíces. Los habitantes de estas tierras altas de la mayor parte de los denominados estados fronterizos constituyen el núcleo de la población libre, que ha tomado partido por el norte en aras de su supervivencia.

Observemos el territorio en disputa con detalle.

Delaware, el más nororiental de los estados fronterizos, se encuentra moralmente y *de facto* en poder de la Unión. Todos los intentos de los

secesionistas de crear una facción favorable a ellos han fracasado desde el inicio de la guerra por acuerdo unánime de la población. El elemento esclavo de este estado hacía ya tiempo que agonizaba. Solo de 1850 a 1860 el número de esclavos disminuyó a la mitad, por lo que Delaware cuenta ahora únicamente con 1798 esclavos sobre una población total de 112.218 habitantes. A pesar de ello, la Confederación del sur reivindica Delaware y, de hecho, el norte no podría frenarla por vía militar en cuanto se apoderase del sur de Maryland.

Precisamente en *Maryland* es donde

se desarrolla el mencionado conflicto entre las tierras altas y las bajas. Sobre una población total de 687.034 habitantes hay aquí 87.188 esclavos. Que el peso de la amplia mayoría del pueblo se inclina hacia la Unión han vuelto a ponerlo de relieve de forma evidente las recientes elecciones generales al Congreso de Washington. El ejército de 30.000 tropas de la Unión que, de momento, ha ocupado Maryland no solo ha de servir de reserva al ejército del Potomac, sino sobre todo para poner en jaque a los esclavistas rebeldes del interior del territorio. Aquí se da, pues, un fenómeno similar al de

otros estados fronterizos, en los que la gran masa del pueblo está de parte del norte, y una facción de negreros numéricamente insignificante de parte del sur. Lo que le falta en cifras, el bando esclavista lo sustituye por recursos de poder que le han asegurado la propiedad durante largos años de todos los organismos oficiales, una notable ocupación con intrigas políticas y la concentración de grandes fortunas en pocas manos.

Virginia es ahora el gran campamento en el que el ejército principal de la Secesión y el ejército principal de la Unión se hacen frente

mutuamente. En las tierras altas del noroeste de Virginia la masa de esclavos asciende a 15.000, mientras que la población libre, veinte veces mayor, está compuesta en su mayoría por campesinos independientes. El territorio llano del este de Virginia cuenta, por el contrario, con casi medio millón de esclavos; su principal fuente de ingresos la constituyen el aprovisionamiento y la venta de negros a los estados sureños. Tan pronto como los cabecillas de la conspiración, por medio de intrigas, impusieron en las llanuras la ordenanza de secesión en la legislatura estatal de Richmond y, a toda prisa, abrieron las

puertas de Virginia al ejército del sur, el noroeste de Virginia se escindió de la Secesión, constituyó un nuevo estado y ahora, con las armas en la mano, defiende su territorio bajo la bandera de la Unión contra los intrusos del sur.

Tennessee, con 1.109.847 habitantes, de entre los cuales 275.784 son esclavos, está en manos de la Confederación del sur, que ha sometido todo el territorio a la ley marcial y a un sistema de proscripción que recuerda los tiempos de los triunviratos romanos. Cuando los tratantes de esclavos propusieron una convención popular para el invierno de 1861, en la cual se

debía votar la secesión o no secesión, la mayoría del pueblo se negó a celebrar ninguna convención, a fin de cortar de cuajo cualquier pretexto para un movimiento secesionista. Más tarde, cuando Tennessee fue invadida por el ejército de la Confederación y sometida a un sistema de terror, más de un tercio de los votantes siguió declarándose en las elecciones a favor de la Unión. El verdadero centro de la resistencia contra el bando negrero lo constituyen aquí, igual que en la mayoría de los estados fronterizos, los territorios montañosos, *el este de Tennessee*. El 17 de junio de 1861 se celebró en Greenville una

convención popular del este de Tennessee, que se declaró a favor de la Unión y eligió al otrora gobernador del estado, Andrew Johnson, uno de los más fervientes unionistas, como delegado para el Senado de Washington; publicó asimismo una *declaration of grievances*, un escrito de queja que pone al descubierto todos los recursos de la mentira, de la intriga y del terror con los que Tennessee fue «excluida por votos» de la Unión. Desde ese momento el este de Tennessee se ha visto amenazado por el poder de las armas de los secesionistas.

Una situación similar a la del oeste

de Virginia y el este de Tennessee se encuentra en el norte de Alabama, el noroeste de Georgia y el norte de Carolina del Norte.

Más al oeste, en el estado fronterizo de Missouri, con 1.173.317 habitantes y 114.965 esclavos, la mayoría de éstos concentrados en los territorios noroccidentales del estado, la convención popular de agosto de 1861 se decidió por la Unión. Jackson, el gobernador del estado e instrumento del bando esclavista, se alzó contra la legislatura de Missouri, fue boicoteado y se situó entonces a la cabeza de las hordas armadas que cayeron sobre el

estado procedentes de Texas, Arkansas y Tennessee para ponerlo de rodillas ante la Confederación y cortar con la espada su lazo con la Unión. En este momento Missouri y Virginia son el escenario principal de la guerra civil.

Nuevo México, que no es un estado, sino un simple territorio al que, durante la presidencia de Buchanan, se importaron 25 esclavos para poder enviarles desde Washington una Constitución esclavista, no ha reivindicado convención alguna, tal como afirma el propio sur. Pero el sur sí reivindica Nuevo México y, en consecuencia, ha lanzado una banda de

aventureros al otro lado de la frontera. Nuevo México ha solicitado la protección del gobierno de la Unión frente a estos libertadores.

Habrá podido observarse que ponemos especial inter  en la relación numérica entre esclavos y hombres libres en los diferentes estados fronterizos. De hecho esta relación es decisiva. Es el termómetro por el que debe medirse el fuego vital del sistema de la esclavitud. El alma de todo el movimiento secesionista en *Carolina del Sur*. Cuenta con 402.541 esclavos frente a 301.271 hombres libres. En segundo lugar le sigue *Mississippi*, que

le ha dado a la Confederación su dictador: Jefferson Davis. Cuenta con 436.696 esclavos frente a 354.699 hombres libres. El tercer lugar lo ocupa Alabama con 435.132 esclavos frente a 529.164 libres.

El último de los estados fronterizos en lista que nos queda por tratar es *Kentucky*. Su historia más reciente es representativa de la política de la Confederación sureña. Kentucky cuenta con 225.490 esclavos sobre un total de 1.135.713 habitantes. En tres comicios electorales seguidos (en el invierno de 1861, cuando se eligió un Congreso de los estados fronterizos; en junio de

1861, cuando se celebraron elecciones al Congreso de Washington; y, por último, en agosto de 1861, en las elecciones para la legislatura del estado de Kentucky) una mayoría siempre creciente se decidió por la Unión. Por el contrario, Magoffin, el gobernador, y otros dignatarios del estado son partidarios fanáticos de los tratantes de esclavos, incluido Breckinridge, representante de Kentucky en el Senado de Washington, vicepresidente de Estados Unidos con Buchanan y en 1860 candidato del bando esclavista en las elecciones presidenciales. Demasiado débil para ganarse a Kentucky para la

Secesión, la influencia del bando esclavista no fue lo suficientemente fuerte y tuvo que conformarse con una declaración de neutralidad al estallar la guerra. La Confederación reconoció la neutralidad mientras sirvió a sus fines, mientras estaba ocupada en aplastar la resistencia en el este de Tennessee. Apenas hubo alcanzado este fin, llamó con la culata del mosquetón a las puertas de Kentucky a gritos de «El sur necesita todo su territorio. ¡Quiere y debe tenerlo!».

Desde el sudoeste y el sureste irrumpieron a un tiempo sus cuerpos de voluntarios en el estado «neutral».

Kentucky despertó del sueño de la neutralidad, su legislatura tomó partido abiertamente por la Unión, cercó al gobernador traidor con un comité de seguridad pública, llamó al pueblo a las armas, desterró a Breckinridge y ordenó a los secesionistas que despejaran rápidamente el territorio invadido. Fue la señal para la guerra. Un ejército de la Confederación sureña se moviliza hacia Louisville, mientras de Illinois, Indiana y Ohio llegan a raudales voluntarios para librar a Kentucky de los misioneros armados de la esclavitud.

Los intentos de la Confederación de hacerse, por ejemplo, con Missouri y

Kentucky contra la voluntad de esos estados demuestran la futilidad del pretexto de que lucha por los derechos de cada uno de los estados frente a los abusos de la Unión. A los estados que incluye dentro del «sur» les reconoce el derecho de separarse de la Unión, pero en modo alguno el derecho a permanecer en ella.

Incluso los propios estados esclavistas, por mucho que la guerra en el exterior, la dictadura militar en el interior y la esclavitud por toda partes le concedan de momento una apariencia de armonía, no dejan de tener elementos de resistencia. Un ejemplo evidente es

Texas con 180.388 esclavos sobre un total de 601.039 habitantes. La ley de 1845, tras cuya entrada en vigor Texas se incluyó en la lista de estados esclavistas de Estados Unidos, le dio derecho a hacer de su territorio no uno, sino cinco estados. Así el sur habría ganado, en lugar de dos, diez nuevas voces en el Senado americano y el aumento de su número de votos en esta institución era uno de los objetivos principales de su política en aquel momento. No obstante, de 1845 a 1860 los tratantes de esclavos no vieron factible dividir Texas, donde la población alemana desempeña un

importante papel, siquiera en dos estados sin quitarle la soberanía en el segundo estado al bando de los trabajadores libres sobre el bando de la esclavitud. Ésta es la mejor prueba del poder de la oposición contra la oligarquía de los tratantes de esclavos en el mismo Texas.

Georgia es el mayor y más poblado de los estados esclavistas. Sobre una masa de 1.057.327 habitantes cuenta con 462.230 esclavos, o sea, casi la mitad de la población. A pesar de ello el bando esclavista no ha logrado hasta ahora sancionar en Georgia por medio de un sufragio popular la Constitución

impuesta al sur en Montgomery.

En la convención estatal de *Louisiana*, celebrada el 21 de marzo de 1861 en Nueva Orleans, declaró Roselius, el político más veterano del estado:

La Constitución de Montgomery no es una Constitución, sino una conspiración. No da pie a un gobierno popular, sino a una oligarquía odiosa e ilimitada. Al pueblo no se le permitió actuar en esa ocasión. La convención de Montgomery ha cavado la tumba de la libertad política y ahora nos llaman para asistir a su funeral.

Porque la oligarquía de los 300.000

tratantes de esclavos no solo utilizó el Congreso de Montgomery para proclamar la separación entre el norte y el sur. Lo explotó al mismo tiempo para revolucionar la Constitución interna de los estados esclavistas, para el sometimiento absoluto de la parte de la población blanca que había afirmado aún alguna independencia al amparo de la Constitución democrática de la Unión. Ya entre 1856 y 1860 los representantes políticos, juristas, moralistas y teólogos del bando esclavista habían tratado de demostrar no tanto que la esclavitud de los negros estuviera justificada como que el color era indiferente y la clase

trabajadora había sido creada en todas partes para la esclavitud.

Así pues, se ve que la guerra de la Confederación sureña, en el sentido literal de la palabra, es una guerra de conquista para la expansión y perpetuación de la esclavitud. La mayor parte de los estados y territorios fronterizos se encuentran aún en poder de la Unión, por la que han tomado partido primero con las urnas, luego con las armas. Pero la Confederación los incluye en el «sur» y trata de reconquistárselos a la Unión. En los estados fronterizos, que la Confederación había poseído antaño,

ejerce la represión sobre los territorios de montaña relativamente libres por medio de la ley marcial. En el interior de los propios estados esclavistas ha desplazado a la actual democracia por una oligarquía ilimitada de 300.000 tratantes de esclavos.

Con la renuncia a sus planes de conquista la Confederación sureña renunciaría a su capacidad de supervivencia y al objetivo de la Secesión. La Secesión únicamente se ha producido porque dentro de la Unión no parecía ya poder alcanzarse la transformación de los estados y territorios fronterizos en estados

esclavistas. Por otro lado, con una entrega pacífica del territorio en disputa a la Confederación sureña, el norte de la república esclavista cedería más de tres cuartas partes del territorio de Estados Unidos. El norte perdería todo el golfo de México, el océano Atlántico con excepción de la pequeña franja de la bahía de Penobscot hasta la bahía de Delaware, y se cortarían a sí mismo el acceso al océano Pacífico. Missouri, Kansas, Nuevo México, Arkansas y Texas se unirían a California. Los grandes estados agrícolas de las llanuras situadas entre las montañas Rocosas y los montes Alleghany, en los valles del

Mississippi, Missouri y Ohio, incapaces de arrebatarse la desembocadura del Mississippi de las manos de la fuerte y hostil república esclavista del sur, se verían obligados por sus intereses económicos a separarse del norte y a entrar en la Confederación sureña. Estos estados noroccidentales, por su parte, arrastrarían en el mismo torbellino de la Secesión a todos los estados del norte situados más al este, con excepción de los de Nueva Inglaterra.

De este modo, no se produciría de hecho una disolución de la Unión, sino una *reorganización* de ésta, una *reorganización sobre la base de la*

esclavitud, bajo el control reconocido de la oligarquía esclavista. El plan para una reorganización semejante lo han proclamado en público los principales representantes del sur en el Congreso de Montgomery, y explica el artículo de la nueva Constitución según el cual cualquier estado de la vieja Unión puede unirse a la nueva Confederación. El sistema esclavista infestaría toda la Unión. En los estados del norte, donde la esclavitud es casi impracticable, se iría oprimiendo poco a poco a la clase trabajadora blanca hasta situarla al nivel de los ilotas^[178]. Esto se correspondería por completo con el principio anunciado

a los cuatro vientos de que únicamente ciertas razas están dotadas para la libertad, y del mismo modo que en el sur el trabajo es el destino del negro, lo es en el norte el del alemán y el irlandés, o el de sus inmediatos descendientes.

La actual disputa entre el sur y el norte no es, pues, más que una disputa de dos sistemas sociales, el sistema de la esclavitud y el sistema del trabajo libre. Como ambos sistemas no pueden convivir pacíficamente más tiempo en el continente norteamericano, ha estallado la lucha. Solo puede concluir con la victoria de uno u otro sistema.

Si los estados fronterizos, las

regiones en disputa, en las que ambos sistemas luchaban hasta ahora por la supremacía, son una espina en el ojo del sur, no se puede dejar de reconocer, por otro lado, que en lo que llevamos hasta ahora de guerra, ellos han constituido la debilidad principal del norte. Una parte de los tratantes de esclavos de esos distritos aparentaban lealtad al norte por mandato de los conspiradores del sur; a otra parte les parecía de hecho conveniente para sus verdaderos intereses y sus ideas tradicionales estar del lado de la Unión. Ambos han paralizado el norte de igual manera. El miedo a incomodar a los «leales»

tratantes de esclavos de los estados fronterizos, el temor a arrojarlos en brazos de la Secesión, en una palabra, una delicada consideración de los intereses, prejuicios y sensibilidades de esos ambiguos aliados ha golpeado al gobierno de la Unión desde el comienzo de la guerra con una debilidad incurable, lo ha empujado a tomar medidas a medias y obligado a disimular el principio de guerra y a cuidar el punto más débil del contrario, la raíz del mal: *la esclavitud misma*.

Cuando Lincoln, muy apocado, revocó hace poco la Proclamación de Missouri para la emancipación de los

esclavos propiedad de los rebeldes dictada por Frémont, lo hizo tan solo por consideración a las intensas protestas de los «leales» tratantes de esclavos de Kentucky. Entretanto ha surgido ya un punto de inflexión. Con Kentucky se ha introducido en la lista de los campos de batalla entre sur y norte el último estado fronterizo. Con la verdadera guerra por los estados fronterizos en los estados fronterizos mismos, el hecho de que se ganen o se pierdan es algo que ya no depende de negociaciones diplomáticas ni parlamentarias. Una parte de los tratantes de esclavos se quitará la máscara de la lealtad, la otra preferirá

seguir llevándola con la perspectiva de una indemnización, como la que Gran Bretaña dio a los colonos del oeste de la India. Los propios acontecimientos conducen premiosamente al anuncio de la consigna decisiva: la emancipación de los esclavos.

Cuán atraídos se sienten por este punto los demócratas y los diplomáticos más obstinados del norte lo demuestran algunos anuncios recientes. El general Cass, ministro de la Guerra con Buchanan y hasta ahora uno de los aliados más acérrimos del sur, declara en una misiva pública la emancipación de los esclavos como *conditio sine qua*

non para la salvación de la Unión. El doctor Brownson, portavoz del Partido Católico del Norte y, según sus propias declaraciones, el opositor más enérgico del movimiento de emancipación entre 1836 y 1860, publica en su última *Revue* de octubre un artículo a favor de la abolición:

Si nosotros —dice entre otras cosas— luchamos contra la abolición en tanto que vimos que amenazaba la Unión, ahora, desde que nos hemos convencido de que si la esclavitud se mantiene por más tiempo será incompatible con el sostenimiento de la Unión o de nuestra nación como república libre, tenemos que luchar con mayor decisión contra el

mantenimiento de la esclavitud.

Para terminar, el World, un órgano neoyorquino de los diplomáticos del gabinete de Washington, concluye uno de sus últimos artículos vespertinos contra los abolicionistas con las siguientes palabras:

El día en que se decida que debe perecer o bien la esclavitud o bien la Unión, ese día se habrá pronunciado la condena de muerte de la esclavitud. Si el norte no puede vencer sin emancipación, vencerá con emancipación.

Sobre la crisis del algodón

[8 de febrero de 1862]

Hace unos se celebró el encuentro anual de la Cámara de Comercio de Manchester. Ésta representa a Lancashire, el mayor distrito industrial del Reino Unido y la sede principal de la manufactura británica del algodón. El presidente del encuentro, el señor E. Potter, y los oradores principales, los señores Bazley y Turner, representan a Manchester y a una parte de Lancashire

en la Cámara de los Comunes. Por las conversaciones del encuentro nos enteramos, pues, de manera *oficial*, de la posición que frente a la crisis americana mantendrá en el «Senado de la nación» el gran centro de la industria inglesa del algodón.

En el encuentro de la Cámara de Comercio *del pasado año* el señor Ashworth, uno de los mayores barones del algodón de Inglaterra, celebró con entusiasmo pindárico la inaudita expansión de la industria del algodón en el curso de la última década. Hizo especial hincapié en que incluso las crisis comerciales de 1847 y 1857 no

produjeron una caída de las exportaciones de hilados de algodón y tejidos ingleses. Explicó este fenómeno por la fuerza milagrosa del sistema de libre comercio introducido en 1846. Ya entonces sonaba raro que el mismo sistema, aunque incapaz de ahorrar a Inglaterra las crisis de 1847 y 1857, hubiera de ser capaz de ahuyentar de aquella crisis a una rama *particular* de la industria inglesa, la industria del algodón. Pero ¿qué es lo que oímos hoy? Diversos oradores, entre ellos el señor Ashworth, afirman que desde 1858 se ha venido observando un retraimiento inaudito de los mercados asiáticos y

que, a raíz de una *superproducción* masiva y continua, debería producirse el estancamiento actual incluso sin la Guerra Civil americana, la tarifa Morrill y el bloqueo. Si sin estas circunstancias agravantes la caída de las exportaciones del último año hubiera alcanzado el nivel de los seis millones de libras esterlinas evidentemente seguirá siendo una duda, pero no parece improbable cuando escuchamos que los mercados principales de Asia y Australia tienen provisiones de productos de algodón inglés para doce meses.

Así pues, la crisis que se ha venido produciendo hasta el momento en la

industria inglesa del algodón es, según confesión de la Cámara de Comercio de Manchester, reguladora en esta cuestión, no resultado del bloqueo americano, sino de la superproducción inglesa. Pero ¿cuáles serían las consecuencias si continuara la Guerra Civil americana? A esta pregunta encontramos otra vez una respuesta unánime: sufrimiento desmedido de la clase trabajadora y ruina de los pequeños fabricantes.

En Londres —observó el señor Cheetham—, se dice que tendríamos aún algodón suficiente para continuar trabajando. Pero el algodón solo no es la cuestión. Se trata, sobre todo, de su

precio. Con los precios actuales se comería el capital de los fabricantes.

La Cámara de Comercio, no obstante, se declara abiertamente *en contra de cualquier intervención* en Estados Unidos, aunque la mayoría de sus miembros están lo suficientemente influidos por *The Times* para dar por inevitable la disolución de la Unión.

Lo último —dice el señor Potter— que recomendaríamos sería la intervención. El último lugar del que saldría una propuesta tal es Manchester. Nada nos determinará a recomendar algo moralmente malo.

El señor Bazley:

La contienda americana tiene que basarse en el estricto principio de la no intervención. El pueblo de ese gran país tiene que poner en orden sus propios asuntos sin que nadie le moleste.

El señor Cheetham:

La opinión dominante en este distrito se opone de forma decidida a cualquier intervención en la contienda americana. Es necesario decir esto claramente, porque, en caso de duda, desde el lado contrario podría ejercerse una presión extraordinaria sobre el gobierno.

Así pues, ¿qué es lo que recomienda

la Cámara de Comercio? El gobierno inglés debe apartar todos los obstáculos que, desde el gobierno, siguen frenando aún el cultivo del algodón en la India. En especial deber aumentar el límite de importación del 10 por ciento, con el que están cargados en la India los hilados y tejidos de algodón. Apenas se había acabado con el régimen de la Compañía de las Indias Orientales, apenas el este de la India había sido anexionado al Imperio británico, cuando Palmerston impuso por medio del señor Wilson esa barrera a las importaciones de productos ingleses en la India, y por cierto al mismo tiempo que vendía

Saboya y Niza por el tratado comercial franco-británico. Mientras que el mercado francés se abrió a la industria inglesa hasta cierto volumen, el mercado del este de la India se le cerró en un volumen mucho mayor.

El señor Bazley apuntó en referencia a esto que desde la imposición de esa barrera se habían exportado a Bombay y a Calcuta grandes cantidades de maquinaria inglesa y que allí mismo se elaboraban productos de estilo inglés. Éstos se preparaban para quitarles el mejor algodón de la India. Si al 10 por ciento del límite de importaciones se le añade un 15 por ciento de transporte, los

rivales fabricados artificialmente gracias a la iniciativa del gobierno inglés disfrutan de un arancel proteccionista de un 25 por ciento.

En la reunión de los grandes dignatarios de la industria inglesa se manifestó un amargo desacuerdo en esta tendencia proteccionista, que va ganando cada vez más terreno en las colonias, en especial en Australia. Los señores olvidan que las colonias llevan medio siglo protestando en vano contra el «sistema colonial» de la madre patria. Entonces las colonias exigían el comercio libre. Inglaterra se aferró a su prohibición. Ahora Inglaterra clama por

el comercio libre y a las colonias les parece más oportuno proteger sus intereses frente a Inglaterra.

Un tratado contra el comercio de esclavos

Londres, 18 de mayo de 1862

Los periódicos americanos informan ahora *in extenso* del tratado firmado el 7 de abril de este año en Washington entre Estados Unidos e Inglaterra para la abolición del comercio de esclavos. Los puntos principales de este importante documento son los siguientes: el derecho de registro es recíproco, pero ambas partes solo pueden ejercerlo en barcos de guerra que hayan obtenido una

autorización especial para este fin de una de las potencias firmantes. Las potencias firmantes entregarán la una a la otra en una fecha determinada una estadística completa de los barcos destinados al control del comercio de negros. El derecho de registro solo puede ejercerse en buques mercantes en una distancia de 200 millas de la costa africana, 32 grados al sur de la latitud norte y a 30 millas marinas de la costa de Cuba. El registro, ya sea de barcos ingleses por parte de cruceros americanos o de barcos americanos por parte de cruceros ingleses, no se efectúa en la franja de mar (es decir, tres millas

marinas desde la costa) que pertenece a territorio inglés o americano; tampoco frente a los puertos o asentamientos de potencias extranjeras.

Tribunales mixtos, compuestos mitad por ingleses, mitad por americanos, con sede en Sierra Leona, en Ciudad del Cabo y en Nueva York, se encargarán de juzgar a los barcos capturados. En caso de condena del barco, la tripulación, en tanto que sea posible sin costes extraordinarios, será puesta a disposición de la jurisdicción de la nación bajo cuya bandera navegaba el barco. No solo a la tripulación (capitán del barco, timonel, etc. incluidos), sino

que también a los propietarios del barco se les impondrán las condenas propias del país. Las indemnizaciones a los marinos mercantes puestos en libertad por los tribunales mixtos debe hacerlas efectivas en el plazo de un año la potencia bajo cuya bandera navegaba el barco apresado. Como base legal para el apresamiento de barcos no es válida únicamente la presencia de prisioneros negros, sino también que se hayan tomado ciertas medidas especiales para el comercio de esclavos en la construcción del barco, en la existencia de cepos, cadenas y otros instrumentos para asegurar a los negros, además de

provisiones no proporcionales a las necesidades de la tripulación. Un barco en el que se encuentren estos artículos sospechosos tiene que ofrecer pruebas de su inocencia e, incluso en caso de no ser condenado, no puede aspirar a indemnización alguna.

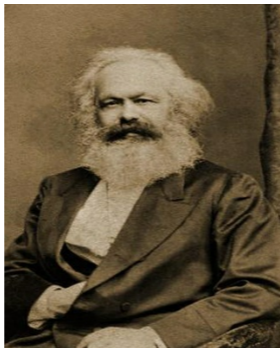
El capitán de un crucero que se extralimite del poder que le otorga el tratado habrá de ser castigado por su respectivo gobierno. Si algún capitán de un crucero de una de las potencias firmantes sospechara que un buque mercante lleva negros a bordo bajo escolta de uno o más barcos de guerra de la otra potencia firmante, o que se ha

alineado con el comercio de esclavos o se ha preparado para ello, debe comunicar sus sospechas al capitán de la escolta y registrar con él el barco sospechoso, que el capitán de la escolta habrá de conducir a la sede de uno de los tribunales mixtos si, según el tratado, puede incluirse dentro de la categoría de barco sospechoso. Los negros que se encuentren a bordo de un barco condenado serán puestos a disposición del gobierno bajo cuya bandera se hubiera llevado a cabo la captura. Habrán de ser puestos en libertad inmediatamente y seguirán siendo libres bajo garantía del gobierno en cuyo

territorio se encuentren. El tratado no podrá disolverse hasta pasados diez años. Seguirá en vigor durante un año entero con posterioridad a la fecha de rescisión establecida por una de las partes firmantes.

El comercio de negros ha recibido un golpe mortal con este tratado angloamericano, consecuencia de la Guerra Civil americana. Los efectos del tratado se verán complementados con el proyecto de ley presentado recientemente por el senador Summer, que deroga la ley de 1808 sobre el comercio de negros en las costas de Estados Unidos y califica de delito el

transporte de esclavos de un puerto de Estados Unidos a otro. Este proyecto de ley paraliza en gran parte el comercio que los estados que aprovisionan negros (*border slave states*) mantienen con los estados que los consumen (los auténticos *slave states*).



KARL HEINRICH MARX (Prusia, 1818 - Londres, 1883). Nació en Tréveris (Prusia) en 1818, hijo de un abogado. Estudió Derecho y Filosofía en las universidades de Bonn y Berlín. Después de doctorarse, se dedicó al periodismo en Colonia, en la Rheinische Zeitung, que fue cerrada por el gobierno

prusiano a raíz de las protestas del zar Nicolás I. En 1843 publicó Sobre la cuestión judía y Crítica de la filosofía del derecho de Hegel, y se trasladó a París, donde tenía su sede el periódico radical Deutsch-französische Jahrbücher, en el que empezó a colaborar, así como en Vorwärts!, un periódico revolucionario socialista. Expulsado de Francia en 1845, se trasladó a Bruselas, donde, junto con Friedrich Engels, publicó el Manifiesto del Partido Comunista (1848) y fue uno de los principales inspiradores de la Liga de los Comunistas, la primera organización marxista internacional. De

vuelta en Colonia, fundó, con la herencia de su padre, la *Neue Rheinische Zeitung*, otro periódico revolucionario que sería cerrado por las autoridades y lo obligaría nuevamente a partir al exilio. En 1849 se estableció en Londres, donde trabajó como corresponsal del *New York Daily Tribune* y escribió algunas de sus mejores piezas críticas, como *El 18 brumario de Luis Bonaparte* (1852) para el diario norteamericano *Die Revolution*. Allí escribiría también el primer volumen de su obra magna, *El capital* (1867; el segundo y el tercero no se publicarían hasta después de su muerte, en 1885 y 1894

respectivamente). En Inglaterra siguió trabajando con distintas asociaciones (los cartistas, el Comité Internacional) y en 1864 se convirtió en el líder de la Asociación Internacional de Trabajadores (la Primera Internacional). Defendió ardientemente la Comuna de París de 1871, la primera gran insurrección de carácter comunista. Murió en Londres en 1883.

Notas

[1] La izquierda hegeliana, o movimiento de los jóvenes hegelianos (Junghegelianer), fue un grupo de críticos, teólogos y filósofos alemanes herederos de la filosofía de Hegel. El movimiento comenzó con una interpretación heterodoxa del Evangelio por parte de David Strauss en 1835, que realizaba su hermenéutica con los conceptos de Hegel. Strauss descubría en Cristo a la humanidad, haciendo de ésta el sujeto de la historia. Cristo solo era un símbolo sobre el que se proyectaba el ser humano. Karl Marx,

Friedrich Engels, Bruno Bauer y Edgar Bauer formarían parte de este movimiento crítico alemán, cuyo afán era cambiar la conciencia de la humanidad a través de una nueva interpretación de la realidad, luchando mediante los conceptos de Hegel contra las ficciones que impedían la liberación del pueblo. <<

[2] Charles Anderson Dana (1819-1897). Periodista norteamericano de ideas progresistas y abolicionistas. Tendría un papel importante en la Guerra Civil norteamericana como agente del Departamento de Guerra, colaborando con Abraham Lincoln. <<

[3] Horace Greely (1811-1872). Político, periodista y editor norteamericano. Fue uno de los fundadores del Partido Republicano. <<

[4] Los Elementos fundamentales para la crítica de la economía política —el primer boceto de El capital—, se escribirán entre finales de 1857 y mediados de 1858, en medio de la crisis económica. En esta obra —un compendio de cuadernos— el autor perfila los fundamentos maduros de su crítica histórica y económica. <<

[5] Rotten boroughs, literalmente, «municipios podridos»; pueblos y aldeas de Inglaterra escasamente o nada poblados que desde la Edad Media tenían derecho a contar con representación parlamentaria. A partir de 1832, una serie de reformas electorales —la nueva Ley de Reforma, o Reform Bill— les privó de ese derecho. <<

[6] «Brigada [Irlandesa]», grupo de parlamentarios independentistas irlandeses. Los whigs, laboristas, prometieron incorporar a Asuntos Exteriores a tres de ellos —John Sadleir y los diputados Keogh y Monsell— para derrotar a los tories, conservadores, y formar un gobierno de coalición. Según algunas fuentes, John Sadleir es el modelo en que se inspiró Charles Dickens para crear el personaje del estafador Merdle, de *La pequeña Dorrit*.

<<

[7] De Estados Unidos. <<

[8] John Bright (1811-1889) fue un político británico radical, cuáquero y defensor del liberalismo. Conocido por formar, junto a R. Cobden y G. Wilson, la Anti-Corn Law League en 1838, que conseguiría abolir las leyes proteccionistas de la producción del maíz en Gran Bretaña e Irlanda en 1846. Reconocido como uno de los más grandes oradores políticos de su generación, mantuvo un asiento en la Cámara de los Comunes desde 1843 hasta la fecha de su muerte. <<

[9] Escuela económica y movimiento social y político librecambista y antiimperialista. Nació en Manchester en la primera mitad del siglo XIX. <<

[¹⁰] Edward Smith-Stanley (1799-1869), líder del partido conservador y tres veces primer ministro. <<

[11] En el original Millennium Era. Es una expresión secular que hunde sus raíces en la teología cristiana. Originalmente remite al reino de mil años posterior a la segunda venida de Cristo, después del Apocalipsis. En el contexto socio-político del artículo hace referencia a un período de justicia, alegría, paz y serenidad en el mundo. <<

[12] Conocida calle londinense históricamente vinculada al comercio colonial. En el siglo XIX fue el mayor espacio de venta de té y especias en Londres. Dickens retrataría su peculiar aroma en Nuestro común amigo (Our Mutual Friend), señalando que al pasear por Mincing Lane uno tenía «la sensación de haber abierto el cajón de una farmacia». <<

[13] Tun, antigua medida de capacidad inglesa que equivalía a 956 litros, un tonel de vino, casi un metro cúbico. Su etimología es la misma que la de ton, «tonelada», la unidad de peso. <<

[14] Rama de la Iglesia anglicana que hace hincapié en el supuesto origen apostólico y divino de la Iglesia y da importancia a la forma y al ritual. Se contrapone a Iglesia Baja (véase nota 4 del artículo «La opinión de los periódicos y la opinión del pueblo»). <<

[15] Personaje que da título a un célebre poema satírico de Samuel Butler (1602-1680). Es fervorosamente religioso y aficionado a silogismos para demostrar las proposiciones más absurdas. <<

[16] En este artículo y en otros de la misma época, Marx parece tener una perspectiva de la historia muy lineal y eurocéntrica, cercana a la que había desarrollado en escritos como *La Ideología Alemana* (1845) y el *Manifiesto del Partido Comunista* (1848). Sin embargo, sus análisis sobre sociedades no occidentales —cada vez más constantes— terminarán por hacerle romper con dicho esquema, típicamente ilustrado. <<

[17] En el artículo Marx baila el tratamiento de duquesa a condesa para bajarla de rango con cierta ironía. <<

[18] 0,405 hectáreas. <<

[19] Esta lógica de desposesión y expropiación de los bienes comunales caracterizará el proceso de transición del feudalismo al capitalismo en occidente. El resultado de esta fase de «acumulación» será doble: por un lado la formación del capital de las clases poseedoras, terratenientes y burguesas; por otro el nacimiento del proletario, heredero de un campesinado miserable cuya única herramienta para sobrevivir era su «fuerza de trabajo». Marx analizará de manera exhaustiva todo este proceso histórico en el capítulo XXIV de

El capital, titulado «La llamada acumulación originaria», dando forma a uno de sus escritos más brillantes desde un punto de vista histórico y literario.

<<

[20] La época de la Primera Coalición contra la Revolución francesa (enmarcada en la época del Terror), integrada por Reino Unido, Nápoles, Países Bajos, España, Cerdeña, Austria y Rusia. Estas naciones se aliaron para evitar la expansión de la revolución a sus monarquías e instituciones aristocráticas, y protagonizaron episodios de «guerra preventiva». <<

[21] Se refiere a Luis Bonaparte. <<

[22] Se refiere a la reina Victoria. <<

[23] Miembros de la Société de Dix Décembre [Sociedad del Diez de Diciembre], sociedad secreta bonapartista formada principalmente por militares y aventureros de la política. <<

[24] La Importation Act de 1815 estableció los Aranceles de Grano o Corn Laws en Inglaterra, una práctica económica mercantilista que beneficiaría durante muchos años a los productores de trigo ingleses. La ley favorecía los precios del grano británico, frenando así la competencia externa. Fueron abolidos en 1846, cuando el gobierno británico optó por la senda del laissez faire. <<

[25] Conferencia que se celebró la Sociedad de la Paz de Manchester en enero de 1853. <<

[26] Robert Peel, lord Melbourne, George Canning, Charles Grey, lord Liverpool y lord Grenville fueron primeros ministros de Inglaterra en algún momento de la primera mitad del siglo XIX. <<

[27] Ernest Jones (1819-1869), poeta, novelista y agitador político defensor del cartismo, movimiento socialista británico. Fuertemente influido por Marx y Engels, pronto se convertiría en el líder del ala izquierda cartista. Fue presidente del «International Committee» —una asociación obrera que prefiguraría la Primera Internacional— y también editor del diario cartista The People's Paper. <<

[28] Entre los años 1853 y 1854 los tejedores de algodón de Preston, Lancashire, organizarían varias huelgas y mítines con el fin de obtener una subida salarial del 10 por ciento. Pese a la presión de los cartistas y algunos tejedores radicales, como Mortimer Grimshaw (1824-69), las huelgas finalizarían con la derrota de los tejedores. <<

[29] El «Sitio de Sebastopol» (1854-1855) se enmarca dentro de la Guerra de Crimea (1853-1856), una contienda que enfrentaría al Imperio ruso contra la alianza militar integrada por el Reino Unido, Francia, el Imperio otomano y el reino de Piamonte y Cerdeña. El móvil de la guerra fue de carácter económico y estratégico, y solo diplomáticamente de carácter religioso (un conflicto entre católicos y ortodoxos por el control de lugares sagrados, como el Santo Sepulcro). Rusia quería tener un acceso directo al Mediterráneo, y con

ello a los mercados de África y Oriente Medio, pero el Imperio otomano controlaba los estrechos de los Dardanelos y el Bósforo. La presión del zar pronto haría estallar una guerra que lo enfrentaría con el sultán y las potencias que veían peligroso el acceso de Rusia a la ruta mediterránea. Después de la caída de Sebastopol —tras once meses de asedio— la victoria se inclinaría a favor de la alianza. <<

[30] Véase el artículo «Elecciones y nubarrones financieros. La duquesa de Sutherland y la esclavitud». <<

[31] Ley de Disturbios o Riot Act, aprobada en 1715. Su título completo era «Decreto para prevenir tumultos y asambleas alborotadoras, y para el castigo más rápido y efectivo de los alborotadores». Si un magistrado ordenaba la disolución de una concentración ilegal de doce personas o más y al cabo de una hora no se habían dispersado, la concentración podría ser disuelta por la fuerza. Esto implicaba incluso la posibilidad de abrir fuego sobre la multitud. La ley protegía a las autoridades en la aplicación de la

fuerza, otorgándoles inmunidad y liberándoles de las consecuencias de sus actos (incluido el asesinato). Este decreto provocó situaciones como las vividas en la «Masacre de Peterloo» (16 de agosto de 1819), una manifestación por la reforma del Parlamento que se saldó con 15 muertos y 600 heridos tras la embestida de la caballería. <<

[32] Véase la nota 2 de «La cuestión obrera». <<

[33] La Ley «de las Diez Horas», o Factory Act (1847), limitaba a diez horas reales la jornada laboral de mujeres y niños en las fábricas. <<

[34] Véase la nota 1 de «La cuestión obrera». <<

[35] Véase la nota 1 de «Perspectivas políticas. Prosperidad comercial. Un caso de inanición». <<

[36] Véase la nota 2 de «La cuestión obrera». <<

[37] Marx se está refiriendo, sin duda, al advenimiento de una nueva crisis, la cual servirá al proletario de palanca revolucionaria. <<

[38] Jueces supremos de lo penal. <<

[39] Véanse los artículos «El conflicto anglo-chino» y «Atrocidades inglesas en China». <<

[40] Así llamaban a lord Palmerston, primer ministro del Reino Unido en la fecha en que se escribió este artículo.

<<

[41] En inglés, normalmente, almanaques o libros que recogen datos estadísticos. El término se remonta al siglo XV, cuando el Parlamento británico utilizaba grandes libros de registro forrados en terciopelo azul. <<

[42] Unions llamaban entonces a los barrios donde vivían los pobres que recibían asistencia social. <<

[43] Véase la nota 1 del artículo «La cuestión obrera». <<

[44] Marx se refiere a los ricos yacimientos de California, descubiertos en 1848, y de Australia, encontrados en 1851, que influyeron enormemente en la evolución económica de Europa y Estados Unidos. <<

[45] El «caso Trent» fue un conflicto diplomático ocurrido en el marco de la Guerra Civil de los Estados Unidos. El buque de guerra norteamericano USS San Jacinto, perteneciente al gobierno de la Unión, atacó el barco de correos británico Trent, en el cual viajaban los diplomáticos de la Confederación James Murray Mason (1798-1871) y John Slidell (1793-1871). Su objetivo era llegar a Gran Bretaña para solicitar el reconocimiento político de la Confederación, pero fueron retenidos por el ejército estadounidense. El

desencuentro entre Inglaterra y Estados Unidos —que pudo haber terminado en contienda— se resolvió con la liberación de los diplomáticos a comienzos de 1862. <<

[46] Palabras duras. <<

[47] Alta sociedad. <<

[48] Seguidores de la Iglesia Baja (en contraposición a Iglesia Alta: véase nota 1 del artículo «Elecciones y nubarrones financieros»), denominación utilizada desde principios del siglo XVIII en el seno de la Iglesia anglicana para aquellos teólogos y políticos que buscaban una mayor reforma en la Iglesia de Inglaterra, así como una mayor liberalización de sus estructuras.

<<

[49] ¡Qué distinto de entonces! <<

[50] Periódico barato. La Penny Press fue la prensa dirigida a las masas populares de mediados del siglo XIX. Su papel de baja calidad reducía su precio a un céntimo, haciendo las noticias accesibles al gran público. <<

[51] Colección de cotilleos. <<

[52] Entre 1850 y 1864 se produjo en el sur de China la rebelión Taiping. Hong Xinquang (1814-1864), un campesino cristiano, se rebeló contra el gobierno de los manchúes e implantó en las regiones meridionales del país el reino Taiping (de Taiping Tianguo, «reino celestial de la gran paz»), que duró hasta 1864, año en que, con ayuda de las potencias occidentales, el gobierno de Pekín aplastó a los rebeldes. Según algunas fuentes, el conflicto se saldó con veinte millones de muertos. Entre otras cosas, Hong defendía la propiedad

colectiva; tal vez por eso Marx denomine revolución lo que la historiografía llama «rebelión». <<

[53] En 1821 estalló en Grecia un movimiento de liberación nacional que, tras la guerra ruso-turca de 1828 y 1829, culminó con la concesión de la independencia por parte de Turquía. Obligadas por la presión popular, las potencias europeas apoyaron a Grecia, pero impusieron la monarquía como forma de gobierno. <<

[54] Se refiere a la Sublime Puerta: la entrada al Imperio otomano por Estambul, Turquía. «Puerta» sirve metafóricamente para referirse tanto al Imperio en su totalidad como a la propia Estambul. <<

[55] En 1854 el gobierno turco apresó a un sacerdote griego llamado Atanasio por incitar a la revuelta a los griegos de Turquía. <<

[56] Infiel. <<

[57] En junio de 1854, durante el reinado de Isabel II, se inició en el pueblo madrileño de Vicálvaro la Vicalvarada, sublevación civil y militar que se extendió a otros lugares de España. El 1 de agosto, amparados por el clamor popular, los generales Baldomero Espartero (1793-1879) y Leopoldo O'Donnell (1809-1867) formaron el gobierno que dio lugar al Bienio Progresista (1854-1856). <<

[58] Una de las organizaciones más democráticas y progresistas de la España de la época. Defendía, entre otras cosas, el sufragio universal y la libertad de prensa y de conciencia, y pedía la abolición de la pena de muerte. Fue disuelta a finales de 1854. <<

[59] En español en el original. En realidad se llamaban «cuotas mayores».

<<

[60] Fernando VII. <<

[61] En español en el original. <<

[62] Durante el Trienio Liberal (1820-1823) se fundaron en España numerosas sociedades secretas que tuvieron gran influencia en el gobierno y las Cortes. <<

[63] Probablemente el 28 de junio de 1853, día de la Vicalvarada. Véase la nota 1. <<

[64] «Ayacuchos» llamaban a los partidarios de Espartero mientras fue regente (1840-1843) porque el general había participado en la batalla de Ayacucho (9 de diciembre de 1824), de la guerra de independencia del Perú. <<

[65] Leopoldo O'Donnell, Francisco Santa Cruz y Francisco de Luján. <<

[66] Partidario de la dinastía Braganza de Portugal. Los unionistas eran los partidarios de una Península Ibérica monárquica y unida. <<

[67] La Batalla de Bomarsund se enmarca dentro de la Guerra de Crimea. Véase la primera nota del artículo «Ataque a Sebastopol. Desahucio de ciudadanos en Escocia». <<

[68] Zona suburbial. <<

[69] En 1795, Rusia, Austria y Prusia se repartieron el reino de Polonia y el gran ducado de Lituania, que formaban una mancomunidad. Polonia, esta vez como república, no recobró su integridad e independencia hasta 1918. <<

[70] Consejo del Reino. <<

[71] En aquel entonces, una de las dos cámaras del Parlamento danés. <<

[72] En español en el original. <<

[73] El 2 de diciembre de 1851, Luis Bonaparte dio un golpe de Estado y disolvió la Asamblea Legislativa de Francia. <<

[74] En mayo de 1843, los moderados de Narváez y Gutiérrez de la Concha se alzaron junto con otros generales contra la dictadura del progresista Espartero. Narváez se convirtió en dictador y los reaccionarios gobernaron en España hasta 1854. <<

[75] Véase la nota 8 del artículo «Revolución en España. Bomarsund».

<<

[76] «Bodas españolas»: las de la reina Isabel II con don Francisco de Asís, Borbón español, y de su hermana la infanta María Luisa Fernanda con el duque de Montpellier, hijo menor de Luis Felipe de Francia. María Cristina, regente de España y madre de Isabel y María Luisa, se había casado en secreto con Agustín Fernando Muñoz, sargento de la Guardia Real, de ahí que Marx la llame «*madame* Muñoz». <<

[77] Napoleón I. <<

[78] En español en el original. <<

[79] Enrique José O'Donnell (1769-1834), general que participó en la guerra de Independencia contra los franceses. Marx le llama «héroe de la traición» porque apoyó a absolutistas o liberales según le convino. <<

[80] En junio y julio de 1854 se produjo en Madrid la cuarta revolución burguesa de España. Antonio de los Ríos Rosas (1812-1873) formaba entonces parte del reciente gobierno del duque de Rivas, apodado «gabinete metralla» por la forma de suprimir las revueltas. <<

[81] El 25 de diciembre de 1836, durante la primera guerra carlista (1833-1840), Espartero consiguió una victoria decisiva en la batalla del puente de Luchana. Fue nombrado conde de Luchana. <<

[82] Véase el artículo anterior. <<

[83] En español en el original; queriendo decir, evidentemente, «mejor dejarlo para mañana». <<

[84] En español en el original. <<

[85] Murrain: toda enfermedad infecciosa del ganado. <<

[86] En los años 1848 y 1849 respectivamente. <<

[87] Puerta de Toledo. <<

[88] En español en el original. <<

[89] La división del territorio español en capitanías generales es de los siglos XVIII y XIX. Entonces, los capitanes generales ostentaban el poder supremo civil y militar. <<

[90] Tras el amotinamiento de la guarnición de Madrid el 1 de julio de 1854, O'Donnell, Dulce y otros generales lanzaron una proclama en Manzanares, el pueblo de La Mancha, a favor de la monarquía y plantearon otras medidas que pretendían granjearse el apoyo popular. <<

[91] En 1848 y 1849, el Imperio austríaco recurrió a los regimientos croatas del conde Radetzky para reprimir la rebelión de las provincias italianas. Los «africanos de Bonaparte» son los zuavos, tropas coloniales conocidas por sus atrocidades en las guerras de Argelia de la década anterior. En noviembre de 1848, el general pomerano Von Wrangel disolvió con sus tropas, entre las que había muchos pomeranos, la Asamblea Nacional de Prusia. <<

[92] En español en el original. <<

[93] Al preparar el golpe de Estado de diciembre de 1851, Luis Bonaparte, que era presidente de la República, servía en las recepciones a oficiales y soldados salchichas, fiambre y champán. Marx lo narra en El 18 de brumario de Luis Bonaparte. <<

[94] Proverbio bíblico. <<

[95] Había tropas austríacas y francesas en Roma y el Vaticano desde la supresión de la revolución italiana de 1848. La guardia del papa estaba formada por mercenarios suizos. <<

[96] Marx alude a un movimiento popular antiaustríaco que se expresó de diversas formas. En 1815, el Congreso de Viena había otorgado el recién creado reino lombardo-véneto al Imperio austríaco tras la derrota de Napoleón Bonaparte.

<<

[97] Del 18 al 22 de marzo de 1848 se produjo en Milán un alzamiento popular. La lucha duró cinco días y se saldó con la retirada de las tropas austríacas de la ciudad y la formación de un gobierno provisional. <<

[98] El embajador austriaco en París. <<

[99] Yugo alemán. <<

[100] Luis Bonaparte, por abolir la república romana y reinstaurar en el poder al papa en 1849. <<

[101] Llamado en realidad Comité Nacional Italiano. <<

[102] El 2 de diciembre de 1852, Luis Napoleón Bonaparte se convirtió oficialmente en «emperador de los franceses». <<

[103] Napoleón I. <<

[104] Cuando en marzo de 1848 triunfó la revolución en Milán y Venecia, Carlos Alberto, el rey piemontés, declaró la guerra a Austria temiendo la difusión de las ideas republicanas y la instauración de una democracia en Lombardía. Firmó la paz en agosto, pero reanudó la guerra en marzo de 1849. El día 23 sufrió la derrota de Novara y firmó el armisticio.

<<

[105] Fernando II de las dos Sicilias (1810-1859). Para recuperar Sicilia, que estaba en manos de los antimonárquicos, decidió bombardear muchas de sus ciudades, de ahí su sobrenombre. <<

[106] Véase el artículo anterior. <<

[107] La Poor Law de 1834 tenía en realidad un único fin: la creación de hospicios donde personas sanas trabajaban a cambio únicamente de alojamiento y comida en condiciones más propias de una cárcel. A esos hospicios los llamaban en efecto «Bastillas para pobres». <<

[108] Barrios de pobres. <<

[109] Ya desde sus juveniles Manuscritos de París (1844), Marx comenzará a investigar las causas de las crisis económicas del capitalismo. El filósofo pronto descubrirá que la producción capitalista no solo genera desigualdad por su propia dinámica explotadora, sino que es portadora de contradicciones económicas irresolubles. La manifestación explosiva de dichos antagonismos tiene lugar en las crisis, pero está enraizada en las relaciones existentes entre trabajo asalariado y capital. Marx comenzará a

formular su comprensión madura de las crisis en los «Grundrisse» (1857-58), cuando construya el concepto de «Plusvalor». Y lo logrará gracias a su análisis de la crisis mundial de 1857. <<

[110] Ministerio de Comercio y
Transportes. <<

[111] Se refiere a la Guerra de Crimea.

<<

[112] Se trata de un dicho antiguo que aún se sigue utilizando en la Grecia de hoy y que hace referencia a una acción completamente inútil, en especial a propósito de quienes llevan algo a un sitio en el que abunda o de quienes tratan de aportar una cosa a alguien que no la necesita porque la tiene de sobra.

<<

[113] La Peace Society de Londres, fundada en 1816, fue una sociedad pacifista creada para la promoción de la paz universal, y el desarme progresivo y simultáneo de las diferentes naciones. Trataba de implementar principios de «arbitraje» para la resolución de los distintos conflictos entre los países. Se fusionó en 1930 con la International Christian Peace Fellowship, convirtiéndose en la International Peace Society para desaparecer poco después.

<<

[114] Comercio interior. <<

[115] El cuarto imperial o británico (quarter) es una unidad de volumen usada en el Reino Unido. Equivale a 1,1365225 litros. <<

[116] Se refiere a William Ewart Gladstone (Liverpool, 1809-Hawarden, 1898), político liberal británico que llegó a ocupar varios cargos del gobierno de Su Majestad y uno de los estadistas más célebres de la época victoriana. Fue líder del Partido Liberal y primer ministro del Reino Unido en cuatro ocasiones. <<

[117] La Escuela de Manchester fue tanto una escuela económica como un movimiento social y político inglés de signo liberal. Surgió en 1838 de la mano de la Liga de Manchester, un grupo de capitalistas industriales, intelectuales y políticos vinculados a la Cámara de Comercio de dicha ciudad. La escuela se inspiró en los escritos económicos de David Hume, Adam Smith y Jean Baptiste Say, defendiendo el laissez-faire, la competencia y un individualismo egoísta y voluntarista como las bases del crecimiento y

florecimiento de la sociedad. Richard Cobden y John Bright fueron dos de sus integrantes políticos más conocidos, famosos por sus políticas antimercantilistas y su defensa del mercado como un espacio guiado por leyes naturales. <<

[118] Sollte diese Qual uns quälen, / Da sie unsere Lust vermehrt?, son dos versos del poema que Goethe titula «A Suleika» en el Diván oriental-occidental. <<

[119] Principios de economía política y tributación, la obra más importante de David Ricardo (1772-1823), publicada en 1817. Ricardo ejerció una influencia considerable en Marx durante su período de formación, dotando al pensador alemán de algunos de los conceptos básicos de su teoría económica. <<

[120] John Bull es una personificación del Reino Unido en el humor gráfico británico de corte político. Fue creado por el satírico John Arbuthnot (1667-1735) en 1712. Se le suele representar como un hombre de mediana edad, simpático, rechoncho, hogareño y de clase media. <<

[121] La Société Générale de Crédit Mobilier fue fundada en diciembre de 1852. <<

[122] En alusión a «Napoléon le Petit», célebre panfleto político de Victor Hugo crítico con Napoleón III. <<

[123] Marx retrata todo el proceso de caída de la II República francesa y su conversión en Segundo Imperio en El 18 de brumario de Luis Bonaparte (1852).

<<

[124] Véase nota 4 del artículo «La pena capital. El panfleto del señor Cobden. Las regulaciones del Banco de Inglaterra». <<

[125] Movimiento de mediados del siglo XVII contra el régimen absolutista. Aunaba a elementos de muy distinta procedencia y su derrota sirvió para afianzar el absolutismo que quería combatir. <<

[126] Los Rothschild, la famosa familia de banqueros, tienen una rama francesa. Barthélemy P. Enfantin (1796-1864), reformador social francés próximo al socialismo utópico. <<

[127] Tienen su destino los libros. <<

[128] Louis de Saint Just (1767-1794), el «arcángel del Terror», decía que no había término medio para un rey: debía reinar o morir; su opción, como revolucionario, fue la guillotina para el monarca. Su radicalidad es vista como farsa por Marx en la persona de François Guizot (1787-1874), que, siendo líder de los doctrinarios, quería hallar el término medio entre absolutismo y revolución. Guizot, además, expulsó a Marx de Francia cuando fue primer ministro. La comparación de Napoléon con Luis

Bonaparte es más obvia: compara la grandeza política e imperial del primero, con la arrogancia, falsedad y cortedad de miras del segundo. Marx solía decir que las cosas sucedían en la historia dos veces, la primera como tragedia y la segunda como farsa. Este ejemplo de ironía encaja en esa idea. <<

[129] Dioses de las finanzas. ¡Los dioses se mueren! <<

[130] Sociedades anónimas de
responsabilidad limitada. <<

[131] Órgano electo instituido por la Constitución de 1852. Como, no obstante, el proceso electoral era supervisado por funcionarios y policías, que garantizaban una mayoría afín al gobierno, no servía más que para enmascarar los poderes ilimitados de Napoleón III. <<

[132] Alexandre Auguste Ledru-Rollin (1807-1874), político francés que apoyó el bando revolucionario en febrero de 1848. Con el gobierno provisional formado ese mismo año fue ministro del Interior. <<

[133] El capital fijo es aquel invertido en inmuebles, maquinaria para la producción o, por ejemplo, vías férreas y carreteras. El capital circulante o de rotación es el que se invierte en elementos que se transforman a lo largo del proceso de producción y han de ser constantemente repuestos para continuar dicho proceso; por ejemplo, las materias primas, los productos elaborados o la fuerza de trabajo. <<

[134] Charles Fourier (1772-1837), filósofo francés con influyentes puntos de vista sociales y morales. <<

[135] Banco de Law, el sistema económico que John Law (1671-1729) ideó para Francia con el apoyo total del regente, Felipe de Orleans. Se fundó un Banco Real, y se expedía papel moneda y acciones en empresas por encima del oro disponible, pensando que el crédito haría mejorar la industria y liberaría de deuda nacional a Francia. Pero el resultado fue un desastre: las acciones cayeron, se llegó a la bancarrota, y los accionistas intentaron recuperar sus participaciones en un oro que no existía.

<<

[136] Estados Unidos. <<

[¹³⁷] Robert Peel (1778-1850), primer ministro británico en 1834 y entre 1841 y 1846. <<

[138] Samuel Jones-Lloyd (1796-1883),
banquero y político inglés. <<

[139] En 1857, el marco banco era la unidad monetaria de la ciudad libre de Hamburgo, que pertenecía al Sacro Imperio Romano Germánico. <<

[140] Es una comparación entre ciclos de cosechas y ciclos económicos. Marx sostenía que cada diez años había una crisis en el ciclo económico industrial y utilizaba esa medida de tiempo para comparar épocas. <<

[141] Véase la serie de artículos sobre el
Crédit Mobilier. <<

[142] Consols, abreviatura de consolidated annuities, es decir bonos del Estado consolidados en 1751 en una sola emisión al 3 por ciento. Hasta la Primera Guerra Mundial constituyeron una gran parte de la deuda nacional del Reino Unido. <<

[143] Rusia y Francia firmaron un tratado secreto en virtud del cual la primera se comprometía a ser neutral en el caso de que Francia y Cerdeña iniciaran una guerra con Austria. Dinamarca, según se supo después, no tuvo nada que ver. <<

[144] El 23 de abril, el gobierno austríaco dio un ultimátum a Cerdeña que significó el inicio de la guerra de Austria contra Francia y Cerdeña. <<

[145] El corazón financiero de Londres. Debe su nombre a los banqueros lombardos que se establecieron en la ciudad en el siglo XIII. <<

[146] Alejandro II de Rusia y Napoleón III de Francia se reunieron en Stuttgart el 25 de septiembre de 1857 para confirmar el acercamiento de sus dos países tras la Guerra de Crimea. <<

[147] Henry Wellesly (1804-1884), conde de Cowley, embajador británico en Francia. <<

[148] The Mansion House es la residencia oficial del alcalde de Londres. <<

[149] En 1850 hubo levantamientos populares en Toscana y los ducados de Parma y Módena, cuyos gobernantes huyeron buscando la protección de Austria. <<

[150] La religión del Lingam (culto a Shiva) es una rama de la religión hindú que no reconoce castas y rechaza los sacrificios; el monstruo divino es Krishna, octava encarnación de Vishnu, cuyo culto se caracteriza por el fanatismo, la flagelación y hasta el suicidio. <<

[151] Mushrid Quli-Jan (? —1726), primer gobernador independiente de Bengala. <<

[152] Aurangzeb (1618-1707), emperador mogol de la India. <<

[153] «Heptarquía» llaman los historiadores ingleses a un período de desunión de la Inglaterra medieval (siglos VI a VIII). Marx recurre al término por analogía, para identificar la dispersión de la India antes de la invasión musulmana de principios del siglo XIV. <<

[154] Grandes aristócratas terratenientes de la India cuyo linaje era hereditario. Gobernaban a los campesinos que habitaban en su territorio, y podían desempeñar funciones políticas, militares y administrativas. <<

[155] Pequeños agricultores propietarios de Bombay, eran reconocidos como poseedores de su terreno pero tenían que dar una renta al gobierno. <<

[156] Más finos y diestros que los italianos. <<

[157] El Tratado de Nankín, que puso fin a la Primera Guerra del Opio y facilitó el intercambio comercial entre China y Reino Unido con resultados beneficiosos para los ingleses. <<

[158] William Walker (1824-1860), aventurero norteamericano que en 1855 combatió como mercenario en la guerra civil de Nicaragua y salió elegido presidente de esa nación de forma fraudulenta. En la fecha en que Marx escribe esta carta, aún estaba en el poder. <<

[159] La Cámara de los Comunes. <<

[160] Todos los géneros son válidos
excepto el género aburrido. <<

[161] Cuando un rajá o un príncipe (ambos terratenientes) fallecía sin herederos masculinos, éste podía legar su territorio a un heredero por adopción o a una tercera persona de la familia. La Doctrina del Lapso, instaurada por el dominio británico, rompía directamente con estos derechos, declarando solo legítima la herencia obtenida por un heredero masculino directo. Cuando no existía tal heredero, y habiendo prohibido las demás formas de herencia, los territorios pasaban a formar parte directamente de la Compañía Británica

de las Indias Orientales. <<

[162] Marx se refiere a un campo de batalla caótico y tumultuoso. La expresión «parecer el campo de Agramante» proviene de la obra de Ludovico Ariosto (1474-1533) Orlando Furioso (1516). <<

[163] Cálculo del tributo anual. <<

[164] Kittee, forma de tortura. El torturador colocaba partes sensibles del torturado entre dos tablas y apretaba hasta que el dolor era insoportable. <<

[165] El *circar* (derivado de la palabra urdu «*sarkar*») era un distrito de la «*subah*» o provincia que formó parte de la estructura política y administrativa del Imperio mogol (1526-1857) tras la reforma del emperador Akbar (1542-1605). El Imperio llegó a ocupar en su época de apogeo los territorios de la actual India, Pakistán y Bangladesh, e incluso parte de Bután, Afganistán, el este de Irán y Nepal. Los diferentes *circares* o distritos se subdividían administrativamente en «*mahallas*» o «*parganas*», aldeas que se situaban en la

base territorial de la sociedad mogol.

<<

[166] ... de las Indias Orientales. <<

[167] Así en el original. <<

[168] Después de concluir la Primera Guerra China del Opio (1839-42), Inglaterra, conseguiría tratados de armisticio muy ventajosos, como el Tratado de Nanking o el de Bogue. Por ambos tratados China estaba obligada a indemnizar a Inglaterra, cederle Hong Kong y abrir al gobierno británico sus puertos, concediendo a los británicos poderes especiales para comerciar. Poco después Francia y Estados Unidos obligarían al gobierno chino a firmar tratados similares con ellos, entrando a competir por el comercio de la zona con

Inglaterra. Este tipo de tratados dan buena cuenta de la política colonial de la época en Asia, considerada como una fuente de recursos a explotar a cualquier precio. <<

[169] Diario inglés que se editó entre
1842 y 1859. <<

[170] Alto funcionario de la
administración china de la época. <<

[171] William Palmer (1824-1856), inglés, mató por envenenamiento a su madre, su hermano y otras personas antes de morir ajusticiado en la horca.

<<

[172] Véase el artículo «El conflicto anglo-chino». <<

[173] La guerra de Secesión de Estados Unidos; el bloqueo de los puertos algodonereros del sur por parte de la marina del norte. <<

[174] Donde principalmente se concentraba la industria textil inglesa.

<<

[175] d: un penique por nail. El nail equivale a 1/16 de una yarda (91,44 cm). <<

[176] John Russell (1782-1878) fue un político londinense, abuelo del filósofo Bertrand Russell, conocido por sus posiciones políticas y económicas liberales. Sería contrario a la intervención en la Guerra Civil norteamericana. <<

[177] Las casas de Inglaterra y Hannover se separaron al no poder concentrarse en una misma persona los títulos para reinar en ambas naciones. Victoria, sobrina de Guillermo IV, heredaría de éste ambos títulos, pero al existir la Ley Sálica en Hannover, el título de rey de aquel territorio pasaría a ser heredado por el duque de Cumberland, Jorge. La separación de los reinos fue totalmente natural dentro de la lógica nobiliaria del XIX. <<

[178] Se denominaba así a los siervos de Esparta, esclavos públicos propiedad del Estado espartano y de nivel inferior al de otros esclavos. <<